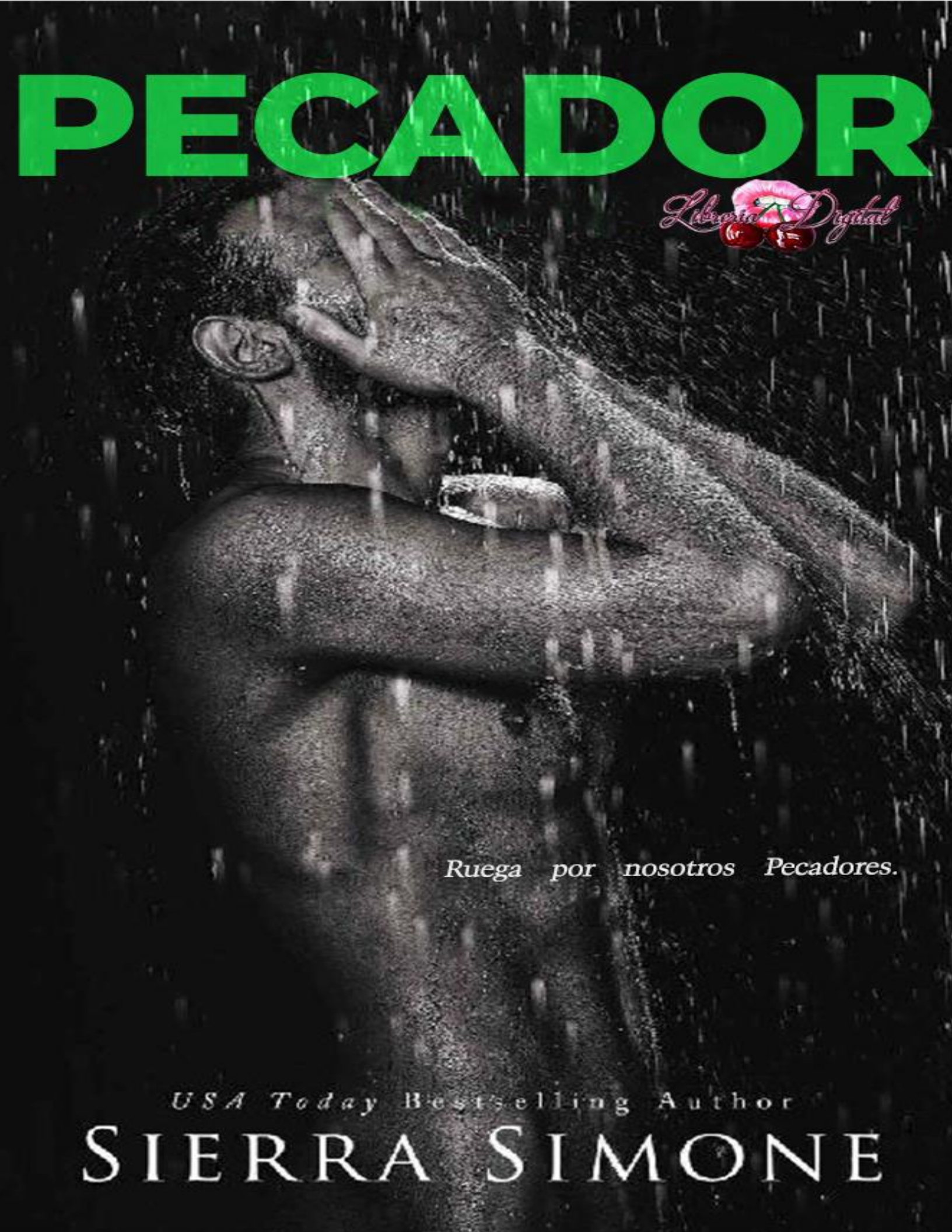
PECADOR



Ruega por nosotros Pecadores.

USA Today Bestselling Author

SIERRA SIMONE

Este libro llega a ti gracias al trabajo desinteresado de otras lectoras como tú. Es una traducción de fans para fans.

Está hecho sin ningún ánimo de lucro por lo que queda totalmente PROHIBIDA su venta en cualquier plataforma.

En caso de que lo hayas comprado, estarás incurriendo en un delito contra el material intelectual y los derechos de autor, en cuyo caso se podrían tomar medidas legales contra el vendedor y el comprador.

Para incentivar y apoyar las obras de los autores, aconsejamos (Si te es posible) la compra del libro en físico si llega a publicarse en español en tu país o el original en formato digital.

También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en las redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta de la lectura!

Librería Digital

NOTA

Los autores (as) y editoriales también están en Wattpad.

Las editoriales y ciertas autoras tienen demandados a usuarios que suben sus libros, ya que Wattpad es una página para subir tus propias historias. Al subir libros de un autor, se toma como plagio.

Algunas autoras ya han descubierto los foros que traducen sus libros ya que algunos lectores los suben al Wattpad, y piden en sus páginas de Facebook y grupos de fans las direcciones de los blogs de descarga, grupos y foros.

¡No subas nuestras traducciones a Wattpad! Es un gran problema que estan enfrentando y contra el que luchan todos los foros de traducción. Más libros saldrán si no se invierte tiempo en este problema.

Igualmente por favor, no subas capturas de los PDFs a las redes sociales ni etiquetes a las autoras, no vayas a sus páginas a pedir la traducción de un libro cuando ninguna editorial lo ha hecho, no vayas a sus grupos y comentes que leíste sus libros, ni subas capturas de las portadas de la traducción, recuerda que estas tienen el logo del foro o del grupo que hizo la traducción.

No continues con ello, de lo contrario: ¡Te quedaras sin Wattpad, sin foros de traducción y sin sitios de descarga!

Librería Digital

STAFF

MODERADORAS

Gatubela
Sirena

TRADUCCIÓN

Wonder Woman
Black Widow
Sirena
Charito Maddox
Pucherosa

CORRECCIÓN

I

Sirena

II

Cleopatra
Gatubela
Pato

LECTURA Y REVISION FINAL

Gatubela
Sirena

DISEÑO

Gatubela

Librería Digital

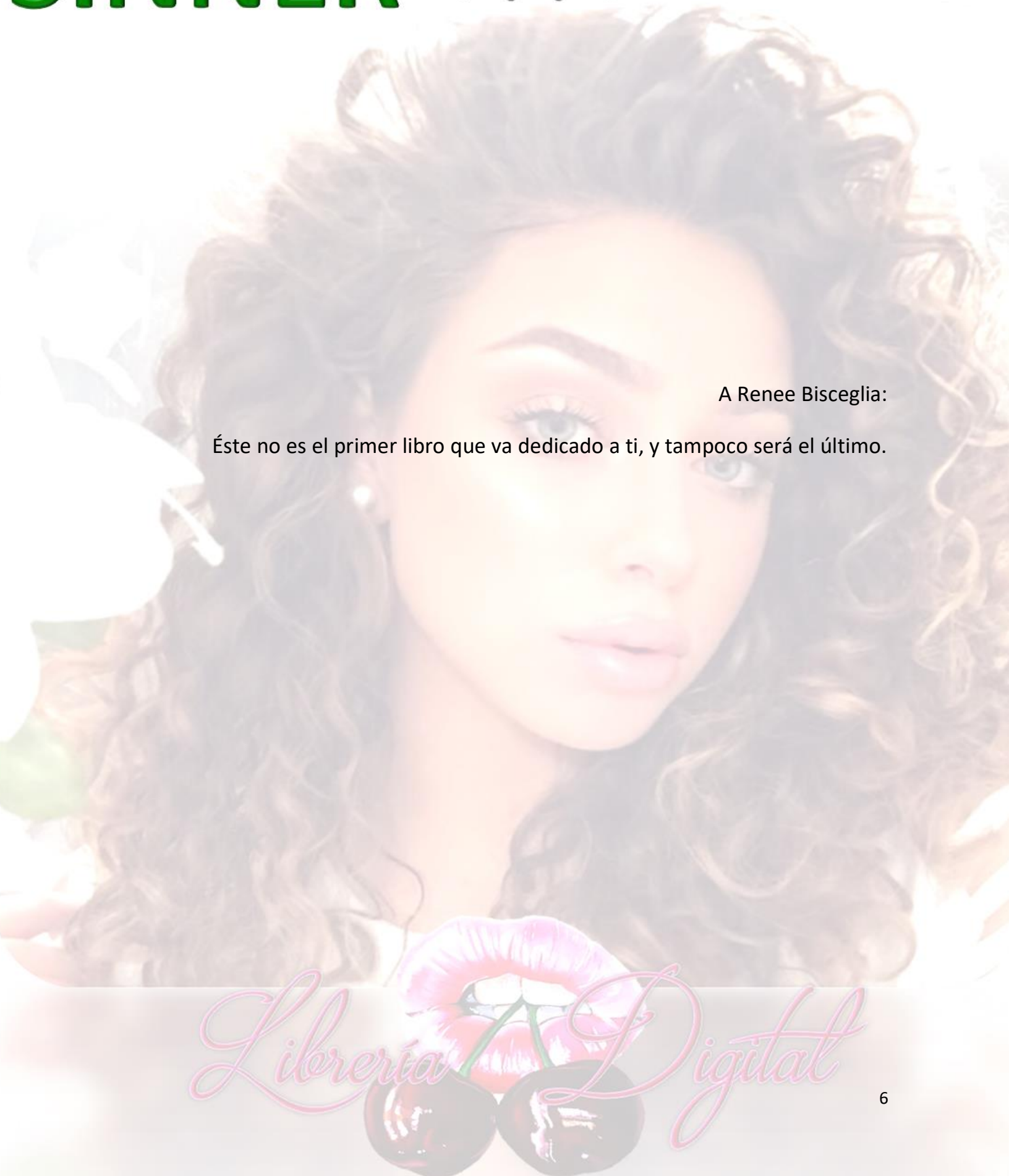
Derechos de Autor

Copyright © 2018 por Sierra Simone

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Librería Digital



A Renee Bisceglia:

Éste no es el primer libro que va dedicado a ti, y tampoco será el último.

Librería Digital

SINOPSIS

No soy un buen hombre, y nunca he pretendido serlo. No creo en la bondad, o en Dios, o en ningún final feliz que no se pague por adelantado.

¿En qué creo? Dinero. Sexo. Macallan 18.

Existen palabras que describen hombres como yo… Playboy. Mujeriego. Perseguidor de la falda.

Mi hermano solía ser sacerdote, y él solo tiene una palabra para mí.

“Pecador”.

Librería Digital

PRÓLOGO

Con la pluma correcta, un hombre puede gobernar el mundo.

Les das vino, los invitas a cenar, les lanzas sonrisas, les haces regalos, los masajeas con galantería, los halagas y te haces su cómplice. Juegas al golf, ves una obra de ballet o comparas trajes de cuatro mil dólares con relojes de diez mil, y después, casualmente haces uso de tus influencias, el arma blanca contra su punto débil, y apretón de manos tras apretón de manos, vas construyéndote algo nuevo, brillante y de oro.

Y cuando están al borde del precipicio, en el punto donde no hay retorno, cuando miran atrás y ven que es su última oportunidad para desvincularse, es cuando les entregas la pluma.

La toman en sus manos y es sólida, pesada y fría al tacto, ellos le quitan la tapa para ver la punta dorada y grabada a punto de gotear con la promesa de dinero y poder. Cuando presionan la punta sobre el papel y la tinta comienza a fluir definida y oscura, algo así como un tipo de sangre tintada terrible, todo está hecho.

Es cuando gobiernas el mundo.

No soy un buen hombre, nunca he pretendido serlo. No creo en la bondad o en Dios, o en ningún final feliz que no se pague por adelantado.

¿En qué creo? Dinero. Sexo. Macallan 18.

Existen palabras para hombres como yo… Playboy. Mujeriego. Perseguidor de la falda.

Mi hermano solía ser sacerdote, y él solo tiene una palabra para definirme.

Pecador…

Librería Digital

Capítulo 1

Esmoquin de Armani, zapatos Berluti, reloj Burberry.

Ojos azules, cabello rubio, una boca un poco demasiado perversamente amplia.

Si, sé que me veo bien mientras salgo de mi Audi R8 y camino hacia la fiesta benéfica del hospital.

Lo sé, el aparcacoches que está tomando mis llaves lo sabe, la chica trabajando en el bar complementario lo sabe. Le doy la clásica sonrisa con hoyuelo Bell mientras me pasa un Scotch y ella se sonroja, después me volteo y miro a la multitud de gran riqueza, bebiendo mi Macallan y pensando por dónde empezar primero.

Porque esta noche es mi jodida celebración de la victoria.

Primero que nada, firmé un trato con los Keegan esta tarde, el cual es esta sexy torre de papeles que transformará una cuadra desierta del centro en una promotora de Nueva york, y Dios mío, no creerías la cantidad de dinero que esta gente tiene. No es dinero normal. Es dinero del *petróleo*. No solo le está dando a mi firma mucho dinero, sino también será el ancla de mi posición en Valdman and Associates, justo a tiempo para que Valdman se retire y necesite a alguien que se siente en esa deseada oficina de la esquina y cuente todas las monedas de oro.

En segundo lugar, *Yo* logré este trato, no Charles Northcutt –*que le jodan a ese tipo*– y me encantaría restregarlo en su estúpido rostro esta noche. Sé que él estará aquí porque no puede resistirse a los tragos gratis y las esposas trofeo aburridas.

Y en tercer lugar, he estado registrando muchas horas extras por el trato con Keegan, lo cual ha mermado severamente mi vida sexual, y estoy desesperado. He tenido algunas regulares guardadas en mi teléfono y siempre hay algún club exclusivo del cual soy miembro, pero esta noche es mi *celebración de la victoria.* Eso se merece algo especial.

Librería Digital

Algo nuevo.

Echo otro vistazo alrededor en la habitación, Valdman está en la esquina con su esposa, riendo y ya con el rostro enrojecido a pesar de que la fiesta de beneficencia solo acaba de comenzar, y Northcutt está justo a su lado, por supuesto.

"Maldito lame culos".

Pero esta noche es mía, y hay preciosas mujeres por todos lados, y tal vez yo soy solo otro hombre blanco con demasiado dinero en un mar de hombres blancos con demasiado dinero, pero tengo una ventaja. Yo soy un pecador con hoyuelos y cabello perfecto, y es como hacer que un pecado se sienta como estar en el cielo.

Termino mi Scotch, pongo el vaso en la barra y me dirijo al combate.

UNA HORA MAS TARDE, siento un pequeño codazo.

— Papá está aquí. Solo para que sepas.

Me volteo para ver a un hombre de mi edad ofreciéndome otro trago y dándome una conveniente excusa para alejarme de mi actual conversación y examinar la habitación.

Efectivamente, el padre de Elijah Iverson está al otro lado de la habitación, rodeado por los usuales mega donadores y sanguijuelas de la alta sociedad. El Dr. Iverson es el jefe de médicos del centro de cáncer del hospital y una figura siempre presente en ésta clase de eventos, así que no debería sorprenderme que él esté aquí, pero como quiera mi piel se tensa incómoda, enviando punzadas de calor a mi nuca. Cierro los ojos y por un minuto escucho el traqueteo de cacerolas y a mi padre levantando la voz. La mamá de Elijah murmurando una plegaria. Aún puedo oler las blancas, empalagosas y necesitadas flores de funeral, para un funeral que no debió de haberse necesitado. Abro mis ojos y veo la conocedora y apenada sonrisa de Elijah. Él estuvo allí ese día también, el día en que nuestras familias pasaron de ser de más que unidas a algo más. Algo frío y distante. Elijah y yo nos mantuvimos juntos, nos unimos viendo *Las tortugas ninja adolescentes mutantes* en el jardín de infancia, y éste tipo de unión es

un enlace de por vida, pero el resto de nuestra familia se separó, así como si no hubieran existido dos décadas de barbacoas compartidas y noches de Pictionary, de cuidar niños, pijamadas y noches de cartas hasta tarde en las noches, llenas de vino para adultos y muchos snacks, que en silencio eran llevados a los niños hasta la planta superior.

— Está bien. — Digo. Es una mentira a medias, porque, aunque el Dr. Iverson me recuerda a ese día, del terrible agujero que la muerte de mi hermana hizo en mi vida, siempre somos civilizados y educados cuando nos encontramos, lo que es bastante frecuente en una pequeña ciudad como esta.

— Oye, el evento se ve genial. — Agrego, mayormente para cambiar de tema. La relación Iverson-Bell es una vieja herida, y Elijah está bajo la suficiente presión esta noche ya de por sí. Es su primer gran proyecto como coordinador de eventos para el Centro Kauffman después de dejar el museo de arte en donde comenzó, y sé que está ansioso porque todo salga bien esta noche. Y el hecho de que es también el único evento al que su padre y todos los colegas de su padre asistirán… Sé que no me estoy imaginando las líneas de cansancio y estrés en el ceño de Elijah y alrededor de su boca.

Él asiente débilmente, escaneando la habitación con sus ojos color whisky. Con esa eficiente, premonitoria mirada y su mandíbula cuadrada, es como un gemelo de su padre, alto, negro y atractivo, aunque donde el Dr. Iverson es dado a fruncir el ceño, Elijah siempre ha sido una persona de sonrisas y bromas. — Todo parece estar marchando bien hasta ahora. — Dice, aun evaluando el lugar. — Excepto por que perdí a mi cita.

— ¿Trajiste a alguien? — Pregunto. — ¿Dónde está él?

— Es una chica. — Dice lanzándome una sonrisa, y luego se ríe ante la expresión de mi rostro, porque Elijah no ha tenido una cita con mujeres desde que salió de la universidad. — Estoy tomándote el pelo Sean. En realidad, es…

Una preocupada mujer con uniforme de catering corre hasta Elijah blandiendo un plano de los asientos de la sala, interrumpiendo lo que sea que estaba a punto de

decir. Después de una ráfaga de susurros y un *maldita sea* murmurado por Elijah, él me da una señal de disculpa, mientras se va a solucionar algún problema que se ha iniciado en privado en la gala benéfica, dejándome solo con mi Scotch. Miro hacia al Dr. Iverson, quien me está mirando fijamente, él asiente con la cabeza hacia mí y le devuelvo el gesto, y no me pasa desapercibida la fría compasión en su expresión.

Sé exactamente a qué viene esa fría compasión, y un tornillo se aprieta en algún lugar profundo de mi pecho.

Componte y regresa a la celebración de la victoria Bell.

Excepto que de repente ya no me siento como para celebrar una victoria en este momento. Me siento más como para seguir tomando Scotch y respirar aire fresco, incluso con la masiva pared de cristal con vista hacia al resplandeciente horizonte, me siento claustrofóbico e inquieto, y la trinante melodía de las cuerdas del sexteto en la esquina es tan malditamente ruidosa en este momento, expandiéndose como gas para llenar cada hueco y el balcón. Consigo caminar hacia la puerta de la terraza casi a ciegas, frenéticamente, solo necesitando estar…

Afuera.

Afuera.

Afuera.

El aire de la noche me empapa con un abrupto y fresco silencio, y tengo que respirar profundamente. Otra vez. Y otra. Hasta que mi pulso lentamente vuelve a la normalidad y el tornillo en mi pecho se afloja. Hasta que mi cerebro no es un desorden yuxtapuesto de platillos a la cacerola y flores, algunos de catorce años atrás y algunos de la semana pasada.

Desearía que solo fuera el recuerdo de la muerte de Lizy lo que me está haciendo esto. Desearía que no hubiera razones para que el padre de Elijah me viera con lástima. Desearía que pudiera tener una fiesta, una reunión, una buena noche con una hermosa mujer donde no necesite tener mi teléfono cerca con el sonido activado en

caso de que surja alguna emergencia. Desearía poder estar contento por haber logrado el negocio con Keegan, por tener obscenas cantidades de dinero y un pulcro nuevo penthouse, y un buen cuerpo y una aún mejor polla y cabello que hacen su trabajo.

Pero resulta que hay algunas cosas que el dinero y un gran cabello no pueden arreglar.

Sorpresa.

Me tomo el resto de mi Scotch, pongo el vaso en una mesa alta y me aventuro más profundamente en el césped de la terraza. Frente a mí, la ciudad sube por una colina en un gentil revoloteo de luces; detrás de mí está la rígida cortina de vidrio y acero que marca mi reino. Donde vivo, trabajo y juego. Y el aire se llena con la música de verano de cigarras y el tráfico, y desearía, solo por un maldito momento, poder recordar cómo era escuchar estos sonidos con una sensación de paz. Que pudiera mirar a éstas luces y no recordar el estruendo de las luces fluorescentes del hospital, el pitido de los monitores, el olor de bálsamo labial.

Casi no hay nadie más en esta terraza – aunque la noche es joven, y estoy seguro que los miembros de la alta sociedad que estén ebrios vendrán riendo y volcándose hacia acá tan pronto como los platos de los postres sean recogidos. Cualquiera que sea la razón, estoy agradecido por el momento de soledad antes de regresar a mi celebración de la victoria, e inspiro una última bocanada de aire con aroma a césped antes de volver a entrar, y entonces es cuando la veo.

Lo primero que veo es su vestido, de hecho, un vistazo del rojo de su seda temblorosa, un parpadeo del dobladillo bailando en la briza. Es como una capa roja ondeando frente a un toro; en segundos soy Sean Bell de nuevo, vuelta de la victoria y todo, y desvío mi camino, siguiendo el seductor destello de seda roja hasta que encuentro a la mujer a la que le pertenece.

Ella está mirando hacia el otro lado del vidrio, con el montón de gente rica al otro lado de éste, dejándose caer en uno de los enormes cables que aseguran el techo del edificio a la terraza. La brisa juega con la seda sobre su cuerpo, agitando su falda y

pintando el sumamente apetitoso contorno de su cintura y caderas, y las luces de la ciudad destellan a lo largo de su caliente y morena piel expuesta de brazos y espalda. Yo sigo la curva de su espalda hasta donde su vestido se precipita sobre su abultado trasero y luego hacia arriba sobre las delicadas alas de sus omóplatos, que están entrecruzados por delgadas tiras rojas.

Ella se voltea al escuchar mis pisadas, y casi dejo de caminar porque *joder*, ella es muy bonita, y *doble joder,* es joven. No como para que fuera a la cárcel, pero tal vez joven como para ser universitaria.

Muy joven para un hombre de treinta y seis años, seguramente.

Y aun así no paro de caminar. Me coloco en un lugar recostándome contra un grueso cable al lado de ella y meto las manos en mis bolsillos, y cuando la miro, nuestros rostros se iluminan por completo por una luz dorada que proviene de la gala benéfica.

Sus ojos de agrandan cuando me mira, sus labios se separan muy ligeramente, como si estuviera sorprendida por mi rostro, como si ella no pudiera creer lo que está viendo, pero rápidamente descarto esa idea. Seguramente no pueda creer lo increíble que es mi cabello.

A menos que… ¿Tengo comida en mi rostro o algo así? De manera disimulada paso mi mano por mi boca y quijada solo para asegurarme, y sus ojos siguen el movimiento con una avidez que enciende un ardiente y tenso calor más abajo de mi estómago.

En ésta luz, puedo finalmente ver su rostro, y puedo ver que ella no es solamente bonita. Es preciosa, increíble. Ella es la clase de belleza que inspira canciones y obras de arte y guerras. Su rostro es un delicado óvalo de altos pómulos y grandes ojos marrones, una nariz con un ligero desaire con un arete deslumbrando en un lado, y una boca de la que no puedo alejar mis ojos. Su labio inferior es más pequeño que el superior, creando un suave exuberante morrito. La imagen entera está enmarcada por un rocío de tirabuzones.

Librería Digital

Jesucristo. Bonita. Qué palabra tan estúpida para describirla, que suave sombra de la verdad. Los pasteles y cojines pequeños son bonitos, ésta mujer es otra cosa completamente. Algo que me hace parpadear y alejar la mirada por un momento, porque mirarla provoca esta sensación rara a mi garganta y mi pecho. Mirarla me da éste sentimiento como que mi mano está a punto de revelar un poderoso misterio, de la misma manera que me sentía mirando las vidrieras de las ventanas de mi iglesia.

De la manera que me sentía acerca de Dios.

Pensar en la iglesia y en Dios trae a mí un habitual sentimiento de fría irritación, y me fuerzo a recomponerme. Estoy seguro que esta mujer piensa que estoy loco por acercarme a ella y luego ni siquiera mantener el contacto visual. *La cabeza en el juego Sean*, me entreno a mí mismo. Celebración *de la Victoria, celebración de la victoria.*

— Bonita noche. — ofrezco.

Ella voltea su cabeza más, las puntas de sus rizos besan sus hombros desnudos mientras lo hace, y de repente, todo lo que quiero hacer es besar sus hombros desnudos yo mismo, peinar su cabello a un lado y besar su clavícula hasta hacerla gemir.

— Lo es. — Contesta finalmente, y Dios, su voz. Dulce y potente, con solo una pizca de aspereza al borde de sus palabras.

Inclino la cabeza hacia la fiesta. — ¿Doctor o donante? — Pregunto, tratando sutilmente de acercarme a lo que realmente quiero preguntar — ¿Viniste sola?

Sus ojos se agrandan de nuevo, y me doy cuenta de que mis palabras la sorprendieron, solo Dios sabe por qué, porque a mí me parecía una pregunta lo suficientemente normal. Y luego hay un flash de algo difícil de leer en sus ojos antes de que lo oculte.

— Ninguno de los dos. — Dice y sé que no me estoy imaginando esa cautela en su voz.

Librería Digital

Mierda. No quiero asustarla, pero tampoco estoy seguro de que lo que sí quiero hacer sea mucho mejor. Ella es tan joven, muy joven para que la invite a mi casa, muy joven para llevarla a un balcón escondido para ponerla de rodillas y descubrir a que sabe…

Dios, debería alejarme. Apegarme a mi usual buffet de mujeres de la alta sociedad y strippers. Pero, aunque me enderezo para irme, no puedo hacer que mi cuerpo se aleje de ella.

Esos ojos color cobre. Esa boca lujuriosa.

No hay nada malo en hablar, ¿Verdad?

Ella endereza sus hombros mientras yo pienso en eso, levanta su barbilla como si acabara de tomar una decisión. — ¿Cuál eres tú? — Pregunta. — ¿Doctor o donante?

— Donador. — Le digo con una sonrisa. — O más bien, mi firma lo es.— Ella asiente, como si ya supiera la respuesta, cosa que ya yo suponía así era.

La mayoría de los doctores tienen un esmoquin decente en el armario, pero seamos claros, no siempre son conocidos por su estilo. Y estilo es todo lo que soy esta noche. Estiro el brazo para ajustar mi corbata de moño, justo para que ella vea el destello de mi reloj y gemelos mientras lo hago.

Para mi sorpresa, ella suelta una risita.

Me congelo de repente, temeroso de tener comida en mi rostro de nuevo.

— ¿Qué?

— ¿Estás… — Se ríe tanto que le es difícil sacar las palabras. — ¿Estás… Presumiendo?

— No estoy presumiendo. — Digo un poco indignado. — Soy Sean Bell, y Sean Bell no presume.

Se cubre la boca con la mano, con sus finos dedos y uñas pintadas de un dorado brillante. — *Estás* presumiendo. — Me acusa a través de sus dedos. Su sonrisa es tan

grande que puedo verla alrededor de su mano, y oh Dios mío, quiero lamer hacia abajo por su estómago y mirar hacia arriba hasta ver esa sonrisa mientras la estoy besando entre sus piernas.

— Sabes, las mujeres usualmente no se ríen así de mí — Digo con una voz de sufrimiento, aunque yo también estoy sonriendo. — Normalmente, ellas se impresionan cuando me pavoneo.

— Yo estoy muy impresionada. — Dice tratando de aparentar seriedad, y expresión de sorpresa, pero no le sale y termina riéndose aún más fuerte. — Realmente impresionada.

— ¿Lo suficientemente impresionada para dejarme traerte una bebida? — Pregunto. Es parte del guion, una respuesta que viene de años de hábito, y no es hasta entonces que caigo en la cuenta de que no sé si tiene la edad legal para tomar alcohol.

— Uh. ¿Puedes beber?

Su sonrisa cae un poco y ella baja su mano a la cintura, donde dibuja líneas abstractas a lo largo de la tela de seda. – Acabo de cumplir los veintiuno la semana pasada.

¿Cuál es la regla? ¿La mitad de mi edad, más siete? Mierda, definitivamente ella es muy, muy joven para mí.

— Entonces puedes beber. — Digo. — Pero el verdadero problema es que yo soy muy mayor para traerte bebidas.

— ¡Oye! — Esa sonrisa de nuevo. Dios. Podría mirar esa deliciosa boca moverse de una pequeña mueca a una gigantesca sonrisa y al revés durante el resto de mi vida.

— Lo que sea excepto vino. — Dice aun sonriendo. — Por favor.

— Ok. — Digo, devolviéndole la sonrisa. Como si fuera un chico al que le acaban de invitar a bailar por primera vez en la fiesta de bachillerato. ¿Qué me pasa? Una bonita chica de veintiún años y mi celebración de la Victoria se ha transformado en una caminata de novato a través de un nuevo territorio. Y yo soy todo menos un novato.

Librería Digital

Aun así, mi corazón está latiendo deprisa y mi polla se revuelve contra mis pantalones mientras voy a buscar una bebida para esta mujer. Aunque sea muy joven. Aunque no la conozca. Aunque se haya reído de mí.

De hecho, creo que me gusta que se haya reído de mí. Normalmente, las mujeres me toman muy, muy en serio, dentro y fuera de la cama, y estoy sorprendido de lo bien que se siente tener que esforzarme por ganar la admiración de esta chica.

Eso es, decido. Esto es lo que quiero: Ganármela aunque sea un poquito.

Tal vez estaría mal llevármela a casa, pero si puedo hacer que se marche esta noche deseando que la hubiera llevado a casa, con eso sería suficiente para mí.

Suficiente para quitarme la espinita.

Le consigo un gin y tonic del bar, pidiéndole al barman que no se pase con la ginebra, y pido otro Scotch, y después regreso a la terraza, aliviado de ver que ella continua allí, mirando pensativa hacia el horizonte con los brazos alrededor de su pecho.

—¿Tienes frio? — Pregunto, preparándome para quitarme la chaqueta del esmoquin y dársela a ella, pero niega con un gesto.

— Estoy bien. — Toma su copa, dándole un cuidadoso trago, y después hace una mueca. — ¿Tiene esta coa algo de ginebra?

— Eres joven. — Digo, un poco a la defensiva. — Tu tolerancia al alcohol es baja.

— ¿Eres así de protector con todas las mujeres que conoces? – Pregunta. — ¿O yo soy especial?

— Tú eres definitivamente especial. — Le suelto esta línea con todo mi encanto y estilo que he reunido a lo largo de los años, agregando mi hoyuelo en la cantidad correcta, y después ella se ríe de mí.

Otra vez.

Suspiro. — ¿No hay ninguna esperanza en absoluto?

Librería Digital

— ¿Para qué no hay esperanza en absoluto?

Tomo un trago de mi escocés, dándole mi mejor cara de cordero degollado. — Para hacer que yo te guste.

Ella toma un trago de su propia bebida y sonríe. — Yo creo que me gustas normal. Pero no necesitas hacerte el chico encantador conmigo.

— Y entonces ¿Qué es lo que funciona contigo?

Ella lo piensa por un momento, y la brisa juega con las puntas de su cabello, haciéndolas mecerse y bailar. Ese extraño sentimiento jala mi pecho de nuevo, como si el juego de su cabello fuera alguna clase de encantamiento, conjurando los recuerdos de vitrales y susurros de plegarias.

— Me gusta la honestidad. — Decide en voz alta. — Intenta la cosa de chico honesto.

— Hmmm — Musito, dando golpecitos con mi dedo contra el vaso de Scotch. — La cosa de chico honesto. No estoy seguro que sea una buena idea.

— Es lo único que funciona para mí. — Me advierte, con una traviesa sonrisa jugueteando entre sus facciones. — Necesito completa honestidad.

— Te propongo una cosa, seré honesto contigo si tú eres honesta conmigo.

Ella extiende su mano. — Trato hecho.

Tomo su mano en la mía para estrecharla, y es cálida y suave. Dejo que mis dedos acaricien su pulso en la muñeca mientras termina el apretón de manos, y me siento gratificado cuando veo que se estremece ligeramente.

— Tú empiezas primero. — Dice quitando su mano. Ella entrecierra sus ojos. — Sin trampas.

— ¿Trampas? *¿Moi*?— pongo mi mano en el corazón como si me hubiera herido con su acusación, aunque en realidad me estoy divirtiendo más que nunca. — Yo jamás haría algo así.

Librería Digital

— Bien. Porque esto solo funciona si realmente lo eres. No lo uses para darme una coqueta frase sobre lo bonita que soy y como te gustaría conocerme mejor.

Mi mano aún está en mi pecho, y dejo caer mi cabeza hacia adelante en franca derrota.

— Me has pillado. — Porque eso era exactamente lo que planeaba decirle, y técnicamente no hubiera sido una trampa. — Aunque esas cosas son también verdaderas — Añado, levantando mis ojos hacia los de ella.

Ella hace un gesto circular con su mano, *si, si, si,* y me vuelve a arquear una ceja. — Di algo que no le dirías a cualquier chica que quisieras meter en tu cama.

— Bien. — Digo, y dejo mi vaso en la repisa junto a nosotros. — Creo que eres más que bonita. Creo que eres jodidamente hermosa, y que no estás impresionada por mí, lo que me hace querer trabajar muy, muy duro para impresionarte. Quiero impresionarte con mi boca… — Doy un paso hacia ella, mis manos seguras en mis bolsillos, así ella puede ver que no voy a tocarla. — … E impresionarte con mis dedos…

Otro paso hacia Adelante, y ella levanta su rostro para poder ver el mío mejor, su boca se abre y sus ojos se agrandan y parpadean. Puedo ver el vulnerable lugar donde su pulso palpita en su garganta, el rápido subir y bajar de su pecho. El apretado bulto de sus pezones contra su vestido de seda. — … Y con cada parte de mi cuerpo.

Estamos tan cerca ahora que mis zapatos se rozan contra el bajo de su vestido, y mantengo la distancia, así como está, sin tocar, sin presionar, sin apretar, solo mis palabras y la electricidad centellando entre nosotros. — Y sí quiero conocerte mejor. Quiero saber si gritas o gimes cuando te vienes, quiero saber si prefieres mi boca o mis manos, quiero saber si te gusta profundo y despacio o rápido y duro.

Ella traga saliva, sus ojos buscando los míos en rápidos y aturdidos movimientos.

— Y ahora mismo puedo ver la V entre tus muslos debajo de ese vestido, y todo lo que quiero hacer es presionar mi polla contra ti. Quiero ver si eres lo suficientemente sensible para hacer que te corras a través de esa tela. quiero ver si puedo lamerte a

través de esa tela. — Bajo mi voz. — Quiero probarte. Tengo tantas ganas de probarte que la tengo dura tan solo de pensarlo. Quiero ver como tu pequeño coño se abre cuando lo separe con mis dedos, quiero saber si tu clítoris se pone duro y gordo cuando lo esté chupando. Quiero que sientas el lugar que mi nariz presiona cuando te estoy lamiendo desde delante… Y desde detrás.

Sus ojos son enormes ahora, café cobrizo alrededor de masivas albercas de negro. — ¿Tú puedes… Puedes hacer eso?

Ladeo mi cabeza un poco, divertido. — ¿Hacer qué?

Sus pies se mueven un poco mientras agacha la mirada. — El, um. Lo de lamerlo. Desde atrás. — Jesús. Ella es joven, pero seguramente ¿No tanto? Veintiuno es más que suficientemente mayor como para encontrar por lo menos un chico que sea decente en la cama. Y oh Dios, ¿Qué dice de mí que esta repentina revelación de inocencia me encienda jodidamente tanto? Que ella no sabe… Que yo podría ser el primero en enseñarle… Mi polla está presionando contra la abertura de mi cierre como si estuviera lista para hacer saltar las costuras, y mi piel se siente caliente, adolorida y tensa. Mi lengua está desesperada por esa textura satinada de su lugar secreto, por su sabor prohibido, y recorro mis dientes con ella, necesitando algún tipo de sensación para calmar la tormenta dentro de mí.

Ella observa mi boca, en trance. La observo observándome.

— Sí. — Digo roncamente. — Si, puedo hacerlo.

—Yo… Esto... — Dice, e incluso en la luz indirecta, puedo ver naciendo un nuevo matiz rozado por debajo de la cálida tonalidad de su piel. — No lo sabía.

Yo puedo demostrártelo, le quiero decir. Déjame llevarte a un balcón solitario. Déjame enseñarte como agarrarte a la barandilla con las manos y presentar tu trasero hacia mí. Déjame enseñarte exactamente como un hombre usa su boca en una mujer por detrás.

Librería Digital

Pero no se lo digo. En lugar de eso, bajo mi cabeza ligeramente, solo lo suficiente para hacer que sus labios se separen aún más, y le murmuro — Tu turno.

Los matices rosados son más pronunciados ahora, esparciéndose a través de la dulce piel de su clavícula y su cuello.

— ¿Mi turno? — Pregunta sin aliento.

— Para ser honesta. ¿Recuerdas?

— Oh. — Ella exhala, parpadeando. — Claro. Honestidad.

— Sin trampas. — Le recuerdo. — Yo fui honesto contigo.

— Sí. — Concuerda conmigo, asintiendo, sus ojos bajan a mi boca de nuevo. — Tú fuiste honesto conmigo.

Le doy un momento, aunque todo lo que quiero hacer es acorralarla contra el cable y rozar mi dolorosa erección contra su vestido de seda. Aunque todo lo que quiero hacer es enterrar mi rostro en su cuello y succionar su sensible piel allí mientras levanto su falda y acuno su calor en la palma de mi mano.

— Ok. Honestidad. — Ella inhala profundamente y levanta la mirada hacia mí. — Quiero que me beses.

— ¿Ahora mismo?

— Ahora mismo. — Confirma. Hay un minúsculo temblor en su voz, y no me gusta. Quiero decir, estoy a solo un paso de ponerme de rodillas y rogarle que me deje ver su coño, pero una mejor parte de mí quiere que ella esté completamente lista y segura. No quiero que finja valentía para que la bese, no quiero que tenga que reunir valentía para nada. Tomo su bebida de sus manos y la pongo junto a mi Scotch en la repisa, después extiendo mi mano para que ella la tome.

—Ella se ve confundida. — ¿No me vas a besar? Pensé… Después de todo lo que dijiste…

— Deseo mucho besarte. Pero ahora mismo puede ser tan largo como queramos hacerlo, ¿Verdad? Tal vez los próximos diez minutos, tal vez los siguientes veinte. Lo

Librería Digital

largo que sea, no quiero apresurarlo. ¿Qué pasa si este es el único beso que puedo tener de ti por el resto de mi vida? Quiero tomarme mi tiempo. Saborearlo.

— Saborearlo. — repite. Y luego asiente, relajándose. — Eso me gusta.

Ella toma mi mano y la guío adentrándonos más en la terraza, donde una carpa fue levantada para cubrir una pista de baile, esperando a la multitud que después de la cena saldrán a bailar y tomar unas copas. Pero ahora está casi vacía, y solo hay un empleado cargando algunas bandejas con copas de champagne y una bocina que hacía sonar la música del sexteto que está en el lobby.

— ¿Qué te parece bailar primero? — Pregunto.

Ella mira alrededor de la tienda, y algo de su anterior seguridad se asoma de nuevo en su expresión.— ¿Estás seguro que eres bueno bailando?

—Soy *excelente* bailando. — digo, provocándola. — Soy probablemente el mejor en el mundo.

— Demuéstralo. — Me reta, así que lo hago. Hago lo que he estado hambriento por hacer desde que la vi, y deslizo mi mano alrededor de su cintura, dejándola reposar sobre sus tentadores hoyitos en su espalda baja de su espalda y luchando contra la urgencia de deslizar mi mano más abajo. Después tiro de ella para tenerla más cerca mientras mi otra mano se ajusta alrededor de la suya.

Ella se estremece de nuevo. Yo sonrío.

No me toma mucho tiempo encontrar el ritmo y precipitarnos en un simple paso doble. Soy un bailarín servicial, una prima pidió que todos los chicos Bell tomáramos clases de baile antes de su boda, y me las he arreglado para sacarle provecho a esa agotadora experiencia en funciones como esta, y me alegra comprobar que la hermosa mujer entre mis brazos parece estar impresionada.

— No eres malo. — admite. Mientras nos movemos alrededor de la pista vacía, la ciudad brillando alrededor de nosotros y las cigarras cantando alegremente, sus ojos encuentran los míos con una mirada que no puedo interpretar. Se siente como mucho,

como si hubiera mucho allí, historia, carga, significado, y casi alcanzo a escuchar los himnos en mi mente, el sabor rancio-dulce de una oblea de comunión en mi lengua.

— Tú tampoco lo haces mal. — Le contesto, pero son solo palabras para marcar una posición, palabras sin significado, palabras para llenar el aire porque el aire ya está lleno de algo espeso, sin nombre y antiguo, y mi corazón y mi interior están respondiendo con una clase de intenso fervor que no he sentido en años. Y eso me asusta. Me asusta y me emociona, y después ella mueve su mano de mi hombro a mi nuca en un gesto tanto tentador como determinado, y se siente importante, se siente adorable, se siente como si mi cuerpo fuera a separarse entre la lujuria y la protección y el velo misterioso de lo que estoy sintiendo ahora mismo.

— ¿Cuál es tu nombre? — Murmuro. Necesito saberlo. Necesito saber su nombre porque no creo que pueda salir de aquí esta noche sin saberlo.

No creo que pueda salir de aquí en absoluto.

Pero algo acerca de mi pregunta hace que su cuerpo se tense, y de repente ella se pone en guardia de nuevo, un cuidadoso caparazón en mis brazos. — Estoy a punto de cambiarlo. — Dice de manera críptica.

— ¿Estás a punto de cambiarlo? — Pregunto. — ¿Cómo… Para protección de testigos o algo así?

Eso la hace reír un poco. — No. Es por mi trabajo.

— ¿Trabajo? ¿Has terminado la Universidad?

— Estoy por empezar mi último año. Pero — Dice duramente. — Una chica puede trabajar e ir a la escuela al mismo tiempo, sabes.

— ¿Pero el tipo de trabajo en donde debes cambiar tu nombre? — Estudio su rostro. — ¿Estas segura que no es para protección de testigos? ¿Súper segura?

— Estoy súper segura. — Dice. — Es solo un trabajo inusual.

— ¿Me vas a contar sobre este trabajo?

Ella ladea su cabeza, pensando. — No. — Decide en voz alta. — No ahora mismo, al menos.

Librería Digital

— No es justo. — La acuso. — Eso era un señuelo y lo sabes. Además, aun no sé cómo llamarte.

— Mary. — Responde después de un momento. — Puedes llamarme Mary.

Le doy una mirada escéptica. — Eso suena falso.

Ella se encoge de hombros, y el movimiento hace que sus dedos se aprieten muy suavemente alrededor de mi cuello, y se siente tan jodidamente bien que quiero ronronear. He estado en la cama con mujeres hermosas, con experiencia, más de una mujer a la vez, y de alguna manera el juego de los dedos de Mary por mi cabello corto en mi nuca es más intenso, más emocionante que cualquier cosa que pueda recordar haber sentido. La acerco un poco más mientras la música se va convirtiendo en un ritmo más suave y melancólico, las cigarras sonando al mismo tiempo que las cuerdas como si se hubieran invitado a ellas mismas al sexteto, fuerte, reconfortante y familiar.

— No había bailado así en años. — Admite Mary mientras nos movemos fácilmente alrededor de la pista.

— Eres muy joven para sonar tan vieja. — Le digo.

Me da una triste sonrisa. — Es verdad.

— ¿Que no has bailado así en años o que eres muy joven para sonar tan vieja?

— Ambas. — Dice ella, todavía con su triste sonrisa. — Ambas son verdad.

La impulso en un pequeño giro, egoístamente queriendo ver como el vuelo de su vestido la envuelve por todo su cuerpo, y cuando lo veo, tengo que contener un gruñido que retumba en mi pecho. Dios, esas caderas. Esa cintura. Esas pequeñas, firmes tetas, sin sujetador y del tamaño de la palma de mi mano que están bajo su vestido. Tiro de ella para regresarla a mí, deslizando mi mano lentamente por su espalda, pasando mis dedos a lo largo de sus tirantes cruzados en su espalda.

Ella se estremece cuando la toco, sus labios se abren y sus párpados son más pesados. Yo bailo más lento, liberando su mano para poder trazar la línea de su mandíbula.

Librería Digital

—Mary. — Murmuro.

— Sean. — Suspira, y ella lo dice como si hubiera estado esperando para decirlo, sin vacilar, sin preocupaciones, sin la usual torpeza de alguien que dice un nombre que acaba de aprender. Y el sonido de mi nombre en sus labios desencadena algo profundo, una necesidad embriagadora, algo familiar y no familiar todo al a vez, como una plegaria cantada en un nuevo idioma.

— ¿Aun quieres ese beso? — Le pregunto en voz baja. Ahora todo en ella parece estar listo, no hay miedo en su rostro, pero quiero asegurarme, quiero que ella desee esto tanto como yo, quiero que ella se queme con la necesidad de mi boca sobre la de ella.

Ella parpadea hacia mí, sus ojos son puro calor líquido, y cuando paso mi dedo por su carnoso labio superior, ella se estremece de nuevo. — Si, lo quiero. — Susurra. — Bésame.

Bajo mi cabeza, jalando su rubor contra mi cuerpo para que cada apretada curva suya se apriete contra mi longitud musculosa, y estoy a punto de reemplazar mi dedo con mi labios, casi a punto de finalmente saborearla, casi a punto de besarla hasta que no se pueda sostener con sus propia piernas… Cuando una discorde barra de aplanada música pop rebota en el aire.

Y entonces de repente Kesha está cantando desde mi bolsillo.

Sí, me gusta Kesha. ¿A quién no? Ella es genial.

— Umm. — Dice Mary.

— Mierda. — Digo, dejándola ir para buscar a tientas mi teléfono, alejándome un paso mientas acepto la llamada y pongo el teléfono en mi oído.

— Sean. — Dice mi padre desde la otra línea. — Estamos en la sala de emergencias.

Sacudo mi brazo impacientemente para quitar el puño de la camisa para ver mi reloj. — Hospital KU?

— Sí.

Librería Digital

— Puedo ver el hospital desde aquí, Estaré allí en diez minutos.

— Ok. — Dice Papá. — Ten cuidado conduciendo al venir… No cambiara nada si te tomas unos cinco minutos más…

Se desvía, perdido, se cómo se siente. Sé exactamente como los pensamientos se nublan y se tropiezan después de la adrenalina de apresurarse para llevar a alguien al hospital.

Cuelgo la llamada y miro a Mary, quien está mordiendo su labio inferior con su frente surcada de preocupación. — ¿Está todo bien? — Pregunta.

Paso mi mano sobre mi rostro, de repente sintiéndome muy, muy cansado. — Ugh, la verdad es que no. Me tengo que ir.

— Oh. — Pero, aunque parece decepcionada, no se ve molesta por mi abrupto alejamiento, como algunas mujeres estarían. Si acaso, su expresión es… Bueno, es educada. Sus ojos son cálidos y preocupados y sus labios son jalados a una pequeña mueca que por siempre lamentare no poder besar para quitarla de su rostro.

— Si fueras mayor, te pediría tu teléfono. — Murmuro. — Y me aseguraría de que terminásemos esto.

— No podríamos. — Dice, mirando hacia otro lado, algo vulnerable y muy joven en su rostro, y joder si no jala cada rincón de mi lujuria y también la intensa y bizarra protección que siento hacia ella. — Esto es algo así como mi última noche de libertad. — Ella aclara. — Al menos por un tiempo.

¿Última noche? Y luego recuerdo que es agosto, ella es una estudiante, y ella parece ser el tipo de mujer que toma sus estudios seriamente.

— Claro. El semestre inicia pronto.

Ella abre su boca, como si estuviera a punto de decir algo, corregirme tal vez, pero después aprieta sus labios juntos y simplemente asiente.

Tomo su mano y levanto la parte de atrás hacia mis labios. No estaría bien tomar un beso de verdad antes de irme, algo acerca de eso resulta sórdido, hasta para mí, pero

esto, bueno, puedo resistir esto. El sedoso roce de su piel contra mis labios, el olor de algo ligero y floral. Rosas, tal vez.

Maldición.

Maldición.

Ahora caigo en la cuenta realmente de que esta pueda ser la última vez que vuelva a ver a esta mujer, la única mujer que he conocido en años a la que desesperadamente quiero ver más, y no hay nada que yo pueda hacer. Ella es muy joven y no me está ofreciendo ninguna forma de contactarla, y yo tengo que salir de aquí y llegar al hospital.

Dejo caer su mano con más renuencia de la que nunca he sentido sobre ninguna otra cosa en mi vida y doy un paso hacia atrás.

— Fue un placer conocerte Mary.

Su expresión es de conflicto mientras dice. — Fue un placer conocerte también Sean.

Me volteo, sintiendo que algo cae en mi estómago, como si mi cuerpo estuviera atado al de ella y rogara que regresara, pero mi mente y mi corazón ya están corriendo hacia al hospital. Hacia la sala de emergencias que conozco demasiado bien.

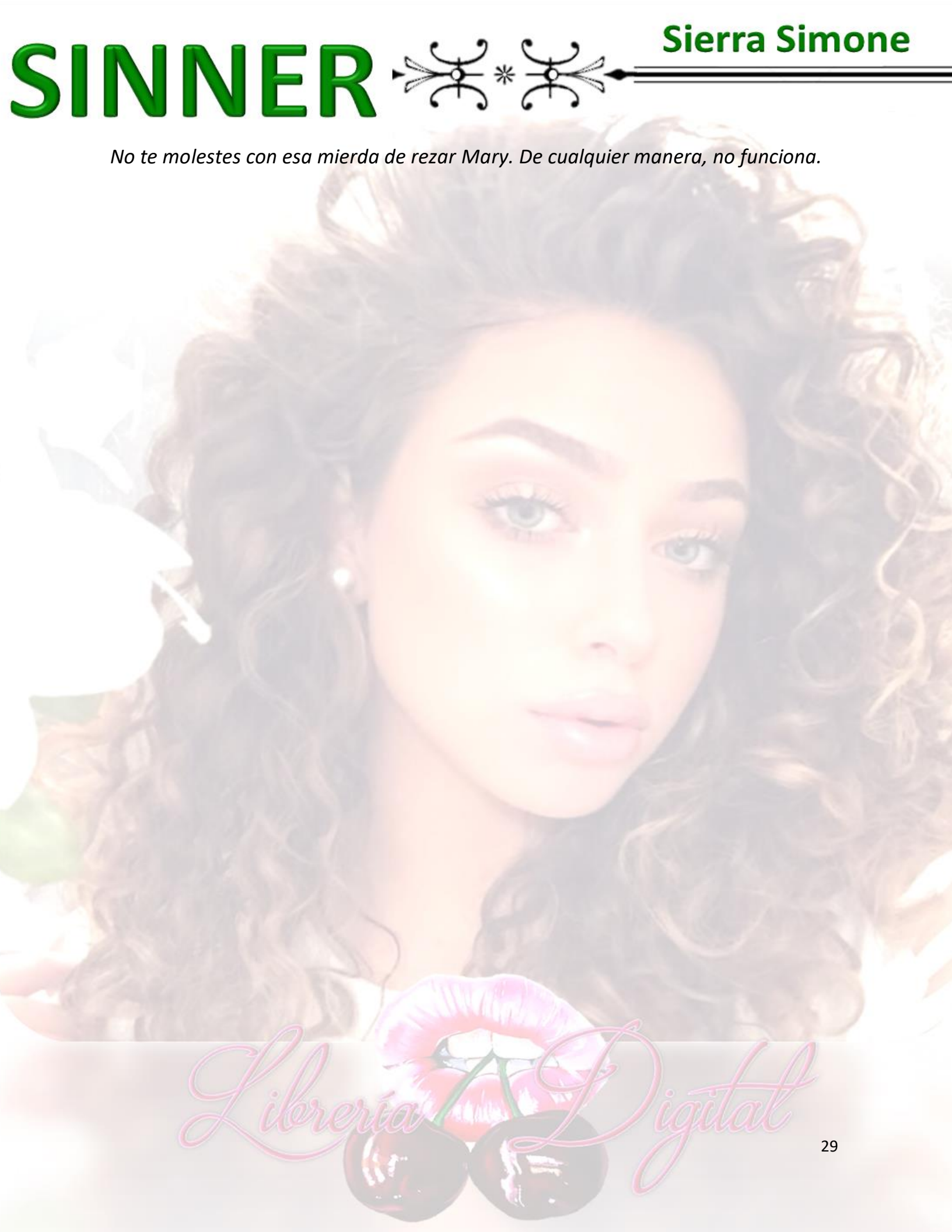
— Lo que sea que sea. — Dice Mary detrás de mí. — Rezaré por ti.

Miro sobre mi hombro, sola en la pista de baile, rodeada por las luces de la ciudad, cubierta de seda, su rostro, esa intrigante combinación de sabiduría y juventud, confianza y vulnerabilidad. La grabo en mi mente, cada línea de ella y después digo — Gracias. — Y la dejo con sus luces brillantes e implacables cigarras.

No digo lo que realmente quiero decir mientras me voy, pero lo estoy pensando todo el camino hacia el stand del valet parking, amargamente repitiéndolo en mi mente mientras tomo el camino hacia el hospital.

Librería Digital

No te molestes con esa mierda de rezar Mary. De cualquier manera, no funciona.



Librería Digital

Capítulo 2

SOLÍA creer en Dios como si creyera en el cáncer. Quiero decir, sabía que ambos existían en una clase de distante, sentido académico, pero eran conceptos que se aplicaban a otras personas; ellos eran personalmente irrelevantes a la vida de Sean Bell.

Entonces, el cáncer desgarró a mi familia con viento, cuchillos y dientes, enorme y masivo, y dejó de ser académico, dejó de ser distante. Se convirtió en real y terrible, más vengador y omnipresente que cualquier deidad, y nuestras vidas se reorientaron alrededor de sus rituales, su comunión de paletas de morfina y medicamentos anti nauseas, sus himnos de vaporizadores y televisión diurna.

Fuimos bautizados en la Iglesia del cáncer, y yo era tan entusiasta como cualquier recién convertido, yendo a todas las citas médicas, investigando cada nueva opción, usando cada conexión que tenía en esta ciudad para asegurarme que mi madre recibiera lo mejor de todo.

Así que sí. Creo en el cáncer ahora.

Es demasiado tarde para que yo crea en Dios.

Entro al estacionamiento del hospital, estaciono el Audi, y troto a través de las puertas de la sala de emergencias, ignorando las miradas que atrae mi smoking. Voy derecho al escritorio, y junto mi suerte, está allí una enfermera con la que folle hace algunas semanas atrás durante la última visita de mi madre al hospital. Mackenzie o Makayla o McKenna o algo así. Su boca se tuerce en una sonrisa amargada cuando me ve, y sé que me lo merezco.

—Bueno, si no es más que Sean Bell — dice inclinando su cabeza hacia arriba y entrecerrando sus ojos al mismo tiempo. Estoy súbitamente agradecido por la barrera de vidrio entre nosotros, de otra manera creo que estaría en peligro de ser lastimado

físicamente. Para mí, fue una desesperada, necesitado escape robado durante las largas horas en la sala de espera, una distracción momentánea con un bonito cuerpo disponible, pero dejó muy claro después de que me dio su número de teléfono y su horario que para ella si fue más que solo un escape.

—Oye, mi mamá está aquí y necesito verla. Es Carolyn Bell, y creo que llego hace muy poco.

La enfermera con el nombre con M me da un despacio e insolente parpadeo y después más despacio se voltea para ver la pantalla de la computadora. *Click* se escucha una presión irritada de su dedo sobre el mouse. *Click. Click.*

Maldita sea.

Me cago en la puta. Si se moviese más despacio, sería un cuadro. Una estatua. ¿No existe algún tipo de jodida regla acerca de que las enfermeras hagan su trabajo sin importar los polvos anteriores que estuvieran involucrados? ¿Seguramente esté quebrando algún tipo de juramento de enfermeras? Hay una parte de mí que quiere hacer las cosas al estilo Sean Bell con ella, utilizar mi encanto o amenazas para acabar con esto, pero ambas cosas toman tiempo y no dispongo de él.

Mira, disculpa que no te llamara —dije.

Ella ni siquiera voltea a verme. —Claro.

Ooooook. Mi cuerpo entero está gritándome que llegue hasta dónde está mi madre, mi pecho sigue oprimido con los recuerdos de una chica que pretende llamarse Mary, y ahora tengo a una enfurecida enfermera entre mí y el lugar hasta donde tengo que llegar, y este es exactamente el porque me he mantenido alejado de enredos toda mi jodida vida.

Los sentimientos y Follar no se mezclan, y Mackenzie/Makayla/McKenna es la prueba viviente de mi teoría.

Honestidad, la voz de Mary hizo eco en mis recuerdos. *Inténtalo con la cosa el chico honesto.*

Librería Digital

Dejo escapar un largo y silencioso suspiro, sabiendo que necesito arreglar esto de alguna manera. *Mamá es más importante que tu orgullo, cabrón. Solo discúlpate de verdad para que puedas llegar a ella.*

— Mira. — Digo inclinándome hacia ella para que pueda bajar mi voz y excusar al resto de la sala de espera de mi humillación. — Tienes razón. Estuvo jodido de mi parte que tomara tu número y no tuviera planeado llamarte, y fue aún más jodido de mi parte follarte sin poner en claro que un polvo era lo único que buscaba. Te merecías algo mejor que eso, y lo siento.

La enfermera no se suavizo, exactamente, pero el click en su mouse se acelero un poco, y finalmente me mira. — Habitación trece. — Dice con una plana amargura en su voz ligeramente menos afilada ahora. — A través de esas puertas y a la izquierda.

— Gracias — digo.

— Y solo para que sepas. — Dijo aun mirándome. — Tratas a las mujeres como una mierda. Si te queda algo de decencia dentro de ti, le ahorraras un dolor de cabeza a la siguiente mujer que conozcas.

— Lo tomaré en consideración. — Miento, y luego camino hacia la habitación de mamá, mis zapatos de vestir rebotando en los reflejos de las baratas luces del hospital a través de las paredes mientras avanzo.

DOS HORAS DESPÚES, estoy en la sala de espera de cirugías con mi teléfono presionado en mi oído. Estoy solo porque envié a papá a casa a tomar algunas cosas para mamá, y gracias a Dios me escucho cuando se lo pedí.

¿La primera lección del catecismo en la Iglesia de Cáncer? *Darle a papá algo que hacer.* La espera, la borrosa incertidumbre, las horas de no hacer nada, todo esto solo amplifica su miedo e inquietud, y eventualmente se vuelve un desastre y no es de ayuda para nadie. Pero mientras se sienta útil, bueno… Entonces, estará bien. Y no nos estará estresando a mamá y a mí.

Librería Digital

Segunda lección de catecismo, los hilos de texto son sagrados. Después lidiar con papá, informé al resto de la familia, y ahora estoy en la sala de espera hablando con mi hermano Tyler.

—Pensé que ya habían arreglado la obstrucción del intestino. —Dice con una voz cansada. Miro mi reloj, casi media noche en la Costa Este, y conociendo a mi hermano y su esposa Poppy, estoy seguro que estuvieron follando como conejos toda la noche.

Bastardos suertudos.

—Hace semanas fue solo una obstrucción parcial. —Explico, y luego froto mi frente con el talón de la palma de mi mano porque algunas veces siento que mi vida entera ha sido reducida a contar una y otra vez estas resumidas narrativas médicas. —Ellos solo la mantuvieron hidratada y cómoda. Pensaron que la cosa se resolvería por si sola.

—Bueno, obviamente no. —Dice Tyler impacientemente, y mientras yo estaba de acuerdo con él, también devolví el ataque con una oleada de impaciencia propia. Porque el jodidamente no está aquí; él está en la tierra del Ivy League publicando sus memorias en best Sellers y follándose a su caliente esposa, y no ha tenido que pasar los últimos ocho meses escuchando a doctores y negociando con las empresas de seguros y aprendiendo como limpiar las líneas picc. *Yo* soy el que me he encargado de todo eso. Yo soy el que ha soportado el esfuerzo de la enfermedad de mamá y el estrés de papá, porque Tyler está muy lejos y Ryan es demasiado joven y Aiden nunca aparece y Lizzy está demasiado muerta.

Mierda.

Mis parpados queman por un momento y odio esto, odio el sentimiento de impotencia, de culpa y pérdida, y lucho contra esto. No pude salvar a Lizzy, pero si puedo salvar a mamá y maldita sea, lo haré.

—Ellos piensan que es posible que haya empeorado o que se esté complicando por el tratamiento de radiación que tuvo hace dos días. —Digo una vez que retomo el

Librería Digital

control de mis estúpidos sentimientos. — Es una obstrucción total, así que ahora están haciéndole una cirugía y según dicen están muy optimistas.

Tyler deja salir un suspiro largo. — Debería regresar a casa.

La pregunta del millón, siempre. ¿Qué pasaría si este fuera *el* momento? ¿Qué pasaría si este fuera el momento en que todo se sumiera en una espiral, fuera de control, que todo desembocara en una sombría certidumbre? Tyler tenía solo diecisiete años cuando encontró el cuerpo de nuestra hermana colgado en el garage, y supe que ese momento lo marcó tanto como al resto de nosotros -tal vez hasta más- y luego paso todos esos años sirviendo a un vacío, ausente dios, en una clase de inútil redención. No me cabe duda que el pensar en perderse los últimos momentos de mamá lo perseguirían aún más que no haber sido capaz de detener a Lizzy, simplemente porque con Lizzy no hubo manera de saber que eso iba a suceder. Pero con mamá, la inevitable muerte se hace más clara cada día que pasa. Todos sabemos los que va a suceder.

Alto, me ordeno a mí mismo con fastidio. *Nada es jodidamente inevitable.*

Nada.

— Si quieres venir a verla lo entiendo, pero ella está bien en este momento. Es solo una laparoscopia, y se habrá acabado en cualquier momento.

Tyler se queda en silencio por un momento, y sé lo que está haciendo, sé la facilidad con que sus pensamientos derivan en culpa y vergüenza.

— Mira campanilla. — Agrego sabiendo que el sobrenombre lo vuelve loco — Nadie te culpa por hacer tu vida en otro estado. Mamá esta súper orgullosa de lo que sea que estés haciendo…

— Escribiendo libros — dice Tyler secamente.

— Y lo que sea lo que Poppy hace en Manhattan…

— Una empresa no lucrativa de arte. ¿Me escuchas cuando te hablo?

Librería Digital

—Claro que no. Así que no te sientas culpable por no estar aquí, ¿Ok? Si honestamente pensara que fuera el momento para que volaras hacia acá, te compraría el jodido boleto yo mismo. Pero no es el momento.

—Me preocupa que no seas capaz de admitirte a ti mismo cuando sea el momento.— Dice Tyler cuidadosamente. —Mucho menos decírmelo.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? —Se hace una pausa, y sé que Tyler está pensando sus palabras, lo que me molesta aún más.— No necesito que te andes por las ramas conmigo. —Estallo. —Solo di lo que tengas que decir.

—Bien, — Dice, y me complace escuchar cómo su tono también se ha vuelto un poco brusco. —Pienso que no has aceptado el hecho que mamá va a morir.

—Todos vamos a morir, niño. ¿O ya se te olvido esa parte de ser sacerdote?

—Sean en serio. Yo sé que piensas que esto se reduce a tener los mejores médicos, los mejores tratamientos, la mayor cantidad de dinero, pero esas cosas podrían no cambiar nada. Lo entiendes ¿Verdad? ¿Que no puedes controlar lo que pase después?

No respondo. No puedo. Mi mano está apretando el teléfono tan fuerte que puedo sentir las orillas del vidrio presionando contra los huesos de mis dedos.

—No hay agenda para la vida, no hay itinerario, no hay plan estratégico. —Continúa Tyler. —Todo puede ir perfectamente… Hasta que se tuerce, y no hay nada que podamos hacer para cambiarlo. No hay nada que tú puedas hacer para cambiarlo. ¿Es que no lo ves?

—Veo que tú ya te rendiste con mamá, y ni siquiera estas jodidamente aquí para realmente saber cómo está.

—Está bien sentirse enojado. —Me dice Tyler tranquilamente. —Y perdido.

—No hagas esa mierda de sacerdote conmigo, — Siseo caminando por la habitación, deseando que estuviera aquí, porque lo golpearía, lo golpearía justo en su puta boca de sabelotodo. —Tú no eres mi jodido sacerdote Tyler. Tú ni siquiera eres sacerdote.

—Tal vez no. — responde con calma. — Pero sigo siendo tu hermano. Y aun te amo. Y Dios aun te ama.

Librería Digital

Yo bufo. — Entonces El necesita intentar hacer las malditas cosas con más ganas.

—Sean…

—Tengo que irme. Le dije a Aiden que lo llamaría.

Y después cuelgo antes de que Tyler pueda contestar, lo cual es un movimiento mezquino lo sé, pero él se portó como un cretino primero, metiendo al jodido Dios en la conversación. Un dios en el que no creo, un dios que odio, un dios que dejó que un sacerdote lastimara a mi hermana una y otra vez, y luego en lugar de consolarla, dejo que amarrara un nudo alrededor de su cuello de diecinueve años para escapar de su dolor. Un dios que está ahora matando a mi madre en la más lenta y más inhumana manera posible.

A la mierda Tyler y a la mierda su Dios, no necesito a ninguno de los dos y tampoco los necesita mamá.

— Sr. Bell?

Miro hacia arriba a alguien de pie en la Puerta con una bata.

— ¿Sí? — digo con voz ronca.

— Su madre está en post operatorio ahora, y está durmiendo, pero está muy bien. ¿Le gustaría venir y sentarse con ella?

— Claro. — Y voy con mi madre, dejando todos los sermones de Tyler y mi enojo contra Dios atrás, sabiendo que estarán esperándome cuando regrese.

Librería Digital

Capítulo 3

HARRY VALDMAN ES UN BASTARDO EGOÍSTA, ambicioso que engaña a su esposa, ignora a sus hijos y rutinariamente estafa a la gente que trabaja arduamente ganando su dinero, pero como jefe es bastante decente. Mientras le traiga mucho dinero, a él no le importa que haga o que tanto este en la oficina, lo cual ha sido de inmensa ayuda en los últimos ocho meses desde que mamá fue diagnosticada y me volví un Hijo de Lideres contra el Cáncer. Aún he estado haciendo grandes negocios, con incluso más grandes clientes de izquierda a derecha, aunque haya estado haciendo casi todo mi trabajo desde varias salas de infusión.

Así que asumo que no será un problema cuando dejo un mensaje con su secretario de que no podré ir a la oficina este día, pero entonces me llega una llamada de su secretario Trent de inmediato.

— Buenos días, Sr. Bell. — Trent el secretario se escucha un poco nervioso. — El Sr. Valdman dice que lo quiere en su oficina lo más pronto posible. Algo grande ha surgido y es una emergencia.

Miro al otro lado de la habitación donde mi mamá duerme pacíficamente, rodeada por varios postes y cables y bolsas y pantallas.

Suspiro. — Mi madre está en el hospital en este momento. ¿Hay alguna manera de que pueda esperar?

— Espere un momento, preguntaré. — Dice Trent y escucho los tonos del piano eléctrico de una canción de Liszt mientras me pone en espera. Entonces Trent regresa.— Uh ¿Sr. Bell? Lo siento mucho, pero el Sr. Valdman dice que realmente necesita verlo de inmediato y que no puede esperar. ¿Debo decirle que está usted en camino?

Librería Digital

— Mierda. — Murmuro, pasando una mano por mi rostro sin afeitar. Miro mi arrugado esmoquin. — Sí, estoy en camino. Tengo que pasar a mi casa para cambiarme, después voy para allá.

— Sí, señor. Yo se lo hare saber.

Joder, maldita sea.

Cuelgo y me levanto, reacio a dejar sola a mamá. Hice que papá fuera a trabajar, él es gerente en un almacén de una pequeña empresa de plomería, y su jefe no está dispuesto a perdonar que papá falte por ningún motivo, incluso si se trata de que su esposa está enferma, y Ryan está en Lawrence, estableciéndose en su nuevo alojamiento fuera del campus. Aiden está en el trabajo. Y obviamente Tyler no está aquí.

Beso la frente fría de mamá y ella se remueve, pero no se despierta. Encuentro a una enfermera y le explico que debo ir a trabajar, pero que me llame si hay la menor señal de que algo va mal, y después procedo a dejarle el número de teléfono de cada persona en la que puedo pensar que debe contactar en caso de que no pueda comunicarse conmigo, aunque sí podrá contactarme. Valdman entenderá si tengo que salir de nuestra junta de repente, estoy seguro.

Mayormente seguro.

Como, la mitad de Seguro.

Mierda, tal vez no estoy nada seguro. Pienso todo esto mientras llego a mi coche y me apresuro a mi departamento, dando golpecitos con mis dedos en el volante con ansiedad. Es legítimamente la primera vez que cuidar a mamá ha sido un problema con mi trabajo, y tengo que admitir que, aun sabiendo que Valdman es un cabrón, estoy sorprendido de que haya insistido que fuera ahora. Trent dijo que era una emergencia, pero ¿qué jodida emergencia de inversión es más importante que una emergencia quirúrgica de mi propia madre?

Y después me siento un idiota, porque no he conseguido las cantidades de dinero que he ganado,haciéndome ese tipo de preguntas. Siempre, *siempre* he puesto el

trabajo primero, al menos antes de la enfermedad de mi madre. Y aún después, he hecho lo mejor posible para darle a esta firma cada parte de mí que no esté atada por las responsabilidades de quimio-chofer y visitas a la farmacia. Si Valdman dice que es una maldita emergencia, entonces le creo y necesito arreglarlo, lo que quiera que sea.

Pero Jesús, en serio. ¿Qué podría ser?

Llego a mi casa, tomo la ducha más rápida del mundo y salto en un traje limpio sin molestarme en afeitarme. No voy a ver a ningún cliente de todos modos, así que no pasa nada, aunque la extraña sensación de rasgado en la tela de mi limpio cuello de camisa me distrae. Me siento desaliñado, y cuando miro en el Espejo para revisar que el nudo de mi corbata este hecho, al hombre asqueroso y desaliñado que me mira en el reflejo.

Bueno, no se puede evitar. Fue una jodida larga noche, y no de las buenas… excepto por la parte con Mary, porque podría pasar mil noches largas con ella.

Lo que quiere decir que me iré derecho al infierno.

Hombres de treinta y seis años como yo no deben desear ver el coño de estudiantes universitarias. Queriendo lamer y frotar hasta que esté mojada y gimiendo, queriendo abrir sus piernas y montarla. Queriendo follarla,embestirla y restregarme contra ella hasta que se corra tantas veces debajo de mí que olvide su nombre- y su nombre falso. Y ahora la tengo dura, genial,*jodidamente genial.*

Tiro todas mis cosas dentro de un saco de piel y salgo a toda prisa a encontrarme con mi jefe, con mi maldita erección. Dios sabe que se bajará en el momento en que entre a su oficina.

ROSÁCEA DECORA las mejillas de Valdman como manchas rojas con forma de araña y me encuentro mirando los capilares y venas rotas mientras habla, preguntándome si todos los tipos blancos y ricos terminan con gota y alcohólicos, y qué necesito hacer para evitar llegar a tener el look de Enrique VIII. Dejar de beber probablemente, aunque si como mucha col, y eso se siente como que debería contar para algo.

Él ha estado despotricando desde que llegué y me senté hace unos cuantos minutos, y aun no tengo la menor idea de que es lo que estál.

— *Jodidos*, Sean, estamos jodidos, y ya escuché a dos de nuestros clientes quejarse acerca de los malos comunicados de prensa. ¡Y las noticias, Jesús, no creerías a esos buitres! Ellos han estado llamando a todo el mundo, hasta a los malditos internos.

Me fuerzo a mí mismo a quitar mis ojos de sus mejillas. — Si me dices que ha pasado, lo arreglaré. Lo prometo.

Valdman se levanta de un tirón de su silla y llega al bar de globo terráqueo que tiene a un lado de su escritorio. — ¿Quieres un trago? — Pregunta, ya hurgando por un vaso y la licorera del Scotch.

Discretamente miro al reloj. Solo son un poco más de las nueve de la mañana.

— Estoy bien. — Me niego cautelosamente. — Ahora, Señor, sobre lo que sea que haya pasado.

— Cierto, cierto. — Murmura, tomando un trago y después dejando la licorera de Scotch sobre el escritorio entre nosotros. — El negocio Keegan.

Estoy honestamente confundido. — ¿El negocio Keegan señor?

Valdman parpadea hacia a mí con ojos inyectados de sangre, y toma otro trago. Esperando a que yo diga algo.

Pero ¿qué es lo que tengo que decir? — Cada parte de ese negocio pasó por el departamento legal por lo menos dos veces. — Le ofrezco yo, escarbando mi cerebro, intentando pensar en inconvenientes potenciales que pudieran poner a Valdman en apoplejía. Pero no hubo *ninguno en realidad*. Jodidamente ninguno. Fue un buen negocio. — Cada contingencia se preparó, cada clausula se examinó, cada código postal e impuesto de venta se justificó y referenció y se llegó a un acuerdo. Y si tuvimos que solicitar una aprobación especial del ayuntamiento, pero eso se hizo y fue más fácil de lo que pudimos haber planeado. Y después lo enviamos a través de

Librería Digital

nuestro departamento legal, después de que el departamento legal de Keegan lo revisara también. No hay nada de ilegal o no ético allí, se lo prometo señor.

Valdman gruñe. — Ilegal, tal vez no. ¿Pero poco ético? ¿Estás seguro de eso?

Lo miro fijamente. Sé que estoy hecho un desastre por el cansancio y el estrés, sé que estoy exhausto por las pasadas 4 semanas de desvelos y levantarme temprano tratando de pasar este negocio al contrato , pero mi mente siempre ha trabajado mejor cuando es presionada de esta manera, así que sé que estoy genuinamente perplejo. Digo, seré el primero en admitir que en el pasado he revisado algunos contratados que rayan los límites de las barreras morales, el mejor dinero se hace en las fronteras de la moralidad después de todo, pero no hubo ni siquiera una pizca de eso en el negocio Keegan. Ni rastro de nada sospechoso o baboso. Solo algunos viejos edificios de ladrillo que se convertirán en centros nuevos y brillantes de ganancias. Carajo, hasta como ciudadano creo que es un buen negocio.

Valdman finalmente se da cuenta que no tengo la menor idea de lo que quiere decirme, y baja su vaso con un ruido irritante. — El hombre que está vendiendo la propiedad ¿Ernest Ealey? ¿Alguna vez menciono algo de un arrendamiento? ¿Inquilinos?

Pregunta fácil. — Ni siquiera una vez. — Digo firmemente. — Y sacamos cada acuerdo que haya estado relacionado a esos tres edificios en los pasados cuarenta años. Sin arrendamientos actuales, sin gravámenes, sin mierda sorpresa del registro histórico. Es una propiedad limpia, señor, lo prometo.

— Estás equivocado. — Me dice mi jefe. — Porque hay un arrendamiento, y hay inquilinos.

Niego con mi cabeza. — No, lo revisamos…

— Ealey te mintió, hijo, o simplemente lo olvido porque su acuerdo de palabra se hizo hace veinte años.

— Si no se dio a conocer.

Librería Digital

— No me interesa la jodida revelación en estos momentos. — Dice Valdman. — Me importan los jodidos periódicos respirando justo en mi cuello.

— Lo siento, señor, aun no entiendo porque la prensa se interesaría por inquilinos al azar.

— Monjas, Sean, — Valdman interrumpe. — Son jodidas monjas. — De todas las palabras que pudo haber dicho, la palabra monjas era probablemente la que estuviera mucho más abajo en la lista de posibilidades y yo aún me estoy preguntando a mí mismo si lo escuché correctamente cuando el continúa. — Ellas tienen un albergue con cocina allí, y en el último año, ellas lo han utilizado como un lugar para víctimas de tráfico humano.

Monjas. Albergue.

Victimas de tráfico humano.

Parpadeo.

Y parpadeo.

Porque… Esto es malo.

— El viejo Ernest Ealey no pudo vender esos edificios durante años, así que los rentó a las monjas por un dólar al año para eliminar los impuestos.

— Un dólar al año. — Repito.

Mierda, esto es tan malo.

Valdman me valora con perspicacia sobre un trago de su Scotch. — Veo que finalmente estas entendiendo la extensión de este maldito problema.

Oh, sí, claro, y aquí esta: No importa que tan legal y honesto el presente negocio sea. Porque la *historia* es que una promotora de fuera del estado está echando a un grupo de dulces y bien intencionadasas monjas del lugar en donde ellas hacen el bien.

La historia será que un lugar de caridad será destruido y transformado a un templo de consumismo y avaricia. La historia es que estas pequeñas Viejas monjas, demonios, puedo verlas en las noticias ahora, con sus pequeñas espinillas y rostros arrugados y adorables, solo quieren alimentar y vestir a los pobres, y los grandes y malos millonarios están castigándolas y a los necesitados de la ciudad solo para ganar dinero fácil.

Joder, joder, joder. ¿Cómo es posible que no haya visto esto?

Paso una mano por mi cabello y lo jalo por un minuto, usando el dolor para enfocarme. — ¿Quieres que encuentre la manera de cancelar este negocio?

— Maldición, no. — Valdman se burla. — ¿Sabes cuánto dinero estamos haciendo con él?

Por supuesto que jodidamente lo sé, pero no digo eso.

Mi jefe se inclina, tocando la parte superior de su escritorio para hacer énfasis. — No, está en los mejores intereses de Keegan y de Ealey avanzar, por no mencionar las ventajas para nosotros. Conserva el negocio, pero arregla esto. Arregla nuestra imagen.

— ¿Señor?

— Ya me escuchaste. — Él ladra. — Las relaciones públicas son el verdadero problema, no el negocio, así que arregla las relaciones públicas.

Yo, realmente no sé qué decir. — Señor, yo no sé ni mierda de relaciones públicas.

— No, pero tú hiciste el negocio, así que es mejor si tú eres al que la prensa vea. Además tú no eres de mal ver, niño. Haces que el resto de nosotros nos veamos bien.

Yo ya estoy meneando mi cabeza. — Señor, por favor.

— Está hecho, Sean. Ya le pedí a Trent que localice a las monjas…

— ¿Usted *qué?*

Librería Digital

— Y ellas van a enviar su jefe o lo que sea para que se reúna contigo, pero supongo que una de las hermanas está enferma, así que enviaran a una monja interna a reunirse contigo.

— ¿Una monja interna?

Valdman me mira impaciente. — Ya sabes, como que aún no es una monja, pero es una monja en entrenamiento o algo. No lo sé, tú eres el que tiene un hermano que es sacerdote, ¿verdad?

— Postulante. — Digo, sorprendido de que aún se esa palabra. — Ella debe ser una postulante. – Y después agrego — Y él ya no es sacerdote.

El frunce su ceño. — Pero eso debe significar que toda tu familia es católica, ¿Verdad? ¿Qué tu eres católico?

— *Lo eran*, y no he sido católico desde la Universidad. — digo, y algo en el tono de mi voz hacer que Valdman no diga nada más sobre el tema.

— Ah, ok. Bueno, de cualquier manera, la monja de prácticas se ofreció a venir aquí, pero creo que será mejor que tú vayas a ella. Hace una mejor primera impresión. Ella está esperando verte alrededor de las diez en el albergue.

Miro de reojo mi reloj, en treinta minutos desde ahora estaré estrechando la mano de una monja. ¿Qué demonios le paso a mi día? — ¿Cuál es el nombre de la postulante? — Pregunto mientas me levanto. Sera mejor entrar conociendo la mayor cantidad de información posible.

Valdman mira de reojo la pantalla de su computadora. — Um, es Iverson.

Mi sangre sube un grado de temperatura.

Relájate, Sean. Probablemente debe haber muchos católicos con el apellido Iverson en Kansas City.

Valdman entrecierra sus ojos a las notas que Trent el secretario le dejo en un memo. — Zenobia. — Pronuncia. — Zenobia Iverson.

— Zenny. — Lo corrijo automáticamente.

Valdman me mira a mí. — ¿Perdón?

Aliso mi chaqueta del traje y tomo mi portafolio. Mi sangre se calienta con algo entre ansiedad y alivio. — Es Zenny. Ella odia el nombre de Zenobia.

— ¿Tú… Conoces a esta monja en prácticas?

— Postulante. Y si, la conozco.

— Bueno, no sé qué tan bien te conoce a ti. Ella fue la que filtro la historia a la prensa ayer, con tu nombre incluido.

Esto no hace nada para calmar mis latidos. — Oh.

Valdman inclina su cabeza hacia mí. — ¿Cómo dices que la conoces?

Yo respondo mientras voy cruzando la Puerta. — Ella es la hermana pequeña de mi mejor amigo.

— Cuidado hijo. — Me llama. — Recuerda que el negocio viene primero.

Como si tuviera algún problema para recordarlo. Me despido con la mano mientras doy vuelta a la esquina en el pasillo, reviso mi teléfono para asegurarme que no tenga llamadas perdidas del hospital, y luego me dirijo a encontrar a la hermana pequeña de Elijah y la engatuso para que cancele el comunicado con los perros de la prensa.

Sencillo, ¿Verdad?

Librería Digital

Capítulo 4

OKAY, no es tan fácil. Cuando me monto en el coche, mi cabeza empieza a desmenuzarlo todo, tengo que dejar de pensar en Keegan y en la prensa para poder… procesarlo.

¿La pequeña Zenny es monja?

¿La pequeña Zenny es la monja que ha reportado mi firma financiera a la prensa?

Mi cabeza está hecha un lío mientras conduzco mi Audi hacia la propiedad de Keegan para quedar con Zenny. Zenny la postulante. Zenny la que pronto será monja. Llamo a Elijah y me sale el buzón de voz, así que tiro el teléfono al asiento del copiloto resoplando, tratando de recordar si me había mencionado algo acerca de que su hermana se iba a unir a una orden religiosa.

Con desasosiego, me doy cuenta de que no hablamos mucho de nuestras familias; es una cosa mutua, para no recordar nada que tenga que ver con la división Iverson-Bell del 2003. Ni siquiera le dije que mamá está enferma hasta que se enteró por su padre.

Y nunca me había molestado el no hablar de nuestras familias, pero que Zenny se convierta en monja creo que es algo que tenía que haber sabido, al menos por boca de Elijah. Sus padres se han mostrado amables y comprensivos desde que salió del armario, aunque sé que en silencio tuvo que darse contra un muro de incomodidad por parte del Catolicismo por ser gay. Lo que sus padres sí dijeron era que querían tener nietos. Elijah no ha dejado que eso lo moleste, o quizás simplemente no lo haya demostrado, no lo sé, no éramos muy buenos para hablar de esas tonterías, pero parte de lo que apaciguó a sus padres fue el saber que Zenny aún podía darles nietos.

Y ahora se está haciendo monja.

Librería Digital

Espero que esto no haga las cosas más difíciles para Elijah. Decido preguntarle cuando me devuelva la llamada.

Aparco en la calle fuera de la propiedad, dejando mi coche alemán a regañadientes y me pongo en camino, tengo que husmear por viejos edificios de cinco y seis plantas hasta encontrar una puerta de metal marcada solamente con una cruz y un número de teléfono local. No está cerrada con llave así que entro y camino por el terrible suelo de linóleo que me dirige hacia unas escaleras mal iluminadas que dan hacia la parte de arriba, y ahí encuentro una puerta marcada con un letrero que dice *Sirvientes del buen pastor de Kansas City* que me guía hasta una improvisada sala de espera. También con suelo de linóleo, decorada con sillas rojas creando un círculo, que definitivamente fueron rescatadas de una bolera de los años 80 o algo así, y cestas de juguetes desgastados esparcidos por todos lados. Hay una planta de plástico polvorienta en una esquina, y en alguna parte, de manera inapropiada, Bruno Mars canta una canción sobre Versace por el suelo.

Sexo y dinero, es lo primero que se te viene a la cabeza cuando piensas en monjas, ¿Verdad?

Hago sonar el timbre naranja que se encuentra en la recepción vacía y espero.

Me pregunto cómo se verá Zenny después de todos estos años. No recuerdo haber visto fotos de ella rondando por ahí, pero no me sorprende. Elijah siempre decía que estaba muy quemado de estar en las redes sociales cuando se encargaba de las publicaciones del museo como para actualizar sus cuentas personales, y sinceramente, yo estoy demasiado ocupado como para abrir algo en mi teléfono que no sea el *Wall Street Journal* o mis aplicaciones de acciones, así que prácticamente no tengo ni idea de nada que no esté relacionado con mi trabajo, incluso la familia de mi mejor amigo.

Bueno, dada la división que ocurrió, especialmente la familia de mi mejor amigo.

Me imagino a Zenny tal como la recuerdo, como la bichito, joven, con hoyitos y su cabello con dos colitas que acaban en matas de pelo con forma de diente de león. Tuve que hacer de su babysitter una o dos veces antes de la separación; de hecho, recuerdo

que yo trataba de irme in fraganti al cuarto de Elijah a jugar a la Playstation, y mi madre me hacía regresar a la cocina de los Iverson para cargar al bebé y así ella poder tomar fotos.

¿Cuándo fue la última vez que la vi? ¿En el funeral de Lizzy? Sí, sí, eso tuvo que ser; recuerdo el taconeo de sus zapatos del colegio de los domingos por el suelo de la cocina cuando perseguía a nuestro perro después del servicio. El sonido encantador mientras jugaba con Ryan y mi padre sin hablar les servía whiskey a los adultos.

Y yo, me encerré en el baño de la planta de arriba, agarrando el borde del lavabo hasta que los nudillos se me pusieron blancos, mirando la fila de tubos de máscara de pestañas y brillos labiales a la mitad, que Lizzy jamás volvería a usar. No sé cuánto tiempo estuve allí, mirando al vacío, sin pensar en nada, antes de oír un golpe en la puerta. El sonido suave parecido a la lluvia de las bolitas de una niña con el cabello recién trenzado chocando contra la puerta.

— ¿Sean? — Preguntó, debía de tener siete años, su voz convirtiéndose en la de una niña mayor, perdiendo los gorjeos y deseos de la niñez.

Si hubiera sido otra persona, le hubiera rugido que me dejase en paz, y lanzado cosas detrás de la puerta hasta que se fuera, pero no podía hacerle eso a Zenny. Ella era la hermana pequeña de Elijah, así que solamente dije. — Sí, estoy aquí dentro.

— Mamá dijo que se supone que solo debemos decir cosas como “Siento mucho tu pérdida”, pero Ryan y yo pensamos que te gustaría saber que están echando *Jurassic Park* en la televisión en el sótano.

Y milagrosamente, esa fue la única vez que sucedió ese día, sonreí. — Gracias bichito.

— También te conseguí un libro para que leas. — Luego se escuchó un sonido sordo y movimiento de papeles al meter un libro por debajo de la puerta del baño. — Estaba en la habitación de la señora Carolyn, pero pensé que tú lo necesitarías más. Mi papá siempre se mete al baño a leer durante mucho rato.

Librería Digital

Tuve que reírme al decirme eso en lo que alargaba el brazo para sacar el libro barato que estaba naciendo de la rendija de la puerta. Era uno de los romances de época de mi madre, con letra dorada cursiva y un hombre vestido con ropajes antiguos abrazado a una mujer por los hombros.

En la cama del pirata: primer libro de la saga Wakefield

— Gracias, peque. — Dije. — Te lo agradezco.

— Me voy a ver *Parque Jurásico* ahora. — declaró, y ahí estaba de nuevo el sonido al pisar la alfombra de sus zapatos, el tintineo de sus bolitas del cabello parecido a la lluvia, y ya se había ido. La única persona que ha conseguido mantenerse cuerda durante todo este jaleo con la muerte de Lizzy.

Todavía me quedé en el baño como una hora más, aún demasiado jodido emocionalmente como para enfrentarme a cualquiera en la planta baja y demasiado herido como para simplemente irme a mi habitación y echarme a dormir. De hecho, lo único que me calmó lo suficiente como para salir de mi escondite en el baño fue leer las primeras cincuenta páginas de *En la cama del pirata*, el cuál era bastante convincente. Tras leer el capítulo en que Lady Wakefield es secuestrada por el misterioso rey pirata, me sentí lo suficientemente normal como para bajar. Y por supuesto me metí justo en medio de la división de familias, las voces demasiado altas, la señora Iverson tirando del codo del doctor Iverson, mi madre llorando, Elijah impactado.

Y antes de procesar completamente lo que había pasado, recuerdo estar agradecido de que Zenny estuviese en el sótano, ajena a lo que fuese que se estuviese interponiendo entre nuestras familias. Y me aferré a ese libro Wakefield como si en él se encontrasen todas las respuestas sobre la vida misma mientras terminaba de bajar las escaleras y me enfrentaba a lo que sería esa última fisura que había dejado Lizzy con su suicidio.

Mierda…

Odio pensar en ese día.

Librería Digital

Sacudo esos recuerdos y vuelvo a tocar el timbre de la ventana, los primeros signos de impaciencia invadiéndome. Echo un vistazo al reloj. Sí, definitivamente son las diez en punto, y a juzgar por el retrato de la Virgen María colgado arriba de las sillas baratas de plástico, estoy en el lugar correcto.

—¿Hola? —Llamo a través del cristal. —¿Hay alguien ahí?

Oigo una risa, amortiguada por una puerta, y luego dos voces sumidas en una conversación, y parece que se van acercando, gracias a Dios.

—¿Hola? —Grito de nuevo esperanzado. —Estoy aquí para ver a Zenny.

Oigo abrirse una puerta en algún lugar que no alcanzo a ver, oigo pasos en el linóleo y de repente, me siento cubierto por enormes cantidades de seguridad en mí mismo. Optimismo.

Porque esta es la bebé Zenny. La bebé Zenny a la que le gusta Parque Jurásico y me trajo un libro para que no me aburriera. Es la misma bebé Zenny a la que empujaba en los columpios en el parque y de la que protegía mis palomitas durante las noches de películas en familia. Esta es la hermana pequeña de mi mejor amigo, y esto va a ser muy fácil. Ella verá a su viejo amigo Sean y se dará cuenta de que todo esto fue un malentendido, una confusión, y se hará a un lado para que yo pueda solucionarlo.

Como dije antes, súper fácil.

Las pisadas se acercan y doy un paso atrás alejándome del cristal, poniendo mi mejor sonrisa fraternal en la cara cuando Zenny aparece.

Excepto.

Excepto.

Mierda.

No es Zenny para nada. ¡No se parece a Zenny en nada!

Es Mary.

Librería Digital

Capítulo 5

—**¿MARY?** — Digo totalmente estupefacto.

Lleva una camisa blanca y un jumper negro, un rosario colgado del cinturón y una cruz en el cuello, nada que ver con el vestido rojo que llevaba puesto la noche anterior, pero aún es la misma. La misma boca hipnotizante, con el labio superior carnoso sobresaliendo por encima del arquito del inferior. El mismo adorno brillante a un lado de su nariz, los mismos ojos con bordes color cobre alrededor de las pupilas,

Es ella. Es ella, inmediatamente recuerdo su tacto cuando estaba en mis brazos, el roce cauteloso de sus dedos en mi nuca, la textura sedosa de sus tentadores labios bajo la punta de mis dedos. Mi cuerpo reacciona al instante, la polla se me alza perezosamente y se hace más gruesa bajo la cremallera, me paso la lengua por el borde de los dientes de la parte superior.

— ¿Mary? — Digo de nuevo, mi voz ha cambiado, lo suficiente para hacer que se muerda el labio y para darle ese color rosado a sus mejillas.

Ella traga saliva y me mira a los ojos. — Sean — Susurra.

— Este era el trabajo del que no me querías hablar.
— Sí.
— Eres monja.

Ella deja escapar un soplo de aire. — Bueno, soy postulante. Y esta orden es semi apostólica, así que *hermana* es más correcto que *monja.* Normalmente usamos la palabra *monja* para referirnos a una persona que está en una orden meditativa.

Parpadeo durante unos segundos, queriendo que las palabras que acaba de decir cobren sentido en mi cabeza. Pero se quedan ahí flotando en mi cerebro… Divorciadas de todo contexto y significado. — Entonces… ¿No eres monja?

Librería Digital

Me da una rápida sonrisa. — No soy una *hermana* todavía. Aún tengo que ser postulante durante otro mes antes de entrar en la etapa de novicia.

— Y luego, ¿Te harás monja?

— Luego, seré novicia durante dos años.

— ¿Y *luego?*

La sonrisa se convierte en carcajada. — Luego tomaré los votos de manera temporal. Si todavía quiero tomar los votos permanentes después de tres años, *entonces* seré una hermana de la orden por completo.

— Dios santo.

Vuelve a reírse. — Bueno, sí. Él es el quid de la cuestión.

Echo un vistazo con muy poca discreción a la triste sala de espera, regresando a la interesante mujer de la ventanilla que tengo frente a mí. Hasta con el uniforme de postulante, incluso con la diadema blanca apartando los rizos de su rostro, se ve impresionante. De hecho, la austeridad del ambiente y de su ropa, la hace verse más hermosa que la noche anterior. Mi polla palpita de manera insistente, recordándome que aún no tuve oportunidad de besarla, que aún no pude poner su pierna sobre mi hombro y saborearla.

Y nunca podrás hacerlo, Bell .Es una puñetera monja.

— ¿Por qué? — Pregunto, tratando de comprenderlo. Porque, ¿Por qué iba alguien a elegir esto? ¿Sillas de plástico viejas, rutinas aburridas y una vida sin sexo? Una vida *sin* sexo. ¿Para qué? ¿Por el dudoso placer de ponerte un hábito? — Podrías hacer cualquier cosa. Eres tan joven, Mary. Eres lista. Estás en la universidad. ¿Por qué echar todo eso a la basura?

Su sonrisa deslumbrante se apaga como una vela. Aparta la mirada. — No espero que alguien como tú lo entienda.

Librería Digital

— Por supuesto que no lo entiendo. — Comienzo a sentirme verdaderamente irritado.

No, no irritado.

Molesto.

Estoy molesto porque conocí a esta chica, la deseo, quiero besarla, quiero follármela y quiero volver a bailar con ella, y no puedo hacer ninguna de esas cosas porque ella quiere ofrecer su vida a una deidad inexistente. A ver, sé que esto no se trata de mí y que no es asunto mío, pero *aun así.*

— Debí haberlo sabido. — Musita. — Reaccionaste del mismo modo cuando Tyler se hizo sacerdote.

Tyler.

Mi hermano.

Las palabras caen como gotas de mi mente lentamente, cuando voy cayendo en la cuenta.

— ¿Cómo lo…?

Pero incluso mientras decía estas palabras, mientras ella ladeaba su cabeza con impaciencia e incluso cuando el sol gira y se esconde tras las nubes, dándole a su rostro otra perspectiva de luz y sombras, veo en ella los rasgos de Elijah en los pómulos de sus mejillas, sus ojos y su frente, incluso cuando todo esto estaba ocurriendo, lo supe.

No me jodas.

— ¿Zenny? — Pregunto. Y lo hago nuevamente, porque esto parece irreal. — *¿Zenny?*

Ella no responde, y no hace falta, porque ahora lo veo claro. No sólo por el parecido con Elijah, sino por las similitudes con la niña que yo conocía. Pero joder, ya no es una

niña pequeña. Por lo visto catorce años es un montón de tiempo, cosa que sé por mi intelectual por supuesto, pero ver la evidencia de esta manera es desconcertante. Surrealista.

Zenny es una mujer. Una mujer a la que me quería follar anoche.

¡La pequeña Zenny! Y casi la beso, casi la…

Oh Dios. Me llevo la mano a la boca cuando el impacto de todo ello se cuela entre mis pensamientos.

— Elijah me va a matar. — Murmuro entre los dedos. — Oh Dios mío. Me va a matar.

Veo el pequeño destello de diversión en su mirada, antes de volverse seria una vez más. — No pasa nada, Sean. No ocurrió nada de todos modos.

— ¿Que no pasó nada? ¡Dios, Zenny! ¡Por poco te beso! No tenía ni idea. — Me doy la vuelta hacia el otro lado del cristal por un momento y luego regreso a mirarla. — ¿Por qué no dijiste nada? Obviamente tú sabías que era yo ¿Por qué no me dijiste que eras tú?

— No me reconociste. — Dice con tranquilidad. Hay algo desafiante en sus ojos cuando mira hacia mí. O quizás no sea desafiante, quizás esté… *¿Dolida?* Eso es ridículo. ¿Por qué le iba a molestar que no la haya reconocido después de no verla en catorce años? — No encontré ninguna razón para decírtelo. Especialmente con lo que anda sucediendo con el edificio.

— Pero aun así querías que te besara. — Señalo — Sí, lo hice para portarme como un capullo. — A pesar de ser el lobo feroz tratando de llevarse tu edificio.

Sus ojos centellean de nuevo, pero esta vez no con diversión. Se aparta del cristal y oigo como una puerta se abre cerca de mí. Ella se queda de pie en la puerta, se ve más dulce y glamurosa de lo que ninguna niña tiene derecho a verse, y me indica que entre.

— ¿Empezamos?

Librería Digital

— ¡No! Zenny, me debes más que eso, por Dios santo.

— No voy a hablar de eso contigo. — Dice. — Ya se terminó y no volverá a ocurrir… Para empezar no sucedió nada. Ya quedó atrás.

¡No para mí! No quedó atrás el recuerdo del roce de su piel, el recuerdo de cómo la deseé, lo cual no es ni siquiera un recuerdo en este momento, es real, está presente, desearla es mi estado actual, y ¿Cómo demonios se supone que me olvide de que es la hermana pequeña de Elijah? Alguien a quién cargué en mis brazos de bebé.

Oh, Dios mío, iré al infierno. Ni siquiera creo en que haya uno pero voy a ir para allá, y lo que es peor es que ella cree en eso, probablemente; ella cree en todas esas estupideces, va a dar su vida a la misma iglesia que mató a mi hermana.

¿Cómo puedo desearla después de todo eso? Sabiendo que es la pequeña Zenny, sabiendo que está eligiendo la institución que quiero ver totalmente destruida. Pero, Dios. De verdad la deseo.

Ella me vuelve a hacer señas con la mano y finalmente acepto su invitación, captando un aroma como a rosas al pasar por su lado.

— Solo quiero que veas el albergue antes de hablar de otras cosas. — Dice de manera práctica y cierra la puerta de la sala de espera, llevándome por un corto pasillo. Pasamos una pequeña oficina donde una mujer organiza unas cajas; Supuestamente la mujer con la que Zenny hablaba antes. — Es muy tranquilo durante el verano. — Continúa Zenny. — A menos que haya varios días seguidos de lluvia o tengamos otro grupo de mujeres esperando un lugar permanente.

— Zenny.

Gira sobre sus talones y sale de la habitación, esta vez, hablando muy rápido. — Aquí está la cafetería. — Dice, dirigiéndose hacia una amplia entrada. — Como ves, es muy pequeño para lo que hacemos, la cocina necesita una renovación, pero a pesar de eso, pudimos atender a cerca de dos mil personas.

Librería Digital

—*Zenny.* — Pero esta vez la toco. Apenas rozo la tela blanca artificial por su codo. Y se detiene, se pone tensa. Como si la hubiese congelado en el sitio. —Cuéntame a qué iba lo de anoche. —Digo, y sé que sueno autoritario, sé que es el mismo tono que usaría para pedirle a una mujer que se abra de piernas para mi boca. Lo sé y no importa. No puedo vivir con lo de anoche en la mente sin ningún tipo de final, no creo que pueda mirarla durante un segundo más sin besarla, no puedo oír una palabra más sin escucharla decir mi nombre una y otra vez. Algo tiene que cambiar, algo tiene que hacer para detener esto que me hace sentir en el pecho, y esto es lo único que se me ocurre. —Eso de la honestidad ¿Recuerdas? ¿Qué te parece si la usas conmigo?

Desde detrás, puedo ver como sus perfectos hombros suben y se dejan caer cuando respira. Puedo ver la luz del sol brillar en sus rizos, y su mandíbula tensa al pensar. —Vuélvete y mírame. —Trato de persuadirla gentilmente, y luego, oh joder, eso fue un error, porque se gira, me mira, y es como si me hubiese olvidado, cada vez que lo hace. Se me olvida lo hermosa que es, se me olvida lo que el ver esos labios le provoca a mi polla.

—Por favor. —Digo en voz baja, mirándola. —Cuéntame lo de anoche.

El sol reluciente de la mañana hace que el color cobre de sus ojos se vea fundido, líquido, así como su propia alma, caliente e hirviendo, esperando a ser elegida. Ella suspira, a punto bajar la cabeza, pero no la dejo, con un dedo en su barbilla hago que mantenga el contacto de sus ojos con los míos. Parece que mi roce la sorprende, a mí también y en mi cabeza tengo las imágenes de cristales mancillados y el fuerte sabor del vino.

—Yo… Yo solo quería una noche más para mí. —Admite. — En un mes, estaré convirtiéndome en novicia, y aparte de la universidad, no tendré libertad para… —Su voz se apaga, como si se hubiera pillado utilizando las palabras que no quiere usar. —Entonces será la hora de dedicar mi vida a esta orden de manera seria. A esta vida.

—¿Ibas a pedirle a cualquier hombre viejo que vieras que te besara?

—Tú no eres tan viejo.

Librería Digital

— Ya sabes lo que quiero decir. Contéstame, por favor.

Otro suspiro. — No, solo quería arreglarme y beber y tener una noche que no fuera hacer deberes o limpiar los baños del albergue o estudiar textos ecuménicos. Entonces te vi, y no me reconociste para nada, y me sentí terrible pero a la vez me sentí… Segura, supongo. Como si te conociera y no te conociera al mismo tiempo. Como que podía fingir ser otra persona pero a la vez tener la seguridad de que cuidarías de mí.

— Esa fue una suposición peligrosa. — Le digo, sintiendo una punzada de miedo retroactivo. — Las cosas que te dije anoche, maldita sea, eso no estuvo bien por mi parte.

Ella arquea una ceja. — Entonces, ¿No pasa nada porque me digas esas cosas cuando soy una extraña pero está mal si me lo dices sabiendo que soy la hermana de Elijah?

— Bueno, sí. Y también eres muy joven. No soy un buen hombre. Si me lo hubieras pedido, me hubiera pasado el resto de la noche con la boca en tu coño.

Ella abre los ojos como platos y de pronto recuerdo que estoy en un lugar regentado por monjas.

Suspiro.

— Lo siento. — Digo, dándome por vencido, bajo el dedo de su barbilla y me paso la mano por el cabello. — Pero, ¿Ves por qué esto me resulta un poco incómodo? Eres la hermanita de Elijah y de repente, eres *monja, y* las cosas que quería hacerte, Zenny, joder, no tienes ni idea.

— ¿Es este Sean Bell, el infame con cargo de conciencia?

— No nos hemos visto en catorce años. — Digo, ofendido y sorprendido a la vez. — Hasta donde a ti concierne, podría ser un hombre con principios.

Librería Digital

Pone los ojos en blanco. — Hablo con Elijah casi a diario. He oído lo suficiente como para saber que tus únicos principios se basan en el dinero.

— Eso no es cierto. — Protesto.

— ¿De veras?

— Hmmm, sí. Mírame acojonándome porque tuve pensamientos carnales contigo anoche.

Hace un gesto con la mano. — Eso tiene más que ver con tu amistad con Elijah que con tus principios éticos.

— No veo una diferencia significativa entre ambos.

— ¿Todavía tienes pensamientos carnales sobre mí? — Pregunta abruptamente, y lo hace con esa tentadora mezcla de atrevimiento y vulnerabilidad que no puedo resistir. Como si tuviera tantas ganas de saber la respuesta que está dispuesta a exponer su curiosidad y deseo, y más que deseo en sí, el deseo de *ser* deseada. Y eso revela tantas cosas sobre ella, su juventud y energía, su espíritu e inocencia, su honestidad y anhelo, y es potente, jodidamente potente.

— ¿Quieres eso del tipo honesto? — Pregunto porque no tengo ningún problema en sincerarme con ella, pero una vez que le responda, puede que ella sí tenga problemas con ello. Y quiero darle la oportunidad de salir de esta conversación ahora, antes de revelarle exactamente cuán impuro y terrenal puede un hombre profano ser alrededor de una mujer santa.

— Sí. — Susurra, y levanta la mirada hacia mí.

Abro la boca para responderle, acordándome en el último momento de que hay al menos una persona más aquí, que Zenny quiere ser monja, que no sería bueno para ella que la pillaran conmigo susurrándole cosas sucias al oído, y no quiero que me interrumpan de todos modos. Necesito que escuche exactamente lo que le voy a decir para que entienda la seriedad del asunto.

Echo un vistazo a la cafetería para asegurarme de que estamos solos, y luego la tomo del codo dirigiéndola a la cocina, la cual está dividida por una puerta de vaivén. Una vez dentro, la suelto y ella da un paso atrás, arrimándose a la pared.

Chica lista.

Hago las cosas que haría un buen chico: Me coloco bien alejado de la puerta para que tenga una salida accesible, meto mis manos en los bolsillos y le pregunto por última vez. — ¿Estás segura de que quieres oírlo?

Levanta la barbilla solo un poquito y puedo ver su nerviosismo, su incertidumbre. Pero dice. — Sí, por favor. — Con voz clara y calmada.

Bueno, está bien.

— He querido follarte desde el momento en que te ví hoy. — Digo, la observo palidecer por mis indecentes y directas palabras. — No puedo dejar de pensar en subirte la falda hasta la cintura y meter la cara en tu coño hasta que huela a ti. Me gustaría morderte las tetas a través de esa camiseta blanca. Quiero ver ese collar con la cruz deslizarse por tu clavícula mientras descubro si prefieres dos dedos o tres.

Sus labios se entreabren pero no sale ningún sonido. Sus ojos muy abiertos buscan los míos, su respiración está agitada, tanto, que me consta que ha oído y entendido cada palabra que he dicho.

— ¿Te ha contado Elijah a cuántas mujeres me he follado, a cuántas mujeres he hecho correrse? Es un número alto, Zenny, porque me encanta follar. Me encanta hacer que las mujeres se corran. Me encanta ver sus coñitos apretados, probarlos y meterles mi enorme polla hasta que se van abriendo. Me encanta cogerlas del pelo mientras me follo sus bocas. Me encanta sentir como se aprieta el culo de una chica en mi dedo cuando le paso la lengua por el clítoris.

Ella traga saliva.

Librería Digital

— Y quiero todas esas cosas contigo. Ahora mismo. — Me desabrocho la chaqueta del traje, abriéndola para que compruebe la desesperación con que lo deseo. Que la deseo.

— Oh. — Ella exhala, sus ojos se posan en la línea gruesa del pantalón. — Oh.

— Sí. *Oh.*

No deja de mirarme la erección, mientras se muerde el labio.

— Ya ves mi problema. — Digo con un tono de hombre de negocios, mientras me vuelvo a abrochar la chaqueta, más que nada para disimular lo empalmado que estoy, y goteando líquido preseminal solo de verla morderse el labio.

No paro de pensar en cómo sus labios se amoldarían bajo los míos, cómo darían paso a mis dientes y ensancharían alrededor de mi miembro mientras lo deslizo con cuidado hasta la garganta.

Le cuesta trabajo arrastrar los ojos de nuevo hasta mi cara, y cuando por fin lo hace, me encuentra sonriendo un poco. Sus mejillas se calientan de nuevo, probablemente por la vergüenza o por excitación, o quizás una combinación de ambas cosas. — Entonces ¿El problema es que te excitas?

Doy un paso al frente, con mis manos una vez más en los bolsillos. — Soy un hombre sucio, cielo. Me follo a strippers. He tenido conferencias por teléfono con la mujer de otro chupándomela debajo de mi escritorio. ¿Crees que me avergüenza mi polla, que me avergüenza querer follar? Nada más alejado de la realidad.

Sus pupilas están enormes, sus ojos son apenas un anillo de cobre alrededor de masivas piscinas negras. — Entonces, no lo entiendo — Susurra.

Doy un paso hacia adelante, y otro, y otro, hasta que nuestros dedos de los pies se tocan. Me muevo hacia arriba, lo suficientemente despacio como para retener su mirada y levantar una ceja. — *¿Es esto correcto?* — Pregunto en silencio y ella me responde asintiendo, con los ojos muy abiertos. Le trazo una línea con la punta del

dedo desde la barbilla hasta el cuello de su camisa almidonada. — El problema no es que quiera follarte. El problema es que me importas. Elijah me importa.

— ¿No te follas a mujeres que te importan?

—No.

— Qué extraño. — Murmura, quedándose sin aire cuando bajo el dedo sólo un poco más abajo del cuello de su camisa y juego con la cadena de su collar.

Me encojo de hombros. — Es como siempre lo he hecho. Y…

— ¿Y?

Ruedo la cruz de su cadena entre mis dedos. — Y ahora esto.

— ¿Es un problema porque respetas mis decisiones y creencias? ¿O porque no respetas a la Iglesia?

Uso el colgante para tirar y estar más cerca de ella. — Ambos — le digo.

— Entonces, hay más de un problema. — Dice, un poco sin aliento. — Te importamos mi hermano y yo. Y no te importa Dios.

— Mmmm. — Asiento. Miro su boca, los pliegues de sus labios al hablar, el movimiento de su lengua al pronunciar las palabras. Mi polla es dolorosamente consciente de lo cerca que está de ella; solo unas pulgadas más y podría presionarla contra su vientre, quitarme estas ganas que me ha dado restregándome.

No.

Malo.

Elijah.

Monja.

Librería Digital

—Al final no conseguí mi beso. —Susurra. —Ya había planeado cometer ese pecado. ¿Qué te parece si me besas ahora y fingimos que sucedió anoche, que no sabías que era yo?

Joder.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente, mi corazón martillea con fuerza y mis recuerdos giran como un carrusel, trayendo sentimientos casi olvidados.

Sentimientos de magia y misterio, y de *más*, como si esta chica guardase en su interior un universo más amplio que en el que yo vivo, como si hablase un idioma que solo oigo en sueños que pretendo no haber soñado.

Me recuerda a como yo solía ser. *Antes.* Antes de la muerte de Lizzy. Antes de que rechazase todas las cosas estúpidas e inocentes que mantuvo a mi familia ciega frente a la verdad y su dolor. Antes de llenarme de dinero y ambición y pajaritas de $1500.

Mierda.

Mierda.

Doy un respingo hacia atrás al darme cuenta de lo que estoy haciendo, lo cerca que estoy de su boca, lo cerca que estoy de agarrarme mi propia polla y frotármela para aliviarme esta necesidad palpitante.

¿Cómo demonios la tentación se ha reencarnado en una monja? ¿Es eso justo?

—En mi puta vida, Elijah me matará. *Tú me matarás* cuando te des cuenta del tipo de hombre que soy y lo que me has dejado hacer.

—¿Qué quieres decir? —Dice, dando un paso al frente e inclinando la cabeza.

—Quiero decir que no estaría bien que yo te bese.

—¿Por mi hermano?

—Sí.

Librería Digital

— ¿Y por mi vocación?

— Sí.

Ella da otro paso al frente y ahora soy yo el que se ve forzado a dar un paso atrás.

— Vamos a fingir que aún no sabes esas cosas, ¿Recuerdas?

— ¿Y? — Digo, alejándome todo lo que puedo hasta que mi talón choca con la estufa que hay detrás de mí, dejándome atrapado. — No nos olvidemos de que soy egoísta y peligroso y mucho más mayor que tú. *Me gusta* el pecado. *Me gusta* la corrupción. No vas a querer que un hombre como yo te toque.

— Pero, sí quiero que me toques. — Dice Zenny, acorralándome contra la estufa. — Sé que eres egoísta e indecente, por eso eres la persona perfecta para esto. Me darás un beso y te marcharás, sin sentirte ofendido porque te vaya a pedir otro. De hecho, si alguien debiera entender el querer hacer algo por el simple placer momentáneo de hacerlo, creo que ese serías tú.

— Pero…

— Solo una vez. — Me intenta convencer, sus ojos enormes y suplicantes. — Me prometí a mí misma que esto sería lo último que conseguiría antes de convertirme en novicia. Un último beso.

— Pero…

— Y… ¿Quién mejor que tú, el mejor amigo de mi hermano? Sé que me mantendrás a salvo. — Aletea las pestañas y pone la palma de la mano extendida en mi pecho.

Y luego la baja por mi estómago.

— Zenny. — Gruño. — *Joder*.

Librería Digital

Mi polla está prácticamente taladrando un agujero en mi pantalón, y es como si pudiera sentir cada espiral que hace con la punta de sus dedos a través de todas las capas de ropa mientras mueve la mano más abajo, más abajo, más abajo.

—Por favor. —Murmura, de manera encantadora. ¿Cómo de repente es ella la que tiene el poder aquí? ¿Cómo se hizo con el control y soy yo el que está atrapado y protestando débilmente?

Y luego dice. —Sean. —De una manera como si lo hubiera dicho interiormente para sí misma. Como si lo hubiera murmurado en su almohada, garabateado en sus cuadernos, como si hubiera imaginado cómo sería respirar mi nombre de nuevo en mis labios.

—Sean. —Dice nuevamente, y su mano toca mi cinturón y se acabó, está hecho, mi control fue cortado como un cable.

Gimo.

Y la jalo hacia mí dándole un ardiente y abrasador beso.

Librería Digital

Capítulo 6

Al momento en que sus labios tocan los míos, estoy perdido. En mí, en ella, en cualquier recuerdo de lo que es correcto o cierto, o necesario.

Éxtasis. Es como se le llama cuando un santo experimenta euforia espiritual, y yo no soy un santo, eso es jodidamente seguro, pero esto… Esto es éxtasis. El gemido que suelta cuando le paso la mano por la parte baja de la espalda y sacude nuestros cuerpos. El aleteo dubitativo de su lengua en mis labios. Su sabor puro, dulce. El olor a rosas de su piel, la sedosa entrega de su suave boca bajo la mía.

La manera en que entrelaza sus manos alrededor de mi cuello. Y el pequeño sonido que deja escapar mientras hago su boca completamente mía, su lengua, sus dientes, sus labios, No me contengo. Me giro, dejándola a ella contra la estufa, y la encierro por todos lados, mis brazos, mis pies a cada lado de los suyos, y me rindo a cada impulso obsceno que palpita a través de mí. Presiono la polla contra ella. Mis manos buscan su culo bajo la tela barata de su vestido y le muerdo el labio inferior hasta que gime. Lo mantengo atrapado mientras la levanto y la pongo en la encimera, cerca de la estufa, ella abre sus piernas para que me ponga en medio, como si hubiésemos hecho esto mil veces.

En el momento en que nuestros cuerpos se rozan de nuevo, en el momento en que la inmensa cresta de mi erección frota esa parte entre sus piernas, deja escapar un jadeo, tan dulcemente sorprendida, tan adorablemente atónita, que tengo que hacer mis manos puños en la falda de su vestido, para evitar hacer algo realmente indecente, como jugar con el borde de sus bragas. Como introducir mis dedos bajo el elástico y descubrir por mí mismo si está depilada o tiene vello, si está mojada y resbaladiza, si su clítoris está hinchado y con ganas de roces y besos.

Y entonces, ella me agarra por las solapas de mi traje de chaqueta y mece sus caderas contra mí, buscando esa placentera fricción otra vez. Y otra. Y otra.

Librería Digital

— Zenny. — Murmuro en sus labios, una valiente parte de mí reconoce que esto es ir lejos, más allá del beso que me pidió, también reconoce que voy a correrme por todo el interior de mis pantalones Hugo Boss si ella sigue con esto. Hasta a través de su ropa, puedo sentir su calor, sus movimientos desvergonzados indicando dónde está suave y mojada entre sus piernas.

Mierda, quiero verlo. Quiero verle el coño. De repente, es todo lo que puedo pensar, quiero y deseo, sólo un vistazo, una ojeada.

— Quiero verte el coño. — Digo con voz ronca, levantando la cabeza.

— ¿Mi… coño? — Dice como si nunca hubiese dicho esa palabra en voz alta.

— Sí. — Mi voz suena tan rasgada en este momento, tan desesperada y, mierda, nunca me había sentido tan desenfrenado. Como si me fuera a quemar si no consigo esa cosa, ese pequeño vistazo de su lugar secreto.

Suelta la respiración de manera temblorosa, dejando caer sus manos de mi solapa a su falda, la cual se sube hasta la cintura mientras le devoro los labios una vez más, entierro mi cara en su cuello y beso cada trozo de piel expuesta por encima de la clavícula. Le muerdo la oreja, la mandíbula, mi mano busca la suya levantándose la falda, para ayudarle a hacerlo, lo que estamos haciendo, este acto prohibido, esta revelación prohibida.

Su cuerpo prohibido.

Esa palabra, *prohibido*, atraviesa mi mente, trayendo consigo clavos de lujuria y miedo por igual. Porque, sí, es jodidamente morboso que no debería estar besándola, no debería estar rogándole que me enseñe su lugar más secreto, mi mano no debería estar cubriendo la suya mientras sube por su muslo, pero también es malo. Malo incluso para Sean Bell.

Mal, mal, mal.

Librería Digital

La cara de decepción de Elijah se me viene al pensamiento y rompo nuestro beso, tambaleándome hacia atrás. Zenny se queda paralizada, con su boca aún abierta y mojada por nuestro beso y la mano sujetando la tela de la falda, a mitad del muslo. La extensión de su sedosa, oscura y larga pierna brilla a la luz del sol, y antes de que deje caer su falda, veo un destello de algodón blanco como la nieve entre sus piernas.

Me trago un sonido. Normalmente me follo a mujeres que usan La Perla o Agent Provocateur, pero de algún modo, la visión de esas simples bragas de algodón me tiene la polla hinchada y goteando por todo el interior de mis pantalones. Tengo que girarme hacia otro lado para contenerme.

—¿Sean…? — Pregunta ella dubitativa, y cuando me vuelvo a mirarla, veo la preocupación en su rostro, preocupación que se va transformando en vergüenza.

¿Qué demonios he hecho?

— Lo siento. — Murmuro. — Lo siento mucho. Tengo… Tengo que irme. — Y me marcho tan pronto como puedo, forzándome a no mirar atrás a la monja completamente besuqueada y aún encaramada en la encimera.

JODER.

Joder. Joder. Joder.

He besado a la hermana pequeña de Elijah. La que es monja, perdón, postulante, la de los padres a los que mis padres se niegan a hablar. La que está causando a mis relaciones públicas un inmenso dolor de cabeza, y para colmar el vaso, no me las arreglé para hablar con ella del trato para nada.

Ni si quiera una vez.

Valdman se va a mosquear.

Y Elijah se va a cabrear.

Librería Digital

Y probablemente Zenny se vaya a encabronar ahora también, y con toda la puta razón.

¿Qué me pasa? ¡Sean Bell no hace esta mierda! Él consigue lo que quiere, se folla a quién quiere, y vive cómo quiere, sin sentimiento de culpa, sin ataduras, con todo el éxito del mundo.

Me paso una mano agitada por el cabello mientras abro de un tirón la puerta del Audi y me meto dentro. Apenas he arrancado el motor, se enciende la pantalla del teléfono.

Elijah.

Mierda. Ok. ¿Sabes qué? Esto es bueno, en realidad. Está bien. No hay nada que temer; Sean Bell no se asusta de nada.

— Hola tío. — Digo al contestar el teléfono — ¿Qué pasa?
— ¿Qué pasa contigo? — Contesta secamente. — Tú eres el que me ha llamado.
— Cierto. — Digo.

Bien.

— Pues, hmm. — Saco el coche de la curva hacia la calle, intentando poner mis pensamientos en orden e intentando ignorar como mi polla aún tensa, se frota contra la cremallera. — Tú hermana, Zenobia.
— ¿La viste anoche? La traje conmigo a esa cosa, quise hacer que vinieras a saludarla. Creo que no os habéis visto en un tiempo.

Resisto el impulso de chocarme la cabeza con el volante. — Sí. Ha pasado un tiempo. Y sí, la vi anoche.

Y casi la beso. Y hoy la besé y casi la hago enseñarme el coño mientras otra monja estaba abajo en el pasillo.

— Bien, me alegro que pudieras verla. — Elijah suena genuinamente feliz, y un sentimiento de culpa desconocido me invade.

—Sí, así que… ¿Es monja ahora?

— Quiso ser monja desde que era una adolescente. ¿Nunca te lo dije?

— Definitivamente no. — Respondo, conduciendo el coche de vuelta a la empresa — Ha sido duro para… ¿Ya sabes? ¿Tus padres? ¿Con eso de que querían nietos y esas cosas?

— Veo que pasas de las charlitas sin importancia hoy — Dice Elijah sorprendido. — Ha sido duro, pero todo está bien ahora. En algún momento tienen que entender que Zenny y yo tenemos derecho a vivir nuestras vidas. Quizás deberíamos haber hecho las cosas más fáciles para ellos, revelándonos en el instituto en lugar de esperar a después de graduarnos, pero tú otra vez con lo mismo. ¿Por qué estamos hablando de esto de nuevo?

— Ah. Bueno. Zenny y yo estamos como trabajando juntos. O el uno contra el otro, según como lo mires.

Elijah se pone inmediatamente alerta. — ¿Qué quieres decir?

Le explico lo del trato del edificio y las hermanas Good Shepherd que van a ir a la prensa a hablar sobre su inminente desalojo. Y estoy a punto de contarle lo del beso, de verdad, pero él me interrumpe.

— Mira, sabes que no veo nada de malo en lo que haces o cómo te ganas la vida, pero si le haces algo malo a Zenny o a sus hermanas, lo vas a pagar muy caro.

— Wow tío, no tengo previsto hacerle daño a nadie.

— Lo digo en serio. — Me advierte Elijah. — Zenny lleva queriendo esto durante diez años, ha tenido que lidiar con nuestros padres y amigos poniéndoselo difícil, se ha partido el lomo trabajando para atender sus obligaciones como postulante mientras se graduaba como enfermera. No se lo eches a perder.

— ¡No voy a hacerlo!

— Sean.

— Elijah.

Librería Digital

—Te conozco y sé lo que le haces a las personas que se cruzan en tu camino, pero te pido por nuestra amistad que la mantengas a salvo. No la destruyas por ganar más dinero y no le jodas esto.

La culpa tiene dientes ahora, y mastica laboriosamente algo dentro de mi pecho.

—La mantendré a salvo. —Prometo, y lo digo para reparar las maneras en las que no lo he hecho.

—Bien. Porque te mataré si no lo haces.

Suspiro. *Esto está mal*.

—¿Y tú estás de acuerdo con que se convierta en monja? —Pregunto. —¿Con que no lleve una vida normal?

—¿Y quién decide lo que es una vida normal? —Pregunta Elijah. —Lo importante es tener una vida con significado. Ella parece haberlo encontrado en la Iglesia Católica.

—Pero la Iglesia Católica es horrible. —Contraataco, metiéndome al aparcamiento de Valdman and Associates. —Defienden la homofobia y protegen a los depredadores sexuales, tratan a las mujeres como ciudadanos de segunda clase. ¿Cómo puedes estar de acuerdo con eso? ¿Cómo puede ella estar de acuerdo con eso?

La voz de Elijah es seca de nuevo —Quieres decir, ¿siendo yo gay?

—Pues sí.

—Sé por dónde vas y hazme caso, tengo un dossier de pensamientos y opiniones complicadas sobre la Iglesia Católica después de la infancia que tuve, pero viendo a Zenny abordar esta travesía me ha hecho recordar que hay mucha gente buena en la Iglesia. Gente que cree en la igualdad de derechos. Personas que se dedican a ayudar al pobre. Personas gay, feministas y activistas luchando por una justicia racial, económica y judicial. Así que la Iglesia quizás no sea perfecta, pero la respuesta no es cagarse en ella. Y para Zenny, la respuesta está en apoyar el lado bueno de ello y trabajar en cambiar el resto.

Lo pienso durante un momento. —¿Significa esto que vas a volver a la Misa?

— Un carajo. Pero es por esto que me parece bien que mi hermanita se convierta en monja. Las monjas pueden hacer cosas grandiosas, y Zenny va a hacer cosas increíbles, y no me cabe la menor duda de que va a ayudar a mucha gente de este modo. Además, esto es lo que ella quiere. Es lo que importa.

— Está bien, está bien. — Aparco el coche y me salgo. — Capto lo que quieres decir. Pero aún pienso que la Iglesia es una mierda.

— Ya lo sé. — Dice Elijah. Y entonces, su voz se vuelve más amable. — Nadie se ha olvidado de Lizzy, Sean. Nadie ha olvidado por lo que has pasado.

— Ella también quería ser monja, sabes. — Tengo un nudo estúpido en la garganta al decir la palabra en voz alta. — Era de lo único de lo que hablaba.

— Lo sé. Me gusta pensar que ella y Zenny podrían haber sido muy buenas amigas.

— Sí. A mí también.

— Pero voy en serio con lo que te dije. Mantenla a salvo o te mato.

— Elijah.

— De verdad. Sé que tienes que hacer tu trabajo, pero hazlo sin joderla a ella.

— Elijah. Ya te lo prometí.

— Sí, bueno, no me fío de ti. — Y cuelga el teléfono.

Suspiro.

Me guardo el teléfono en el bolsillo y me froto la cara con ambas manos mientras espero el ascensor. Ok, las cosas no son ideales ahora mismo, he mentido a Elijah, pero omitir cosas, no es tan malo, ¿Verdad?, y prometí cuidar de Zenny, y ahora tengo que subir y explicar a mi jefe por qué no hay un plan establecido para arreglar todo esto.

Lo siento Mr. Valdman, señor, es sólo que ella tiene una boca realmente bonita y una manera de pedir cosas, como besos, a la que no me puedo resistir.

Sí, no. Eso no va a funcionar.

Las puertas del ascensor se abren con un sonido y entro, pensando.

Librería Digital

Evidentemente, no puedo confiar en mí mismo alrededor de Zenny, eso está claro. Y le acabo de prometer a Elijah que la mantendría a salvo, lo que significa prácticamente no besarla nunca más.

No rogarle que me enseñe el coño como un hombre sediento desea ver agua.

Soy un ser humano responsable, y aunque reconozco que soy lo que algunos llamarían un pecador y otros un cabrón, jamás me echaría encima de una mujer a la fuerza. Soy más que capaz de guardarme las manos, ojos y palabras para mí mismo; Soy más que capaz de estar alrededor de alguien que deseo y aun así actuar ética y profesionalmente. Pero ése no es el problema, el problema es que Zenny pide cosas, y una vez que las pide, no me fío de mí mismo de poder decirle que no.

Porque si me pide otro beso, no hay manera posible de poder detenerme. Definitivamente no ahora, no después de sentir lo suave y dispuesta que está su boca, no después de sentir sus dóciles y compactas curvas contra mi cuerpo. Si me pide otro beso, estaría sobre ella antes de incluso poder catalogar todas las razones por las que debería negárselo.

Y eso es malo.

Malooo.

Cuando entro a la oficina de Valdman, más o menos tengo un plan preparado. Trent, el secretario me indica con la mano que entre, y yo toco con los nudillos brevemente antes de pasar.

— Ah, Sean. — Dice Valdman. Está sentado junto a la ventana, dando vueltas a un archivo de manera tan inconsistente que estoy seguro de que en realidad no está leyendo nada, sólo quería tener algo que mirar mientras tomaba más whisky escocés por la mañana.

— Hola, señor.

— ¿Cómo fue la cosa con las monjas?

Librería Digital

Me aclaro la garganta, tratando de reunir la seguridad y el encanto que por lo general me salen tan fácilmente.

— No se ha decidido nada aún, pero estuve en el albergue y creo que tengo una idea bastante clara de cómo manejar la situación.

Valdman cierra el archivo y agarra su vaso de whisky. — Te escucho.

Tomo asiento en el destartalado sillón de piel junto a él. — Tenemos que buscarles un nuevo albergue. Uno más grande y mejor sin ningún coste extra. No sé si podamos hacerlo lo suficientemente rápido como para ponernos por delante de la historia, pero será de mucho beneficio para reparar la imagen de la empresa.

Mi jefe asiente. — Y tú ¿Has hablado ya con ellas sobre esto?

— No, señor. Quería comentárselo a usted primero. Pero el lugar que ocupan ahora es pequeño y desgastado. Si podemos encontrarles un sitio más grande, más bonito, un sitio donde se saquen buenas fotos y se vea bien en las noticias, entonces seremos capaces de salvar esto.

— Me gusta. — Dice Valdman. — Mientras no nos cueste dinero.

— Puede que tengamos que hacer una pequeña donación para preparar el terreno, pero tengo esperanzas de que podamos encontrar una propiedad ya existente que se adapte a sus necesidades y no nos cueste dinero. Estoy seguro de que podemos encontrar algún cliente nuestro que necesite un respiro de pagar impuestos y que tenga alguna propiedad que podamos usar.

— Vale, está bien. — Dice. — Hazlo.

Hago una pausa. Ésta es la parte complicada. — Señor, me preguntaba si alguna otra persona podría encargarse del proyecto. Al menos, a lo que interactuar con las monjas se refiere.

Valdman me mira. Pero no contesta.

— Haré todo lo demás, buscaré la nueva propiedad y colaboraré con Keegan y Ealey y todo eso. Pero no creo que sea la persona adecuada para trabajar con las monjas.

Mi jefe continúa estudiándome y yo resisto el impulso de removerme en el asiento.

No muestres ninguna debilidad, me recuerdo. Muéstrate seguro. Muéstrale que estás listo para otra victoria.

— Sabes, ésta es la primera vez en diez años que me pides que te saque de un trabajo. — Dice Valdman. — Has manejado a senadores, atletas, empresas de cervezas internacionales por mí ¿Y ahora de pronto pierdes tu coraje? ¿Eres demasiado blando como para lidiar con un montón de monjas?

— No soy demasiado blando. — Digo a la defensiva.

— Entonces, ¿Qué es?

Me decanto por un trozo de la verdad que no incluye a Zenny. — Mi hermana se quitó la vida por culpa de un depredador sexual que era sacerdote. Lo lamento, pero tengo demasiado bagaje emocional con la Iglesia como para ocuparme de las hermanas directamente. Creo que sería mejor que me quede atrás.

Valdman da un trago y chasquea los labios. — Bueno, no puedo decir que no estoy un poco decepcionado, creo que eres el mejor para estar en medio de este asunto, pero no puedo negar que ésa es una buena jodida razón para querer evitar a las monjas.

— Entonces, ¿encontrará a alguien más para el trabajo?

— Sí.

Menos mal, joder.

— Gracias señor, haré todo lo que pueda por ocuparme del asunto desde mi puesto.

Valdman me hace una seña con la mano. — Sé que lo harás. Eres un buen trabajador Sean, y tengo fe en ti de que lo arreglarás.

Me alegro de que alguien la tenga, creo.

Librería Digital

ESA NOCHE, después de visitar a mamá en el hospital, me dirijo al club a quitarme el estrés y terminar la victoria que no celebré anoche. Sé que los clubs de striptease están considerados indecentes por lo general, y hay algo intrínsecamente sucio sobre la desnudez transaccional que ninguna cantidad de dinero puede arreglar, pero este lugar se acerca mucho, porque hay un montón de dinero aquí. Es exclusivo, sólo por invitación, sólo abierto para miembros, sí, hombres y mujeres que dan una compensación de un millón al año. Además, me gusta que sea innatamente indecente.

Soy obsceno por naturaleza y no tengo intención de cambiarlo de un momento a otro.

Me pido un Macallan y me salgo de la zona de la barra. El club está en el techo de un rascacielos en el centro, y mientras la zona de relax y de baile están aisladas de las ventanas, hay un ancho pasillo por todo el perímetro del club para que los miembros puedan recibir llamadas o ver la ciudad desde ahí, lo cual estoy haciendo ahora.

Muevo el vaso en mis manos y diviso las líneas de mi propio edificio a unos cuantos bloques de distancia. Las luces de mi ático están encendidas, reviso la aplicación de la casa en el móvil para ver quién carajo está en mi ático, porque la empresa de limpieza ya hace mucho que debería haber terminado por hoy. Saco la cámara con transmisión en vivo de la cocina y veo los rasgos de la inconfundible, musculosa espalda sin camiseta de Aiden que rebusca en mi nevera. Incluso en la imagen poco nítida de la cámara, veo el brillo del sudor en su piel.

Lo llamo y contesta con un gruñido.

— Deja de derramar sudor por mi suelo limpio. — Digo irritado.

— No es que lo limpies tú mismo. — Dice Aiden, oigo la puerta de la nevera cerrarse y el ruido de un plato en la encimera.

— Y deja de comerte mi comida. — Le digo. — Me molesta llegar a casa y encontrarme con que un Neandertal vació mi nevera.

— Pero tú tampoco haces la compra. — Indica.

— ¿No tienes tu propia casa? ¿Con tu propia comida y tú propio suelo que puedes ensuciar cuando te plazca?

— Me gusta el gimnasio de aquí. — Murmura Aiden por encima del pitido del microondas. — Aparte de que está más cerca de mamá y papá y del hospital.

No respondo, no hace falta que lo haga. Cualquier mención de mamá es una tregua automática, además, tiene razón, en uno de los característicos impulsos de Aiden, se compró una granja gigante en el campo, y es un camino bastante largo desde la ciudad.

— No sé para qué te compraste ese lugar. — Digo, caminando hacia otra ventana para poder mirar en dirección al hospital. Es imposible verlo desde aquí, pero me hace sentir un poco mejor, como si aún estuviera vigilando a mamá. — Es enorme y no necesitas tanto espacio.

— Me gusta. — Dice Aiden. — Es tranquilo. Se pueden ver las estrellas.

— Querrás decir que te gusta hasta que quieres un gimnasio decente y te entra hambre.

— Eso también.

— Estoy en el club. ¿Por qué no te duchas y te vienes?

Aiden se queda pensativo. — Creo que me iré a casa esta noche. Mañana tengo un día ajetreado.

Frunzo el ceño. Aiden no ha rechazado la oportunidad de visitar el club desde que recibió su propia invitación años atrás, y aunque normalmente trato de evitar darme cuenta de estas cosas sobre mis propios hermanos, sería imposible no saber que sus necesidades físicas son tan fuertes como las mías.

— ¿Estás seguro? — Pregunto. — Podría venirte bien desestresarte.

— Otro día. — Dice Aiden vagamente. — Pero pásalo bien.

— Sí. Lo haré.

Cuelgo el teléfono y dejo caer la cabeza en el cristal, decido meter el extraño comportamiento de Aiden en una caja en mi cabeza y cerrar la tapa. Simplemente no tengo ni el tiempo ni la energía ahora mismo para lidiar con lo que sea que lo tiene actuando tan raro. Y probablemente sean cosas de mamá de todos modos. Todos los

hermanos estamos lidiando con el cáncer de mamá de diferentes maneras poco saludables, y supongo que hay peores maneras de cooperar con ello que actos esporádicos de celibato.

— Hey Sean. — Dice una voz baja detrás de mí. Me giro y veo a Scarlett, una bailarina de piel pálida llena de pecas que me gusta mucho. Su pelo combina con su nombre, por cierto. Por todas partes.

Le sonrío dulcemente. — Hey tú.

Lleva puesta una bata de seda, pero se le abre por el centro mientras camina hacia mí y presiona sus manos en mi pecho.

— ¿Le apetece un baile privado a mi hombrecito? — Ronronea.

Las luces de la ciudad parpadeando desde fuera la hacen verse bastante guapa; aun así, no puedo evitar que mi mente se vaya a lo de esta mañana, a Zenny a la luz del sol, a Zenny sentada en el borde de la encimera. A la boca lasciva de Zenny, sus ojos redondos color cobre y su minúsculo piercing en la nariz. A la embriagadora mezcla de descaro y timidez que Zenny demuestra cada vez que habla.

No puedo evitar que mi cuerpo siga a mi mente, mi polla me recuerda sin disimulo alguno que aún no se ha aliviado desde el episodio de esta mañana con Zenny, que no ha tenido más que mi mano durante las últimas dos semanas.

— ¿Qué tal algo más que un baile privado? — Digo, tomando a Scarlett por el codo y guiándola de vuelta al pasillo que da a las habitaciones privadas. — Necesito aliviar tensiones.

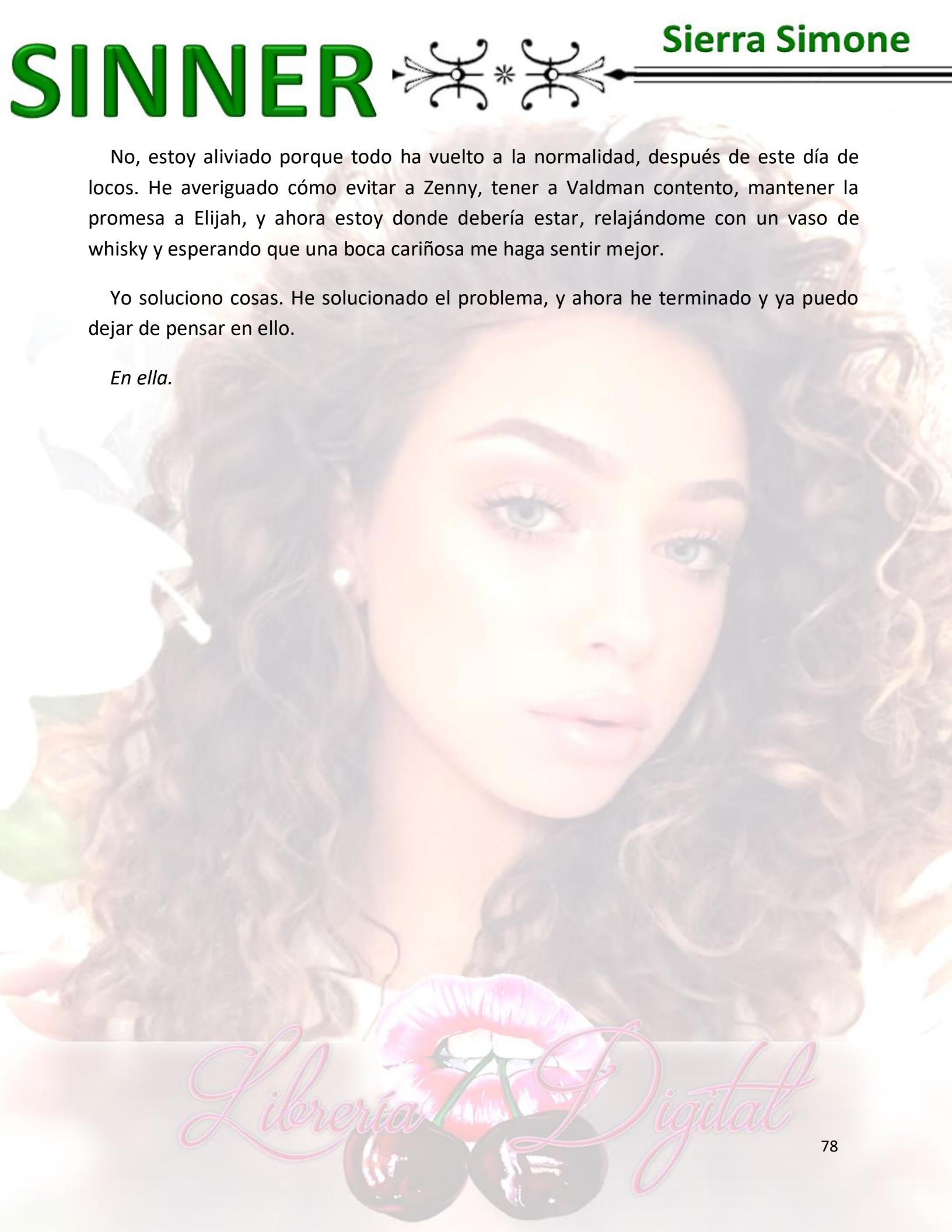
— Es dinero extra. — Dice Scarlett mirándome complacida. — Pero por ti, haré un descuento.

Entramos a la habitación privada, y Scarlett me empuja en un pequeño sillón, se sube a mi regazo y tira de mi corbata, y dejo escapar un suspiro, que nada tiene que ver con el hecho de que mi polla desatendida pronto recibirá la atención que necesita. (Bueno, casi nada que ver con eso).

No, estoy aliviado porque todo ha vuelto a la normalidad, después de este día de locos. He averiguado cómo evitar a Zenny, tener a Valdman contento, mantener la promesa a Elijah, y ahora estoy donde debería estar, relajándome con un vaso de whisky y esperando que una boca cariñosa me haga sentir mejor.

Yo soluciono cosas. He solucionado el problema, y ahora he terminado y ya puedo dejar de pensar en ello.

En ella.



Librería Digital

Capítulo 7

EXCEPTO QUE NO PUEDO PARAR DE PENSAR en ella.

No puedo dejar de pensar en ella mientras Scarlett se arrodilla entre mis piernas y me hace sentir bien. No puedo dejar de pensar en ella mientras regreso a mi ático y lavo los platos que Aiden dejó en el fregadero. No puedo dejar de pensar en ella mientras me ducho y me quedo dormido, y luego al día siguiente al entrar a la oficina y después, cuando ayudo a mi mamá a salir del hospital. Y tampoco el día siguiente.

Especialmente no dejo de pensar en ella al sentarme en el cuarto de infusión de mi madre y leerle en voz alta la novela más reciente de la Saga Wakefield: *En brazos del Duque deshonrado.*

— ''¿Y qué hay de mi dote?'' — Leo. — ''¿Supongo que eso no significa nada para ti?''

— ''No ha significado nada desde la primera vez que me fijé en ti.'' — Continúo, adoptando el barítono grave del duque deshonrado. O al menos, el barítono grave que asumo que un duque deshonrado tendría.

— ''¿Qué día fue ése, su excelencia?'' — Digo en el tono de voz de la joven Eleanor Wakefield.

— ''¿El día en que nací y mi padre me prometió a ti para librarse de las deudas con tu familia? ¿O la noche que me vio como una mujer adulta en mi presentación a la sociedad?'', ''¿Supongo que no me creerías si te digo que ambos?'' — Digo como si fuera el duque.

— Está mintiendo. — Dice la enfermera oncóloga. — No la veía como nada más que como una mina de oro hasta la fiesta en el Almack.

— No, no. — Dice Emmett desde la butaca reclinable junto a mamá. Se ajusta la manta alrededor de las piernas y levanta un dedo pálido y protuberante para enfatizar sus ásperas palabras. — Sus sentimientos hacia ella siempre fueron complicados, porque aquí tiene a la chica que le fue prometida, pero ella era muy joven para hacer

nada que no fuese ignorarla durante muchos años. Pero luego, él pierde todo y la vuelve a encontrar en la misma semana…

— Yo pienso que él siempre sintió que podría amarla, aparte del dinero, — Interrumpe mi mamá, moviendo su botella de Mountain Dew. — Pero no quería follársela hasta el día de la fiesta.

— Mamá.

— ¿Qué? Es la verdad.

— Ya sé que es verdad, pero… — Hago un gesto con la mano por la habitación donde las diez personas más o menos que hay dentro son de la edad de mi madre o mayores que ella. — Estamos en público. Y ya sabes… — Bajo la voz hasta convertirla en un suspiro discreto. — … Los ancianos.

— Hijo, luché en Vietnam. — Ruge Emmett. — ¿Crees que no he escuchado la palabra *follar* antes?

— Está en el libro — Añade la enfermera. — Creo que incluso el duque dice algo como, "quiero follarla aquí en el balcón, al carajo la dote".

— Sean, mírame. — Dice mi madre, y miro a Carolyn Bell. Su boca un poco demasiado ancha y sus hoyuelos… Como los tenemos mis hermanos y yo. Las suaves líneas de su rostro, casi sin arrugas, rendidas sobrenaturalmente y de extraña apariencia por la ausencia de cejas y pestañas. A la bufanda de seda envuelta en lo que antes solía ser una abundante melena color castaño y ahora sólo es piel.

— ¿Sí, mamá?

Ella ladea la cabeza y pronuncia muy deliberadamente — *Follar, follar, follar, follar, follar…*

Pongo la cara entre mis manos y murmuro — Ay Dios míoooo.

— Continúa leyendo, hijo, no tengo todo el día. — Dice Emmett, y Rosalie al otro lado de mamá, concuerda con él con un gruñido, aunque me consta que siempre se echa la siesta durante La hora del cuento de Sean Bell.

Durante los últimos tres meses, el grupo de los jueves por la mañana de infusión, me ha estado oyendo leer los últimos dos libros de la Saga Wakefield. Mi mamá y yo nos

hemos hecho compañeros de lectura de novelas románticas desde que me pilló llevándome a la Universidad *En la cama del pirata* tras el funeral de Lizzy, y en lugar de meterse conmigo, me compró los dos libros siguientes de la serie en papel. Desde entonces, hemos estado devorando libros juntos en nuestro pequeño club sólo para los Bell, y aunque nos gustan los libros de romance contemporáneo, en realidad preferimos los que tienen ruegos, libertinos, castillos y esa mierda. Y cuando mamá fue diagnosticada con cáncer, ambos supimos que necesitaríamos algún tipo de confort mental, así que regresamos a la Saga Wakefield, a los mismos que fundaron el Club informal sólo para los Bell.

Además, hacen que las sesiones de quimioterapia transcurran más deprisa.

Me pregunto si Zenny tiene idea de lo que empezó con el libro del pirata años atrás.

Sigo leyendo, ignorando las protestas de literalmente todos los pacientes de la habitación y de la enfermera cuando me salto la escena de sexo.

— Ah, venga ya. — Rosalie gruñe, con los ojos aún cerrados — Hemos esperado esto durante semanas.

— Chicos. — Farfullo. — No puedo leer esto delante de mi mamá.

— Haz como si no te oyera. — Dice mamá. — Solías ser muy bueno en eso cuando eras un adolescente y metías chicas a tu habitación.

— Me voy a marchar. Juro por lo más sagrado que lo haré. Te dejaré aquí viendo Ellen todo el día.

— Si te vas, asegúrate de que te dejas el libro aquí. — Dice mamá secamente, mis amenazas han sido tan inútiles como lo fueron cuando era niño. — Y *yo* leeré la escena de sexo en voz alta.

De alguna manera, me mortifica más imaginarme eso, y después de las amenazas de los pacientes de rebelarse y quitarme físicamente el libro de las manos, cedo y leo en voz alta la escena en que el duque deshonrado reclama por fin la virginidad de Eleanor.

Suena un aplauso por toda la estancia cuando Eleanor alcaza el clímax y el duque finalmente derrama sus torrentes de pasión en su útero.

— ‘’Ha sido todo lo que había soñado’’ — Leo poniendo voz de Eleanor.

— ‘’Pero el duque se estremece al oír eso’’ — Leo, y mi propia conciencia me hace sentir incómodo en lo que digo esas palabras — ‘’Inmediatamente se sintió culpable por lo que había hecho, por la magnitud de sus actos. Una vez hace mucho tiempo, prometió proteger a la chica, y aquí estaba revolcándose con ella sin la menor insinuación de lo que ella merecía de él. Ella merecía un compromiso, un futuro, una promesa de amor. Y todo lo que él le había dado era unos momentos de placer y toda una vida de arrepentimiento’’.

— **SEAN, MI NIÑO.**

Miro hacia arriba y veo a la persona a la que me gustaría ver castrado y arrastrado por un grupo de caballos salvajes, y luego quizás castrado de nuevo para no quedarme corto. Bueno, a lo mejor no, pero definitivamente le dibujaría una polla en la cara si lo encuentro dormido.

— No entres. — Le digo al hombre que está de pie junto a la puerta.

— Tengo que decir, que sabes elegirlas bien. — Dice Charles Northcutt, entrando a mi oficina. Es blanco, de mi edad, posiblemente en mejor forma que yo, aunque podría ser sólo por la manera en que se viste. También es un capullo pretencioso y el otro empleado preferido de Valdman.

Lo odio.

— No te sientes. — Le digo.

Se sienta. — Esa monja, Zenobia, hostia puta, es impresionante. Seguro que debajo de esas ropas de Jesús tiene un cuerpo para morirse.

La nube roja de ira es instantánea. Miro hacia abajo donde mis manos reposan en el teclado del portátil y veo que me tiemblan. ¿Qué mierda me pasa? Odio a Northcutt y creo que es un perro, pero nunca me había enfurecido tanto por las gilipolleces que

Librería Digital

dice… Aunque quizás sí *debería* haberme indignado con las cosas que ha estado diciendo antes.

— ¿Qué quieres, Charles? — Le pregunto con una voz que deja bastante claro que no me importa. Aunque igual me importe un poquito si es sobre Zenny; Tengo que apartarme de mi escritorio y cruzar los brazos para que no se dé cuenta de lo jodidamente cabreado que estoy por oírlo hablar de esa forma de ella. Lo cual sólo es así simplemente porque es la hermana pequeña de Elijah. Prometí mantenerla a salvo… Y con Northcutt no lo está.

Por desgracia, Northcutt no se deja engañar por mi forzado disimulo y veo un brillo en sus ojos. — ¿Por qué le dijiste a Valdman que no querías este proyecto, eh? ¿Te rechazó la monja?

— Sé mantener la polla en los pantalones cuando trabajo, contraataco, lo cual es mentira, y ambos lo sabemos. Jamás he cruzado ninguna línea con ninguna subordinada o compañera de trabajo, pero soy el rey de los polvos de las fiestas del trabajo, el que hace los tratos en la barra del bar del hotel, el animador de esposas aburridas. Y literalmente, nunca me ha importado, pero ahora sí, porque no tengo ninguna instancia moral suprema sobre Charles, y eso no me da buena espina. Me gustaría pensar que disto mucho de ser como él. Es decir, soy blanco igual que él, pero el primer hombre blanco en hacer a otro hombre blanco exclamar *Oh Dios, es un verdadero privilegio* fue Charles Northcutt.

— Bueno, cualquiera que sea el motivo por el que me la pasaste a mí, quería darte las gracias. Creo que me lo voy a pasar muy bien quitándole la virginidad.

Porrazo.

Estoy tan sorprendido como Northcutt cuando mi mano golpea la mesa, pero no me detengo a analizar lo que he hecho. — Mantente alejado de ella. — Rujo.

— ¿O qué? — Pregunta Northcutt, un poco graciosillo con las cejas levantadas.—Tú fuiste el que te echaste atrás Sean. ¿Qué pensabas que Valdman iba a hacer cuando le dijiste que buscase a alguien? ¿Pasarle tu marrón a uno de prácticas?

Me cabrea porque tiene razón, y yo debería haberlo sabido, planeado y pensado, antes de pedirle a Valdman permiso para que me deje retirarme del proyecto. Pero joder. Estaba tan aturdido por lo de Zenny y la promesa que le hice a Elijah… Y ese beso interrumpido, y la noche sin dormir en el hospital con mamá…

Northcutt se levanta, abotonándose la chaqueta y me da una sonrisa tan desprovista de expresión humana normal, que sólo podría definirla como la de un tiburón. — Nos vemos. — Dice, girándose para marcharse, y odio cómo entro en su juego al llamarlo de nuevo, pero no puedo evitarlo, estoy demasiado enfadado, y muy asustado también. No quiero a ese tiburón cerca de Zenny.

— Charles, ya me encargo yo del asunto, ¿Vale? si ésta es tu manera de echarme el muerto, lo has conseguido. Tú ganas. Estarás contento.

Más dientes de tiburón. — Oh no, para nada señor Bell. Me gusta la chica, y voy a seguir trabajando en este proyectito tuyo del albergue con ella hasta que deje de gustarme.

— Esto no es una puta guardería Charles. No se trata de ver quién tiene prioridad sobre un juguete.

— Y esto tampoco es el puto juego del balón prisionero Sean. No puedes cambiar de bando cuando te apetece, hay consecuencias de la vida real al ser una mierda en el juego. Así que te voy a solucionar el problema, voy a quedar bien con Valdman y a pasarlo bien en el proceso.

Me pongo en pie, sin importarme lo ridículo que pueda ser el estar considerando liarme a puñetazos aquí en mi maldita oficina. — Aléjate de ella.

Él lanza una carcajada tan fría como su sonrisa. — Intenta detenerme. — Dice al salir de mi oficina.

— Cuenta con ello. — Musito a sus espaldas, y una vez está fuera de mi vista, le doy una patada al escritorio, lo pateo extra fuerte, y luego me voy a buscar a Valdman.

Librería Digital

VALDMAN NO ESTÁ en su oficina, y según Trent, el secretario, no volverá hasta el próximo martes. Le hago a Trent pasarle un mensaje diciendo que quiero a Nurthcutt lo más alejado posible de las monjas… Por el bien de la compañía y la reputación de la misma.

Trent me lanza una mirada cuando le dicto el mensaje — ¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

— ¿Estoy diciendo que Northcutt ha bromeado acerca de follarse a una monja? Sí.

Trent hace una mueca. — Odio a ese tío. — Dice en voz baja.

— Yo también.

Cuando termina el mensaje, me dejo caer en su escritorio, manteniendo el tono de voz bajo. — ¿Puedes ver algo del horario de Northcutt?

Trent asiente despacio y con recelo.

Levanto las manos. — No quiero que hagas nada sospechoso. Sólo deseo asegurarme de que no tiene previsto reunirse con ninguna de las hermanas Good Shepherd antes de que yo hable cara a cara con Valdman.

Esto parece concordar con el código moral personal de Trent, y se mete al programa de Northcutt, verificando que las monjas estarán a salvo hasta el martes, al menos. Ya más tranquilo, decido dar el día por terminado y me largo a casa, aunque apenas es la hora del almuerzo. Esta noche toca cena familiar, lo que no significa que vaya a ir a ver a mamá y mucho menos que vaya a ir a ver a papá. He contratado una empresa para darle todas las comidas a mamá y papá mientras mamá esté yendo a quimioterapia, lo cual es agradable y tranquilizador por muchas razones, pero también significa que ya no tengo una excusa para llegarme y ayudar a cocinar. Si me acerco ahora, mamá me acusará de que estoy merodeando y se pondrá a cotorrear hasta que *"deje de hacerla sentir como que tiene cáncer".*

No, mejor que me mantengo alejado hasta la hora de cenar.

Entro en mi coche, pienso en todos los huevos y coles esperándome en la nevera y doy un giro hacia mi lugar favorito de comida grasa, un antro viejo llamado Town Topic. Tras devorar una hamburguesa triple con queso y patatas fritas ahí mismo en la barra, decido irme a casa y aclararme con el asunto de la monja de una vez por todas. Esta semana ya encontré unos cuantos sitios que podrían servir para reemplazar el albergue; voy a encontrar el lugar perfecto, decirle a Zenny, de manera segura… como por teléfono, escuchar como su voz se ilumina con admiración y alivio, y entonces, me libraré de este lío.

Y es cuando estoy conduciendo a casa, que veo el coche de Aiden salir del Kauffman Center, no cabe duda de que es su coche, un Lexus negro LFA con una placa que dice BELLBOY y una abundante capa de polvo de gravilla del camino al trabajo desde su estúpida granja.

Me dejo caer en la bocina hasta que la pantalla central se ilumina con una llamada.

— ¿Qué demonios te pasa? — Dice Aiden a modo de saludo.

— ¿Qué te pasa a ti? Tú eres el que va por ahí conduciendo un Lexus cubierto de polvo. Consíguete una maldita camioneta.

— No.

— O múdate a la ciudad de nuevo, ¿quizás?

— No.

— Probablemente tengas el único LFA del pueblo y lo vas conduciendo cubierto de polvo y piedras. Y no quiero saber cómo tendrás el chasis.

— No pienses en mi chasis, pervertido. — Dice Aiden, pero su insulto carece de su usual levedad. De hecho, casi que lo escucho… ¿Nervioso?

— ¿Todo bien? — Pregunto, mirando la parte de atrás del Lexus lleno de polvo mientras sale de la calle y entra al aparcamiento de la empresa donde está su oficina.

— Sí. Bien.

— ¿Estabas en el Kauffman por trabajo? — Pregunto, y cuando lo hago, me doy cuenta que lo que en realidad quiero saber es si ha visto a Elijah, y si Elijah ha dicho algo de Zenny. Oh, Dios, ¿Y si Zenny estaba allí? ¿Y si Aiden la acaba de ver? ¿Y si verlo a él le ha recordado a mí? ¿Y si ha hablado de mí? ¿Y si…?

Dios. Me he convertido en un adolescente. Me he transformado en un adolescente por una chica que apenas *no* lo es, y ahora incluso la idea de ver a alguien que también la conoce, es electrizante. Su presencia se ha esparcido por la ciudad considerablemente, y cada lugar y persona que está conectado a ella me hace sentir inquieto y atrevido como lo hace ella misma.

Unos ojos redondos color cobre me pasan por la mente cuando Aiden por fin contesta fríamente. — No era por trabajo.

— ¿Viste a Elijah

— ¿Qué te hace pensar eso? — Pregunta Aiden, pero sus palabras cargan tal aspereza que me hace pensar que hay algo más que nuestras típicas bromas entre hermanos.

— No sé, ¿Porque él trabaja ahí, gilipollas? ¿Porque es mi amigo?

Hay una pausa.

Luego dice. — Tengo que irme. — Y cuelga el teléfono.

Dios, menudo bicho raro.

Lo veré esta noche durante la cena y tendrá que explicarse. Mientras tanto… El albergue. Tener este asunto con Zenny bajo control así puedo dejar de pensar en ella todo el tiempo. Así podré dejar de imaginarme como sería besarla de nuevo, en cómo se sentiría subirla a otra encimera y ponerme de rodillas para demostrarle el poco oxígeno que necesito a la hora de comer un coño.

Y ahora la tengo dura. Genial.

Aparco el Audi en el garaje de mi edificio y me dirijo cojeando hacia el ascensor, la furiosa erección me dificulta los pasos, y una vez que estoy dentro, no puedo evitar meneármela un par de veces a través de la tela de mis pantalones.

Esos labios suaves.

Esas bragas blancas de algodón.

Librería Digital

Mierda.

Me tambaleo hacia el interior de mi ático sacándome la chaqueta y tocándome la polla. Una paja ligera para quitarme todo esto de encima, unos cuantos manotazos para aclararme la mente, ni siquiera pensaré en Zenny…

Mentira. Ella es en todo lo que puedo pensar; sus besos y sus manos colgándose de mi cuello, sus piernas abriéndose para que me coloque entre ellas, y el pequeño rasguño del pendiente de su nariz al frotarse con la mía mientras reclamaba su boca…

La manera en que se levantó la falda para enseñarme el coño…

Tiro el abrigo al suelo y me saco la polla, tan torpe y con tantas ganas como si de verdad me la fuese a follar a ella, la sangre golpeando caliente e insistentemente, mi mano temblando de entusiasmo cuando me la pongo alrededor. No debería estar pensando en ella de esta manera, no debería estar imaginando que son sus dedos los que me la están agarrando. No debería estar corriéndome al pensar en sus dedos nerviosos e inexpertos haciéndomelo. No se me debería estar hinchando y goteando al pensar en ella enseñándome el coño que ha prometido mantener puro e intocable a la Iglesia.

Pero lo estoy haciendo, lo estoy haciendo. La tengo dura por Zenny Iverson, la chica a la que cargué cuando era un bebé, alguien a quién se supone que debo mantener a salvo, alguien jodidamente demasiado joven y consumida por una fé que me he pasado rechazando durante toda mi vida adulta. Y después de pasarme casi dos décadas follándome a todo tipo de mujeres por todo el planeta, mujeres a las que se les paga por follar y otras que lo hacen como si fuese su trabajo de todos modos, no tengo ni idea por qué es Zenny la que me tiene así.

Porque jamás me la podré follar, ¿Quizás? ¿Porque en realidad me importa su bienestar? ¿Porque ella no se impresiona conmigo así que quiero impresionarla yo a ella?

¿Porque en verdad es interesante y buena persona, y remueve una parte de mí que desearía ser igual que ella?

Me agarro la polla más fuerte, mirando cómo la cabeza gorda y oscura empuja entre los dedos. Fantaseando con que son los dedos de Zenny en lugar de los míos. Sobre su precioso coño expuesto para mí y sólo para mí…

Mierda. Voy a correrme.

Me pajeo más rápido, estoy preparado, preparado, preparado… y entonces, alguien llama a la puerta.

Por un momento, considero ignorarlo. Estoy a tres manotazos de correrme, y necesito esto, lo necesito de verdad, y no hay manera de que vaya a pasar toda la tarde pensando en Zenny sin la necesidad de correrme, así que tiene que ser ahora. Ya sabes, por mi bien.

Pero vuelven a tocar a la puerta, y la realidad limpia el vapor de las hormonas un poco. Probablemente sea una compra a domicilio o la empresa de limpieza que viene temprano, pero, si cabe la más remota posibilidad de que sea algo de mamá…

Con un gruñido de dolor, me vuelvo a abrochar los pantalones, trato de re colocarme el paquete para que mi erección no sea demasiado obvia, aún lo es, y voy a abrir la puerta sin molestarme en ver primero quién está al otro lado.

Y cuando abro me encuentro a Zenny, con su vestido de postulante, y chanclas amarillo brillante, con una sonrisa nerviosa en la cara.

Librería Digital

Capítulo 8

MI MENTE RETUMBA DE PÁNICO.

Puto Pánico, tío.

Y vuelvo a cerrar la puerta enseguida.

— Ah ¿Sean? — La oigo decir desde el otro lado, pero estoy muy ocupado andando de aquí para allá en círculos como para contestar. Y ni siquiera estoy pensando, solo me está entrando el pánico, como un perro dando vueltas cuando entra en una habitación donde se han cambiado los muebles de lugar. Toda mi seguridad se ha esfumado, todos mis pensamientos contingentes normales, todo mi encanto y habilidad de solucionar problemas, se han ido a la mierda.

Todo lo que me queda es el deseo por Zenny, y el saber que no debería, ah sí, y esta estúpida erección que se niega a ablandarse. En todo caso, mi cuerpo y mi polla están súper emocionados de que Zenny esté aquí en persona.

— Sean, yo sé que tu madre no te crió de esta manera. — Dice Zenny a través de la puerta, divertida. — Déjame entrar, por favor, o le diré lo grosero que fuiste. — Al igual que Elijah, Zenny quedó exenta en cierto modo de la división Bell-Iverson, no puedo poner la mano en el fuego de que no se lo vaya a contar a mamá, así que me doy la vuelta y abro de golpe la puerta antes de seguir pensándomelo.

Zenny me dedica una sonrisa alegre y se cuela dentro de un empujón, dejando esa delicada esencia a rosas a su paso. Tengo que controlarme para no husmear el aire como un lobo cuando pasa por mi lado y se apoya en la parte trasera del sofá.

Recojo mi chaqueta arrugada del suelo y la sostengo delante de la bragueta, un movimiento proveniente de Adolescent Boy Playbook.

Tienes treinta y seis años, no trece, me recuerdo a mí mismo. Actúa como tal, carajo.

Por suerte, Zenny no parece darse cuenta de mi rara pose de la chaqueta.

En cambio, parece entusiasmada con mi apartamento, mirando con ojos muy abiertos la estancia limpia y minimalista. Yo también miro a mi alrededor, como lo hace ella, suelos de hormigón pintados y ventanas gigantes, las largas, bajas líneas de los muebles, y siento una punzada de orgullo. Es un sitio bastante bonito, aunque no es más que un lugar conveniente donde dormir y ducharme antes de regresar de nuevo a conquistar el mundo.

— Bonito ¿Verdad? — Digo todo guay y engreído, y ella me regresa la mirada con una ceja arqueada que hubiese hecho morir de envidia a cualquier actriz primeriza de Hollywood de los años 30'.

— Ya sabes que lo es; No hace falta que yo te lo diga. — Dice. — Y en realidad estaba pensando que es un poco triste.

— ¿Triste? ¿El ático de dos millones de dólares con una vista increíble?

— El ático de dos millones de dólares que parece una casa piloto. No hay fotos, ni libros, ni correspondencia encima de la mesa, nada personal. Me hace pensar que estás muy solo, en realidad.

— Mierda, ahora me siento un poco solitario.

— De todos modos. — Dice irguiéndose. — No he venido hasta aquí para ver tu apartamento. He venido a hablar contigo. — Okay. Okay. Puedo hacerlo. Puedo hablar con ella, sólo hablar, sin besarla ni correrme accidentalmente en mis pantalones. Y esto es bueno de todas maneras: puedo explicarle lo de reemplazar el albergue y advertirle que se mantenga alejada de Northcutt. Funcionará, va a funcionar totalmente y esta conversación terminará sin que rompa la promesa que le hice a Elijah.

Le indico con un gesto que se siente, y le ofrezco algo de beber, oferta que ella acepta. Y es mientras estoy en la cocina sirviéndole un La Croix, tratando de colocarme en un ángulo desde el que ella no pueda ver la tremenda erección aún presionándome los pantalones, que le pregunto casualmente — ¿De qué es eso de lo que quieres hablar?

Librería Digital

E igual de casual ella responde. — Quiero que te acuestes conmigo - dice.

Mierda.

MINUTOS MÁS TARDE, está tomándose su La Croix, y yo sentado en una silla frente al sofá, mirando hipnotizado como su garganta se tensa y tiembla al beber. Termina de beber, suelta la lata y se toca suavemente el labio inferior con los nudillos. Un simple acto que me tiene la polla palpitando.

— Bueno, pues… — Digo con voz atragantada. Es la primera vez que hablo desde que ésta pedazo de monja del sexo ha llegado. — Obviamente, la respuesta tiene que ser un no. — Ella me mira, el sol capta esos destellos metálicos en sus ojos, el oro del pendiente de su nariz.

— Pero, ¿Por qué? — Y que me ayude Dios, es esa mezcla suya entre gentil y directa, de la que no me puedo defender. Esa embriagadora mezcla de vulnerabilidad y seguridad.

— Zenny. Ponte seria.

— Voy en serio. ¿Por qué no puedes acostarte conmigo?

— Eres la hermana pequeña de Elijah. — Digo, levantando un dedo. — Eres demasiado joven para mí. Y eres monja, añado un dedo por cada punto, hasta que tengo tres en el aire en total, como si estuviera recitando el juramento más extraño de los scouts de todos los tiempos.

Zenny se pone en pie y camina hacia mí, envuelve mis dedos con los suyos, y la sensación es tan parecida a cómo la imaginé antes, pero con sus dedos en mi polla, y tengo que cerrar los ojos por un momento.

— ¿Podemos, aunque sea hablar de estas cosas?

— No hay nada que hablar. — Musito, con mis ojos aún cerrados. — Esas no son cosas de las que hablar.

Librería Digital

— No me gusta mentir, ni si quiera omitir, pero si es crucial, entonces… Elijah no tiene por qué enterarse — Abro los ojos. — No te estoy pidiendo que me pidas matrimonio, Sean, o que seas mi novio. Necesito ayuda.

— Sí, pero ¿Ayuda sexual?

Se sienta en la mesa de café, sus pies enchancletados acorralando mis zapatos de salir, y sus rodillas cubiertas por el vestido, se rozan con la lana de los caros pantalones de mi traje de chaqueta.

— ¿Me dejarás que te lo explique al menos? ¿Por favor?

Estoy tan distraído con la sensación de sus rodillas rozando las mías, que apenas puedo hablar. Me las arreglo para asentir.

— Okay. — Dice, tomando aire y soltándolo con un resoplido nervioso, y enviando un solitario susurro en el aire por un momento. — Esta es la cosa. Voy a convertirme en novicia pronto, en unas cuatro semanas. Y, aunque no es el paso final, es uno muy grande. Quizás el más grande. Me pondré un traje de novia y me cambiaré el nombre. Al final del semestre, me mudaré de mi habitación al monasterio a tiempo completo; empezaré a ponerme el hábito. Será el final de mi vida como Zenny y el comienzo como novia de Cristo. Todas las otras hermanas, y la maestra de novicias y la priora, me han dicho que espere períodos de intensa tentación y duda antes de pasar por el proceso de novicia, dijeron que era natural, e incluso sano, pero no ha ocurrido. Si acaso, estoy más segura que nunca de que esto es lo que se supone que debo hacer con mi vida.

— Yo… Okay… Me parece que esa es la razón opuesta a por qué deberías acostarte con un viejo desconocido.

— Tú no eres un extraño. — Dice ella sonriendo, y mierda, esa sonrisa. Enorme y dulce, y muy, muy besable. — Pero ahora veo por qué aún no tiene sentido. La cosa es que siento que debería estar dudando, debería estar tentada a irme, y me preocupa el hecho de que no lo estoy. Siento como que estoy haciendo algo malo. — Siento como las cejas se me alzan.

Librería Digital

— Yo pienso que cualquiera que crea sin dudar, se está mintiendo a sí mismo, pero esa es la meta, ¿Cierto? ¿Creer sin dudar? — Su sonrisa se agranda, como si hubiera dicho algo que prueba su punto de vista.

— ¿Ves? ¡Eso es exactamente lo que ando buscando!

— Espera… ¿Qué?

— Eso de *¡Te estás mintiendo a ti mismo!* Eso de *!Dios no es real y estás malgastando tu vida!* Creo que, si estar al lado de una persona me va a hacer dudar de mi vocación, ése eres tú.

No… No estoy seguro si me acaba de gustar eso.

No sé por qué, si me hubieras preguntado hace una hora si me gustaría evitar que gente inocente malgaste su vida por una idea falsa, con su correspondiente burocracia religiosa, a los que les importa una mierda, la respuesta sería sí. Incluso carajo sí. Pero ahora que estoy en frente de la hipotéticamente persona inocente, escuchándola decir que soy bueno en hacerla dudar de las cosas que ella valora… No sé. No es tan agradable.

Ella continúa, sin darse cuenta de mi lucha interna. — Pienso que la creencia puesta a prueba por la duda es la creencia más fuerte que existe, y la maestra de novicias concuerda conmigo. También cree que no he tenido… Hmm… — Veo el rubor en la cara de Zenny cuando mira hacia abajo al lugar donde nuestros pies se tocan — … Suficiente, hmm, experiencia para saber lo que voy a sacrificar para unirme a las hermanas. Ella cree que debo experimentar más el mundo antes de dejarlo atrás. — Aun ando procesando lo de ser *El chico que me hace dudar*, así que me toma un momento analizar lo que me está diciendo.

— ¿Tu maestra de novicias te está diciendo que tengas relaciones sexuales? — Zenny me mira, está intentando ser guay y cosmopolita al hablar, pero su mirada tímida, la cual aparta de la mía en numerosas ocasiones, la traiciona. Éste tema claramente le da vergüenza, lo que resulta encantador, considerando la determinación y audacia con que lo abordó en un primer momento.

Librería Digital

— Es una persona poco convencional, y una monja muy poco convencional. Pero el ser virgen no es un requisito para entrar al monasterio… El celibato sólo es un requisito para quedarte una vez que has tomado tus votos.

— ¿Van a dejarte tomar tus votos si has, hmm… "Experimentado el mundo" recientemente?

Zenny ríe un poco. — Como ya dije, tengo una maestra de novicias poco convencional y mi priora es muy… Bueno… Moderna. Dice que prefiere a las mujeres que eligen esta vida con conocimiento, que las que lo hacen con ignorancia.

Tengo que admitir que es una sabia perspectiva de la vida religiosa… Si algo en la vida religiosa puede llamarse sabio o no, ya sabes, corrupto o sin sentido.

— Vale, así que te sientes como que no te has, no sé, planteado enteramente esta decisión o lo que sea porque no has tenido dudas, y tus mentores te han animado a que te vayas a follar a alguien para meterte esas dudas a la fuerza.

— Bueno. — Dice Zenny, poniendo las manos en sus rodillas y bajando la mirada. — Es más como que ellas piensan que estoy tan segura porque en realidad no me he enfrentado a lo que dejo atrás. Y no hablo sólo de sexo. Dinero, relaciones, libertad y cosas frívolas. No sólo quiero follar, Sean. — Explica, sus ojos buscan los míos de nuevo. — Quiero que alguien me muestre todo lo que me voy a perder. Quiero que alguien me rete y me ponga a prueba. Y si pruebo todo lo que el mundo tiene que ofrecerme y aún quiero consagrar mi vida a Cristo, entonces sabré que eso es lo que debo hacer. Será una decisión madura en lugar de una tomada por ingenuidad.

Sus ojos son hipnóticos, los bordes color cobre se adentran en unas aguas tan profundas que apenas puedo diferenciar en qué punto se mezclan con el ónix que es su pupila. — Si realmente es lo que quieres. — Digo, sintiéndome casi mareado al mirarla. — Deberías buscarte a un chico de tu edad. O joder, al menos uno que crea en las mismas cosas que tú.

Ella niega con la cabeza, y finalmente rompe el hechizo. Yo me levanto abruptamente, y me dirijo a la ventana, porque no puedo aguantar el mirarla, el

Librería Digital

tenerla tan cerca. No cuando me está pidiendo lo que me está pidiendo, lo cual, daría mi alma por dárselo.

Por desgracia, ése sería prácticamente el precio a pagar, no mi alma en sí, porque yo no creo en esa mierda, pero ya sabes. Lo que me quede de honor y moral.

—Tienes que ser tú. —Ruega a mis espaldas. —He estado intentando seguir el consejo de la Reverenda Madre durante los últimos seis meses. Poniéndome ropa de calle en lugar del uniforme para ir al colegio, intentando coquetear con chicos en clase, incluso acepté tener un par de citas, pero no me interesé por ninguno. Nadie me retó. De hecho, la mayoría de esos chicos con los que interactué reafirmaron mi opinión de que no me estaba perdiendo nada bueno. Ni si quiera llegué a besarlos. Y esa noche, en la fiesta de Elijah… Ahí estaba yo diciendo adiós a todo el plan. Tendría una oportunidad más para arreglarme y beber y fingir, y luego dejaría de lado esta idea de buscar la duda. Quiero decir, si había estado buscándola y no la encontré ¿No quiere eso decir algo también? ¿Que Dios no quiere que dude?

—Yo no creo en ningún dios, por lo tanto, no creo en predestinaciones, *"éste es el camino que Dios ha elegido para mí"*. —Mierda, forzado por la situación y mi voluntad por tratar de mantener un semblante de control, me veo a mí mismo siguiéndole el rollo. —Sin duda alguna, ésa es la respuesta correcta. Seguramente deberías olvidarte de esa idea.

—Pero ves, luego te vi a ti. —Dice Zenny, su voz se vuelve tan baja que me vuelvo a mirarla. En su cara resplandece una especie de mirada de auto reproche e impotencia, como que sabe lo estúpido que suena todo esto, pero aun así, sencillamente no puede detenerse. —Te vi, y fuiste el primer chico al que he deseado, Sean. Cuando era niña, soñaba que nos casaríamos, cuando tuve suficiente edad para encapricharme de alguien, me encapriché de ti. Cuando estaba en el instituto, eras tú el primero al que mi cuerpo deseaba. Y verte en la fiesta fue como… Como la respuesta a mis oraciones.

Me gusta esta idea de que esté encaprichada conmigo, de que me haya deseado con esa tímida convicción con el paso de los años. Sólo pensarlo hace que algo de vueltas en mi pecho, como un molinillo, y tengo que esforzarme en seguir la conversación.

— ¿Oraste para tener dudas? — Pregunto, con esperanzas de que no se dé cuenta de que me siento tan halagado como si fuera un jovencito.

— Recé por una oportunidad. Una oportunidad para demostrar que soy más fuerte que la duda… Pero ¿Cómo lo voy a demostrar si para empezar jamás la he tenido? Y luego, ahí estabas tú, el primer hombre que más he deseado, mi mayor tentación. Poderoso y experimentado, y tan sexy que apenas podía hablar contigo sin tartamudear.

Debería resultarme raro el sentirme avergonzado, por este cumplido, cuando he tenido mujeres que me han llamado dios o héroe, o un sinnúmero de tonterías por meterse en mi cama, o mi cartera… Pero no me sorprende porque… Como estoy aprendiendo rápidamente… Todo lo relacionado con Zenny viene con un kit de reglas distinto, un juego de experiencias distintas. Es como si estuviera empezando de nuevo con ella, y no tengo ni idea de qué decir.

Por suerte, mi silencio parece no molestarle y continúa hablando. — Y no fue sólo el hecho de que te deseaba, que también… Quiero decir, aún lo hago. Pero sé cómo piensas respecto a la Iglesia, y sé exactamente lo pijo y materialista que eres. ¿Qué podría ser más perfecto? ¿Quién podría ser más perfecto? — Me lanza una mirada como una pupila estrella que acaba de entregar una respuesta perfecta, yo la miro, como un profesor que trata por todos los medios de suprimir la erección que tiene por la alumna.

— Zenny, la respuesta sigue siendo no.

— Ya sabía que ibas a protestar. Es por Elijah, ¿No es cierto?

— Y porque eres joven. Mil años demasiado joven. Sé que es difícil darse cuenta a tu edad, pero, los hombres como yo somos… — Zenny levanta una mano para detenerme.

— No me vengas con esa charla condescendiente de *''la naturaleza depravada de los hombres*'' o alguna gilipollez. Es una teoría de género que lleva ya cincuenta años pasada de moda, para empezar, y nada mejor que una excusa conveniente para evitar tomar esa responsabilidad, aparte de la manera en que eficientemente excluye la

posibilidad de que una mujer pueda ser también una depravada. Y aparte de la obviamente problemática creación binaria. — Pestañeo, alumna estrella sin duda. — No te pediría esto si no lo quisiera, y te puedo asegurar que tengo tanta energía sexual como un hombre. También puedo decir, que aparte de ser legalmente una adulta, no estoy bajo alucinaciones respecto a la forma en que tú me deseas a mí. Ya lo dejaste bastante claro la noche de la fiesta.

La culpabilidad me golpea con fuerza como si de una vía férrea se tratara. — Zenny, yo…

— No te disculpes. Me gusta. Me gustó tu sinceridad. Yo te lo pedí y voy en serio con las cosas que pido, Sean. Como ahora mismo. — Se expresa demasiado bien como para pelear con ella, especialmente, cuando es un argumento que no me entusiasma mucho ganar. Por lo cual, es decir, mi corazón siente que debo decirle que no, pero el resto de mi cuerpo está palpitando por las ganas de darle todo lo que me pide y más.

No poco entusiasmado entonces, poco meditado.

— Pero Elijah… — Murmuro, tratando de encontrar alguna razón a la que no me pueda replicar. — Me pidió que te mantenga a salvo.

— ¿Y qué mejor manera de cuidarme que dándome ayuda cuando te la pido?

—Yo, hmm… — Cielo santo, ¿Dónde está el tipo que domina la sala de juntas? ¿El que pasa por encima de abogados, herederos e inversores simplemente con encanto y autodisciplina? ¿Por qué no puedo formular una respuesta? ¿Por qué no me salen las putas palabras?

Zenny se pone en pie también y da un paso hacia mí. — Por favor Sean, sólo te pido un mes y no estoy pidiendo nada que no quieras darme. Te lo pido a ti porque eres la única persona que puede ayudarme, y la única persona en la que confío para que me ayude, y lo necesito. Necesito poder confiar en la persona con la que hago esto, no puede una persona como… — Hace un gesto con la mano, mientras trata de pensar en un ejemplo. — Como Charles Northcutt.

Rojo.

Librería Digital

Furioso, celoso, rojo protector. Por todas partes, en mis ojos, atragantando mi garganta y tensando mis puños. — Mantente alejada de él. — Me sale. — No es un buen hombre. — Estoy tan inmerso en mi repentino ataque de celos y furia que no la veo aproximarse hacia mí; sólo me doy cuenta cuando siento que pone su mano en mi brazo.

— Puedo darme cuenta de que no es un buen hombre. — Dice convencida. — Y no estoy interesada en él de todos modos. Sólo digo que por hombres como él es exactamente por lo que quiero un hombre como tú para ayudarme con esto. Tú eres todo lo opuesto a ser monja… Pero también me siento segura contigo. Es una combinación extraña. — Miro su mano, larga, oscura y con uñas doradas descascarilladas. Veo el inconfundible rastro de rotulador rosa en el dorso del dedo meñique, y si no me equivoco, una lista borrosa en el dorso de su mano con rotulador negro permanente.

Es la mano de una estudiante universitaria, la mano de una mujer joven, nada parecida a la mano gordita con hoyitos, del bebé que una vez cargué en mis brazos en la cocina de un amigo. Es la mano de una mujer que aún está aprendiendo, que a veces es olvidadiza, a veces soñadora y otras aburrida. Es la mano de una mujer que necesita que la besen y acaricien, y que la amen tan completamente que jamás se olviden de apreciar su cuerpo y de las sensaciones que puede producirle hasta el día en que muera.

Y lo que más me jode es que sé las razones por las que no debería decirle que sí; Me golpean y se pasean a mí alrededor como una banda de música. Pero todavía quiero decirle que sí.

Joder, que si quiero.

Cierro los ojos, y entonces es cuando aprovecha para dar el golpe final. Un beso ligero y tentador en mis labios, dulce e incitante, y listo.

Mis ojos se abren de golpe. — Mierda. — Digo con voz ronca.

Librería Digital

— Por favor Sean. — Susurra, y está tan cerca de mí. Tan cerca, que si quisiera podría tomarla en mis brazos, enterrar mi cara en su cuello y morderlo como un vampiro, podría hacerla sentir cada pulgada dura y peligrosa de por qué esto es una idea terrible.

Y pienso en cómo aún no la conozco, no de verdad, no como debería. No sé nada de ella, excepto los pocos datos biográficos que Elijah ha mencionado de ella esporádicamente… Y por supuesto, que es casi una monja que quiere averiguar lo que se va a perder cuando se enclaustre.

— Necesito un día para pensarlo. — Digo, dando un paso torpe hacia atrás, alejándome, mi cuerpo inmediatamente protestando por la distancia que hay entre los dos. — No voy a pretender que soy un buen hombre, pero esto es algo que incluso yo debo pensarme. — Ella asiente, y no parece sorprendida o molesta, me doy cuenta que ya se lo esperaba. Se esperaba que yo tuviera que pensármelo, y eso me da un poco de alivio. Incluso si soy el chico que le hace dudar, al menos no estaba mintiendo al decir que se siente segura conmigo, que confía en mí.

Evidentemente, da por sentado que tengo cierto tipo de sentido ético, y por raro que parezca, me siento orgulloso de ello, en cierto modo, no quiero analizarlo demasiado. De alguna manera, es un susurro que me dice cuánto me importa lo que Zenobia Iverson piense de Sean Bell.

— Entiendo. — Dice. — ¿Espero tu llamada? — Aunque reconozco que es una idea estúpida el verla de nuevo en persona, no me gustaría discutir algo tan personal e importante por teléfono con ella.

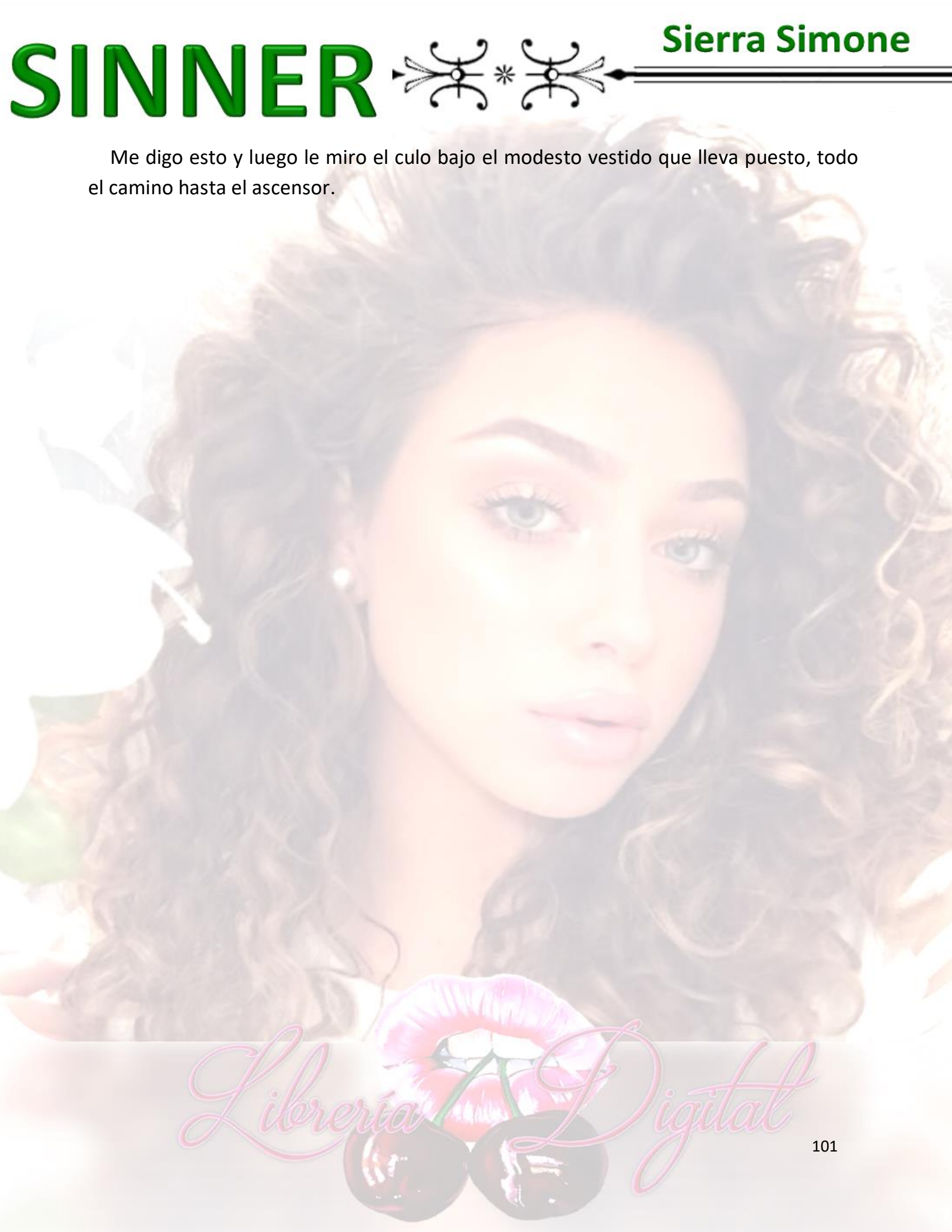
— Cena aquí. Mañana a las siete. Volveremos a hablar.

— Cena. — Dice, esbozando una pequeña sonrisa. — Okay.

— Okay.

Camina hacia la puerta y la acompaño, pensando en que mañana encontraré una manera de decepcionarla con cuidado, buscaré la manera de decirle que no a este plan loco de ella. Ni hablar, de que vaya a venir aquí a cenar mañana y le voy a decir que sí.

Me digo esto y luego le miro el culo bajo el modesto vestido que lleva puesto, todo el camino hasta el ascensor.



Librería Digital

Capítulo 9

ES LA PRIMERA VEZ en ocho meses que casi no me presento a la cena familiar. Aiden y Ryan son unos profesionales en saltársela, pero yo siempre he ido. Todas las semanas. Ni siquiera el trabajo me lo ha impedido.

Iba a la cena y luego regresaba al trabajo si tenía que hacerlo.

Pero cuando Zenny se marcha, me encuentro en una especie de limbo, extraño e inquieto. Mis pensamientos dan vueltas. Mi erección ha regresado y exige atención. Y las desconocidas sensaciones de culpabilidad e integridad se persiguen la una a la otra en círculos como si fueran perros.

¿Qué sería lo correcto?

¿Confiar en que Zenny se conoce a sí misma y es capaz de tomar decisiones? ¿Ayudarla con su petición de crear una relación más profunda y enriquecida con su deidad?

¿O lo correcto sería quebrar la relación con su deidad, dado que es falsa y su Iglesia mató a mi hermana?

Me quedo junto a la ventana un momento, luego musito un rápido a la mierda y me quito el cinturón, rindiéndome a la necesidad de agarrarme la polla de nuevo. La piel está tirante y dolorida, de un color oscuro, rojo, furioso. Pongo una mano en la ventana y me dedico a husmear el aire mientras me la empiezo a menear.

Huelo el ligero aroma a rosas.

Huele a Zenny.

No hay nada más que mi salvaje necesidad de correrme sacudiéndome el cuerpo al imaginar los hambrientos e inocentes besos de Zenny, las prietas curvas de su cuerpo y el tentador arco de su garganta. Nada como la lujuria desatada corriendo por mis

venas al imaginar sus bragas blancas, como una de esas fantasías enfermizas de *''la hermanita de mi mejor amigo''* hecha realidad. Imagino cómo sabría su coño en mis labios, cómo olería, cómo se estremecería al pasarle la lengua en círculo por ese botón oscuro entre sus nalgas, después de lamerle el clítoris.

Sólo soy una bestia, un hombre poseído por la necesidad de follar.

Así que, ¿Por qué es *"Fuiste la respuesta a mis oraciones"* la última cosa que se me pasa por la mente antes de correrme?

— **¿MAMÁ ESTÁ BIEN?**

— Mamá está bien tío. Siento haberte preocupado.

Minutos más tarde, me he cambiado de pantalones y camiseta, también he limpiado la corrida del suelo. Estoy sentado en mi oficina en casa mirando inexpresivo las estanterías, que son mitad como las mierdas de estanterías de trabajo de las listas de bestsellers y mitad como las novelas de romance histórico, categorizado por subgéneros: regencia, victoriano, oeste americano, y ordenadas por autor alfabéticamente.

Ah, y llamé a mi hermano. Porque me estaba acojonando y él es la única persona en mi vida en quién confío para darme cualquier tipo de consejo de vocaciones clericales o de sexo.

Prácticamente puedo oír a Tyler suspirar aliviado cuando le digo que mamá no está de vuelta en el hospital. — ¿Qué ocurre entonces? — Pregunta. — Sé que eres de los que no llaman a menos que sea algo urgente.

Es cierto, para bien o para mal, y no estoy seguro del por qué. Me cae bien Tyler, pero nunca le he hecho falta como a Aiden o Ryan… Y la manera en que Lizzy me necesitaba antes de quitarse la vida. Así que me he habituado a ser el que cuide de los hermanos Bell. Asegurándome de que Aiden duerma un poco de vez en cuando, ayudando a Ryan a apuntarse a clases de la universidad y a buscar apartamento,

recordándole a ambos que llamen y visiten a mamá… Pero Tyler está exento de mi mandato. Cuando respeto y confío en alguien, cuando valoro su tiempo y manera de pensar, no tengo problemas en dejar pasar semanas sin hablar, porque sé que estará bien sin mí. Tyler entra en esa categoría. El excéntrico e impulsivo Aiden probablemente nunca lo haga.

— Bueno, esto es un poco vergonzoso — Admito — Pero necesito consejo. Hmm. Acerca de una mujer.

— ¿Tengo que recordarte la época en la que fui sacerdote? — Pregunta Tyler secamente. — Probablemente no sea la mejor persona para aconsejarte sobre relaciones de pareja.

Me pongo en pie, un poco inquieto. — Bueno, es católica.

—Eso no es tan raro para nosotros Sean. De hecho, creo que mamá aún conserva tu premio de *''mejor culturizado en el antiguo testamento''* de la escuela de estudio de la Biblia de verano, en alguna parte.

Eso me hace poner mala cara de inmediato. No me gusta pensar en el chico que una vez fui, el que creía en Dios y se pasaba las clases de estudio de la Biblia de verano pegando palitos de chupachups juntos y aliándome con Elijah para molestar a Lizzy y a sus amigas en el patio de juegos de la iglesia. Y por primera vez, me doy cuenta… En serio, sin historias… Que pasar tiempo con Zenny me va a hacer recordar a ese chico. Si voy a persuadir a Zenny de que se pase al terreno de la duda, voy a tener que recordar por qué en algún momento estuve en el terreno de la fe.

— ¿Es una católica de éstas raritas? — Pregunta Tyler. — ¿De éstas tipo pre vaticano II?

— Me molesta aún el saber lo que eso significa. — Suspiro. — Y no, ella va bien con la misa en inglés y todo eso… Al menos, eso creo. Lo malo es que quiere ser monja. — Lo suelto antes de seguírmelo pensando, pero el silencio incómodo que le sigue me hace desear no haber dicho nada. — Sabes qué, déjalo. Yo…

Librería Digital

— Sean… — me interrumpe Tyler, y lo escucho irse a otra habitación. Una puerta se cierra. — Necesito saber antes de ir a más si estás exagerando. Ponte serio por una vez en tu vida.

Paso la punta del dedo por una fila de libros de Sarah MacLean. — No estoy exagerando. Se va a hacer novicia en un mes.

Se oye un suspiro muy muy largo al otro lado del teléfono. — ¿Qué has hecho?

— No he hecho nada.

— Sí, claro.

— Lo juro. Es más, como que… Necesito asegurarme de que sigo sin hacer nada. O si hago algo, que sea lo correcto.

Sólo te pido un mes.

No pido nada que no me quieras dar.

Te lo pido a ti porque eres la única persona que puede ayudarme.

Me paso los dedos por el pelo, tratando de rorganizar mis pensamientos. Mis sentimientos. Los antojos caprichosos de mi polla.

— Así que conociste a una chica. — Tyler suelta después de no oírme hablar durante un tiempo. — A una monja, me refiero.

— Bueno, la palabra conociste. — Me giro, dejándome caer sobre la estantería de libros y mirando a la pared llena de diplomas y premios académicos. — Implica que no nos conocíamos antes.

— Sean.

Díselo.

— Es la hermana de Elijah. — Digo forzando las palabras.

— ¿Zenny? Pero si sólo es…

Librería Digital

—Ya no es una niña, Tyler. Acaba de cumplir veintiún años, está en su último año de universidad. Y antes de que lo preguntes, no, mamá y papá no han reconectado con los Iversons.

Tyler refunfuña algo que suena como, bueno, pues deberían, lo cual ignoro. Quizás, si se mira de manera racional, no habría que culpar a los Iversons de romper los lazos, pero nadie pensaba racionalmente el día del funeral de Lizzy, pero después de lo que vino detrás, era mejor dejar la situación tal y como estaba. Era más seguro quedarme de parte de mis padres y mantener mi amistad con Elijah separada de todo el dolor y enemistad. Tyler había sido el único que mostraba su discrepancia en el clan de los Bell, siendo el Señor Conciencia que era, y no había cambiado nada, eso sólo hizo la vida más difícil para él.

Eso es lo único que consigues teniendo conciencia.

Por eso es tan inoportuno que me haya salido una ahora.

Antes de que Tyler se ponga a echarme el sermón, le explico lo de la gala y luego, los problemas con la propiedad Keegan y el albergue Good Shepherd. Después, con una voz más dubitativa y baja de lo que me gustaría admitir, le cuento acerca de su visita. Su situación.

Su petición.

Tyler me escucha en silencio todo el tiempo, y gradualmente, se me va haciendo más y más fácil hablar, hay un momento en el que me pregunto si así es cómo se sentían los feligreses cuando se iban a confesar con él. Si hacía que fuese así de fácil el que la gente hablase con él, el tropezarse con sus malos pensamientos, deseos y arrepentimientos. Casi podría estar resentido con él pero en este momento sólo me siento agradecido. Necesito esto, el desahogarme y confesarme, y simplemente hablar de ello, ya que no puedo hacerlo con nadie más.

—Y luego le dije que tenía que pensármelo y que lo discutiríamos mañana por la noche durante la cena. —Concluyo.

Tyler toma aire. —¡Guau!

—Sí.

Librería Digital

Se hace otro silencio al otro lado de la línea, y estoy cansado de los silencios, estoy harto de la incertidumbre. Apenas ha pasado una hora desde que Zenny se marchó, y creo que me voy a volver loco con toda esta insensatez si no consigo arreglarlo.

— ¿Qué hago? — Pregunto impaciente.

— Bueno. — Dice Tyler cuidadosamente. — Parece que ella fue capaz de ponerle punto y final a todas tus objeciones.

— Sí, fue humillante.

— Nunca discutas con una incipiente teóloga. — Ríe mi hermano. — Nos gusta demasiado ser los más listos del lugar.

Lanzo un resoplido a la pared de los diplomas, solía pensar que era un chico listo, pero esta tarde quedó demostrado que no tengo nada que hacer contra Zenny.

— ¿Qué crees que deberías hacer? — Pregunta Tyler. — Igual deberías empezar por ahí.

— Debería decirle que no. — Digo al pasar un minuto. — Debería mantenerme alejado de ella.

— ¿Por qué? — Pregunta Tyler.

— ¿Qué quieres decir con por qué? — Digo con mi mejor voz de acaso no es obvio.— Es joven, es la hermana de Elijah y quiere ser una profesional del no tener sexo.

— Veintiún años ya no es menor de edad, Sean, y me imagino que tu amistad con Elijah es precisamente el motivo por el que se siente segura contigo. Respecto a su vocación y cómo afecta al sexo, yo diría que estás mirándolo de la manera equivocada.

— ¿Ya estamos en modo sermón?

Tyler me ignora. — Puede que pienses que estás exento de la trampa de la moral católica, pero aún estás actuando como que el sexo es algo sucio. Como un hombre que cree en el concepto de la pureza.

— ¡No pienso en el sexo como algo sucio! — Escupo. — Literalmente follo todo…

Librería Digital

—Todo el tiempo, lo sé, pero escúchame: puedes follar un montón e inconscientemente creer esas cosas. Puedes ser un engreído y creerte que eres mejor que todas esas personas atrapadas en paradigmas represivos, pero en lo más profundo, crees que tienes la capacidad de corromper a otra persona con la polla.

—No lo creo. —Digo, de manera para nada convincente.

—Dime, Sean. ¿Te follas a strippers y mujeres de la alta sociedad sólo porque están de manera conveniente para ti a tu alrededor? ¿O te las follas porque piensas que ya son impuras y no les vas a mancillar con un poco más de impureza tuya?

No tengo una respuesta preparada para eso. Y no me gusta lo que se me pasa por la mente cuando estoy en busca de respuestas. Son los esqueletos pegajosos y sudorosos de creencias mitad olvidadas y sermones de hipócritas. Pensé que me había deshecho de toda esa mierda años atrás.

—Vale, déjame preguntarte algo. —Dice Tyler al ver que no contesto. —¿Cuándo fue la última vez que te follaste a alguien que te importaba? ¿Cuándo fue la última vez que te follaste a alguien y le pediste a Dios que no tuvieras que soltarla jamás?

Trago saliva. —Hace tiempo. —Miento.

Nunca se acercaría más a la verdadera respuesta.

—Está bien, una última pregunta. —Dice Tyler, con tono agradable. —¿En qué medida crees que eso se deba a Lizzy?

Por poco me caigo de la estantería con la mención de su nombre, sorpresa y aflicción fluyendo a través de mí. —Me ofende que la metas en mi vida sexual, tío.

—Piénsalo. ¿Cómo puede el sexo ser más que algo feo, pervertido y retorcido, si se llevó a nuestra dulce y feliz hermana y la mató? ¿Cómo no íbamos a pensar que era pura, inocente y lo que la destruyó fueron los deseos depredadores de un hombre?

—Es diferente. —Susurro, cerrando los ojos. —Sé que lo es. Sé que lo es.

—El lugar dónde sabes que no es el mismo del que provienen tus miedos. Y hasta que no te deshagas de tus miedos… De que seas como el hombre que hizo daño a

Librería Digital

nuestra hermana, de que tienes la capacidad de hacer daño a alguien inocente… No vas a ser capaz de analizar tus creencias respecto al sexo.

—Yo… —Tomo aire, con los ojos aún cerrados. Esto es demasiado en lo que pensar, Dios y Lizzy, y todas las maneras en las que esas dos personas han intervenido en mi identidad sexual sin mi permiso. —¿Tú tuviste que aclararte con algo?

—Sí. —Dice Tyler, tras un minuto. —Tuve que hacerlo. Pensé que, siendo sacerdote, podría reparar de algún modo las heridas que había dejado Lizzy. Y la manera en que quería sexo… Me sentí jodido por eso también. Lo quería duro y carnal. ¿Y si le hacía daño a alguien cuando era así? ¿Y si era así con alguien que ya había sido herido de esta manera?

—¿Cómo lo solucionaste?

—No hay nada que solucionar. —Dice Tyler, puedo oír el cansancio en su voz. —Sólo hay que pasar por ello. Me tuve que admitir a mí mismo que no entendía realmente mis razones, tuve que encender una luz en los rincones más oscuros y ver. Mirarme a mí mismo. Y comprobar todas las maneras en que mis miedos y culpa me tenían atrapado.

Y llegué a comprender algo mientras pasaba por esto. Ser completamente humano es ser completamente sexual, y mientras eso no significa tener sexo o deseos sexuales, significa tener control de tu cuerpo. Reconocer que no hay nada de tu cuerpo menos sagrado que tu alma, que mientras tu cuerpo sea tratado bien y con afecto… Y que tratas los de otros del mismo modo… Tu piel no tiene nada de inmoral. Sobre tus deseos o la carencia de éstos. Sobre lo que hace o deja de hacer. Tú no posees la habilidad de mancillarla a ella o a ti mismo, ningún mortal tiene ese derecho, ella no va a ser más o menos santa en cuenta del sexo, y lo mismo se aplica a la falta de éste.

—Dile a la Iglesia ésa última parte. —Musito.

—La abstinencia es algo que se le pide a todo el mundo en algún momento concreto de su vida. La pareja de uno puede no estar preparada para el sexo emocionalmente, o simplemente no pueden, como es el caso de mamá y papá ahora mismo. Y el celibato no es un sacrificio para algunas personas, al igual que el ayunar no es tan duro para todo el mundo… O el dejar de tener dinero, o tiempo libre, o dormir hasta tarde o… O, o, o… ¿Entiendes lo que te digo? una vida consagrada a Dios es una vida en la que sacrificas tus deseos personales para servirlo, y no hay nada más o

menos especial sobre el celibato que lo que lo es la pobreza, la privacidad o el dormir. Y, añade mi hermano, no siempre es fácil discernir los deseos de Dios. Porque Él o Ella quiere que seamos completamente humanos y que amemos a otros igualmente humanos. Y eso viene en formas tan diferentes como puedas imaginar. Puedes consagrar tu vida a Dios y tener sexo siete veces al día. Puedes consagrar tu vida a Dios e irte a vivir a una cueva el resto de tu vida. Ningún camino es más santo que el otro, porque nuestros cuerpos son sagrados de cualquier manera, al igual que nuestras vidas. La vida monástica y tranquila no son más que otras formas de amar al mismo Dios y divulgar Su amor al mundo.

— Esto no es una respuesta, Tyler.

— Lo sé.

— En serio.

— Porque no hay una respuesta. — Responde. — O al menos una que yo pueda darte. Lo que si te puedo ofrecer es consejo.

— ¿Cómo puede ser posible que tengas algo más que decir después de todo eso?

— Ja. Ja. Aquí te va: no hagas a Zenny formar parte de tu historia con Lizzy, no es justo para ella, ni tampoco para ti.

Quiero discutir con él, quiero decirle que por supuesto que no voy a hacerlo, que por supuesto que no voy a meter la carga que llevo de Lizzy en esto… Pero no me salen las palabras.

Porque no es cierto.

Éste es un mundo totalmente aparte de lo que pasó con Lizzy, pero hay una joven… La figura de una hermanita, incluso… Y la Iglesia Católica y el sexo incluidos en esto, pero no puedo pretender que mis miedos de herirla o el descubrir algo monstruoso sobre mi persona, no tienen ninguna relación con lo que le pasó a ella. Nunca fui a terapia después de su muerte; era joven y terco, y estaba seguro de que no la necesitaba. En lugar de ello, enterré el dolor con alcohol, sexo y ganando dinero.

Y sorpresa, sorpresa, ahora vuelve a darme en la boca.

— Está bien. — Concuerdo con él. — De acuerdo, no lo haré.

— Bien, ella merece que la traten como lo que es, no como la sustituta de una chica que murió hace catorce años.

— Uf. Deja de actuar como un sabelotodo.

— Te dije que no discutieras con un teólogo.

— Ya, ya.

Nos despedimos y colgamos el teléfono, y cuando le echo un vistazo al reloj, veo que es hora de irme a la cena familiar. Le envío un mensaje de texto a Aiden para asegurarme de que va a ir y salgo.

Librería Digital

Capítulo 10

Mensaje de voz 7:23 p.m.

SEAN

—*Hola. Soy Zenny. No sé si ya tienes mi número, por lo tanto no sabía si sabrías quién era, y yo… Hmm, estoy perdiendo el hilo, perdona. La verdad es que me he sentido aliviada en cierta forma de que no hayas contestado el teléfono porque es más fácil hablarle al vacío en lugar de hacerlo directamente contigo, sobre todo cuando tu voz hace esa cosa. ¿Sabes de qué cosa te hablo? Cuando la bajas y se vuelve grave, con un pequeño toque ronco, como si ya estuvieras en la cama. ¿Haces eso a propósito? Hmm…*

Este no es el motivo de mi llamada. El hablar de tu voz.

Te llamaba para hablar sobre mí.

Cuando llegué a casa esta tarde, estuve pasando las páginas de mi diario de oraciones. Es algo que mi maestra de novicias me hace tener, y durante el último año, lo he tenido guardado, fiel a su petición. Pero a pesar de haber sido detallista y diligente con él, me doy cuenta de que falta algo.

Franqueza.

Tú conoces a mi familia, a mis padres. Papá es el doctor Jeremiah Iverson, el jefe de médicos del hospital de prácticas más importante de la ciudad, y mamá es la honorable Letitia Iverson… Ellos querían que yo fuese lo que sea que me gustara cuando creciera, siempre que fuera médica o abogada.

Así que cuando escogí enfermería y obstetricia… Y luego, cuando decidí ser enfermera y obstetra de Dios… Se molestaron mucho. Los colegios privados, las

Librería Digital

reuniones de Jack y Jill… Se supone que iban a crear cierto tipo de joven de color… Y el tipo de mujer joven de color que yo quería ser, era algo diferente.

Sabía que los iba a decepcionar, y eso me hizo comportarme un poco terca. A la defensiva. Pero es la primera vez que decido hacer cosas por mí misma, ¿Sabes? Cuando se trataba de colegios y ropa, e incluso mis primeros novios… Todo lo hacía por contentarlos y ganarme su aprobación, y no fue hasta que estuve mirando la aplicación para el Spelman que mi mamá me dio, que me di cuenta de lo limitadas en que se habían convertido mis opciones. Mamá fue al Spelman, así que yo debería ir al Spelman. Papá estudió en el extranjero durante su segundo año de universidad, así que mi segundo año es cuando debería irme al extranjero. Tendría un año para elegir entrar a la preparatoria de abogacía o de medicina, empezaría a salir con un chico de Morehouse, y sería católica pero no demasiado, haría de voluntaria para una obra benéfica y una campaña política, pero debía ser nacional…

¿Ves? ¿Te das cuenta? Es como que mi vida entera estaba ya planeada para mí antes de ni siquiera haberla vivido, y me estaba asfixiando bajo el peso de la futura Zenny, la Zenobia Iverson que todos querían que fuese. Pero después me di cuenta de que había una persona que quería algo diferente para mí, que quería que encontrase mi propio camino, algo que hiciera a mi alma cantar de emoción.

Sé que no eres creyente así que no me extenderé demasiado hablando de ese momento excepto que fue quizás el instante en que empecé a tomar conciencia de Dios de verdad. Dios no era ya simplemente una palabra, una razón para levantarme los domingos y sentarme en primera fila. No sólo una teoría del instituto católico sólo de chicas al que fui y los eventos de caridad que mis padres ayudaron a organizar. Él o Ella se hizo real. Podía sentirlo a Él, Ella o Ellos… O cualquiera que sea el pronombre más adecuado… Podía sentir la presencia de Dios como las puntas de los dedos de alguien sobre las puntas de mis dedos. Podía escuchar a Dios como susurros desde otra habitación.

Librería Digital

Pero eso cambió en algún momento, no sé cuándo exactamente, sólo sé que ocurrió. Miro las páginas de mi diario y veo a alguien decir: Haría cualquier cosa por Dios…

Mientras sea algo que yo quiera también.

Me he negado a estar abierta a otras posibilidades. A los susurros de Dios.

De todos modos, nada de esto cambia sustancialmente lo que hablamos esta tarde, pero quiero que sepas y que oigas por qué esto significa tanto para mí.

Tengo que asegurarme de que escucho a Dios en todas partes y quiero asegurarme de que no he creado un ídolo de mi Futura Zenny de la misma manera en que lo hicieron mis padres. Quiero ser mi propia Zenny.

Y creo que así es como lo consigo. Bueno, esto ha sido largo, mucho más de lo que pensé que sería.

Hmm, me siento entusiasmada y optimista por nuestra charla de mañana, y espero que estés pasando una buena noche, y ya voy a colgar porque no sé qué más puedo decir.

Adiós, Sean.

Fin del mensaje

Librería Digital

Capítulo 11

NUNCA HE ESTADO MÁS nervioso de lo que estoy ahora mismo.

Nunca.

No antes del campeonato de baloncesto de mi último año de instituto, ni antes de levantarme para leer el elogio en el funeral de Lizzy, ni antes de la entrevista con Valdman. Ni siquiera durante esa horrorosa cita médica después del primer examen de mamá dónde nos dijeron *así es como están las cosas y estas son las opciones que tenemos.*

Aunque normalmente tengo la cocina repleta de opciones nutritivas y eficientes, no quiero servirle a Zenny pechuga de pollo sin piel a la plancha y acelgas. Quiero darle algo fino, algo bueno, algo que diga *pensabas que Sean Bell era estupendo antes, bueno, mira lo ardiente que se ve durante la cena sofisticada que acaba de preparar.*

Sí, dije preparar. Porque, aunque yo no tengo relaciones de pareja ni nunca las he tenido, sé lo bastante de escuchar a mamá y a Tyler hablar de Poppy, que a las chicas les gusta que les cocinen.

Además, dado el tema de nuestra conversación, creo que es mejor evitar ir a un restaurante esta noche. Quiero que Zenny se sienta cómoda, *yo* quiero estar cómodo. Podría pedir comida a domicilio, sí, pero como dije antes, quiero impresionarla. ¿Toda esa confianza y afecto que siente hacia mí y que no merezco? Quiero empezar a merecérmelo.

¿El problema? Es que en realidad no cocino. Nunca.

Pero tengo dos puntos a mi favor:

Librería Digital

Uno, me las apaño bastante bien en la cocina después de ser el ayudante de cocina de mamá durante años. Así que, puede que no tenga *instinto* para la cocina por decirlo alguna manera, pero sé cómo funcionan las cosas.

Dos, veo mucho GBBO, el Great British Bake Off, para aquellos que no estáis familiarizados con el programa, y puedo enumerar los ingredientes de la mayoría de los dulces, tipos de pan y galletas, de memoria.

Al final, me decido por pastel de pollo al curry cubierto por una masa de hojaldre casera y algún tipo de queso caro importado de alguna parte. Lo serviré con un par de cervezas, ya que probablemente esté cansada de vinos, y voila.

Eso es sólo la entrada para impresionarla.

Pero cuando Zenny llama a la puerta a las siete en punto, no hay nada de lo que estar impresionada. Estoy cubierto de harina, las verduras se niegan a tostarse como Alton Brown dijo que harían, y he perdido la cuenta de cuantas veces he doblado la masa de hojaldre. Creo que dos veces, Mary Berry dice en su libro de cocina que tengo que doblarla al menos tres veces, pero me tomé un par de cervezas con los nervios de la llegada de Zenny y ahora el tiempo y las veces que he doblado la masa están un poco borrosos.

¿Qué demonios me pasa? ¡Valgo veinte millones de dólares! He partido empresas por la mitad como si lo hiciera con palos sobre mis rodillas ¿Y no puedo estar bien para una cena? ¿O al menos el tiempo suficiente como para hacer un puto pastel de carne?

Pero cuando abro la puerta y Zenny ve harina por todos mis pantalones Hugo Boss y la marea de humo en la cocina, se ríe tanto que se tiene que dejar caer en el marco de la puerta, y esa risa hace que todo haya merecido la pena. Su risa es ligera, feliz, un poco aniñada y su sonrisa es como un disparo de luz directo al corazón.

Comienzo a reírme yo también.

— ¿Qué pasó? — Consigue preguntar finalmente, sus ojos se posan en mi de nuevo. Pero esta vez, no se detienen en el polvo de la harina, sino en las líneas

marcadas de mi cintura. Dónde mis mangas están subidas hacia arriba formando unos rollitos perfectos, mostrando los antebrazos por los que pago a un entrenador una escandalosa cantidad de dinero.

Verla absorber mi cuerpo de esa manera es más embriagador que cualquier cerveza con un porcentaje de ocho punto cinco, y tengo que recordarme a mí mismo que debo centrarme.

Cena. Doblar masa de hojaldre. Bien.

— Estoy cocinando. — Digo con dignidad, cerrando la puerta tras ella. — Y va muy bien.

— Ya veo. — Dice ella, y cuando me giro, levanta la mirada hacia mi rostro sonrojándose.

Me estaba mirando el culo.

El saberlo, manda sangre caliente en dirección sur, y los dedos me queman con la necesidad de tocarla, abrazarla, darle un tirón y besarla.

Camino hacia la cocina lo más deprisa posible… Lejos de ella y de sus dulces deambulantes ojos. — ¿Quieres algo de beber mientras termino?

— Agua con gas estaría bien.

Viene a sentarse a la isla en el centro de la cocina, retira un taburete y se coloca al otro lado de mi superficie de trabajo en lo que le paso un LaCroix y regreso a estirar la masa para el pastel. Me doy a mí mismo un discurso en silencio, repasando todas decisiones y frases que he decidido decir, en las últimas veinticuatro horas, cuando de repente, rompe el silencio con una de sus preguntas decididas, pero a la vez vulnerables.

— Bueno, ¿Vas a hacerlo? — Pregunta.

Librería Digital

Detengo los movimientos del rodillo, y levanto la mirada hacia ella. Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta desgastada de la academia de Sta. Teresa; sin diadema ni pañuelo. Se ve como una estudiante universitaria. Se ve joven. Y la expresión de su rostro, optimista y nerviosa, llena de tímida atracción, no ayuda ni a mi conciencia ni a mi polla, que se me está poniendo dura.

— Quieres decir ¿Si voy a acostarme contigo Zenny? — Y cuando lo digo, lo oigo, lo de la voz que mencionaba en el mensaje. Mis palabras se vuelven roncas y un poco peligrosas. — ¿Si voy a follarte como pediste?

Se pasa la lengua por el labio inferior, rosa y mojado, y respira con dificultad.— Sí — Susurra. — Eso quiero decir.

Y aquí vamos de nuevo, *la cosa.* La razón por la que está aquí esta noche y por la cual no pude dormir después de la cena familiar, y la razón por la que me castigué todo el día en el gimnasio y luego en la oficina.

No sé lo que haría un buen hombre en mi lugar.

Sólo puedo adivinar lo que uno sin miedo haría.

Me dirijo hacia ella rodeando la isla de la cocina, agarro el respaldo de su silla y lo giro para que quedemos cara a cara. Le retiro unos rizos de un lado de la cara para tomar su mejilla y acercarme a ella. — Sí. — Suspiro contra sus labios.

— ¿Sí? — Repite con voz temblorosa, como si no me creyera. Se echa un poco hacia atrás para mirarme a los ojos. — ¿Sí? ¿De veras?

— Sí. Durante el próximo mes, mi cuerpo es tuyo.

— Oh Sean — Murmura, lanzándome sus brazos al cuello. Sus labios se encuentran ahora en mi mejilla, increíblemente suaves, tremendamente tentadores, y mi polla se dispara contra mis pantalones, recordándome que sólo estoy a medio paso de poder restregarme contra el interior de su muslo. El lugar donde las costuras de sus vaqueros se unen encima de su precioso coño.

— Gracias. — Dice besándome la mejilla. — Gracias, gracias. — Y entonces, gira la cabeza y busca mi boca con la suya, mi mundo se enciende en llamas y se reduce a la nada; su boca es todo lo que queda, sus complacientes labios, su lengua escrutadora, su dulce sabor.

Es muy, muy típico, pero besar a Zenny me hace sentir más joven, me recuerda a los besos explosivos que recibí cuando era adolescente, cuando cada roce, cada lametón y caricia estaba cargada de excitación. Cuando eres adulto, el besarse llega a convertirse en algo mecánico, el prólogo, el juego previo necesario para hacer que la mujer se moje y se retuerza de ganas para yo conseguir lo que quiero realmente, pero cuando era un adolescente, vivía besando. Vivía para hacerlo. Incluso una vez me corrí en los pantalones, haciéndolo en un cine con una chica llamada Giana Saviano.

Me había olvidado de lo jodidamente increíble que es besar.

Dios, quiero levantarla y llevarla a mi habitación y besarla allí para siempre. Con su cuerpo acurrucado con el mío y mis brazos alrededor y nuestras piernas entrelazadas. Sólo beso, y beso y beso…

Pero a mi polla no le hace gracia lo de *sólo besarse, se* pone a empujar en mi pantalón y está dolorida por la necesidad de atención, y me preocupa, que si sigo besándola, nos voy a llevar demasiado lejos demasiado pronto, la voy a tumbar encima de toda esta harina, y me la voy a menear mientras le como el coño y luego nos pondremos al lío sin hacer primero lo que hay que hacer.

Lo cual es hablar.

A regañadientes, me separo y me sorprende lo duro y rápido que me late el pulso. El cuerpo de Zenny hace sentir al mío como si estuviera haciendo una carrera, caliente, sin aliento y listo para sudar.

— ¿Qué sucede? — Pregunta, poniéndose nerviosa de nuevo. — ¿No quieres… Ya sabes, es que besar no está en la lista de las cosas que podemos hacer?

— Está en la lista — Gruño. — Todo está en la puta lista.

Se relaja visiblemente.

Acaricio su labio inferior con el pulgar, y lo muevo para trazar la forma de su ligeramente voluminoso labio superior. — Esta boca. Quiero comérmela, follármela, venerarla y abusar de ella. — Dejo mi mano deslizarse hacia abajo, rozando con las puntas de mis dedos sus pezones duros como piedras. Lleva puesto un tipo de sujetador de una tela muy delgada que me permite jalar de sus dulces puntitas. — De hecho, así es como me siento sobre toda tú.

Sus labios se entreabren, y ya no me mira, observa mis dedos provocar perezosamente sus pezones a través de su camiseta, como si nunca se hubiese imaginado algo así, como si nunca hubiese conocido la visión de la mano de un hombre, grande y experta, sobre su cuerpo.

— Pero… — Digo dejando caer mi mano y casi perdiendo mi erección al escuchar su quejido. — Primero, tenemos que hablar.

— ¿Hablar?

Doy un paso atrás. Y otro. Cada paso que doy hacia atrás lejos de sus firmes tetitas y sus pequeños y firmes pezones me mata, pero tengo que hacerlo. — Hablar. — Confirmo. — Casi digo que no Zenny, y el único motivo por el que dije que sí es porque me prometí a mí mismo hacer las cosas bien. Así que, por favor, déjame hacer las cosas de la manera correcta.

Ella asiente. Pero el movimiento que hace en la silla, como si quisiera aliviar alguna molestia entre sus muslos, no me pasa desapercibido, y casi quiero regresar y aliviársela yo mismo. Dos dedos es lo único que necesitaría, justo abajo en la parte de delante de sus vaqueros. Dos dedos y dos minutos, y la haría sentirse mucho mejor.

Malo Sean. Concéntrate.

Masa de hojaldre y conversación.

Librería Digital

— ¿Va a ser esto una especie de cena de negocios? — Pregunta Zenny. ¿Nos ponemos a trabajar en la letra pequeña?

Vuelvo a tomar el rodillo, más que nada por hacer algo con mis manos, que no sea frotar el coño de Zenny hasta que susurre mi nombre casi sin aliento. Aunque recuerdo vagamente que esta cena está en diferentes pasos desorganizados por mi cocina.

— Una negociación es lo primero que se me vino a la cabeza. — Admito, estirando la masa. La manera en que mira mis antebrazos trabajando la masa *no* ayuda mi auto control para nada. — La cosa es que las negociaciones son una mierda si lo piensas detenidamente. Se tratan de ver qué puedes conseguir de la otra persona mientras te quedas lo que quieres mantener. Y así no es como quiero que la cosa vaya entre nosotros dos.

Parece que eso le removió algo por dentro, porque levanta la mirada y veo un destello de confianza en sus ojos, mientras que el resto de su cara se vuelve un poco cautelosa. Sus contradicciones, confianza y coraza, atrevimiento y timidez, son como hierba de gatos para mí, tiran de partes de mi mente que ni siquiera sabía que existían. Jalan de algo en mi pecho que no consigo identificar.

Me fascina.

— No es una reunión de negocios entonces. — Dice.

— No. — Estiro la masa encima del rodillo y se rompe rápidamente en dos, cosa que hace reír a Zenny. Le lanzo una mirada juguetona, mientras trato de organizar todos los pedazos de masa en una bandeja de horno. — No es una reunión de negocios. ¿Qué tal si lo llamamos una cita de cuidados paliativos en lugar de eso?

Tuerce la cabeza un poco, esperando que me explique, así que lo hago.

— Obviamente no estamos aquí porque nos estemos muriendo, pero cuando mi mamá fue a ver al médico, la forma en que le hablaron se me quedó grabada. — Las verduras por fin están asadas, pongo la bandeja de horno con la masa a un lado y comienzo a elaborar el relleno. — Pensé que mamá entraría y empezarían a hablarle

de niveles de dolor, efectos secundarios y cosas así, pero en lugar de eso, hablaron de sus metas y prioridades. Sobre qué era importante para ella en sus últimos días de vida. Cómo imaginaba su muerte.

Vierto el relleno en la bandeja, cubro con la quizás, no suficientemente amasada, masa de hojaldre y la deslizo en el horno. Luego me vuelvo hacia Zenny, que me mira atentamente.

— ¿Fue duro para ti escucharlo? — Pregunta. — Tu madre hablando sobre su muerte.

Aún recuerdo la oficina del médico, no la de las citas médicas, sino una oficina propiamente dicha, con libros y fotografías de su familia. *No quiero sentir dolor,* había dicho mamá. Su voz quebrándose cuando mi padre enterró la cara entre sus manos. *Eso es todo.*

— Sí. — Respondo. — Fue duro, pero mereció la pena. Y te prometo, que no pretendía descarrilar esta conversación a una triste sobre el cáncer, porque esto es sobre nosotros, y cosas mucho más divertidas.

— ¿Cuál de nosotros es el doctor y cuál el paciente?

Comienzo a limpiar la encimera mientras charlo. — Creo que los dos somos ambas cosas a la vez. Tenemos que averiguar qué es importante para cada uno, cuáles son nuestras prioridades. Y también hay que establecer unos límites, lo que no haremos y no vamos a sacrificar, así como todas esas cosas prácticas, mecánicas y horarios, todo eso. Va a ser un poco incómodo e íntimo para dos personas que no se conocen muy bien, como el doctor y su paciente, pero al menos empezaremos con toda la información importante sobre la mesa.

— Está bien. — Dice asintiendo en señal de aprobación, lo cual se contradice por lo duro que se muerde el interior de su mejilla. — Tú primero.

— Yo primero. Vale. — La miro, mis manos aun frotando la encimera. — Mantenerte a salvo es lo más importante para mí. — Digo. — Le prometí a tu hermano

que lo haría, y aparte yo… No podría vivir con mi conciencia si te hiciera daño. No puedo negar que quiero esto, y que te deseo, pero no a cualquier precio.

Hay una pausa. Sus ojos están pegados a los míos, su pulso salta en su cuello.

— Ok. — Susurra finalmente.

— Zenny, necesito saber antes de avanzar… ¿Eres virgen?

Parpadea mirando al techo. — ¿Algo así?

Termino de limpiar, tiro la esponja al fregadero y me dejo caer hacia delante en la encimera de granito, cruzado de brazos. — Explica eso de *algo así.*

— Bueno, siento que debo mencionar que creo que la virginidad es en general, una creación arbitraria diseñada por hombres como un sistema de control y miedo. *Y* heteronormativo. *Y* restrictivo, porque ¿Por qué ciertos actos sexuales conservan la virginidad y otros la destruyen? ¿Qué pasa si me follo un consolador todas las noches pero no me he follado a un hombre? ¿Por qué el sexo anal no cuenta? ¿Y si he estado con alguien y la penetración no era una opción, por algún número de razones biológicas, emocionales o de identidad, haría eso a nuestro sexo ser considerado *menos importante*? ¿Sería virgen para siempre?

Abro y cierro la boca, completamente perdido, sin encontrar una respuesta y un poco avergonzado por no haber siquiera considerado nunca el concepto de la virginidad de manera tan profunda.

— Pero según el propósito de esta conversación, significa que tuve un novio en el instituto y decidí hacer el coito con él. Cambié de idea en mitad del acto, él paró y eso fue todo.

No me pasa desapercibida la facilidad con que usa palabras como *follar* cuando habla de situaciones hipotéticas, pero cuando habla de ella misma, de la vida real, pasan a ser *coito* y *el acto.* Lo archivo mentalmente al decir. — ¿Fueron relaciones consentidas?

Librería Digital

No me gusta como duda antes de asentir con la cabeza, pero asiente. Lentamente.

— ¿Podemos hablar más acerca de ello? No voy a insistir si prefieres dejarlo en el pasado, pero por motivos de tu ''exploración'', podría ser de ayuda saber qué es nuevo para ti o qué cosas asocias con algo negativo. — Mis palabras suben de tono al final, con un ritmo como de pregunta, porque realmente no quiero *insistir* .Pero también quiero cuidar de ella, y quiero mostrarle todas las cosas deliciosas que se ha estado perdiendo, lo cual significa que sería de ayuda saber qué hay en su pasado.

Zenny deja escapar un soplido, pero está decidida, no se ve preocupada. — Sí, podemos hablar más del tema. Sólo que es incómodo, como decías antes.

— Quiero abrazarte y acariciarte mientras hablamos. ¿Puedo?

Se muerde el labio, tratando de suprimir la oleada de placer que se refleja en su cara. — Sí. — Dice en voz baja. — Está bien.

Camino hacia ella rodeando la isla de la cocina y me coloco de nuevo entre sus piernas, pero esta vez no me quedo ahí. La levanto por los muslos y la llevo hasta uno de los sofás con las piernas alrededor de mi cintura.

Ella chilla al pillarla por sorpresa cuando lo hago, pero sus piernas se agarran más fuerte a mi cintura, y sus manos se entrelazan en mi cuello, y de repente, sólo deseo seguir cargándola así para siempre. Con sus muslos rodeándome el tórax y su rostro un poco por encima del mío, riéndose de mí. Nos coloco en el sofá de manera que ella queda sentada en mi regazo, pero lo suficientemente echada hacia atrás como para no notar mi erección empujando. Y lo hago para que estemos así de cerca, algo que podría llamarse como un arrumaco, donde puedo abrazarla, hablar con ella y apoyarla, pero ella está por encima de mí y puede cambiar de posición cuando le plazca. Ganar espacio fácilmente.

— ¿Es así como hablan las parejas? — Susurra, mirándome con la risa aun desvaneciéndose de su rostro. — ¿Es así como le hablas a todas las mujeres?

Librería Digital

Le paso un dedo por la línea de la mandíbula. — No sé si es así como hablan las parejas. — Digo. — Nunca he tenido pareja. Y no, nunca le hablo así a las mujeres.

De nuevo, una de esas cejas de actriz de película. — ¿Es porque simplemente no hablas con ellas?

— Graciosilla. — Digo dándole un pellizco en el culo, y la risita jadeante que suelta me hace arrepentirme de no haberle sacado los vaqueros antes de ponerla en mi regazo. Podría hacerla reír muchísimo más si no tuviera toda esta tela vaquera de por medio. — Hablo con muchas mujeres. Incluso con las que me follo. Aunque por lo general, si tengo a una mujer en mis rodillas, está haciendo algo que no sea hablar.

— Algo ma… — Zenny se sostiene.

— Con gusto te enseñaría todas las cosas que puedes hacer en mi regazo que no son hablar, mi dulce niña.

Sean Bell. Concéntrate.

— Pero primero… — Digo. — Hablemos de las cosas embarazosas.

— Hablemos de las cosas embarazosas. — Concuerda conmigo.

— Cuéntame por qué decidiste irte a la cama con ese chico del instituto. — Pregunto con delicadeza. — ¿Por qué él? ¿Por qué en ese momento?

Baja la mirada a sus manos, las cuáles descansan en sus muslos y frotan la tela sin cesar. Parece estar reuniendo la información. — En teoría, era el chico adecuado para ello, ¿Sabes? Él fue a Rockhurst, yo fui a Santa Teresa. Tenía unas notas increíbles, era la estrella del grupo, hizo todos esos servicios de voluntariado, estábamos juntos en el Jack and Jill de niños, mis padres lo adoraban… Él quería tener relaciones sexuales. Yo quería tener relaciones sexuales.

— Y, ¿Qué habías hecho anteriormente, con esta u otra persona?

Librería Digital

Niega con la cabeza. — Sólo besos. Había besado a unos cuantos chicos antes de conocer a Isaac. Isaac y yo ya nos habíamos enrollado varias veces antes. Nunca habíamos ido más lejos porque siempre estábamos en mi sótano y a Isaac le horrorizaba la idea de que la Honorable Letitia Iverson bajase las escaleras y lo arrastrase de la oreja a la cárcel o algo.

Tengo que sonreír al oír eso; Definitivamente no pude escapar ileso de mi niñez sin comprobar el feroz instinto maternal y estilo de justicia de la señora Iverson. Pero volviendo al tema. — Espera, entonces ¿Ni siquiera te había hecho nada con la boca? ¿Te había metido el dedo? ¿Lo habías hecho con ropa?

Parece que al utilizar términos tan directos la he avergonzado un poco, pero se anima. — Hmm, una vez me tocó los pechos mientras nos besábamos, pero eso fue todo. — Dice. — Pero él seguía pidiendo más, me pedía si podíamos encontrar algún lugar donde estar solos y probar, así que le dije que sí. Le dijimos a nuestros padres que nos íbamos a quedar con unos amigos, y nos colamos en el centro juvenil de la iglesia porque yo guardaba una llave al ser voluntaria. Y como ya dije, no me gustó, le dije que parase. Lo hizo. Eso es todo.

Hay algo en cómo su mirada se retira rápidamente de la mía, de la manera que levanta los hombros y su voz se quiebra, que me hace pensar que hay algo más.

— ¿Aceptaste porque querías hacerlo? ¿O porque él te gustaba y querías que él siguiera contigo?

— En realidad quería hacerlo Sean, te lo prometo. Pero estaba nerviosa y pienso que… Pienso que si él no hubiera seguido insistiendo, me hubiese gustado esperar. Pero me parecía una tontería continuar diciéndole al chico que no cuando no tenía nada de *malo*, ¿Sabes? Era listo y guapo, y a todos les gustaba, ¿Por qué no lo iba a hacer con él? Y, ¿Qué pasaría si no lo hiciese y me arrepintiese después?

Estoy a punto de contestar, cuando me pone un dedo en los labios. — Ahora sé que no le debía sexo. — Dice y suelto el aire aliviado. — Y quizás lo supiera por aquel

Librería Digital

entonces también. Aunque las razones por las que dije que sí eran complicadas, nadie me obligó.

— Y, ¿Qué hay del sexo propiamente dicho? ¿Cómo te preparó?

Sus cejas se levantan al unísono. — ¿Prepararme?

— Para que estés lista. — Digo. — Para que te mojes.

Ella baja la mirada hacia mí, aún con el ceño fruncido. — Nos quitamos la ropa y él me dijo que me tumbe, así que eso hice. Luego se puso un condón e introdujo su pene dentro de mí. — ¿Qué? — Dice mirándome a la cara. ¿Qué ocurre?

Tengo un cabreo del carajo, eso es lo que ocurre. — ¿Te hizo daño?

Ella baja la barbilla y aparta la mirada. — ¿Cómo lo sabías?

Paso mis manos por los brazos de Zenny, tratando de buscar una manera de explicárselo. — Eso le dolería a cualquiera, que se la metan sin estar preparada, pero ¿A una virgen? Me sorprende que hayas considerado tener relaciones sexuales de nuevo después de ese episodio.

— No lo sabía. — Dice jugando de nuevo con sus vaqueros. — Y probablemente él tampoco. Es sólo que me dolió tanto que comencé a llorar y le rogué que parase. Lo hizo, pero hubo un momento en que pensé que no lo haría. Sólo un momento, en realidad, y no fue nada que el hizo o dijo, pero fue ese instante en que me di cuenta que no tenía nada más que la decencia del ahora encabronado chico adolescente para protegerme. Él hizo lo correcto pero… — Recupera la voz y traga saliva de nuevo. — Disculpa, no estoy tan alterada, es sólo que es vergonzoso.

— Continúa.

— Me dijo que se supone que debe doler la primera vez, y que me hubiese gustado más si hubiera sido paciente. Al día siguiente me dejó. Dijo que quería estar con una chica a la que de verdad le gustase y no estuviera sólo *"fingiendo"*.

Zenny hace una pausa, mirando cómo mis manos se han doblado en forma de puños en su camiseta. — ¿Sean?

— Sigue. — Digo sorprendentemente tranquilo. — Sólo estoy intentando contener la cólera que siento.

Me da una sonrisa parcial. — No pasa nada, en serio. Esa fue la peor parte.

— ¿La peor parte?

— Bueno. — Dice, tomando aire. — Hubo una cosa en Twitter durante un tiempo. Los chicos del Rockhurst, sus amigos, crearon un hashtag. #ZennylaMonja.Si me vieran ahora, ¿Eh?

— Por los clavos de Cristo Zenny.

— ¿Qué?

— Tuviste la peor primera vez del mundo. Fuiste increíblemente valiente y dejaste claro lo que necesitabas en ese momento… Luego te dejaron y posteriormente se te burlaron.

— No es… — Para, piensa y empieza de nuevo. — Suena traumático cuando lo cuento, y sí, duele al pensarlo a veces, pero incluso en ese momento, no me molestó. No me hizo daño. Fué desagradable, sí, como romperse un dedo del pie. Pasó, dolió pero estuve bien y *estoy* bien.

Tomo sus manos en las mías, y trato de leer su expresión. Si yo fuese a confiar en alguien que me cuente sus emociones respecto a su vida privada, lo más fácil sería confiar en una monja, y la manera transparente en que Zenny me está mirando, no esconde ningún sentimiento de dolor, pero necesito asegurarme. Si me la voy a llevar a la cama, necesito mantenerla a salvo de todas las maneras posibles.

— ¿Estás siendo sincera? ¿De verdad estás bien?

Me da una tierna sonrisa. — Sí.

Librería Digital

No creo que me esté ocultando nada después de pedirle sinceridad, así que paso página.

— ¿No hubo sexo después de eso?

— Besé a un par de chicos más, pero no fue a más. Y cuando estuve lista de nuevo para ello, me fue imposible encontrar a alguien, la persona adecuada. Hasta que llegaste tú.

Es mucha presión. No lo digo y no lo demuestro, pero sabiendo la experiencia de mierda que tuvo la primera vez, aumenta el riesgo. Transforma la situación en algo más que un experimento dudoso, una exploración, una tarea cósmica que se me ha asignado para borrar los errores del que estuvo antes que yo. El apreciar a esta mujer que merece ser valorada, que merece saber qué cosas buenas el cuerpo puede sentir y hacer.

Por supuesto, yo no creo en nada cósmico, así que todo ese sentimiento debe estar sólo en mi imaginación, ¿verdad? Y la manera en que mi piel se tensa cada vez que miro a esta valiente y vulnerable chica, y prometo en silencio darle todo lo que sé cómo darle. Eso no es nada espiritual, sólo es biología…

¿Cierto?

— ¿Y tú qué? — Pregunta tímidamente. ¿Qué has hecho?

— Asume que he hecho de todo. — Respondo.

— ¿Todo?

— Bueno, vale, hay algunas categorías en Pornhub con las que aún no me he atrevido, pero la mayoría de cosas las he probado.

— Y, ¿Novias?

— Nunca he tenido una novia formal, y ni siquiera he tenido una relación con nadie desde que iba a la universidad.

— ¿Por qué? — Pregunta Zenny. — ¿No es eso lo normal? ¿Salir con alguien?

Me encojo de hombros. — Mayormente porque no tengo tiempo. Y, bueno, también soy un poco mandón, como te habrás dado cuenta. A las mujeres les gusta eso en la cama, pero no sé cómo cambiar el chip en la vida real.

— ¿Mandón cómo?

Lo pienso durante un momento. Y tomo una decisión. — ¿De verdad quieres saberlo?

La forma en que se le dilatan las pupilas al decir — Sí. — No es cosa de mi imaginación.

— Si conseguimos hablar de todas las cosas, te lo mostraré.
— ¿Cómo una recompensa?
— Sí, cielo. Como una recompensa.

Ella trata de esconder una sonrisita cuando la llamo *cielo,* y es en ese momento que decido que de ahora en adelante me dirigiré a ella sólo con apodos cariñosos, si eso le hace tan feliz.

— Regresando a la charla. — Digo y oigo ese cambio en mi voz, porque, *joder,* la tengo dura. Quiero terminar con la conversación, cenar, y luego, ya sabes.

Recompensas.

— Límites. — Digo. — Necesito saber los tuyos.

Este tipo de charla directa parece devolverla a su zona de confort, su voz retoma su tono normal mientras enumera una serie de cosas en las que obviamente ha estado pensando. — No a escupir, sangre o terceras personas. Si hacemos algo pervertido, tenemos que comentarlo primero y ambos tendremos palabras de seguridad. Y por supuesto, no puedo arriesgarme a quedar embarazada o contraer enfermedades. He

Librería Digital

estado tomando anticonceptivos durante varios años para controlar las migrañas, pero aún quiero que usemos condones.

— Por supuesto.

Parece sorprendida porque no le he discutido la última parte.

— Siempre uso condón. — Le digo. — No tienes nada de qué preocuparte. Todo lo demás podemos manejarlo fácilmente.

— Vale, bien. — Dice. — Y esto no se puede interponer en mis estudios o voluntariado, así que puede que tengamos que volvernos creativos a la hora de planear las cosas.

— Puedo ocuparme de eso.

Me aprieta las manos. — ¿Cuáles son tus límites?

Me alegro de que me pregunte, porque me he pasado las últimas veinticuatro horas tratando de pensar en cuáles serían los límites adecuados para este trato, alguna fisura ética, algún tecnicismo ético al que agarrarme y decirme a mí mismo que *no soy un mal hombre, estoy haciendo esto para ayudarla, así es como la mantengo a salvo a la vez que nos doy una probadita de lo que ambos queremos.*

— Tengo un límite y una advertencia. — Le digo. — La advertencia es que, lo que sea que ocurra con la propiedad Keegan, no estará ligado a esto. Lo que pase en la cama no tiene nada que ver con que yo trate de encontrar otro albergue, o con que tú le sigas contando a la prensa calumnias sobre mí, si deseas continuar haciéndolo.

Sus ojos brillan. —Trato.

— Y el límite. — Tú no harás que me corra.

Masturbación.

Zenny se sienta recta y se cruza de brazos. — Disculpa, no te sigo.

Librería Digital

— Quiero hacer esto contigo… Por ti… Pero no quiero aprovecharme o usarte. No quiero que haya ninguna duda de que hago todo esto por ti.

— Entonces, ¿No piensas correrte nunca cuando estemos juntos?

La verdad, no lo había pensado. Sólo he llegado a la conclusión de que, sinceramente, no puedo correrme en la boca de una monja. — No sé. Yo…

— Porque no lo voy a aceptar. — Interrumpe Zenny. — Dijiste que todo estaba en la lista y esto es parte de todo a lo que no estoy dispuesta a renunciar.

Hace una pausa, y continúa. — Necesito que te corras tú también. Porque si no lo haces, no sé, pero me hace sentir como que me estaría perdiendo algo importante.

— No es tan importante, encanto. Sólo es semen.

Ella niega con la cabeza, sin ceder. — Es especial para *mí.* Sólo tengo un mes y no estoy dispuesta a perderme nada.

Me froto la mandíbula, tratando de hacer reaccionar a mi cerebro para encontrar la manera de convencerla, pero, Dios mío, sólo puedo pensar en cuánto desea ella ver cómo me corro.

— ¿Qué tal si. — Dice Zenny. — Te corres cuando estemos juntos, sin que sea yo la que te haga terminar? No serán mis manos o mi boca o, ya sabes.

— ¿Tu coño?

— Mi coño. — Zenny repite mis palabras. Los dos nos miramos fijamente, pensando en lo mismo. Pensando en correrme en lo más profundo de ella, dándoselo todo.

— Trato hecho — Digo con voz ronca.

Se agacha y me besa, con suavidad primero, y luego con ganas cuando le devuelvo el beso, y se mueve hacia adelante en mi regazo, restregándose contra mi furiosa y

Librería Digital

necesitada polla. — ¿Hemos terminado de hablar? — Susurra en mis labios. — Por favor, di que sí.

Sonrío por su entusiasmo y niego con la cabeza, dándole un último beso suave, antes de decir. — Una última cosa.

Ella gruñe.

Pero no puedo dejarlo pasar y no puede esperar. Le tomo las manos con las mías y le paso los labios por los nudillos. — Zenny, no puedo avanzar sin… Quiero decir, quiero tener constancia de que hay…

Maldita sea. No consigo dar con las palabras adecuadas. Esto es tan incómodo e íntimo como hablar de sexo, aquí estoy titubeando, tratando de decirlo de la manera correcta y sólo me quedo corto.

Comienzo una vez más, mirándola con detenimiento. — Eres joven, *muy joven.* Elijah… Me pidió que te protegiese y estoy casi seguro de que esto es lo contrario a eso. Yo nunca he hecho esto, salir o follarme a alguien que me importa o follarme a alguien a quien se supone que debo cuidar, y me horroriza la posibilidad de hacerte daño. De hacerlo mal.

Esos ojos color bronce buscan los míos, brillantes, serios y observadores. Y entonces, asiente. — Vale. — Dice simplemente.

— ¿De veras? — Digo, sintiéndome tonto y culpable por razones que no llego a entender del todo. — Quiero que sepas que tú eres la que tiene el poder de los dos, Zenny. Para parar o irte. Para decirme qué quieres de mí. Para decirme que soy un gilipollas.

Eso último me hace ganar una sonrisita. — No tendré miedo de decirte eso. — Dice. — Y confío en ti Sean. Eso no cambia la realidad, pero estoy dispuesta a explorarlo contigo.

Librería Digital

El peso de su no merecida confianza cae con fuerza sobre mí, y me remuevo debajo de ella, aún preocupado, todavía sintiéndome culpable.

— Y sólo será un mes, ¿Recuerdas? — Añade. — No es que tengamos que descubrir como criar hijos juntos.

— Cierto. — Digo. Sólo que ahora, de manera inesperada, me pregunto cómo serían nuestros hijos, y nunca había querido tener hijos, nunca jamás, no señor. Pero joder, Zenny y yo haríamos lindos bebés. Y puedo imaginarme la barriga de Zenny hinchada y tensa cargando un hijo mío, me la imagino sentada en una mecedora en un cuarto tranquilo, amamantando a nuestro bebé mientras yo estoy sentado a sus pies mirándola con adoración.

Felicidad.

Ese es el sentimiento que surge en mi pecho en este momento, frágil y se desvanece rápidamente, y la sensación es tan extraña que aún estoy ahí parado, mirando a Zenny, como si fuera la única cosa en el mundo.

Ella malinterpreta mi inmovilidad y se ríe. — Sólo estaba bromeando sobre los niños Sean. No te asustes.

— Yo…

— De hecho. — Continúa, ajena a mi fantasía y al desconocido sentimiento de entusiasmo que aflora dentro de mí. — Me sorprende que no me hayas dado ya un discurso sobre cómo no puedo enamorarme de ti mientras que hacemos esto.

— No creo que eso vaya a suponer un problema para ti. — Murmuro, besando sus nudillos de nuevo, para que no pueda verme la cara. No me había olvidado de la posibilidad de la implicación de sentimientos, de hecho, casi todos los libros de la saga Wakefield, tenían un discurso acerca de eso en algún momento al comienzo de conocerse los personajes. "*Pretenderé que te cortejo durante una temporada, pero no debemos enamorarnos* o, *puesto que soy una viuda, te mostraré cómo satisfacer a una*

mujer en la cama, pero por supuesto, todo terminará en el momento en que estés comprometido". Ese tipo de cosas.

Pero yo no lo necesito con Zenny, la manera en que habla, la forma en que vive su vida, nunca podré competir con su Dios por amor. Me follará, me usará para cualquiera que sea su propósito y luego regresará a su iglesia más convencida que nunca de su fé. No lo dudo ni un segundo.

Es raro, como ese pensamiento marchita mi felicidad.

— ¿Eso es humo? — Pregunta Zenny, me giro alarmado y veo una constante cortina de humo blanco que proviene del horno.

— Ahhh, mierda, mierda, mierda. — Zenny se desliza con elegancia en el sofá y yo salto a rescatar el pastel de carne, el cual ya sé que Mary Berry lo declararía cocinado de más, nuestra incómoda conversación pasa de repente, a un humeante stop.

Librería Digital

Capítulo 12

EL PASTEL DE CARNE apenas está un poco quemado y me aseguro de esparcir montones del queso del caro por las peores zonas, y ya está. Lo sirvo en platos, abro las cervezas y en un momento Zenny y yo estamos sentados a la mesa pequeña que hay junto a la ventana, mirando como la ciudad oscurece.

— Es extraño. — Dice Zenny, después de soplar el tenedor repleto del pastel para que se enfríe. — Aunque fue muy embarazoso hablar de esa manera, me siento muy bien ahora. Como si acabara de hacer ejercicio o algo.

Yo estaba ocupado observando los pequeños pliegues de sus labios, cómo se juntaban al soplar, así que me toma un momento contestar. — Estoy de acuerdo. Me alegro de no haberte ahuyentado.

— No me asusto fácilmente. — Dice Zenny probando un poco, yo observo cómo los dientes del tenedor se deslizan lentamente entre sus labios, el aleteo de sus pestañas mientras saborea la comida.

— No, ya lo creo que no. — Murmuro, sabiendo de sobra que debería dejar de mirarla tan intensamente, pero, maldita sea, la chica es jodidamente hermosa. Creo que estaría contento simplemente aquí sentado mirando como hace equilibrio con un talonario de cheques o busca en *Consumer Reports,* es así de llamativa.

Y tiene razón. La atmósfera entre los dos es buena. Limpia y cargada de las cosas correctas.

— Este autoritarismo. — Dice.

— Sí.

Ella suelta el tenedor y me estudia, con un destello de atrevimiento en la mirada. — Hasta ahora, no estoy muy impresionada.

Es mi turno de estudiarla a ella. — ¿Me estás retando?

— Puede ser.

— No he empezado aún. — Hago una pausa. — No es una de mis mejores cualidades Zenny. Pero es difícil no sacarlo a la luz con la gente que… — Me detengo porque casi se me escapa una palabra imprudente, y me asusta el cómo *no* me asusta decirla delante de ella. — Gente que me importa. — Digo en lugar de ello.

— Gente que te importa.

— Mis hermanos. Mi madre. — Digo… — Mi hermana, cuando estaba viva. Para lo que le sirvió. — Añado con amargura.

— ¿Qué quieres decir? — Pregunta Zenny, y lo hace sin entrar en el juego de mi autocompasión. Lo hace como si preguntara por el tiempo o quién me confecciona los trajes de chaqueta.

— Quiero decir que yo solía ser muy terco y sobreprotector con sus asuntos todo el tiempo. Colegio, novios, fiestas a las que iba, si su teléfono tenía batería y si recordaba las clases de defensa personal a las que le rogué que asistiera, antes de que regresara al Reino Unido. Y todo el tiempo que había estado cargando esa herida, la vergüenza, años y años de lo que ese hombre le había hecho y yo no tenía ni idea. No tenía ni idea de que le había fallado en protegerla hasta que fue demasiado tarde.

— Así que eres mandón para cuidar de las personas que mantienes a tu alrededor.— Dice Zenny. — Pero una vez, según tú, fallaste. Y no has dejado a nadie entrar en ese círculo desde entonces.

— Yo… — Me desmorono porque… Bueno, en realidad tiene razón. Las personas que están en mi vida, mis padres, mis hermanos, Elijah, estaban ahí antes que Lizzy. Supongo que no me he permitido acercarme a nadie nuevo desde que ella se suicidó porque me sentiría responsable de ellos y de cuidarlos.

Y el suicidio de Lizzy confirmó lo inepto que era para mantener a las personas a mí alrededor a salvo.

— No sé cómo te las arreglas para hacer esto. — Digo tomando un trago de la cerveza para esconder mi incomodidad. — El hacerme hablar sobre todo tipo de mierdas deprimentes.

Zenny se echa hacia adelante hasta tocar mi mano. — Sean.

— ¿Sí?

— Sólo será un mes. — Dice en voz baja. — Y yo no soy tu hermana.

Pienso en las palabras de Tyler de ayer. En su advertencia.

— Lo sé. — Le digo.

— Bien. Porque quiero sentir que este mes es *real.* Ese es el objetivo, el que yo sienta todo lo que dejaré atrás, no sólo el sexo, sino la compañía y la amistad también. Somos amigos, ¿verdad?

— Sí Zenny. — Digo viendo como las luces de la ciudad brillan en sus ojos. — Somos amigos.

Ella me lanza una mirada. — Bien. Eso significa que debería ser fácil para ti ser autoritario conmigo. Somos amigos y vas a follarme, y eso es básicamente como si fueras mi novio.

No lo había pensado de ese modo, y la ola feroz de placer que me invade al pensar en Zenny como mi novia, como si fuera *mía,* es imposible de ignorar.

— Así es como quiero que seamos hasta que esto haya acabado. — Zenny sigue, ajena a la tormenta de felicidad que ruge por mis venas. — Quiero sentir como una mujer tuya se sentiría realmente.

— Nunca he tenido una mujer a la que llamar mía. — Digo con suavidad. — Tú eres la primera.

— ¿De verdad? — Ella trata de esconder su sonrisa al oír eso.

— Hay un montón de cosas nuevas contigo Zenny. Incluso para mí. — Y lo digo en serio. Puede que haya hecho casi todo lo que se pueda hacer en una cama, pero nunca con una mujer que verdaderamente me importa. Una mujer con la que pretender que es mía.

— Empecemos ahora mismo. — Dice Zenny, irguiéndose y empujando su plato hacia atrás. — Digamos que soy tu novia. ¿Cómo actuarías?

Yo también me enderezo. — Antes que nada, quiero que sepas que dejaré de ser autoritario en cualquier momento. Sólo tienes que decir la palabra.

— ¿Es esa palabra, gilipollas?

Sonrío. — Sí.

— Puedo hacerlo. — Se contonea un poco en su asiento, como un gato esperando a que un trozo de cuerda se mueva por el suelo. — En serio Sean. Empiezo a pensar que estabas mintiendo.

— Yo no miento cielo. Por eso soy tan bueno en los negocios. — Tomo aire, porque todo esto es nuevo para mí, dejar que mi disposición natural tome el control de las cosas en una relación que no me es familiar. Pero se siente bien, agradable, y he estado luchando contra el impulso de cuidar de Zenny de todas las maneras posibles, desde la gala, permitir que ese impulso se ponga en práctica es delicioso.

Y por supuesto con Zenny, toma una forma totalmente diferente a cómo sucede normalmente con mi familia, el deseo, el afecto y proteccionismo entrelazándose y enredándose en algo nuevo. Algo que no había sentido antes.

— Para empezar, quiero que te termines lo que tienes en el plato.

Zenny levanta las cejas, y me doy cuenta que no esperaba que dijera algo tan normal.

— Termínate la cena Zenny. No lo voy a repetir.

Entrecierra los ojos, coge el tenedor y comienza a comer.

— ¿Ya quieres llamarme gilipollas?

Traga lo que tiene en la boca. — Aún no.

Sonrío — Bien. Quítate la camiseta.

Su tenedor cae al plato haciendo un fuerte estruendo. — ¿Qué?

— Ya me has oído. — Digo suavemente. — Quiero verte mientras comes. Quiero saber el color de tu sujetador, quiero ver la forma de tus pezones al endurecerse, fríos y con necesidad de que los chupen para calentarse de nuevo.

Ella traga de nuevo, y esta vez no tiene nada que ver con la comida. — Jesús — Susurra, y no consigo detectar si lo dice como palabrota o como una alabanza. Tampoco es que eso importe de todos modos; se quita la camiseta lo más rápido que puede y la arroja detrás de ella.

Emito un sonido sordo de aprobación, y me dejo caer hacia adelante, para obtener mejores vistas. Lleva puesto un sujetador lavanda pálido, bonito color sobre su cálida piel morena, y puedo ver los círculos oscuros de sus pezones a través de la fina tela. Puedo verlos endureciéndose y apuntando hacia arriba.

También veo las líneas de sus costillas a cada lado, y un garabato como de un mándala difuminado, subiendo por una de sus caderas, en espiral.

Una estudiante universitaria que a veces se olvida de comer.

Una estudiante universitaria que se aburre en la cama mientras estudia y dibuja de manera distraída en su propia piel.

Al más puro estilo de Zenny, ella muestra una mezcla de valentía e incertidumbre, se endereza sin esconder nada de mi hambrienta mirada, mientras se muerde el labio inferior con nerviosismo.

— Perfecta. — Carraspeo y veo como mi elogio la afecta. Bien, voy a halagarla muchísimo durante el próximo mes. — Ahora termina de comer mientras te observo.

— Yo… ¿Qué?

— Termina de comer. Sé que fuiste al albergue hoy después de tus clases, y supongo que no te has echado nada en el estómago desde que te tomaste un café por la mañana quizás.

La comisura de su boca se levanta. — Quizás.

— Y, ¿Con qué frecuencia sucede esto? ¿Qué tanto tienes que hacer entre las clases y el albergue que te saltas las comidas?

Sube una de sus manos y se acaricia el hombro, apartando la mirada. — Frecuentemente. — Admite.

— Eso se va a acabar desde esta noche. — Digo con severidad. — Come.

Hay un momento en el que creo que viene, el inevitable *gilipollas*. El momento en que me va a decir que pare. No necesita a un tipo blanco jugando a ser su Papi, definitivamente no necesita a nadie que la trate como si no fuese capaz de cuidar de ella misma. Pero Carolyn Bell fue una trabajadora social, antes de ser diagnosticada con cáncer, uno de los hermanos Bell fue un sacerdote, otro de los hermanos Bell enciende una vela por los dos extremos como si la mecha nunca se fuera a agotar. He visto lo que sucede a personas que están ocupadas, y es mucho, mucho más fácil justificar el perder una noche de sueño por alguna causa, del que lo es el tomarse diez minutos para hacerse un sándwich. Las personas más desinteresadas, las más motivadas, *necesitan* permiso para cuidar de sí mismas, necesitan que alguien las ponga en primer lugar, porque ellos no lo harán por sí mismos.

La palabra *gilipollas* nunca sale de sus labios. Sus ojos centellean de irritación, luego brillan dejando entrever una lucha interna, que deja atrapado su labio inferior entre sus dientes y la mano merodeando por encima del tenedor.

Después de un corto silencio, toma el tenedor y pega un mordisco. Y otro. Y otro, hasta que el plato está vacío. La observo todo el tiempo, estirándome en la silla emocionado con esta nueva sensación, que es una mezcla entre deseo y satisfacción de hombre de las cavernas que se ocupa de las necesidades de los demás. La combinación de verla comer la comida que le he preparado, y la promesa de toda esa suave piel estremeciéndose.

Ella empuja el plato y suelta el tenedor, lanzándome una mirada como diciendo b*ueno ¿qué?* y también con un escalofrío de anticipación porque ella piensa que eso es

Librería Digital

todo, que ya tuve mi ratito de diversión mandando y ya pasaremos a la parte donde la follo hasta quitarle lo que le quede de virginidad.

En realidad, eso es lo que deseo. Pero primero, tengo otros planes. Porque si de verdad fuera mi chica, habría un cierto orden en que las cosas *sucederían, y* como ya me comprometí oficialmente a Proyecto Duda, voy a darle a este experimento toda la consideración que esté en mi poder. Seducción, afecto, autoritarismo, diversión, todo...

Me levanto, sin molestarme en ajustarme el grueso pene que empuja en mis pantalones; la he tenido dura durante tanto tiempo esta noche, que ha dejado de importarme si se nota. Zenny sigue mi cuerpo con la mirada mientras limpio la mesa y pongo los platos en el fregadero, y en más de una ocasión, veo que sus ojos se detienen en la cresta de mi erección.

Contengo el impulso de sonreír, simplemente regreso después de lavarme las manos y la ayudo a bajarse de la silla. Luego, paso un dedo por su vientre y alrededor de su ombligo hasta que se estremece.

—Voy a desabrocharte los pantalones Zenny. — Le digo. — Te voy a bajar la cremallera. Luego voy a deslizar mis dedos en tus bragas y jugaré con lo que encuentre. ¿Sí?

—Sí. — Respira, su estómago tiembla bajo la punta de mis dedos, y cumplo con mi palabra, lentamente pasando el botón de metal de sus vaqueros por el agujero hasta que se abre.

Zenny exhala como respuesta, temblorosa pero decidida. Mantengo la mirada fija en su rostro mientras tiro de la cremallera hacia abajo, teniendo en cuenta sus expresiones, su comodidad. Un poco de vergüenza es lo normal, los nervios son de esperar, pero hay una línea muy fina de equilibrio que debo mantener entre darle lo que desea y llevarla demasiado lejos demasiado rápido. Un mes no es suficiente para hacer esto de la manera adecuada, para cultivar y ocuparme de su floreciente lujuria. Para despertar su cuerpo.

Librería Digital

Si pudiese pedir algo ahora mismo, sería poder estar un año con ella. Un año para enseñarla, provocarla, mandarla y saborearla.

Incluso un año no sería suficiente.

El pensamiento aparece entre el resto de mis reflexiones, alto y resonante, y no sé dónde meterlo, así que lo ignoro de momento. Necesito concentrarme en lo que es importante, lo cuál es la chica que tengo delante de mi toda hermosa estremeciéndose y dispuesta.

Paso las puntas de mis dedos por la ondulada línea de sus braguitas, la cual combina con el color de su sujetador de gasa. Sé sin necesidad de preguntar que ésta es la lencería más atrevida que posee, y a pesar de lo modesta que es, no hay tirantes, rejilla, recortes ni ninguno de los adornos que hace que cierta ropa interior esté diseñada para pasarlo bien, de algún modo, causa un efecto incluso más delicioso, más pecaminoso. Mi algo así como virgen, mi casi monja, tratando de ser traviesa, y en cambio, luciendo más inocente que nunca.

Miro hacia abajo, donde mis dedos juegan con el borde de sus braguitas, y de nuevo a su cara.

— ¿Estás nerviosa cariño?

— Sí. — Confiesa, llevando sus manos a mis hombros y agarrando la camiseta con los puños.

— ¿Nervios de diversión o nervios de los malos?

Lo piensa un momento, cosa que aprecio, porque quiero que esté segura. *Yo* necesito estar seguro. No tonteaba cuando dije que me preocupaba la diferencia de edad, porque las cosas que quiero hacer con ella no sólo son sucias, sino *muy,* muy indecentes. Son del tipo de cosas que uno no admite querer hacer a la luz del día, el tipo de cosas que hacen a un hombre incluso como yo sonrojarse.

Mantenla a salvo.

— Nervios de diversión. — Dice. — Si fueras a. — Se detiene.

— Dime Zenny.

Toma aire, fija sus ojos en los míos. — Estoy lista para más. Estoy nerviosa, sí, pero es de emoción, no por miedo.

— Bien.

— Así que. — Traga saliva. — Dame más. Es divertido y me gusta, y te llamaré gilipollas cuando esté lista para que te retires.

Ahora soy yo el que traga saliva. Su luz verde para el *más* con su típica combinación de cautela y atrevimiento, casi es suficiente para hacerme arrojar mis planes por la ventana y besarla hasta que acabemos por el suelo, aplastándonos con las caderas y nuestras bocas. Follar la suave partición entre sus piernas hasta quitarme a polvos esta fuerte pasión, este alarmante cariño y posesividad que ya siento por ella después de tan corto período de tiempo.

Sean, me reprendo a mí mismo. *Para de una puta vez.* Yo era el que estaba todo como *hago todo esto por ti* antes, y me aferraré a eso si esto me mata.

Esto es por ella.

Esto es por ella.

Esto es por ella.

— Vale. — Digo finalmente, recuperando la compostura. — Me estoy fiando de ti de que me vas a llamar gilipollas. Ahora, quítate los vaqueros cielo. Eso hará las cosas más fáciles para jugar contigo.

Se quita las chanclas y se sale de los pantalones, con un contoneo un poco torpe, y de pronto, me encuentro extrañamente embelesado por las vistas. He pagado a un montón de mujeres un montón de dinero por desnudarse para mí, me he follado a mujeres casadas de la alta sociedad, decididas a mostrar cada costura de su costosa lencería de La Perla o Agent Provocateur, pero nunca había visto a una chica desvestirse así, ingenuamente y sin actuar. Se siente como algo íntimo de algún modo,

y me pregunto, qué más puede hacer que me la ponga dura sólo mirándola. Lavarse los dientes o ponerse crema. Atarse los cordones.

Y ahí está delante de mí, con su piel desnuda y fina seda. Sus pezones ruegan que los chupen, su vientre tenso, y sus manos se retuercen delante de sus braguitas, como si quisiera esconderse de mí, pero tratase de no hacerlo.

Doy un paso hacia adelante, decidido a darle a sus manos algo que hacer. — Manos en mis hombros, como antes. — Digo. Y luego añado con voz un poco severa. — Nada de esconderte de mí. Eres jodidamente hermosa y voy a mirar cada pulgada de ti hasta saciarme de tu cuerpo.

Pone sus manos en mis hombros de nuevo, una sonrisa se asoma en su rostro. Adivino por qué.

— ¿Te gusta que te llamen hermosa? — Pregunto rozando mis labios por su frente. Luego por sus mejillas. Sus pestañas aletean felizmente de manera femenina, y maldigo y agradezco a la vez, a cada hombre que estuvo antes que yo y no le dio a esta mujer cada cumplido y palabra cariñosa que merecía. Es ridículo que tenga veintiún años y no haya sido propiamente acariciada y halagada, y aun así, gracias a Dios, porque de no haber sido por eso, no estaría aquí frente a ella, aquí y ahora, haciéndole cosquillas suavemente en el borde de sus braguitas.

— Eres preciosa Zenny. — Digo con mis labios todavía en su mejilla. Mis dedos se deslizan por debajo del borde del elástico y su vientre se tensa aún más. — Tu cara es preciosa, tu cuerpo es una obra de arte. Pero eres *tú* en la que no puedo dejar de pensar, en cómo pides las cosas y cómo discutes, cómo provocas, cómo te quejas y cómo te iluminas cuando hablas de cosas que te importan. Cuando te digo la palabra *hermosa*, encanto, lo digo de verdad.

Ella asiente, a punto de contestar, cuando la yema de mi dedo anular, roza un angosto triángulo con pequeños rizos.

— Oh Zenny. — Digo, mi polla me da una abrupta y dolorosa punzada. — Oh nena.

Librería Digital

— ¿Qué sucede? — Susurra ladeando la cabeza para mirarme a los ojos.

— Al sofá. — Digo con voz ronca, sacando mi mano de sus braguitas y dándole una palmada en el culo. — Boca arriba.

Se mueve hacia atrás, girándose hacia el salón con incertidumbre y dándome una visión perfecta de su trasero. Lo suficientemente firme para formar una buena curva, lo suficientemente suave para rebotar un poco cuando camina, descendiendo hacia unos fuertes muslos y ascendiendo hacia unas caderas que están hechas para estar rodeadas por mis manos. Ya me imagino la forma de corazón que formará su culo cuando esté agachada para mí.

Joder.

Con la respiración un poco forzada, se baja al sofá, con unos rizos oscuros alrededor de su cabeza a modo de aureola, en los cojines y su sujetador y braguitas apretándole la piel mientras se pone cómoda. Yo la acecho desde arriba como un gato, como un depredador, como un hombre hambriento que viene a un banquete.

— ¿Debería quitarme mis…? — Los pulgares de Zenny se enganchan en sus braguitas, pero hago que se detenga lanzándole una mirada de acero.

— Eso es para mí. — Digo. — Lo quiero.

— ¿Quieres ser quien me quite la ropa interior? — Sus pulgares no se mueven así que me pongo en cuclillas junto al sofá y le doy un pequeño mordisco con los dientes, lo que hace que suba las manos al pecho. Continúo con mi boca a la altura de su cadera mientras hablo, dejando que mi cálido aliento le haga cosquillas en esa zona.

— No voy a quitarte la ropa interior. Voy a pelar la seda de tu piel como la cáscara de una fruta, y luego voy a comerte. Te voy a chupar como a una ciruela. Voy a desenvolverte como a un regalo de Navidad y verás que chico más feliz soy.

Respira con dificultad, sus ojos color cobre oscuros y dilatados en los míos.

Librería Digital

— Pero primero. — Digo volviendo mis labios y posando un verdadero beso en su cadera, pasando la lengua por el borde de sus braguitas — Hay algunas cosas que debes saber.

Una ráfaga de impaciencia cruza su rostro; Hace un movimiento involuntario con sus caderas hacia arriba. — Sean ya hemos hablado de esto.

— No. — Murmuro moviendo la boca más cerca de su ombligo, cosa que la hace callar. — Sé que confías en mí, sabes que confío en ti. Y es hora de que te muestre lo que te haría si fueras mía, mi propia chica algo así como virgen.

Su vientre se estremece bajo mis labios. — Sí. — Dice con la boca seca, hasta que se humedece los labios. — Sí… Yo… Quiero ser eso. Tuya para que hagas conmigo lo que te plazca.

— Lo eres cielo. Lo eres. — Paso un dedo hacia arriba por su muslo hasta que comienza a respirar agitadamente y se sacude debajo de mí. — Mi pequeña virgen. Ese chico anterior a mí, no hizo un buen trabajo contigo, ¿Verdad? no supo el regalo que tenía en tu cuerpo, en tu dulce coñito.

Mi dedo llega al borde de sus braguitas, donde el muslo entra en contacto con su cuerpo, y sus piernas se abren por sí solas. — No te dijo todas las cosas que necesitas saber.

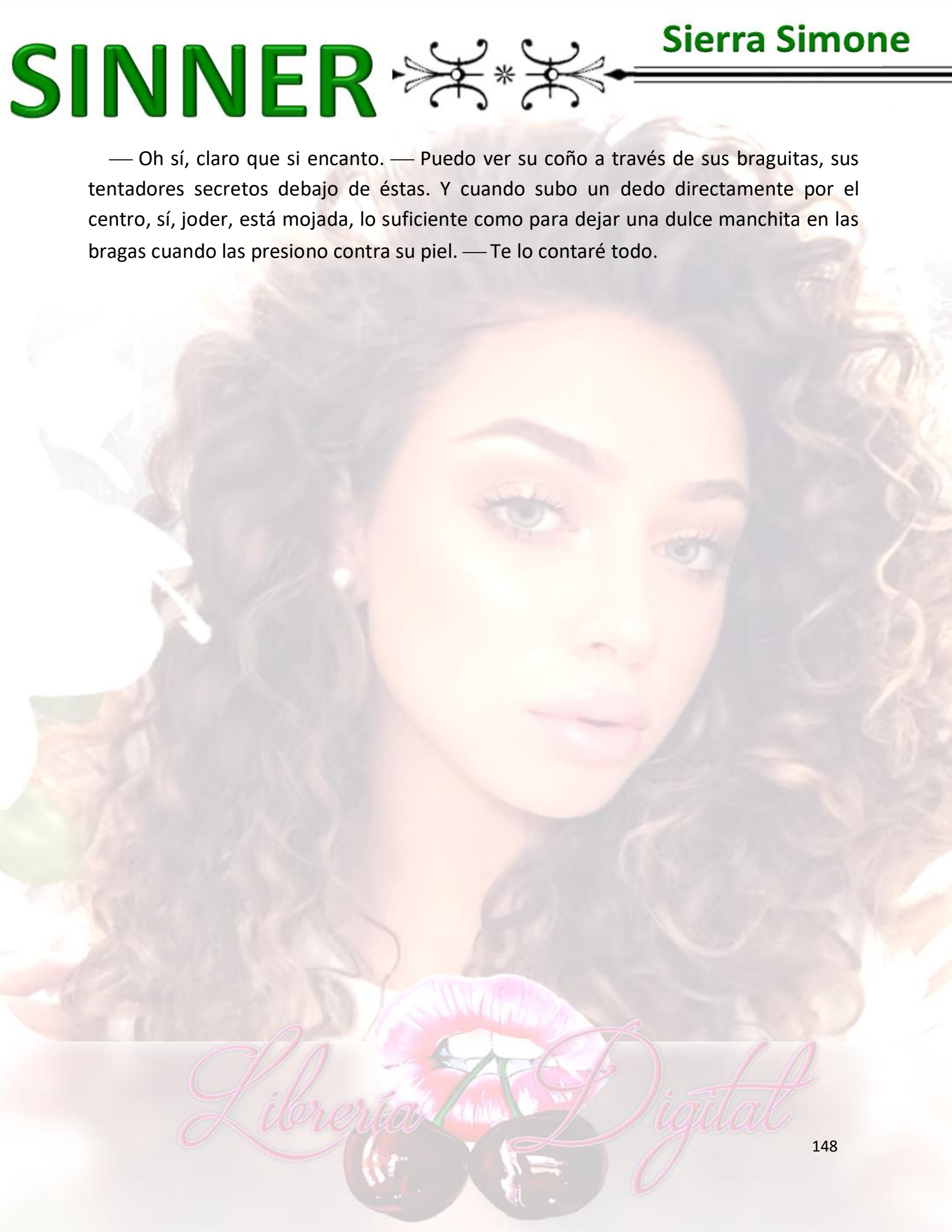
Su espalda se arquea cuando paso mis dedos por el centro, ligero como un cosquilleo, hasta el otro lado de sus braguitas. — N-no, no lo hizo.

Hago un chasquido con la lengua. — Debería haber sabido que a una chica tan lista como tú le gustaría saberlo todo antes. Debería haber sabido que querrías oírlo todo sobre tu coño. Sobre las partes de él que estarían ansiosas y muertas de ganas hasta que las hicieras sentir mejor.

Tiene la mirada perdida y se le traba la respiración. — ¿Vas a decírmelo tú?

Librería Digital

— Oh sí, claro que si encanto. — Puedo ver su coño a través de sus braguitas, sus tentadores secretos debajo de éstas. Y cuando subo un dedo directamente por el centro, sí, joder, está mojada, lo suficiente como para dejar una dulce manchita en las bragas cuando las presiono contra su piel. — Te lo contaré todo.



Librería Digital

Capítulo 13

EMPIEZO A FROTARLE el coño de nuevo sobre sus braguitas y ella toma aire, tratando de moverse hacia mi mano.

— Este es tu coño cariño, y necesita ser feliz. Necesita que lo laman, besen y acaricien. ¿No está ansioso? ¿No le hace falta algo?

Veo el momento en que decide seguirme el juego, un destello de pensamiento, seguido por una mordida de labio con fuerza. Ella asiente con la cabeza, y abre las piernas todavía más.

Mis dedos se deslizan hacia arriba por sus pliegues cubiertos de seda, hacia la punta hinchada de su clítoris, al cual le doy vueltas firmemente. Su espalda se levanta de los cojines mientras su boca se abre con un gemido silencioso.

— Este es tu bonito y pequeño clítoris, ¿No es así? — Digo, dándole vueltas y aplicando el tipo de presión que hace que los dedos de sus pies se encojan. — Necesita que jueguen con él cuando se pone duro y demandante nena. Necesita que lo froten.

— Sí. — Traga saliva, sus pestañas aletean. — Oh, Dios.

— Y toda esa humedad, la sientes, ¿Verdad? — Mis dedos hacen eco de mis palabras, finalmente deslizándose debajo de sus braguitas.

Tiene la respiración entrecortada. — S-sí.

Juego con ella durante un minuto, deslizando mis dedos por su piel resbaladiza. — Cuando se moja de esta manera, significa que necesita atención. Necesita que lo follen.

Saco los dedos, desatando su gimoteo en protesta cuando lo hago, luego pongo mis manos a ambos lados de sus braguitas y tiro hacia abajo. — Llevo soñando con este

Librería Digital

coño desde la gala. — Le digo bruscamente, con mis ojos puestos en la V que va apareciendo entre sus piernas cuando le comienzo a desprender de la prenda de seda. — Necesito verlo. Es en todo lo que puedo pensar, es todo lo que deseo en cuanto me levanto.

Dejo de hablar porque ya le he bajado las braguitas por los muslos hasta las rodillas, y una vez que la tela pasa de sus pies, es toda mía para mis ojos. Toda mía para que la observe, juegue con ella, la saboree y la folle, y Jesús, la sensación es tan embriagadora como un trago de whisky, como una inyección de morfina, ardiendo por mis venas y nublándome la visión.

Vuelve a unir sus rodillas, después de haberme dejado reducir lo que le quedaba de pudor, y me provoca un inmenso placer el recorrer con mis manos la longitud de sus piernas; mis pulgares encuentran ese punto sensible por encima de sus rodillas, por la parte interior de sus muslos. Y hay un momento en que lo veo, *nos* veo, veo mis manos como las manos de un hombre de treinta y seis años, con un reloj demasiado costoso brillando en la muñeca. Veo sus piernas suaves y delgadas como las piernas de una mujer que recién está empezando a vislumbrar su femineidad.

No está bien que me excite con eso. Está mal que me dé cuenta de una manera que me haga querer más.

Pero no puedo evitarlo. Es como si cada razón por la que no debiera hacer esto, su edad, sus votos y el hecho de que sea la hermana menor de Elijah, son lo que lo hace innegablemente más excitante.

Separo sus piernas y por fin veo lo que me ha estado trayendo loco de deseo.

— Oh Zenny. — Digo con un gruñido ahogado. — Oh cielo.

— Sean. — Dice ella, y ya está. Sólo mi nombre.

Cada parte de ella se estremece.

Librería Digital

Me tomo mi tiempo mirándola, grabando cada curva y cada pliegue en mi memoria. Los pequeños rizos, cortos y aseados. La raja totalmente depilada, mostrándolo todo con orgullo. Y cuando subo con mis pulgares por sus muslos para acariciar sus labios externos, compruebo por mí mismo lo suave y sedosa que es. Tengo la polla tan jodidamente dura que parece que la piel se me fuera a reventar; Una necesidad sobrenatural que resulta hasta dolorosa, bombeando en mis pantalones. Me está costando mucho recordar por qué quise seguir este pequeño plan mío, especialmente cuando tengo aquí delante este agujero rico y mojado esperándome. Y, oh *joderrr*, cuando abro su hendidura con mis pulgares, puedo ver su lugar más secreto, el lugar que se vuelve húmedo, rosado y estrecho.

Gruño y cierro los ojos. Luego los abro y la veo mirándome con una expresión de pura lujuria.

Hace que me derrita. Me hace rendirme y convertirme en más o menos hombre.

— Tu coño es la cosa más bonita que he visto jamás. — Le informo. Y antes de que pueda discutir, reír o responder, me agacho, y le doy a ese dulce coño un beso de inauguración, tomándome el tiempo de saborearla, lamerla, de encontrar la piel satinada bajo su hendidura con mi lengua, ese botoncito en la cúspide.

Ella deja escapar un sonido que es como una mezcla entre risa y gemido, un sonido poco elegante proveniente directamente desde su vientre, toda ella sorpresa y anhelo. Sonrío contra su coño, porque he oído toda clase de gemidos practicados por mujeres que piensan que son lo que los hombres quieren oír, esas respiraciones agitadas programadas, los *ohhh* y los *oh lo haces tan bien.* Pero elegiría los sonidos de risa-gemido de Zenny en lugar de esos gemidos, siempre.

Le beso el coño completamente, en profundidad, tomando ventaja de mi sofá sin brazos y moviéndome entre sus piernas, de rodillas en el suelo, mis anchos hombros doblados entre sus muslos, mis manos deslizándose codiciosamente bajo su culo para levantarla hacia mi cara.

Librería Digital

Como sucede con todo, ella es una contradicción. Ingenua y prudente, avergonzada pero motivada sin importarle nada. Lo siento por la forma en que se sacude y retuerce cuando la primera vez que mi lengua da vueltas por los pliegues de su trasero, por la manera en que sus pies acarician mi espalda con seguridad, mientras sus manos se aferran desesperadamente a mis muñecas, el apretón de sus dedos formulando preguntas, las cuáles sé que ella es demasiado orgullosa para decirlas en voz alta.

¿Tengo buen sabor?

¿Te gusta?

¿Te gusto?

Mi lengua y mi hambre de ella responden por mí. Sí, sabe jodidamente bien, puro dulzor y otro tono que parece estar calculado para volver a hombres como yo, completamente locos. Sí, me gusta, me muero por él, muero por comerlo como un simple mortal que ha probado una fruta mágica y ya no puede comer ninguna otra cosa.

Sí, me gusta ella.

Me gusta demasiado.

— Sabes tan dulce. — Se me apaga la voz mientras me aparto para tomar aire. — Jodidamente dulce. Y tu olor. — Entierro mi nariz en ella e inspiro, lo que hace que junte sus piernas, de vergüenza. La dejo, porque eso hace que mi cara quede atrapada más cerca, más apretada, contra ella, y luego me tomo mi tiempo oliéndola, pasando deliberadamente la nariz por los pliegues externos y hasta la cima de su clítoris y de nuevo hacia abajo entre sus nalgas, lo cual provoca que salte del pánico.

Coloco una mano firme sobre su vientre para mantenerla quieta, separo los dedos para acariciar su montículo mientras continúo sujetándola. — Quédate quieta para esto. — Le digo. — Quédate quieta para mí.

Librería Digital

Sus párpados están tan caídos que puedo ver la sombra de sus pestañas en sus mejillas y su pecho jadea con respiraciones cortas y agitadas. A través de la seda del sujetador, veo sus pezones parados con sus orgullosas puntitas. — Se siente tan bien — Susurra. — Sólo me preocupa que… Yo nunca he…

— Ya sé que no. Por eso estoy prácticamente follándome el lado del sofá mientras te huelo y te miro.

Entreabre los labios con una expresión de lujuria concentrada. — ¿De verdad?

— Apóyate en tus antebrazos y mírame.

Ella lo hace, y sé lo que ve, mi cuerpo doblado sobre el sofá, mis caderas arremetiendo descuidadamente contra los cojines.

— ¿Tan cachondo estás? — Murmura. — ¿Por mí?

— Por ti.

Ella parpadea, como si no se lo pudiese creer, lo que me parece una locura. Sí, lo de la monja, pero es preciosa, fascinante, lista y cautivadora, claro que habrá tenido hombres que la hayan deseado así, que la hayan ansiado así.

— Zenny, me la he estado meneando toda la semana pensando en ti. Todos los días, tengo que sacármela y machacarla, para poder pensar con claridad. Este coño es en todo lo que he pensado toda la semana, y es incluso más hermoso y sabroso de lo que había soñado. Quiero hartarme de él.

— Vale.

— Quiero saciarme de *ti.*

Suelta una larga y temblorosa exhalación. — Yo creo que quiero saciarme de ti también.

Le lanzo una sonrisa maliciosa. — Ese es el plan ¿No?

Librería Digital

Me devuelve la sonrisa, una sonrisa que se convierte en una adorable visión de concentración cuando indago con mi dedo entre sus pliegues y lentamente coqueteo con el borde suave y mojado de su entrada. Luego, tierna y cuidadosamente, lo empujo hacia adentro hasta el primer nudillo, observando su rostro todo el tiempo. Está tan jodidamente apretada, tan estrecha, que incluso con toda esa humedad, la punta de mi dedo se siente como una enorme invasión.

Tengo que tragar saliva al pensar como encajará con mi polla. Se amoldará a mí, me agarrará y se ajustará a mi más que un guante.

Dios Santo. Estoy a punto de explotar en mis pantalones de nuevo.

— Así es como te voy a preparar para mi cuerpo. — Le explico con tono agradable, tratando de concentrarme en lo que estamos haciendo y *El Plan Sean, El Jodido Plan*, el cual incluye que los dos nos vayamos a la cama en cierto modo y no que yo me meta la mano en los pantalones y me la jale.

Al menos no de momento.

Deslizo mi dedo hacia adentro hasta el segundo nudillo y veo como levanta una ceja, como si no estuviera segura de sí le duele o si le gusta. — Te acariciaré desde dentro, te haré cosquillas ahí y jugaré contigo hasta que te abras como una flor. — Continúo. — Hasta que sientas lo vacía que estás. Hasta que duela más tenerme fuera que dentro.— Curvo mi dedo hacia arriba para hacer presión en ese punto tan especial en su pared frontal, lo hago muy, muy, muy suavemente, y la luz del piercing de su nariz lanza destellos cuando echa la cabeza hacia adelante y hacia detrás.

—Sean. — Dice, y veo el brillo del sudor en su frente y pecho. — Me siento como… Yo…

— ¿Cómo que tienes que hacer pis?

— Sí. — Dice, echándose un brazo sobre el rostro. — Oh Dios mío, estoy tan avergonzada.

Librería Digital

No me detengo. — Es normal. Deja que la sensación pase, aguanta, aguanta los dedos.

Sus piernas se mueven alrededor de mí, los dedos de sus pies apretando e indagando en mi sofá, mientras la trabajo cuidadosamente desde dentro, y justo en el momento que me doy cuenta de que su vientre se relaja y su pánico se transforma en placer, bajo la boca y le paso la lengua por su endurecido clítoris.

— Oh. — Respira. — *Oh.*

Alterno largos lametones con aleteos de mi lengua, mientras que mis dedos siguen frotando el interior de su húmedo coñito, y entonces, mi asustadiza, algo así como virgen entra en pánico de nuevo.

— Yo… — No encuentra las palabras adecuadas, pero su cuerpo lucha contra sí mismo, buscando ese alivio, pero asustado por la inmensa sensación que ruge cada vez más cerca, así que decido que necesita un poco de persuasión para llegar hasta el final. Me meto el clítoris en la boca y lo succiono.

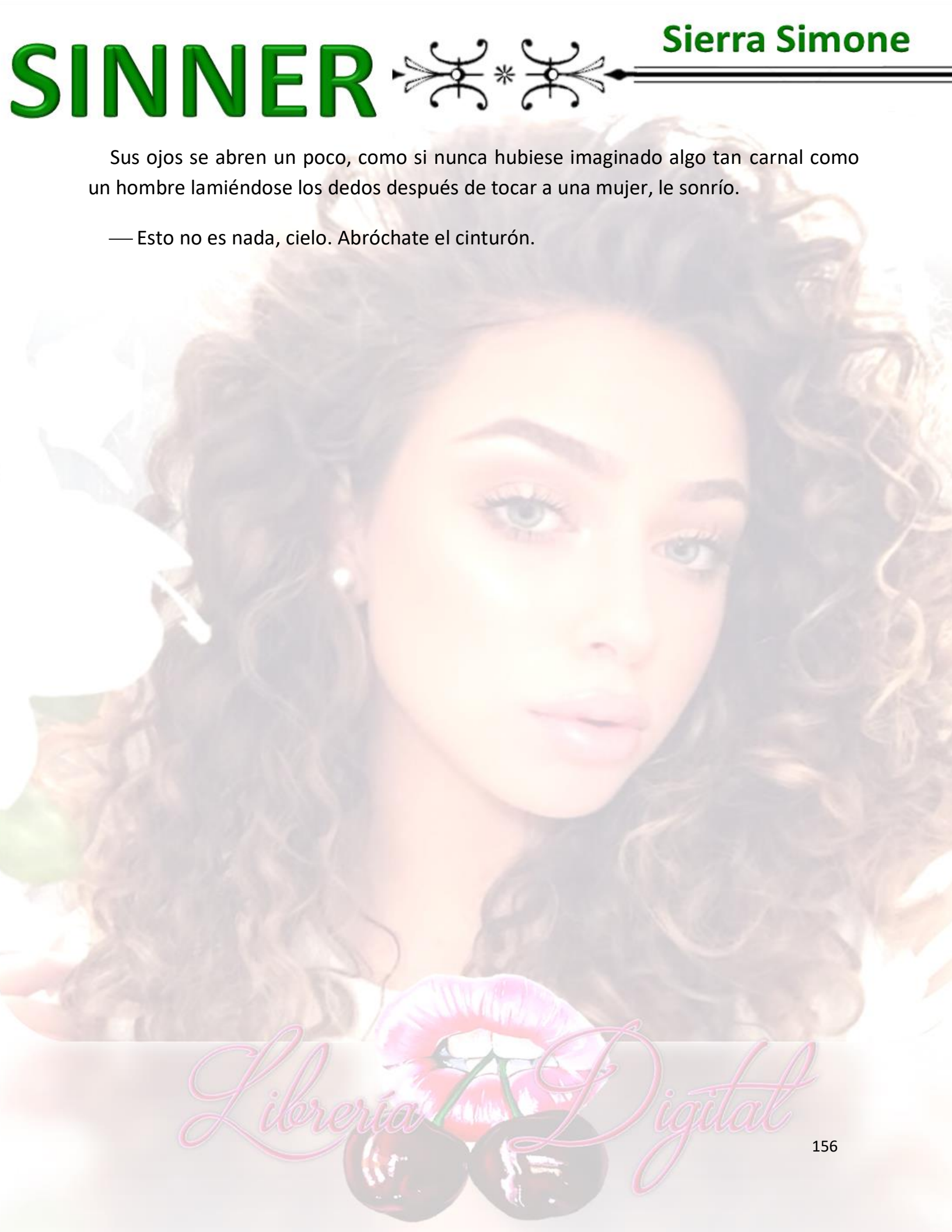
La respuesta es inmediata, gratificante y eléctrica. Un temblor surge del suelo de hormigón y de los cristales y hace eco cuando sus pies se entierran más profundamente en el sofá y su cuerpo se arquea, el interior de sus muslos y su vientre se tensan como el parche de un tambor. La primera ola de placer le pasa por encima, haciendo que diga mi nombre como una plegaria, enviando imágenes de cristal tintado y tela con bordados de oro a mi mente, enviando espasmos y aleteos de mariposa alrededor de mi dedo y contra mi lengua cuando se corre por primera vez conmigo.

No será la última. Ni siquiera será la última de la noche.

La sigo persuadiendo hasta las últimas oleadas de placer con mi boca y mis dedos, observando su bello rostro sobre la subida de su hueso púbico y la llanura de su estómago, mirando como sus cejas se alzan en algo que parece como preocupación, cómo sus labios tratan de formar palabras en silencio, cómo sus ojos me miran con asombro. Y entonces, con un último beso en su clítoris, me enderezo y saco los dedos de su interior, chupándolos hasta dejarlos limpios.

Sus ojos se abren un poco, como si nunca hubiese imaginado algo tan carnal como un hombre lamiéndose los dedos después de tocar a una mujer, le sonrío.

— Esto no es nada, cielo. Abróchate el cinturón.



Librería Digital

Capítulo 14

ZENNY ME MIRA UN POCO CONFUSA, tumbada, con todas las extremidades lánguidas y oliendo a sexo. Es una imagen que me gustaría ver por el resto de mi vida, la manera en que sus piernas están abiertas desinhibidamente ahora, con su bien satisfecho coño a la vista. La respiración agitada de una mujer saciada volviendo a la normalidad después de un orgasmo.

—¿Te gustó que te lo comiera, cielo?

—Mucho. —Murmura. —¿Lo harías de nuevo, por favor?

Me río al ver su entusiasmo. —Cuando quieras. Creo que una vez te prometí que te enseñaría como te lo como desde atrás.

Su boca se tuerce formando una sonrisa. —Sí, lo prometiste.

Aún estoy de rodillas, en el filo del sofá, acariciando sus piernas arriba y abajo suavemente con mis manos, tratando de ignorar a mi polla, que también quiere que le pasen las manos arriba y abajo. —¿Con qué frecuencia te masturbas?

Ahí va su brazo cubriéndole la cara de nuevo. —No sé si puedo hablar de ello.

Hago un sonido, que en cualquier libro de Wakefield sería calificado como burla. —Zenny Iverson, La chica que entró a este mismo apartamento pidiendo sexo, es demasiado tímida para hablar de masturbación.

—Es diferente. —Dice en la curva de su codo. —Completamente diferente.

—Es todo parte del sexo. Y más vale que me lo digas antes de que te haga hacerlo frente a mí.

Mueve el brazo y me mira con una mezcla entre intrigada y alarmada. —¿La gente hace eso?

Librería Digital

— La gente hace orgías de treinta personas y se follan a sí mismas con dildos con la forma del martillo de Thor. Creo que masturbarse en frente de tu amante es una de las cosas más normales que uno puede hacer.

Eso la hace sonreír de nuevo. — ¿Soy tu amante?

— Eres *mía.* —Digo simplemente, montándome en el sofá y sobre su cuerpo.

— Durante un mes. — Me corrige.

— Durante un mes. — Repito. — Hasta que te cases con Jesús o lo que sea. — Detalles, detalles.

Me coloco entre sus piernas, y gimo cuando mi erección entra en contacto con su monte de Venus, bajo la cabeza hacia su pecho antes de deslizar mis brazos por debajo de sus hombros, y me apoyo en mis codos observándola. — Ahora. Dime cómo te tocas cuando estás sola y con qué frecuencia.

Ella gira la cabeza hacia otro lado, pero conmigo en esta posición no puede escapar de mi mirada, ni de mis palabras.

— ¿Usas un vibrador? — Pregunto, posando un beso en la fina línea de su mandíbula. — ¿O tus dedos? ¿O pones una almohada entre tus piernas y te restriegas contra ella hasta que desahogas?

Mis palabras tienen el efecto deseado, sus pómulos se sonrojan y su respiración se acelera. — Jamás he usado un vibrador. — Susurra. — Pero una almohada…

— ¿Sí?

— Y un peluche… Un osito de peluche que me regalaron por mi graduación. Lo tengo en mi cama en mi dormitorio. Dios, no puedo creer que te esté contando esto.

— Yo tampoco. Me la voy a menear pensando en esto durante años cielo. ¿Cómo usas el oso? ¿De lado? ¿Te tumbas sobre él y te mueves encima?

Librería Digital

— Lo monto. — Dice cerrando los ojos, con su cara aún vuelta para un lado. — Lo pongo entre mis piernas y me froto contra él, estando de rodillas.

— Mierda. — Gruño, dejando caer el rostro en la curva de su cuello con aroma a rosas. La imagen de Zenny en su dormitorio frotando su coñito cachondo contra el oso de peluche es casi demasiado para retenerla en mi mente. Y voy a ir al infierno por imaginármela con calcetines hasta la rodilla, rodeada de posters de chicas, una chica apenas mayor de edad abrumada por grandes necesidades de mujer…

— ¿Qué? — Pregunta dudosa. — ¿Es tan malo?

— Es jodidamente caliente, eso es lo que es. — Murmuro en su cuello, y me está costando muchísimo contenerme ahora mismo.

— ¿De veras? — Pregunta volviendo la cabeza hacia mí. — ¿Eso te excita?

Llevo su mano hacia la indudable evidencia de mi excitación. — Compruébalo por ti misma.

Su fina mano traza mi polla por encima de mis pantalones y su ávida curiosidad sobrepasa su torpeza. — Yo nunca he… — Se aclara la garganta. — Aquella vez con Isaac, nunca llegué a vérsela. Nunca he tenido la oportunidad de ver esa parte de los chicos.

Le doy un largo beso, haciendo que abra sus labios con los míos y persiguiendo el sedoso tacto de su lengua hasta que está jadeando y retorciéndose y me pongo de rodillas. — Tú me enseñaste tu coño — Digo. — Ahora me toca a mí mostrarte algo.

Se levanta hasta apoyarse en los codos, emocionada. — ¿Vas a acostarte conmigo?

Mierda, ojalá. — Aún no nena. Todavía estamos en los básicos del sexo y el coito es la tesis final cuanto menos. Arrodíllate frente al sofá.

Nos movemos juntos hasta quedarme de pie frente al sofá y ella arrodillada delante de mí, mirándome con sus grandes ojos de colegiala. Se chupa una esquina de la boca

y me la imagino en clase con esa misma expresión, con los ojos bien abiertos, concentrándose, preparada para levantar la mano en cualquier momento.

— ¿Alguna vez le has quitado el cinturón a un hombre? — Pregunto, adivinando la respuesta.

Ella mueve la cabeza lentamente. — No.

— Desabróchame el cinturón Zenny. Déjalo en las asitas cuando termines.

Si pensaba que se veía como una colegiala antes, no tenía nada que ver con cómo se ve ahora, cuando se le levantan las cejas y su frente se arruga solo un poquito al centrarse. Estira la mano hacia mí con la concentración de un cirujano, tratando visiblemente de mantener las manos firmes mientras trabaja con precisos y cuidadosos movimientos en la hebilla del cinturón. Y luego vuelve a mirarme, cuando por fin ha manejado la brillante correa de piel, mientras la desliza por el metal con un distintivo siseo.

Es el único ruido en la habitación, seguido por el traqueteo de la hebilla cuando cae libre a un lado. Es un sonido tan familiar, que hace a mi polla dar una Sacudida Pavloviana.

— Ahora bájame la cremallera. — La instruyo. — Y ten cuidado conmigo al hacerlo.

Mi pequeña estudiante de matrícula de honor va con cuidado, sus finos dedos sacan la plaqueta de la cremallera, la laca de sus uñas dorada desgastada añade toques de color al espectáculo mientras trata de tirar de ella hacia abajo por los dientes del zipper. El sonido que hace nos afecta a ambos, es un sonido de promesa, un sonido tan inconfundiblemente sexual que incluso una monja lo reconoce.

Una vez abierta, la plaqueta queda bajo el peso de mi pesada polla, todavía ataviada con la suave tela de mi bóxer. Sus ojos van de mi rostro hasta la muy obvia silueta de un Pene en mi ropa interior, el cuál palpita visiblemente ante su atención, y su lengua sale disparada a lamer su labio inferior.

Librería Digital

Gimo.

— Tesoro, no puedes mirarme así o no resistiré.

— ¿En serio? — Dice, toda curiosidad y con sonrisa satisfecha. — ¿Sólo por mirarte?

— Contigo, mirar es tan peligroso como follar. — Hago una pausa. — Bueno, casi. Manos en el regazo.

— Ok. — Susurra y su rapidez y buena disposición me tienen casi sin aliento al sacarme la camiseta preparándome para enseñarle la polla. Lanzo la camiseta a una silla cercana y casi me da un infarto cuando vuelvo a girarme hacia ella.

La pequeña *Señorita Estoy Avergonzada de Hablar Sobre Masturbación* está inclinada de rodillas buscando el ángulo correcto para frotarse el coño con el talón del pie, sus ojos hambrientos trazan las líneas de mi abdomen, brazos y hombros desnudos.

Paso una mano despacio hacia abajo por mi estómago, y ella susurra — Te estás pavoneando de nuevo. — Pero no hay ira en su tono, ni me juzga, ni intenta detenerme.

— Por supuesto que sí. — La molesto. — Haré lo que haga falta para que me sigas mirando así. — Y lo digo en serio; cuando era joven, me esforcé para tener este cuerpo, porque buscaba el orgullo que viene con ello, la admiración y las caricias de las mujeres deleitadas por su forma. Pero con el paso de los años, como con cualquier dopamina, el placer de ser admirado se fue desvaneciendo, así que me mantuve en forma por razones más aburridas. Estaba acostumbrado a estar en forma; mantenerme en forma estaba unido a mi rutina diaria; parecía que a estas alturas me iba a costar mucho trabajo dejarlo.

Pero Dios santo. La forma en que Zenny me está mirando en este momento, maravillada y rapaz, me hace recordar cómo me sentí la primera vez que una chica me miró. La primera vez que sentí la chispa de lujuria al saberme deseado. Lo estoy sintiendo ahora como lo sentí en ese momento, toda esa electricidad corriendo por mi

piel, la cual, de repente se siente muy apretada como para contener todas las emociones. Demasiado apretada para contener mí deseo por ella, el cual es tan grande como una tormenta de pradera. Grande como una pradera. Grande como cualquier cosa, ciertamente más grande de lo que mi cuerpo puede soportar.

Ella estira el brazo con indecisión y yo asiento con la cabeza, sí, puede hacerlo, debería, haré que lo haga si no sale de ella, porque ahora que ha intentado tocarme, el pensar en que esos dedos curiosos *no* estén sobre mí, es casi doloroso.

— Tócame. — Le digo. — Tócame. Tócame.

Ella lo hace.

El momento en que sus dedos, ligeramente fríos y con forma delicada, se mueven por mi estómago, casi me doy por vencido. La caricia pasa como un rayo, resuena como música a través de cada nervio de mi cuerpo, arriba y abajo.

Solo con tocarme el estómago, que Dios me ayude cuando me toque la polla.

— Estás muy duro. — Dice un poco sorprendida, sus manos se deslizan hacia mi pecho. Tiene que levantar el culo de los pies para alcanzarme el pecho y puedo ver la parte que está mojada en su talón. Dios.

Estoy tan distraído con su distracción conmigo que olvido hacer una broma sobre la palabra *duro*, me olvido de hacer todas las cosas, solo puedo mirar cómo toca cada parte de mi estómago, cada línea y conjunto de músculos de mi espalda. Cuando me toca la espalda, lo hace deslizando los brazos alrededor de mí, y a pesar de mi insistente erección, a pesar de mi sangre hirviendo, la sensación de su abrazo, es casi más potente que todas las otras cosas. Quiero que me abrace por siempre; ya odio pensar en no tener sus brazos alrededor.

Sus manos curiosas llegan por fin al elástico de mi bóxer, un poco tímidas al principio, con pequeños toques por el borde, y luego más y más valientes adentrando sus dedos por debajo de la tela. La dejo seguir su camino sola, reunir su propio coraje. No por flojera por mi parte, ni por indulgencia, aunque no puedo negar lo embriagador

que es ese sentimiento por sí mismo, indulgencia, el estado de desear que esta chica tenga lo que quiera, dejándola tomarlo ella misma. Estoy peligrosamente cerca de dejarla tomarlo todo. Pero sinceramente, lo hago porque estoy tan nervioso como ella, tan emocionado y tan asustado por lo que se viene en el horizonte de mi desnudez.

Moverse es imposible, convencerla para que tome otro camino, impensable. Más rápido y mi corazón palpitará fuera de mi pecho por miedo a la lujuria; más despacio y mi sangre se recalentará por la desesperación y moriré.

Solo vamos a donde ella nos lleva, a su paso virginal, y no lo cambiaría por nada.

Finalmente el valor o la impaciencia, a veces son lo mismo, se apoderan de ella, y me regala el ver su rostro de perfil mientras me baja la parte delantera del bóxer. Es rapaz, ambiciosa, y luego, se ve confundida.

Mi erección se libera, baja y luego vuelve a subir, palpitante, insistente, de un rojo furioso. La he tenido dura tanto tiempo que la ancha punta brilla con líquido preseminal, y ya he dejado una buena marca cerca de mi cadera. El flujo de aire fresco sobre esta casi me hace estremecer, y luego *me estremezco* de verdad al ver sus manos alrededor de la banda elástica de mi ropa interior. Pero me tengo que reír por su expresión.

— ¿No es lo que esperabas?

Me echa una mirada hacia arriba que no sé interpretar, aunque, si tuviera que hacerlo, diría que es algo entre traviesa y arrepentida, una mirada que solo Zenobia Iverson puede dar. — No sé qué esperaba. — Admite. — Pero es muy *abultado.*

— Creo que la palabra que estás buscando es grande.

Ella me pone los ojos en blanco. Tengo a la más hermosa ''algo así como virgen'' del mundo arrodillada frente a mí, con mi polla en la cara, y me pone los ojos en blanco. Mi ego se marchita un poco.

A mi polla, sin embargo, no le molesta.

— No. — Dice lentamente. — Desnivelado. Como aquí — Pasa un suave dedo por una de las venas de mi verga y dejo escapar un siseo de dolor.

Me mira alarmada. — ¿Te dolió?

— No. — Consigo decir. — Sigue.

El dedo regresa y empieza a trazar un camino irritante por todos los lugares donde estoy rígido e hinchado. Dibuja un mapa de las venas, navega los sensibles nervios de mi frenillo, deambula por la corona y sobre la parte que gotea en la punta. Sus dedos bajan hasta la raíz, hacen un círculo en la base midiéndola, y mi orgullo masculino se hincha al comprobar que la punta de sus dedos y su pulgar no llegan a tocarse. Aunque mi orgullo queda en un segundo plano comparado con la sensación de ella tocándome la polla porque, *hostia puta, me está tocando la polla.*

— Quiero verte entero. — Dice ajena al efecto que tiene en mí. Sus ojos están posados en mi cuerpo, mis abdominales y mi polla, y en los lugares que mis pantalones abiertos tienen retenidos alrededor de los músculos de mis caderas y mi trasero, y tengo que decir que el que ella quiera verme por completo es una idea estupenda, la mejor que nadie haya tenido jamás.

— Eso se puede arreglar. — Tiro de ella hasta ponerla de pie y la saco de la sala, metiéndola a mi dormitorio.

No me preocupo de las luces pero Zenny las enciende todas y luego me da una sonrisa tímida al mirarla. — Necesito ver. — Dice encogiéndose de hombros levemente.

— Lo que tú me pidas cielo. — No me la perdería explorando mi cuerpo por nada del mundo. Y me siento insoportablemente despreocupado de lo encaprichado que estoy con esta chica. Nunca me había sentido así por nadie… Pero tampoco he conocido a nadie como ella antes, quizás no sea tan chocante. Quizás fui programado al nacer para desear solo a esta persona, y tengo esta cosa en mi cabeza, no un pensamiento, ni siquiera la semilla de un pensamiento, sino como la raíz congelada de

una planta dormida que dentro de unos años puede soltar una semilla que quizás se pueda convertir en un pensamiento, de que recuerdo haberme sentido así acerca de Dios hace mucho tiempo. Hace todos esos años, existía un Sean Bell que amaba sin restricciones, ni reticencia, ni miedos.

Ella me recuerda a eso.

Trato de quitarme los pantalones y Zenny me ayuda. La dejo que lo haga, porque no hay cosa más dulce que una mujer arrancándote la ropa con entusiasmo, y esa torpeza, es a su vez, adorable y súper caliente.

— Ok. — Dice con determinación cuando hemos terminado y estoy desnudo. — Túmbate boca arriba.

Yo obedezco, entrelazando mis manos en la nuca después de ponerme cómodo, observándola moverse a los pies de la cama y quitarse el sujetador, el cual deja caer con sumo cuidado. Se ve bien aquí, desnuda en mi habitación, con las luces de la ciudad brillando por su piel al pasar junto a la ventana y su cabello dejando sombras de tirabuzones cayendo en cascada sobre el suelo y sobre mi cama.

Luego, empieza a gatear sobre la cama y se me olvida todo lo demás. Solo existe ella, su falta de artificios, su total ignorancia de la seducción al acercarse a mí y sentarse a mi lado con las piernas cruzadas como una niña. Solo sus curiosos dedos, el succionar el interior de su mejilla con nerviosismo, y su ávida mirada recorriéndome.

Ella toca mis brazos y acaricia mi estómago. Pasa las manos por las zonas en relieve de mis muslos y pecho. Me pregunta los nombres de los músculos que abrazan mis costillas y si tengo cosquillas, sí, pero solo en la planta de los pies. Acaricia la zona sensible alrededor de la polla y toquetea el escroto, no para alborotarme sino para pesarlo y medirlo. Y cuando ve cómo mi cuerpo reacciona al ser tocado, parece hacer un experimento de todo el conjunto. Comprueba en silencio cuánto me sacudo cuando se restriega contra mí hacia arriba por mi parte inferior, cuánto gimo cuando hace un círculo con la mano agarrándome la base, cuánto jadeo cuando mueve ese círculo hacia arriba por la longitud de mi miembro.

Librería Digital

Me quejo cuando desvía su atención a otra parte, pero lo agradezco, aparte de la resistencia y razones de orgullo, se siente igual de bien que esté explorando el resto de mi cuerpo. Da morbo ver cómo todo resulta nuevo para ella, mis pies y manos, por ejemplo, mucho más grandes que las de ella, el vello de mis muslos y mis pantorrillas, áspero comparado con sus sedosas piernas. Ella se lleva lo que parecen ser horas pasando sus dedos por mi camino de la felicidad y tengo que agarrar las sábanas con los puños para no arquear la espalda; Pasa sus uñas doradas descascarilladas por los discos planos de mis pezones y tengo que apretar los dientes y cerrar los ojos para no agarrarla.

— Date la vuelta. — Susurra, y yo lo hago.

Sus manos exploran por mis muslos hacia arriba, por los tonificados músculos de mis pantorrillas y abajo hacia mis pies, donde descubre por sí misma que no le mentí y que de verdad tengo cosquillas. Encuentra la ranura de mi espina dorsal, la envergadura de mis anchos hombros y el lugar en mi nuca donde el cabello amenaza con rizarse si no lo recorto durante mucho tiempo.

Luego la siento subirse a mis muslos, agarrándose a mis caderas en el proceso, yo dejo escapar un sonido en la cama. El peso extra entre mi polla y el colchón es maravilloso, de la peor manera.

O terrible, de la mejor manera. No lo sabría decir.

Ella pasa las manos por mi espalda hacia arriba y luego hacia abajo hasta el borde de mis glúteos, tocando, masajeando y midiendo con esas caricias que parecen estar calculadas para volverme loco de deseo. Aprieta mis nalgas, se echa hacia atrás sobre mis muslos y entonces hace algo que provoca que encoja los dedos de los pies.

Separa mis nalgas y envía un dedo curioso hacia abajo por el centro.

Hago otro sonido en el colchón.

— ¿Estás bien? — Pregunta. — ¿Quizás no debería…?

Librería Digital

— No, no, definitivamente sí deberías.

— ¿Te gusta que te toquen aquí? — Me toca de nuevo, esta vez con la yema del dedo haciendo espirales en el borde. Las sensaciones se extienden por todas partes y me siento jodidamente sucio, malditamente sucio.

— No lo sé. — Consigo decir, mi voz amortiguada por las sábanas. La tengo tan dura que puede que muera, consumido con la necesidad de follar. De correrme. — Nunca nadie me había tocado ahí antes.

Zenny hace un estudioso *hmmm,* como si fuese mi antropóloga personal, la primera persona en descubrir y examinar a Sean Bell, y tengo que esforzarme por mantenerme quieto. Quiero darme la vuelta y atraerla contra mi pecho, quiero aplastar mi boca contra la suya, quiero poner sus piernas alrededor de mi cintura y empujar profundamente en ese húmedo y dulce hueco entre sus piernas.

— No puedo creer que nadie te haya tocado aquí antes. — Dice con un dedo empujando en la entrada y el pulgar haciendo caricias meditativas por el perineo. — Has tenido sexo tantas veces ¿Cómo es posible?

No hay manera de describirle el por qué es de esa manera. Cómo los mimos tres o cuatro actos van unidos en un cansino carrusel, lo único que cambia es la persona con la que estás, y cómo el viaje se va echando a perder al llegar al destino. Soy un amante muy generoso por lo general, pero solo porque los coños me ponen caliente. Es una cosa egoísta en realidad, y todo mi sexo lo es. Me lo he justificado a mí mismo acostándome con personas igual de egoístas.

De todos modos, no puedo describírselo porque mis palabras se han esfumado, han sido arrastradas por olas de dolorosa necesidad, y aunque pudiese describírselo, no querría hacerlo. No quiero que Zenny sepa lo banal que puede ser el sexo, quiero que lo vea como una revelación. Como la clase de epifanía que rivaliza con todas las religiones.

Librería Digital

Pero aún tengo que contestarle, así que le digo con una voz graciosa, o lo más parecida a un tono bromista considerando que mi cuerpo está en llamas. — Ya sabes, la gente se aburre y quiere ir a lo fácil. Acabar lo más rápido posible.

Ella no me devuelve la broma, sus dedos recorren mis nalgas y se dejan caer en mis muslos. — ¿Cómo podría alguien aburrirse de esto? — Se queda en silencio, incrédula. Ligeramente acusatoria.

Evalúo su silenciosa curiosidad por la calidez de ella sobre mis piernas. No puedo verla, no la estoy tocando con mis manos, mi polla no está para nada cerca de ella y aun así, nunca me he sentido tan sexual como ahora.

— No lo sé. — Digo finalmente. — No lo sé.

Seguimos en silencio durante unos minutos más, y yo me quedo ahí, estirado, esforzándome por quedarme quieto, para que ella pueda tocar y satisfacer su curiosidad.

— Túmbate boca arriba. — Dice después de un rato. — Quiero ver tu… — Una tímida pausa. — Tu pene una vez más.

No me meto con ella por usar ese término, he pasado ese punto. Estoy hambriento. Me estoy muriendo. Me doy la vuelta y dejo mi dolorida polla al aire, y sé que dije que no la iba a dejar que me hiciera correrme, y lo dije en serio, pero quiero que me la toque de nuevo. Solo esta vez. Solo un poquito.

— Entonces cuando no está… Erecto… ¿No es así de grande? — Se ha movido de manera que está de rodillas entre mis piernas y sus manos suben por mis muslos hasta rodear mis bolas. Sus pulgares se tocan en la parte blandita debajo de los testículos y mi polla salta como si la hubieran enganchado a la batería de un coche.

— No. — Digo, mi voz tan áspera que ya ni siquiera es voz.

— Y luego se pone…

Librería Digital

— Dura. — Sugiero, tratando de que se suelte más allá de los términos de los libros de texto.

— Luego se pone dura. — Se arma de valor. — ¿Cuándo estás excitado?

— Sí, eso pasa cuando necesita follar.

— Y, cuando no tienes a nadie con quien follar ¿Qué haces?

Le enseño, rodeando con una mano mi polla y tirando hacia arriba. El placer se esparce profundamente por mi entrepierna al hacerlo, y tengo que recordarme que solo se lo estoy mostrando, que está explorando, que esto es parte del plan y que no me puedo hacer una pedazo de paja como me gustaría.

Lo hago con lentitud para que pueda observar los lugares que me dan placer, el ritmo constante que me gusta, lo apretado que me gusta. Y de repente, ahí está esa forma de mirarme mientras lo hago, su mirada morbosa fija en mi tenso vientre y bíceps, en la punta hinchada emergiendo de mi puño una y otra vez.

— ¿Puedo probar? — Pregunta, con una voz tímida y encendida a la vez, y Dios santo, es la cosa más sexy que he oído en toda mi vida.

— Sí, nena. Puedes probar.

Libero mi polla y la observo agarrarla, con un poco de incertidumbre, acariciándola con la mano demasiado floja como para causar fricción.

Pero todavía es demasiado. Su rostro de determinación, sus morritos retorcidos por la concentración, lo que hace que el pendiente de la nariz se mueva y brille cuando arruga la nariz. Su pelo roza la cima de sus hombros con infinitas espirales oscuras, sus pechos con los pezones como bolitas, sus costillas y vientre estremeciéndose con una respiración que apenas puede controlar.

Me cubro la cara con los brazos para no verla, porque hasta su torpeza es jodidamente ardiente, todo sobre ella es mucho, demasiado, y debería estar

Librería Digital

preocupado, horrorizado por el poder que tiene sobre mí, pero no lo estoy, y quizás eso sea lo que más me asusta de todo esto.

La dejo experimentar con el ritmo y la presión, la dejo acariciarme la parte baja del miembro y apretarme y tocarme la cabeza, la dejo hacer lo que quiera mientras trato lo mejor que puedo de aguantar, de mantener mi promesa de que no me correría al tocarme.

Pero es una puta agonía.

Agonía.

Finalmente encuentra la zona matadora, la parte justo debajo de la corona, y en cuestión de segundos, me tiene arqueándome y jadeando. Cuando me atrevo a echar un vistazo por debajo de mis brazos, la veo mordiéndose el labio inferior y sus ojos pegados a mi polla dura como el acero, fascinada. Con su otra mano, se toca un pecho de manera absorta, como si no pudiese evitar tocarse al tocarme a mí, como si ni siquiera se diera cuenta de que lo está haciendo.

Voy a correrme si no para.

— Suficiente. — Gruño, incorporándome y agarrándola lo bastante rápido como para pillarla por sorpresa arrancándole un chillido de la boca.

— Pero quiero ver cómo te corres. — Dice entre mis brazos. — Prometiste que me dejarías ver cómo te corres.

Es demasiado perfecta para no besarla, así que lo hago. Bajo mi boca hacia la de ella y se la follo con mi lengua como me gustaría follarle el coño. — Me verás correrme, princesa. — Murmuro en sus labios. — Lo verás.

Ella está un poco aturdida por el beso, lánguida y derretida en mis brazos, compartiendo aliento conmigo, su lengua se desliza con cuidado por la mía, sus manos se flexionan y hacen puños en mi pecho desnudo como una gatita amasando con las patitas. — Quiero que te corras ahora. — Consigue decir. — Ahora.

— Primero una cosa. — Y si ya disfruté teniendo este cuerpo por la forma en que Zenny me miró anteriormente, ahora me alegro todavía más de poder moverme con Zenny acunada en mis brazos sin esfuerzo, y por poder ponerla boca abajo en el borde de la cama con su trasero y coño disponibles para mí.

Entonces le demuestro lo que le prometí la noche de la gala.

Ella vuelve a chillar con la primera lamida, justo arriba en la apertura plisada entre sus nalgas y tengo que poner un brazo sobre sus caderas para mantenerla quieta. Se retuerce y jadea, una de sus piernas se mueve pataleando hacia arriba con un movimiento instintivo para esconderse.

— Sean. — Jadea. Puedo oír los arañazos de sus dedos en las sábanas. — Es… Estoy…

Sé lo que es. Paro de comérmela, pasando la punta de la nariz por el agujero entre sus nalgas, cerca de la entrada de la que está tan avergonzada. — No te preocupes, cielo.

— Lo sé, pero tú puedes verlo todo desde ahí. — Protesta estirando un brazo hacia atrás para bloquearme.

— Lo sé, y puedo oler y probarlo todo también. Por eso me gusta. — Tomo su mano y la dirijo hacia mi cabello. — Toma. Cuando sientas que no puedes soportarlo, tira de mi cabello en lugar de alejarte.

Ella tira de mis rizos con suavidad. — No quiero hacerte daño.

— Merecerá la pena. — Digo, y me echo hacia adelante de nuevo, dejando que lo sienta todo, el bulto de mi nariz en su trasero, mientras le devoro el coño, la incipiente barba mientras muevo la mandíbula e incluso el roce de mis dientes. Es asqueroso y delicioso a la vez, y ella está por todos mis labios y rostro, por mi lengua, es la combinación entre dulce, salado y tierra. Puede que sea tímida, que se sienta avergonzada, que no sea experimentada de cintura para arriba, pero aquí abajo, es toda una mujer. Su coño sabe lo que necesita, se va poniendo más húmedo y suave, su

clítoris se hace más protuberante, como una fresita, y aunque sigue emitiendo sonidos nerviosos, de placer con incertidumbre, sus caderas vuelven a moverse contra mi cara y sus piernas se van separando cada vez más, dejándome acceder más profundamente, más abajo, permitiéndome lamerle el clítoris. Su mano me agarra del cabello; como buena estudiante, está haciendo lo que se le dijo, y tira de el cuándo la sensación de vergüenza o incomodidad se apodera de ella. Pero su mano ha pasado de darme ligeros tirones a prácticamente jalarme con fuerza para atraerme hacia ella, para que mi boca le dé más fuerte, más rápido, más.

— Más. — Jadea. — Oh Dios mío, más, más, más, *más…*

Mierda. Quiero follármela ahora mismo. Aquí, doblada en mi cama, húmeda y rogando. Me metería en ese agujero apretado y le mostraría lo bien que se siente el correrse en una polla.

De hecho, incluso llego a ponerme en pie antes de recordarme a mí mismo, *el plan sean, el jodido plan*, y acabo acariciando su espalda e introduciéndole un solo dedo. Encuentro con facilidad el punto que la volvió loca anteriormente, y lo presiono, acaricio y masajeo, arrancándole gemidos. Me dejo caer sobre ella, disfrutando de la sensación de sus suaves piernas contra las mías, rasposas con vello, las paletillas de sus hombros como dos alas, contra mi pecho. Su firme trasero contra mis caderas, reemplazo el dedo por el pulgar y comienzo a frotarle el clítoris con los dedos índice y anular juntos.

Ella grita y se retuerce soltando gemidos, se arquea y se dobla, es delicioso, sencillamente delicioso, especialmente el escuchar mi nombre entre esos gemidos *sean oh sean Dios sigue, sigue, más, más, más sean, más,* es un océano revuelto hecho espuma, una tormenta, una tempestad con relámpagos y tensión eléctrica. La beso por todas partes llevándola al límite; entierro mi cara entre sus rizos e inspiro su aroma, le muerdo el cuello, poso mis labios en su mejilla, la parte exterior de su oreja y la línea de la mandíbula. Y entonces, mientras le beso y le chupo el cuello, se corre, debajo de mí, como un océano fuera de control, una tempestad incalculable. Un sonido sale de su garganta, algo así entre entusiasmo, entre delirio, violento y desesperación todo al mismo tiempo.

Todos sus movimientos retorciéndose y meciéndose hacia adelante y hacia atrás me tienen en agonía, no solo porque es jodidamente morboso, sino porque está rozando el culo contra mi polla sin parar. Todavía puedo olerla y saborearla, y ver su coño abrirse y cerrarse, de esa manera en que los coños se abren y cierran cuando están contentos. Y toma un esfuerzo infrahumano el contenerme en lugar de frotarme más fuerte contra su trasero y correrme ahí mismo, al carajo con perseguir serpientes fuera de Irlanda, este es un milagro *de verdad*, el quedarme aquí parado mientras Zenny se retuerce de felicidad contra mi mano.

Cuando termina, queda totalmente lánguida, tiene los vellos de punta por todos lados y la frente un poco húmeda. Sus ojos están cerrados y su respiración vuelve poco a poco a la normalidad, aprovecho la oportunidad y la llevo en brazos a la cama, me siento apoyado en el cabecero con ella acurrucada en mi pecho.

Le doy un beso en la cabeza y dejo mis labios ahí porque se siente bien, porque quiero besarla por siempre, ella se estira y traza garabatos en mi pecho, con los ojos aún cerrados. Sus pestañas son largas y gruesas, curvadas en sus mejillas.

— Es tu turno. — Dice adormilada.

— Estoy bien, bichito. — Es mentira, me estoy muriendo, pero también creo que moriría si dejo de abrazarla, solo quizás no sea del todo mentira. Estaría feliz quedándome aquí para siempre también.

Ella arruga la nariz por el mote cariñoso. — Ya no soy una niña, sabes.

— Oh, me consta.

Abre los ojos y desliza la mano por mi clavícula, luego hacia arriba por mi cuello y la dobla para encajarla con la línea de mi mandíbula. Mirándome de esa manera con esos ojos de bordes color cobre y el tacto cálido de su mano en mi rostro, no puedo evitar querer probar su boca de nuevo. Nos damos un largo beso, hasta que ella se sienta derecha en mis brazos.

— En serio. — Dice con impaciencia. — Te toca a ti.

Hay un momento en que casi me siento culpable, pero muere justo al nacer. O más bien, muere en el momento en que Zenny se coloca a mi izquierda y coloca mi mano derecha sobre mi polla. Le paso un brazo alrededor y la aprieto contra mí, y ella descansa su cabeza en mi pecho mientras mira cómo me follo a mí mismo con el puño. Hay algo extrañamente erótico al tenerla abrazada a mí mientras me la meneo; Es diferente a como suele suceder normalmente. Es íntimo y real. Simplemente lo que es, liberación frenética casi dolorosa. Sus dedos merodean sobre mi camino de la felicidad mientras me la jalo, hacen círculos en la base y bajan por mis bolas, las cuáles están tan arriba que casi resulta doloroso.

— Cuando llegues al orgasmo…

— Di cuando te corras. — Digo casi sin aliento, ásperamente.

— Cuando te corras. — Se corrige a sí misma. — ¿Dónde irá? ¿Tu estómago? ¿Tu mano?

Mi cabeza cae hacia atrás contra el cabecero en señal de derrota. Ella es demasiado, muchísimo más que eso, sexy, inocente y atrevida

— Observa. — Digo y con un gruñido, varias horas de necesidad, por fin, por fin entran en erupción. Mi cuerpo se rompe en dos, todo, desde los dedos de mis pies hasta mi pecho, mis pensamientos, todo se forma un nudo y de pronto se suelta y ahí estoy. *Ahí.* Desplomándome en un abismo, la electricidad acercándose a los bordes de mi visión, notando el calor de manera profunda en la entrepierna y derramándome con grandes y espesos chorros.

Se disparan en mi estómago, grandes, blancas salpicaduras como pintura, por todos mis abdominales y en mi ombligo, caen en el aire como espesas perlas blancas en dirección a mi polla, y finalmente en mi mano, yo me la sigo meneando durante todo el proceso, un gruñido escapa de mi pecho cuando mis bolas se vacían y quedo felizmente exprimido hasta la última gota.

Hasta que estoy seco y jadeante y completamente agotado.

Librería Digital

Zenny pasa un dedo por el reguero que hay en mi estómago sin prestar atención y se lo lleva a la boca. Mi polla que se está ablandando da una punzada dolorosa al ver que se chupa el dedo hasta limpiarlo.

Hace una carita mona. —Está amargo.

Me río. —Sí, creo que la opinión general es que la corrida sabe horrible. Normalmente la gente hace de todo por no probarlo.

Se encoge de hombros en mi pecho. —No quiero perderme ninguna parte de ti. —dice. —Incluso aquellas que otras mujeres no han querido.

No respondo a eso. No puedo, porque ahí viene de nuevo ese desconocido nudo en la garganta que hace que no me salgan las palabras. Solo la aprieto contra mi pecho, y nos quedamos ahí durante un largo rato, en silencio y pegajosos, todo mientras mi mente registra el hecho de que un viejo como yo no tiene derecho a sentir cosas como las que estoy sintiendo por una mujer joven como ella, y no tengo ni idea de qué hacer al respecto.

Librería Digital

Capítulo 15

— **DEBERÍAMOS DARNOS UNA DUCHA** — Digo por fin sin ninguna reticencia. — Y luego podemos irnos a la cama.

Ella se revuelve, y estoy seguro de que estaba dormida o casi, y sus rizos me rozan la mandíbula de manera fabulosa cuando levanta la cabeza para mirarme.

— ¿Quieres que me quede esta noche? — Pregunta como si le hubiese pedido que done un riñón.

El Sean Mandón vuelve la cabeza. — No vas a conducir tan tarde. No es seguro.

Eso da pie a que me ponga los ojos en blanco.

Es adorable pero aun así le pellizco el trasero de manera juguetona. — Oye, hablo en serio. No me siento bien mandándote a casa tan tarde, tengo una cama perfecta aquí. Y soy excelente acurrucando.

— Manejo del albergue a casa a estas horas todo el tiempo. — Me informa. — Y vivo en unos dormitorios no muy buenos. Sé defenderme.

Me trago las primeras 7 reacciones. — ¿Perdona? ¿Dijiste no muy buenos? ¿Quieres decir peligrosos?

Ella suspira. — Por favor no seas como mis padres. Es perfectamente seguro si sabes lo que haces.

Me trago las siguientes 7 reacciones. — ¿Te vas a mudar cuando tomes los votos de novicia, cuando termine el semestre?

Ella asiente. — Por eso quería algo barato y pequeño primero. No tiene caso que malgaste un montón de dinero en un lugar enorme del que me voy a ir. Además,

Librería Digital

siento que es una buena práctica para prepararme para vivir en un monasterio, ¿sabes? Práctico. Económico.

Tomo una decisión espontánea y loca. — Quédate conmigo.

— Supongo que la clase no es *tan* temprano mañana.
— No solo esta noche. El mes entero.

Zenny se sienta recta y me mira. — ¿Disculpa?

— Duerme aquí, estudia aquí, quédate el tiempo entre el albergue y las clases. — Mientras más hablo de ello, mejor se siente. Más obvio parece. — Piénsalo, estabas preocupada por encontrar tiempo para estar juntos, y quieres ver todo lo que vas a extrañar. ¿Qué mejor manera que viviendo con alguien? Compartiendo cama, comiendo juntos, bañándonos juntos y viéndonos todo el tiempo.

Ella parpadea, sus pestañas se mueven hacia abajo y luego hacia arriba. Su expresión es ilegible. — Eso no es… Quiero decir, nosotros no.

— Me conoces de toda la vida Zenny. No puedes decir que apenas nos conocemos, porque no es verdad. No puedes decir que es muy pronto, porque solo tenemos un mes. — Tomo sus manos. — Quiero que estés aquí. Dime que lo harás. Dime que te quedarás conmigo.

Sus labios se abren como para hablar, pero se vuelven a cerrar. — Tengo que pensarlo. — Dice finalmente.

— ¿Te sientes tentada a aceptar? — Pregunto mirando su expresión. — ¿Quieres?

La dulce parte del centro de sus labios se arruga ligeramente, cuando intenta contener una sonrisa. — No puedo negar que tiene su lógica.

— A la mierda la lógica. — Digo porque la tiene. Porque puede que la tenga en papel, pero incluso si no fuese así, aún le estaría rogando que se mude conmigo. Porque la deseo, y el deseo por ella es más fuerte y grande que ninguna otra cosa.

Porque la idea de que me deje esta noche envía como una garra a mi pecho, y la idea de que se marche cada vez que follamos, me deja hecho pedazos.

Zenny parece tomar una decisión. — Esta noche. Tienes esta noche.

— ¿Y luego?
— Dije que tienes esta noche Sean. Luego me pensaré el resto.
— Desagradable.

Su mano sale disparada como un rayo y me arranca un puñado de vello de la pierna, lo suficientemente grande como para ponerme los ojos llorosos. Es infantil, y yo respondo tumbándola boca arriba y haciéndole cosquillas hasta que salen lágrimas de sus ojos y sus mejillas le deben doler de reírse tanto.

La tengo dura de nuevo, claro que la tengo así, porque estoy haciendo cosquillas y agarrando a una flexible y feliz virgen, y no me molesto en esconderlo cuando me echo hacia adelante para besarla. — ¿Trajiste algo de ropa? — Pregunto. — Puedes ponerte algo mío, sabes. — Y de pronto, se me viene una imagen de Zenny acurrucada en el sofá con mis pantalones de chándal y una camiseta… Y luego otra de ella sin nada más que una de mis corbatas Charvet…

— Sí que traje, una bolsa. — Dice y lo hace como si admitiera algo que no quisiera admitir. — No estaba segura de la vestimenta, y ni siquiera sabía si dirías que sí a todo esto, pero pensé que sería mejor estar preparada, por si acaso.

Y ya estoy dándole un beso en la mejilla y quitándome de encima suyo para ponerme mis pantalones de deporte. — ¿Está en tu coche? ¿Dónde aparcaste?

— En un aparcamiento para visitantes en el edificio del garaje. — Dice, y tomo nota mentalmente de conseguirle un pase para el parking de mi edificio, así como su propio juego de llaves. La felicidad que siento al pensar en que tenga las llaves de mi apartamento es imposible de esconder y manejar con una expresión fría, así que mantengo la cabeza agachada, para que no pueda ver el carrusel de sonrisas embelesadas mientras trato de luchar contra las sensaciones desconocidas.

Librería Digital

—Volveré enseguida. — Digo y hago mi escapada, tomando su llave y bajando al garaje tan rápido como puedo. Y cuando llego al coche, abrazo el capó y me fuerzo a mí mismo a tomar varias respiraciones profundas.

He perdido la cabeza.

He perdido la cabeza y ni siquiera me la he follado aún.

He perdido la cabeza y no me importa.

Me doy cuenta de que le estoy sonriendo como un idiota al abollado capó de un Hyundai Accent del 2005 y trato de parar, pero no puedo. Es como si cualquiera que sea el mecanismo que controla mi boca, hubiese dejado de interactuar con mi cerebro. Y lo mismo con mi corazón, que está palpitando como si acabara de terminar de follar, como si acabara de cerrar un trato importantísimo y todo lo que he hecho ha sido pedirle que se mude a vivir conmigo.

No soy el Sr. Romance Melancólico como Tyler ni el Sr. Impulsivo como Aiden y la diferencia entre el hombre que soy cuando estoy con Zenny, y el hombre que siempre pensé que era es estremecedora. Estremecedora y… Agradable. Solo una noche y es como si me hubiese convertido al templo de Zenny.

Luego está el momento en que abro el coche para buscar su bolsa y veo todas las porquerías apiladas en el asiento trasero.

Cajas y bolsas, perfectamente etiquetadas con Sharpie de colores. *Ropa de bebé-Albergue,* dice una. *Compresas/tampones-Albergue. Mochilas usadas-Albergue. Sujetadores nuevos-Albergue.* Hay una bolsa con peluches nuevos de una juguetería local, el recibo de la donación perfectamente doblado dentro. Una bolsa de desodorantes en barra y champú, también con el recibo dentro. Debí haberlo sabido, los albergues como el que lleva Zenny andan tanto con este tipo de cosas como monetarias, pero ver el asiento trasero lleno de lo que serían un montón de horas de recoger y entregar, llamadas e emails y apretones de manos. Veo la escala de dedicación de Zenny para ayudar a los necesitados. Una cosa es escribir un cheque de

Librería Digital

vez en cuando, pero conozco el presupuesto con el que cuenta el albergue por todo este fiasco Keegan y sé que trabajan con un presupuesto ajustado.

Hay veinte barras de desodorante ahí atrás. ¿Cuánto dura eso en un albergue como el de Zenny? ¿Unos días? ¿Una semana? ¿Cuánto dura una caja de leche en polvo de bebé? ¿O una caja gigante de pasta de dientes? La necesidad es tan grande e interminable, el albergue no tiene el dinero suficiente y tienen que rogar a los negocios y otras organizaciones benéficas en nombre de los necesitados. Tienen que mendigar por los mendigos.

Esto… Este *trabajo,* esta consideración. Este tipo de aguante de una incesante marea de necesidad…

Hace falta fé. Fé de una magnitud que me es difícil de comprender.

Cuando saco su mochila del asiento de delante, mi sonrisa se ha desvanecido. He recordado lo que ya sabía y había olvidado de manera conveniente con el aroma a rosas de su piel y el suave piquito de sus labios, y es que nunca seré capaz de competir con su dios. Con su misión y vocación.

Estoy perdiendo la cabeza por ella, pero para Zenny, simplemente soy una parada en la carretera hacia la santidad.

ESTOY callado cuando llego arriba, pero Zenny también lo está y me da una pequeña sonrisa cuando le entrego su mochila antes de desaparecer en el cuarto de baño, cerrando la puerta firmemente tras ella. Minutos más tarde, la ducha empieza a funcionar.

Paso un momento bastante largo jugando con mis dedos en el pomo de la puerta, mi piel tamborileando por estar con ella en la ducha. Quiero su piel resbaladiza, sus pestañas enredadas con gotas de agua y su cuerpo suelto y cálido contra el mío, mientras lamo el agua de sus labios, su clavícula, su cuello…

Librería Digital

Pero también me siento extraño por la evidencia de su imborrable bondad que vi en el coche, extraño porque me hace sentir mal y egoísta y patoso, porque me hace preocuparme de que tenía razón todo este tiempo y soy peligroso para ella, que la estoy mancillando. Y extraño porque me gusta más allá de toda razón y es la primera mujer que me hace dar vueltas de esta manera, y también la única mujer que no puedo tener.

También reconozco que puede que necesite su espacio. No hemos follado esta noche pero sí que pasamos por muchas otras "primeras veces", sin mencionar las cosas que conversamos que normalmente no se dicen. Y me las arreglé para convencerla de que se quedara esta noche, así que si quiere una ducha sola para poner sus pensamientos en orden, sería grosero de mi parte entrometerme.

Bajo la mano del manillar de la puerta y me voy a limpiar la cocina.

Treinta minutos más tarde, ya me he duchado y salgo del cuarto de baño con una toalla, lavándome los dientes. Zenny lleva puesta una camiseta de tirantes y unos shorts de pijama de Winnie the Pooh y parece que está… ¿Sacando una funda de almohada?

Entrecierro mis ojos, tratando de buscar algo de lógica a esta escena, porque estoy noventa y nueve por ciento seguro de que tengo fundas de almohada. No soy Suzy Homemaker ni nada por el estilo pero he alcanzado el nivel "almohada" de adultez. Y son muy *buenas* también. Le pedí a mi asistente que escogiera algo caro y prácticamente eligió los juegos de cama más costosos que el dinero pueda comprar.

Ajena a mi presencia, Zenny coge una almohada de la cama y lentamente la saca de la funda, reemplazándola por la suya.

— ¿Qué estás haciendo? — Pregunto con toda la pasta de dientes, confundido.

Se vuelve a mirarme y mira a la funda en su mano. — Es una funda de almohada de casa, es satén. — Dice, como si eso explicara todo.

Librería Digital

—Bueno, las mías son de algodón egipcio. — Digo señalando la cama con el cepillo de dientes. — Son importadas de París.

—Sí, pero tus fundas de almohada parisinas no funcionarán para mí. — Con unas cuantas diestras sacudidas, tiene la almohada perfectamente puesta en su funda de satén.

Entrecierro los ojos de nuevo, muy confundido y decido, que esto es demasiado complejo para ser una conversación mientras me cepillo los dientes. Escupo, me enjuago y me seco la cara para salir de nuevo. —¿Debería comprar fundas nuevas? — Pregunto. — ¿Es que compré de las malas?

Tengo la sensación de que me he perdido algo cuando pone la almohada delante de su boca para esconder su sonrisa. — No, estoy segura de que son muy buenas, pero dejarían mi cabello muy seco.

¿Secarle el cabello?

Una incipiente oleada de horror se viene sobre mí. — ¿Está dejando *mi* cabello seco? — Trato con disimulo de ver mi reflejo en el espejo que hay detrás de ella, preguntándome si mi cabello se ha ido secando durante el último año y la gente me ha estado juzgando en secreto por ello.

Mi vanidad ahora tiene a Zenny riéndose y cuando me acerco a ella, sin otra cosa más que la toalla, un gruñido se va formando en mi pecho cuando ella pasea sus ojos por mi torso desnudo todavía mojado, y su sonrisa se vuelve más tímida y más hambrienta, al estilo de Zenny. Quiero aplastarla contra mi pecho y besar esa contradictoria sonrisa hasta que ambos estemos mareados y jadeando.

—Es *mi* cabello. — Dice finalmente, sin quitar sus ojos de mis abdominales. — Cabello de chica negra. El satén previene que se seque demasiado o se encrespe. Creo que todo este alboroto está bien con las fundas que tienes.

Todo este alboroto quiere decir *mi* cabello, por el cuál pasa las puntas de sus dedos por los mechones mojados, y lo alborota todo por mi frente. Sus pupilas se dilatan al

observar las gotas de agua rodar por mis pómulos y resbalarse por la línea de la mandíbula.

Mi polla excitada amenaza con salir de la toalla, que está actualmente anudada baja en las caderas, doy un paso adelante, lo suficientemente cerca como para inclinarme y besarla.

—Pero el satén es mejor para las arrugas, para todo el mundo, de verdad todos deberían tener una funda de satén. — Dice. — O de seda, pero la seda es más cara, aunque creo que a ti eso no te importaría. — Tengo la impresión de que está tratando de pensar algo que decir, que está casi por balbucear con nerviosismo, cosa que no es normal en Zenny.

Eso significa que está nerviosa.

Joder.

Esto es jodidamente difícil de descifrar. Normalmente me daría igual si la mujer que está a punto de meterse en mi cama está nerviosa, porque para empezar, ninguna mujer que se mete en mi cama se queda esa noche, mi hospitalidad se extiende a una ducha y servicio de coche a domicilio. Un caballero siempre paga el viaje de vuelta a casa, recuerden eso chicas.

Segundo, si capto una mínima onda de recelo por parte de la mujer, el juego ha terminado, de raíz. No me interesa convencer a una mujer reticente de que se venga a mi cama, primero por motivos éticos y luego, porque no quiero el apego emocional que viene después. Y no estoy interesado en acostarme con una mujer que solo finge estar pasando un buen rato conmigo.

Hago todo eso porque normalmente no me importan las mujeres que entran y salen de mi cama; puedo encontrar otra que acepte encantada antes de que nos acabemos los entrantes. Pero *sí* me importa Zenny, lo que significa que me preocupa si algo la molesta, así que lo voy a solucionar.

Librería Digital

Sabiendo que me llamaría gilipollas si la empujo muy fuerte, la levanto y la arrojo a la cama, montándome yo también tras ella cuando suelto la toalla. Sus ojos están pegados a la erección que se columpia entre mis piernas pesada y oscura, y yo me tomo mi tiempo en alcanzar el interruptor y apagar a luz. Luego la acerco a mi pecho y simplemente la abrazo, ignorando la barra caliente presionando su cálido muslo.

Al principio, la noto tensa. Rígida e intentando mantenerse quieta, respirando con cuidado, como si un oso pardo con mal temperamento, tuviera rodeada su tienda de campaña, listo para atacarla para quitarle su paquete de patatas vacío.

Pero muy lentamente, mientras la oscuridad se convierte en una niebla dorada, de brillos y luces de la ciudad que se entran por la ventana, ella se relaja. Su respiración se normaliza y sus manos buscan con cautela su lugar en mi hombro y cuello.

— ¿Todo bien? — Pregunto.
— Sí. — Contesta. No creo que eso sea toda la respuesta.
— ¿Estás siendo sincera?
— Estoy siendo sincera.

Le acaricio el brazo, con largos movimientos para sentir su piel nuevamente.

— No vas a espantarme, bichito. No voy a ir a ninguna parte. — *"Jamás",* es la siguiente palabra que quiero decir.

No la digo.

— Supongo. — Se aclara la garganta. — Pensé que ibas a tener sexo conmigo esta noche. Que nos meteríamos en la cama y eso sería todo. Y estaba lista para ello, pero de repente me he sentido estúpida e inmadura. Como si me fueras a follar con mi pijama de Winnie the Pooh, y quizás hasta hayas cambiado de idea después de todo lo que hicimos esta noche. Quizás hice algo mal o no tengo buen sabor o debería haber.

La callo con un beso. Uno largo.

Librería Digital

—Te demostraré que no sabes mal ahora mismo. —Murmuro. —Pasaré toda la noche con mi boca en tu coño.

—Pero…

—¿De verdad piensas que puedes hacer algo para que *no* esté desesperado por follarte? Prácticamente me corrí cuando me contaste acerca de tu amigo el osito de peluche. Me muero por follarte con tu pijamita de universitaria. Me muero por follarte en tu dormitorio. Te quiero patosa, nueva e inexperta, te deseo tal como eres Zenny, y una de las cosas que eres, es joven, y voy a ir al infierno por eso, pero la cosa es así.

—Oh. —Es todo lo que dice, pero creo que es un buen *oh* porque está frotando el coño contra mi muslo, como un gato en celo. Creo que ni siquiera sabe que lo está haciendo.

No voy a sobrevivir a esto, pienso. Es la Noche Número Uno y estoy al borde de un ataque cardíaco por lo jodidamente sexy que es.

Continúo. —Estamos esperando para follar porque eres mía.

—Solo durante un mes.

Gruño por sus palabras y ella se calla… Y entonces comienza a restregarse contra mí más fuerte.

—Porque eres mía. Repito firmemente. Y porque eres mía, quiero tomarme mi tiempo contigo.

—¿Es eso lo que harías si esto fuera real?

Si esto fuera real… Ya estoy odiando cada recordatorio de lo que es esto, Proyecto Duda. Una parada antes del sacrificio. —¿No es esto aún real? —Pregunto, y espero con todas mis fuerzas que no pueda oír la vulnerabilidad en mi voz.

Su mano busca la mía en la oscuridad. —Es lo suficientemente real.

—Entonces eres mía bichito, y haremos lo que yo diga.

—OK. —Susurra. —Confío en ti.

Librería Digital

Y decido que es suficiente cháchara. Desaparezco bajo las sábanas y me encargo de esa parte que ha estado restregando de manera adorable contra mi pierna, y después la abrazo hasta que se duerme, un nuevo sentimiento de felicidad encontrado juguetea bamboleándose con piernas débiles dentro de mi pecho, hasta que a mí también me rinde el sueño.



Librería Digital

Capítulo 16

— **ESTO ES RIDÍCULO.** — Dice Zenny. — Y malo para el medio ambiente.

Es la mañana siguiente y estoy llevando a Zenny en mi coche a su clase, le echo una mirada, con una ceja levantada. — Sé que no te refieres a mi hermoso coche alemán.

— Me refiero a este plan loco de llevarme a mi clase en tu coche, y hacer que alguien conduzca el mío hasta el aparcamiento de mi dormitorio por mí… *Después* de que les hayas hecho dejar las cosas en el albergue.

— No sabía que mandarle a hacer a mi asistente de todos modos.

Ella suspira pero cuando echo otro vistazo, puedo ver cómo trata de esconder su sonrisa en el reflejo de la ventana.

No me molesto en esconder mi propia sonrisa.

— Acordamos que era real, ¿Recuerdas? Esto es lo que pasa cuando es real. No quiero estar alejado de ti ni un puto minuto más de lo necesario.

Ahora es ella la que no puede esconder su sonrisa, pero mantiene la cabeza agachada para otro lado.

— Eres ridículo. — Repite.
— Lo soy, y tú, ¿Sabes qué eres?
— ¿Qué?
— Mía, bichito. Toda mía.

Ahora sí me mira, con sus ojos de un color más cobre de lo usual en la luz de la mañana de agosto. — Sí. — Dice con suavidad. — Lo soy.

Esta mañana nos levantamos y nos enrollamos durante unos buenos cuarenta y cinco minutos, restregándonos como adolescentes hasta que se corrió con mi muslo. Y

luego, observó con enormes ojos adormilados cómo le quitaba los pantalones cortos de pijama de pelitos, los envolví con mi puño, y me follé la polla con ellos. Después de lanzar espesos chorros de semen en Winnie the Pooh y su tarro de miel, ella me rogó que le metiera los dedos y se corrió como una campeona en tan solo un minuto.

Entonces, con mis dedos aún cubiertos por sus jugos, le pasé un papel y bolígrafo, y con tono autoritario le pedí que me escribiera su horario, así como una lista de cosas que necesitaba de su dormitorio, para que se mudara aquí conmigo el mes entero.

— Estás un poco mandón de nuevo, ¿No? — Dijo mientras le pasaba el bolígrafo.

Seguía desnuda de cintura hacia abajo, los pezones duros y los muslos aun temblando por su último orgasmo.

— ¿Te gustaría llamarme gilipollas ahora mismo? ¿Quieres que pare? Lo haré en el momento que me lo pidas, cielo.

Negó con la cabeza, con expresión llena de incredulidad. — Dios, perdóname por lo que voy a decir, pero, sigue Sean. Me gusta. Y considérame tu nueva compañera de piso.

NI SIQUIERA ENCONTRARME A CHARLES NORTHCUTT sentado en mi oficina al entrar puede arruinar mi buen humor, aunque está lo bastante cerca de conseguirlo. *De veras* lo odio.

— Feliz viernes. — Dice. Está sentado en *mi* escritorio a propósito por ser un capullo. — Solo quería comentarte que mi asistente escuchó de Trent que estuviste husmeando mis horarios.

Maldita sea Trent. En boca cerrada no entran moscas.

Me da el tipo de sonrisa que imagino que pone un ejecutivo de explotación forestal delante de un montón de árboles antes de mandarlos cortar. — No tendrá nada que ver con una hermosa monjita, ¿No?

Yo suelto mi bolso de piel en el sillón de los clientes al otro lado del escritorio y me acerco a él. — Estás en mi silla. — Digo calmado.

— Valdman ya me puso a cargo de las monjas Sean. No puedes controlar eso.

Me arrepiento de haberle mostrado una mínima onza de interés por las hermanas; es la única razón por la que quiere trabajar con ellas, con Zenny. Solo por joder. Solo por probar que no tengo lo que hace falta para sentarme en el puesto de Valdman cuando se retire.

— Estás en mi silla. — Repito, y en mi voz vuelco cada partido ganado en el patio de la escuela, cada pelea de irlandés borracho, cada lucha que he ganado. Northcutt es el tipo de hombre que piensa que por meterte la cabeza en el váter en cuarto grado eso le da algún tipo de título de tipo duro, y me encantaría tener la oportunidad de demostrarle lo equivocado que está rompiéndole los dientes.

Por desgracia, Northcutt se da cuenta de que no voy a seguirle el juego y se levanta de mi silla.

— Ya te dejaré saber cómo fue mi reunión con ellas la próxima semana.

— No te vas a reunir con ellas la próxima semana. — Digo con los dientes apretados.

— Eso no depende de ti. — Dice con una sonrisa malvada, y finalmente me deja en paz de una puta vez.

Me quedo mirándome las manos varios minutos cuando se va, queriendo relajarlas, ya que estaban como puños, y cuando por fin lo hace, le mando un correo rápido a Valdman, preguntándole si recibió mi anterior mensaje sobre Northcutt y el caso Keegan, y luego me tranquilizo, le envío un correo a mi asistente, pidiéndole que compre cinco o seis juegos de sábanas de satén para esta noche. Cuando ya me he encargado de todo eso, me pongo a trabajar.

EL DÍA PASA DEPRISA, aunque, estoy comenzando a notar la ausencia de Zenny de manera palpable, física y horrible. Pero tengo varios contratos, memos y llamadas a

clientes con los que ponerme al día, y además varias respuestas a mis solicitudes de información sobre propiedades nuevas para albergue, y al final del día, he hecho un montón de cosas y estoy listo para conducir al albergue y recoger a mi algo así como virgen y llevarla a casa, donde puedo pasar toda la noche con mi cara entre sus piernas.

Muy a mi pesar, ella no terminará su jornada hasta mínimo las diez de la noche, así que en lugar de eso, me voy a casa de mamá y papá en Brookside.

La casa familiar es una Colonial modesta color crema de 1920, con unas contraventanas verdes y un roble en el jardín. Los postigos han cambiado de color unas ocho veces durante toda mi vida; el árbol no. No es una casa grande, al menos nunca me pareció grande con los 5 hermanos Bell peleándonos por tener espacio, pero está en buenas condiciones y tiene todas las cosas que a la gente le gusta de las casas antiguas. Los suelos de madera, grandes escaleras y grandes chimeneas. Así que obviamente, un fontanero y una trabajadora social no la podían haber conseguido por sus propios medios: llegó a mis padres cuando la madre de mi padre falleció y yo era un bebé, y nunca me pasó por alto cuando era niño, que mis padres siempre se sintieron ligeramente incómodos en el vecindario de clase media-alta.

Incluso ahora, a mis treinta y seis, años después de hacerme con una cantidad de dinero considerable, no puedo contener la satisfacción de conducir allí con mi R8,de aparcar en la entrada que pagué para reemplazar, ver el techo que pagué para su mantenimiento. Por mucho tiempo, los Bell fueron la familia más pobre del vecindario, pero ahora mamá tiene la cocina de sus sueños, y papá tiene la mejor televisión que el dinero puede comprar para echarse la siesta en frente. Y quizás me hizo un capullo materialista el darme cuenta al crecer que era el más pobre de mis compañeros, quizás sea un capullo porque aún me importa, pero el que mamá y papá no se tengan que preocupar por el dinero nunca más es el mejor puto sentimiento del mundo y me niego a dejarlo escapar.

Aparco en la entrada, apartando la mirada del garaje como es costumbre y entro. Parece que papá no está en casa aún, pero mamá está en la cocina, lentamente

Librería Digital

poniendo los platos en su sitio, haciendo una pausa después de cada uno de ellos para poder respirar.

Verla así es como golpearme el codo, pero por todo mi cuerpo, mi pecho, garganta e incluso mis manos me duelen de la ira, la frustración y el estúpido y terrible sufrimiento.

Carolyn Bell solía ser la definición de energía y sonrisas, de *hacer cosas,* un torbellino de hoyuelos, cabello oscuro y humor agudo. Ella era la que hacía que otras madres se sintiesen inferiores y poco generosas por cuánto dedicaba de su tiempo: trabajaba, hacía de voluntaria, era la líder de la tropa de Girl Scout y líder de la guarida de los Boy Scout, cuidaba niños y llevaba a todos y cada uno de los que estaban cerca a juegos, reuniones y fiestas de pijama. Leía ávidamente, le gustaba organizar fiestas y amaba a mi padre como si aún fuera el chico de diecinueve años que la hizo rendirse a sus pies. Cuando era niño, pensaba que era la mujer más hermosa del mundo.

Aún lo creo, solo que ahora tiene que competir con Zenny por ganarse ese honor.

—Mamá, deja que te ayude. —Digo apartándola del lavavajillas, y estoy irritado. Estoy irritado porque estoy molesto. Estoy molesto porque se está muriendo. Y se está muriendo porque no he encontrado la manera de arreglarlo.

Echo la bandeja hacia adentro demasiado duro y mi madre se encoge. — Sean, yo puedo hacerlo.

—Ojalá me dejarás conseguirte más ayuda para la casa. No es…

—No es por el dinero cariño. — Dice tiernamente poniendo su mano en mi brazo, y cuando miro hacia abajo, veo una mano seca, temblorosa y llena de moratones. —Me gusta sentirme útil. Normal.

—Tienes que centrarte en ponerte bien. — Digo. — Necesitas descansar.

—Lo único que hago es descansar. — Dice dejando caer la mano. — Uno se pone viejo. De no hacer nada.

Librería Digital

No hay discusión que valga cuando ha tomado su decisión, así que dirijo la conversación por otro lado. — Al menos déjame que vacíe el lavavajillas. ¿Puedes hacerme un café mientras?

— Claro que sí. — Dice, y veo el alivio por todo su cansado rostro al pedirle que haga algo real y útil. — Ahora mismo. ¿Estás seguro de que no quieres un Mountain Dew mejor?

Hago una mueca. Es el elixir de la juventud de mi madre, la bebida que le dio la fuerza para llevar su estilo de vida como trabajadora, madre y voluntaria durante todos los años que he vivido. Pero yo no lo soporto.

Termino los platos y juntos llevamos las bebidas al salón, donde mamá tiene puesto HGTV (Home and Garden Televisión). Se sienta en su mecedora en la esquina, una esquina que se ha convertido en algo así como un nido de cáncer, de toallas calientes, enormes vasos de hospital y mantas de pelitos. La ayudo a meterse en su nido, poniéndole una manta alrededor de los pies, asegurándome de que tiene el mando de la tele cerca y su Mountain Dew frío a su alcance.

Hay un libro de romance nuevo en la mesita de al lado y como costumbre, lo inclino hacia mí para ver si ya lo he leído o si tendré que llevármelo cuando mamá lo haya leído, pero el movimiento hace que algo duro y pequeño se deslice por la mesa.

Un rosario.

Parpadeo a la cosa, el crucifijo brilla contra mis zapatos de piel color mate, las cuentas se quedan apiladas de una forma familiar junto a la suela del zapato. Yo parpadeo como si nunca hubiera visto un rosario, pero sí lo he visto. Los he visto demasiadas veces, pero ¿Por qué hay uno aquí en mi zapato? ¿Por qué ha caído de la mesa de mamá? ¿Por qué estaba junto a su mecedora como si lo hubiera estado usando?

Levanto la vista para mirarla y su boca súper abierta se convierte en una triste sonrisa. — Sean.

Librería Digital

—¿Qué es esto? — Digo, lo cual es una pregunta absurda, puesto que sé lo que *es.*

Lo que quiero decir es, ¿Por qué lo tiene? ¿Para qué lo necesita? No necesita a un dios falso, me tiene a mí, *a mí,* su hijo mayor, el que ha movido el puto cielo y la tierra para darle el mejor tratamiento que el dinero pueda comprar.

—Sean. — Dice nuevamente. — Siéntate. Estás temblando.

No le hago caso en un principio y me agacho a coger el rosario. Lo levanto como si me fueran a saltar chispas en la piel, como un ácido o como si me fuera a dar una descarga eléctrica, pero no ocurre ninguna de las dos. Es solo una cadena de metal barato con cuentas de cristal. No está vivo, no es mágico. No es más que un objeto.

Entonces, ¿Por qué sigo temblando cuando me pongo en pie? ¿Por qué no me olvido de ello cuando me siento junto a mamá?

—Dijiste. — Digo con cuidado, tratando de que mi voz suene normal. — Dijiste cuando todo esto empezó que no necesitabas a ningún Dios. Dijiste que no lo querías a tu alrededor. Dijiste que no serías como cualquier otro paciente con cáncer que se vuelve súper religioso a las puertas de la muerte. Tú *dijiste esas palabras.* — Me doy cuenta de que la estoy acusando ahora, con mi mano hecha un puño alrededor de las bolitas de cristal, mi mano lo sujeta fuertemente de la rabia, pero cuando bajo la vista, parece que lo esté agarrando para rezar. Es una imagen estremecedora.

—He cambiado de idea. — Dice mamá simplemente, como si eso fuera todo, como si no hubiese una ventana detrás de ella que da al garaje embrujado donde mi hermana se quitó la vida.

—Has cambiado de idea. — Repito con incredulidad. — *¿Has cambiado de idea?*

La ira resplandece en sus ojos, el temperamento irlandés que pasó a todos sus hijos.— Tengo todo el derecho de hacerlo Sean. — Dice con voz aguda. —Soy yo la que me estoy muriendo. No tú.

Agarro el rosario incluso con más fuerza porque no puedo replicarle, sobre todo después de haber sacado su carta del cáncer. — Pero, ¿Por qué? — Digo sintiéndome

traicionado. — Pensé que los dos estábamos juntos en esto. Pensé que opinábamos de la misma manera respecto a eso.

Ella se acerca y pone su mano moreteada sobre la mía. — Aún estoy furiosa con Dios por lo que le pasó a Lizzy. Pero me di cuenta que estar furiosa con Él no era lo mismo que quererlo fuera de mi vida.

— Dios no es real. — Susurro buscando en sus ojos. — Nada de eso es real. ¿Cómo puede eso reconfortarte en este momento? ¿Cómo puedes querer fingir?

Ella niega con la cabeza. — Eso no es… — Suspira. — Es culpa mía.

— ¿El qué? — Digo ahora sintiéndome el doble de irritado por esta traición y por hacerla sentir culpable, solo quiero que se explique, que explique el *por qué,* después de todo este tiempo y de lo que Él hizo, piensa que Dios es merecedor de su atención.

— Tu ira. Tu dolor. Tras la muerte de Lizzy, tu padre se encerró y no quiso saber nada de todo lo relacionado con ello. Es lo que tuvo que hacer para sobrevivir. Pero yo nunca pude esconder mi ira ni mi dolor, no después de su muerte y de que Tyler tomara sus votos… — Aparta su mirada de mí. — A veces me preocupa que formaste tus creencias no porque genuinamente piensas así, sino porque eras joven y estabas dolido, y viste a tu familia sufrir también. Cerraste las puertas de tu corazón más por lealtad que por convicción propia.

— Eso no es cierto.

Ella ladea la cabeza, todavía mirando al suelo. — Quizás no. Pero la razón por la que me preocupa es porque yo jamás te pediría que modificaras tus creencias para que coincidan con las mías.

— Lo sé.

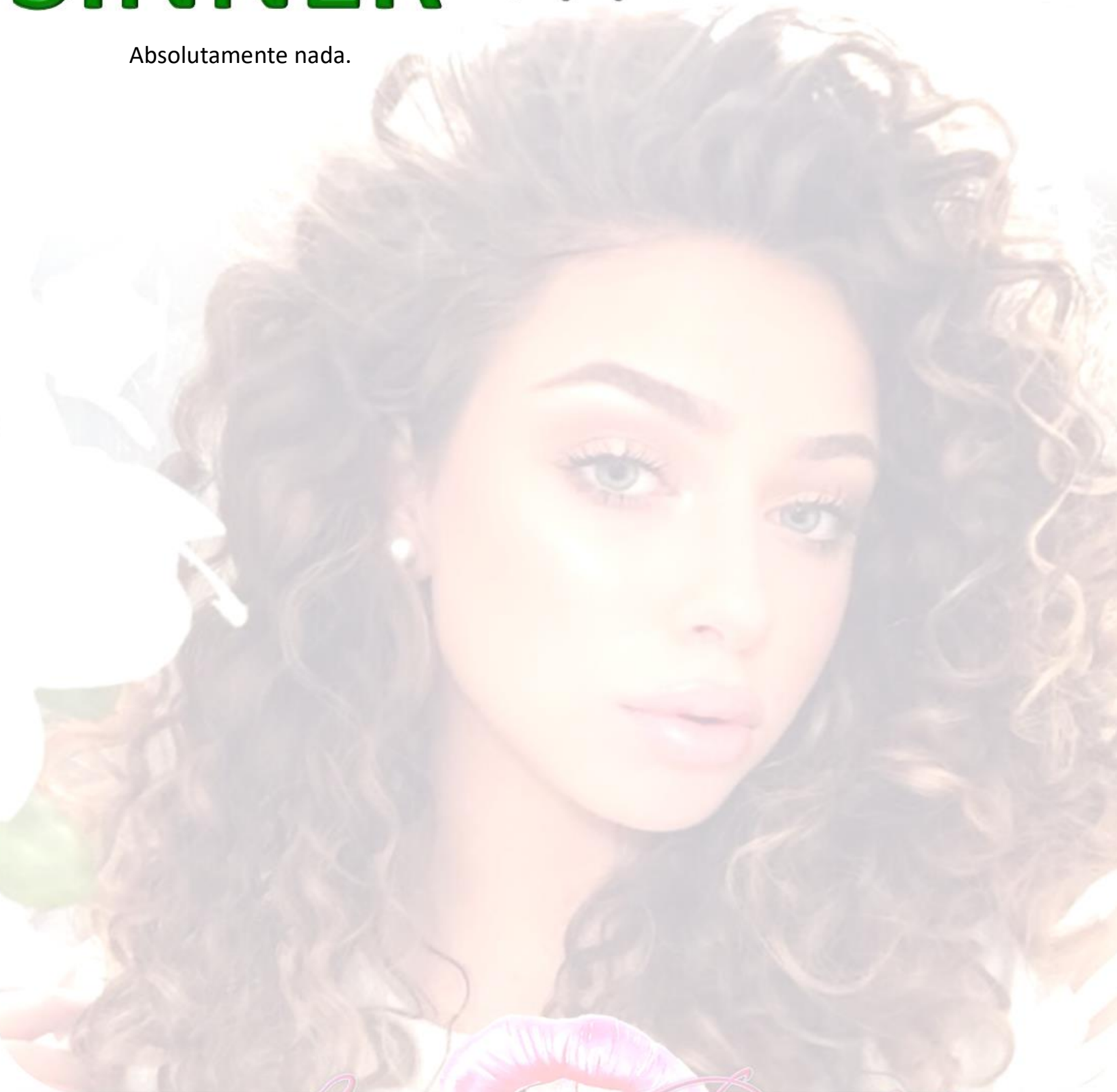
— Entonces no me pidas que yo lo haga por ti, por favor. — Murmura, mirándome y apretando débilmente mi mano.

¿Qué puedo decir a eso?

Nada.

Librería Digital

Absolutamente nada.



Librería Digital

Capítulo 17

¿POR QUÉ CREES EN DIOS? Pregunto al meterme en el coche. Estamos frente al albergue; He recogido a Zenny al final de su jornada, la he besado inconscientemente y la he ayudado a montarse en el asiento del copiloto.

Ella suelta su mochila en el suelo con un ruido sordo y se gira para ponerse el cinturón de seguridad. — Veo que no pierdes el tiempo en retarme. — Su voz es suave, quizás un poco irónica, pero cuando le echo una hojeada, me siento como una mierda. Se ve jodidamente exhausta, y huele a salsa de tomate barata y leche en polvo infantil. La abultada mochila que tiene entre los pies va repleta de libros de texto y las bolsas oscuras bajo sus ojos hablan por sí solas de lo tarde que la mantuve despierta anoche.

Mi polla se queja, pero he decidido que en el minuto que lleguemos a casa la estaré metiendo en la cama a dormir.

—Eso fue desconsiderado por mi parte. — Admito, arranco el coche y me dirijo a los bloques de rascacielos que llevan a casa. — Tuve una conversación con mi madre esta noche y me está volviendo loco. Pero eso no es excusa.

—¿Una conversación sobre Dios?

—Sí, encontré un rosario en su mesa y yo… — Un nudo de ira se me forma en la garganta. Me siento como un padre que ha encontrado una bolsa de metadona en la habitación de un adolescente.— ¿Cómo ha podido? — Suelto. — ¿Después de lo que nos pasó? ¿Después de lo que le pasó a su única hija?

Zenny se queda en silencio un momento, dejándonos a ambos con las palabras de mi comentario haciendo eco. Trato de tragármelo, trato de guardármelo todo dentro pero no puedo. No puedo. No puedo.

—¿Cómo crees tú que pudo?

— Yo, espera, ¿Qué?

— Hiciste una pregunta retórica y yo te he preguntado lo mismo, solo que no de manera retórica. Ponte en su lugar, con sus recuerdos y su vida, y entonces pregúntate cómo pudo rezar el rosario.

Librería Digital

—La cosa es que no lo *sé*. —Digo, frustrado. —¿Cómo pudo perdonar a Dios por dejar que eso pasara? Lizzy amaba a Dios *tan jodidamente* antes de… —Me detengo, lleno de esa furia herida, la misma que sentí el día después de su funeral, cuando Tyler y yo nos montamos en mi coche y su estúpido CD de Britney Spears comenzó a sonar. Ninguno de los dos habíamos caído en que ella fue la última en conducirlo, así que nos metimos, yo borracho como una cuba y él con resaca, y entonces lo escuchamos. La música que Lizzy adoraba, la que cantaba horrorosamente en la ducha, por la que había ahorrado dinero trabajando de niñera para ir a un concierto en vivo, salió de la radio a todo volumen y perdí los papeles. Simplemente pasó, me comporté como un maldito lunático dándole un sinfín de patadas a la consola de mi coche hasta que finalmente golpeé algo crucial y la música cesó.

Todavía no puedo oír la música de Britney Spears, no sin el recuerdo de ese día gritando en mi interior. No sin sentir que quiero destruir el mundo con mis manos desnudas.

Mi hermana pequeña. Mi hermanita fastidiosa, graciosa, cotilla y sincera. No está.

Todos estos años más tarde, y aún no deja de dolerme. Y es culpa de Dios.

—Hay una historia que cuenta Elie Wiesel. —Dice Zenny, y su voz me trae de regreso, del chico borracho gritando al hombre que soy ahora, y siento como mi pecho se suelta una mínima parte, mis manos se relajan al volante. Puedo respirar.

—Es sobre el Holocausto. —Continúa. —Wiesel dice que en Auschwitz, había un grupo de rabinos que quisieron poner a prueba a Dios, lo acusaron de crímenes contra su creación, y se convirtió en un juicio, un caso real. Encontraron testigos. Presentaron evidencias.

En la distancia, los relámpagos van haciendo puntos por el cielo y el viento mueve el coche. Y aún me estoy asentando, acostumbrándome al sonido de la voz de Zenny, escuchando su historia.

—El juicio duró varias noches. —Dice. —Y al final, declaran a Dios culpable.

—Bien. —Musito, mientras la primera gota de lluvia cae en el parabrisas.

Dios *es* culpable. Merecía ese juicio.

—Y luego, ¿Sabes qué hicieron los rabinos? —Pregunta Zenny, poniéndose la mochila en el regazo mientras aparco.

—¿Qué hicieron?

—Rezar.

Aparco, apago el coche y me vuelvo a mirarla.

—Lo declaran culpable y rezan. — Repite, sus ojos, su voz y su *todo* suaves y llenos de algo que no entiendo. Pero es como algo que solía sentir de niño, cuando me quedaba dormido con una caja de música con las notas de "Jesús me ama".

—¿Qué estás tratando de decirme? — Pregunto.

—Solo que se pueden hacer ambos Sean. Puedes hacer ambas cosas.

HAY protestas sobre mi mandonería para que Zenny se prepare y se meta en la cama, ella quiere jugar a nuestros juegos de dormitorio y hace un berrinche tan grande que casi lo reconsidero, pero solo tengo que mirar el cansancio alrededor de sus ojos para mantenerme firme. Le pregunto, como siempre, si esta es la vez que le gustaría llamarme gilipollas y que me aparte, pero ella niega con la cabeza con un bufido y se va pegando pisotones al baño a lavarse los dientes. Pero sé que he tomado la decisión correcta cuando veo que sus pies se tambalean mientras espera a que yo también esté listo.

—Métete en la cama. — Digo después de enjuagarme la boca. — Estaré contigo enseguida.

Zenny se va como un zombie a la habitación y entonces oigo un gritito soñoliento y feliz.

—¿Sábanas de satén?

— Y fundas de almohadas de satén. — Digo cambiándome a unos pantalones con cordón ajustable que me quedan justo bajo las caderas. Ella no está lo suficientemente cansada como para no comerse con los ojos mi torso desnudo y caderas, y de nuevo, casi reconsidero el plan de meter a Zenny en la Cama. Pero la salud es más importante que la diversión, así que me meto a la cama para dar buen ejemplo. Se ve decepcionada, pero en el momento en que apago las luces y la atraigo hacia mi pecho, es un manojo de brazos y piernas cansados.

—No puedo creerme que hayas comprado sábanas nuevas para mí. — Dice.

—Compraría lo que sea para ti bichito. Lo que sea.

—A veces eres muy facilón. — Dice y estoy seguro que tiene una sonrisa en la cara por el tono de su voz. — Pero de alguna manera te funciona.

—Todo es parte del encanto de Sean Bell, te lo aseguro.

Su cabello me hace cosquillas al asentir con la cabeza y yo le acaricio el brazo hasta que su respiración se normaliza.

—Teodicea. — Murmura media dormida.

—¿Qué?

Librería Digital

—Teodicea. Cuando la gente trata de explicar como Dios es bueno cuando suceden cosas malas.

Ella presiona sus labios en mi pecho dándome el beso más adormilado del mundo y luego se da la vuelta hacia su almohada, meneándose hacia atrás para acurrucarse contra mi cuerpo. A pesar de la charla seria sobre Dios que hemos tenido, mi polla se levanta feliz.

—Hay quien cree que es mala idea tratar de justificar la bondad de Dios, porque nos distrae de lo que verdaderamente importa. Nos atrapa en nudos intelectuales, cuando el intelecto no es el punto. Para eso está la filosofía. La religión está para el ritual, para la práctica. Para la acción moral.

—Entonces, ¿Es más importante rezar que investigar a Dios? Me parece que está al revés. ¿Cómo puedes rezar a algo que no entiendes, que no sabes si es *bueno?*

—*Credo ut intelligam.* — Dice Zenny. — *Significa:* Yo creo para poder entender. Pero la palabra *creer* es un poco complicada en Inglés, así que el significado de la frase ha ido cambiando con el tiempo. La palabra en Latín *credo* viene de *cor dare,* darle a alguien tu corazón. San Anselmo no quiso decir, "asiente ciegamente y sin opinar a estas posiciones intelectuales sobre una deidad", más bien que las posiciones intelectuales eran menos importantes que las prácticas de vivir una vida moral o espiritual. Estaba diciendo "me comprometo para poder entender". O "me involucro en esto porque es el tipo de cosa que solo puedes entender si te involucras en ella".

Le doy vueltas en mi cabeza.

—Tu madre es como San Anselmo. — Continúa tras un lindo bostezo. — Ella quiere involucrarse en una práctica espiritual coexistiendo al mismo tiempo con preguntas complicadas de física y metafísica que tiene guardadas. Un confort con una duda simultánea y un compromiso a vivir una vida espiritual, es increíble.

Se me viene a la mente que el objetivo de Zenny es vivir así. En mitad de una tragedia y muerte inminente, mamá ha encontrado una relación con la fé que pondría envidiosa hasta a una monja.

Es un pensamiento curioso.

—El segundo nombre de Tyler es Anselmo. — Digo, sin venir a cuento, porque no tengo respuesta a su teoría. Es demasiado lista y yo estoy demasiado cerca del chico que se estaba cargando el coche a patadas.

—¿Ves? — Murmura Zenny, y sé que está muy cerca de quedarse dormida. — Apuesto a que ella sabe todo esto.

Librería Digital

Abrazo a mi monjita y miro las luces de fuera mientras ella duerme tentativamente hecha un ovillo. Pienso sobre el juicio de Dios y el rosario de mi madre, hasta que mis pensamientos se van fundiendo hasta convertirse en sueños infelices, los cuáles no recuerdo a la mañana siguiente.

ES SÁBADO y Zenny tiene que hacer un turno en la cínica, el primero, y después debe pasarse por el albergue para ayudar con la cena. Prácticamente me chirrían los dientes de la frustración, después de lo molesto que estuve anoche con lo de Dios y mi madre, y de mi noble y estúpido gesto de insistir en irnos a dormir en lugar de jugar, mi polla está tan dura como una estrella enana de carbón, y la gravedad de su necesidad es inmensa. Mis pensamientos, mi mano, todo parece tirar hacia mi órgano y solamente quiero follar y olvidarme de todo, quiero montar a Zenny hasta que mi pecho deje de doler y mi mente se aclare de nuevo.

Pero no lo haré, ni siquiera cuando la tenga de vuelta esta noche, todo por el plan. El estúpido plan que no puedo dejar ir. Pero aunque me encantaría follármela, estoy muy contento por lo que se viene esta noche.

Vamos a tener una cita.

Necesito pedirle a Aiden un favor (suspiro) pero ni siquiera eso va a empañar mi felicidad mientras preparo todo.

—Sesenta dólares. — Dice Aiden, mientras termino unas cosas en la oficina antes de ir a por Zenny al albergue.

—¿*Sesenta?* ¿Te volviste loco?

—Oh, como si no fueras bueno para eso. — Dice Aiden, indiferente. — Y, ¿Vas a decirme quién es esta chica o qué?

Lo pienso durante un minuto. Aiden no es precisamente lo que calificarías como “alguien en quien poder confiar”. Una vez, justo después de la universidad, prometió ayudarme a mover un sofá a mi apartamento y en lugar de eso, al día siguiente se mudó a Belize. Regresó un mes más tarde, con quemaduras de sol, odiando el tequila y una historia sobre una chica llamada Jessica. El año pasado, pasé Dios sabrá cuántas horas mirando condominios y áticos con él, examinando al milímetro la diferencia entre el ladrillo expuesto o cubierto de cemento, y de repente, se compró una granja destartalada en el medio de la nada sin decir una palabra.

La palabra agradable para describirlo sería *espontáneo* y la que no lo es tanto sería excéntrico, pero lo mire por donde lo mire, no estoy seguro de confiarle un secreto como éste. A saber si

conocería a otra Jessica y de alguna manera terminaría en el Vaticano contándole al Papa sobre Zenny y yo.

Pero al mismo tiempo, tengo esta necesidad de adolescente de hablar sobre ella. Quiero que alguien más sepa lo jodidamente lista que es, lo jodidamente guapa, lo jodidamente dulce y ácida, todo al mismo tiempo. Quiero hablar sobre sus contradicciones y capas, las cosas que saca a la luz de mi interior, los destellos de recuerdos sobre iglesias y rituales, sobre la versión del Sean que recuerdo cuando estoy con ella.

Quiero hablar sobre cuánto la deseo, cuánto la necesito y de que eso no me asusta.

—Es Zenny Iverson. — Digo rápidamente, antes de cambiar de idea. — Zenobia. La hermana de Elijah.

Se hace un silencio al otro lado.

—¿Aiden? ¿Sigues ahí?

Él no contesta enseguida pero cuando lo hace, su voz suena suprimida. — ¿La hermana de Elijah?

—Sí.
—¿La monja?

¿Cómo se supone que él lo sabe si ni yo, el mejor amigo de Elijah, lo sabía? — Es una larga historia. — Digo.

—Vas a tener una cita con una monja. — Dice Aiden, como si fuera un profesor exponiendo un problema de lógica para que un alumno lo resuelva. — Estás saliendo con una monja.
—No… *Exactamente.* — Digo tratando de ser evasivo. — Es complicado.
—Oh Dios mío. — Dice Aiden. — Elijah te va a matar.
—Elijah no lo sabrá. — Digo con firmeza. — Porque ni Zenny ni yo se lo vamos a decir.
—Pero… — Aiden deja escapar un sonido inquieto.
—No hay peros, tío. No es que *tú* vayas a ir a verlo para decírselo, nadie se lo va a decir y todo estará bien.

Aiden aún balbucea con inquietud.

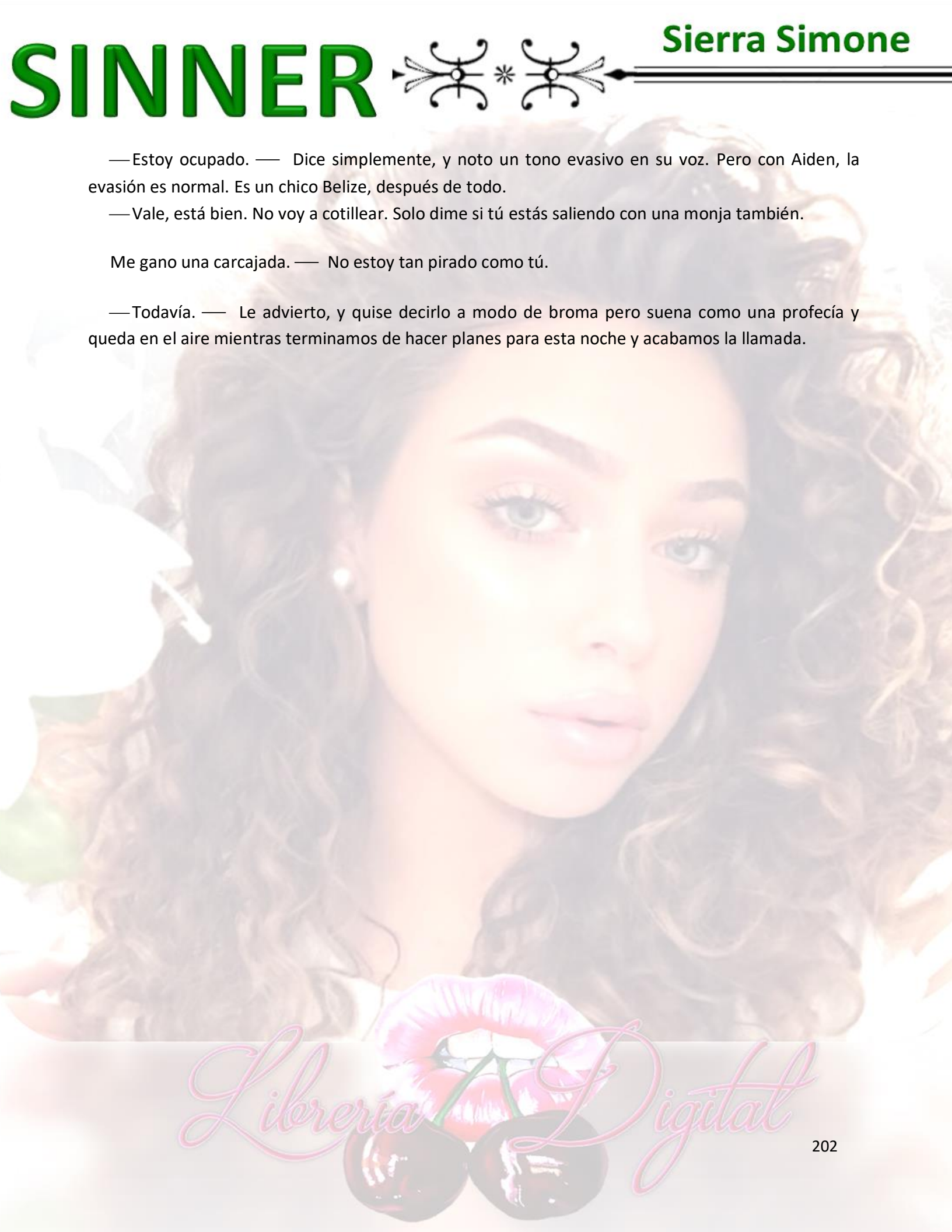
—De todos modos, deberíamos estar hablando de ti. Me he dado cuenta de que no has estado saqueando mi nevera durante los últimos días; Pensé que habías muerto o algo.

—Estoy ocupado. — Dice simplemente, y noto un tono evasivo en su voz. Pero con Aiden, la evasión es normal. Es un chico Belize, después de todo.

—Vale, está bien. No voy a cotillear. Solo dime si tú estás saliendo con una monja también.

Me gano una carcajada. — No estoy tan pirado como tú.

—Todavía. — Le advierto, y quise decirlo a modo de broma pero suena como una profecía y queda en el aire mientras terminamos de hacer planes para esta noche y acabamos la llamada.



Librería Digital

Capítulo 18

—**¿DÓNDE VAMOS?** — Pregunta Zenny. — Y ¿por qué hay sesenta dólares metidos en la consola del coche?

—Ya lo verás. Y esos sesenta dólares son porque tendremos una cita elegante, bichito. — Obviamente estoy de broma, podría gastar fácilmente decenas de miles de dólares con ella en una sola noche, y lo llegué a considerar, de verdad lo hice. Pensé en llevarla a St.Bart's o París o las Seychelles, pero supe de algún modo, que eso no la impresionaría.

Y yo quiero impresionarla, o más concretamente, quiero que lo *pase bien*, quiero que sea feliz, quiero que sepa lo que se siente el no tener el peso del mundo sobre sus hombros. Quiero verla sonreír y reír. Quiero que esta noche pertenezca a ella, no a su carrera de enfermería, no al albergue, no a las expectativas trastocadas de su familia. Nada funciona mejor para eso que la risa y la mala pizza.

Zenny no pilla el humor en mi tono de voz, porque se frota los vaqueros con incomodidad. — ¿Debería cambiarme?

Echo un vistazo intencionadamente a mi ropa. — Vaqueros y camisa de botones ingeniosamente arrugada. — Vas perfecta.

—Vale. Dice, y luego hace un sonido que suena entre nerviosismo y autocrítica por dicho nerviosismo. — A veces pienso que entre la bata de enfermería y el suéter, me olvido cómo vestirme para el mundo real. Tampoco es que sepa *dónde* vamos en el mundo real. — Añade a propósito.

No entro en su juego. Va a ser una puta sorpresa. Cambio de marchas cuando emergemos en la intersección sur, y pregunto. — Así que llevarás puesto el hábito todo el tiempo después de tus votos, ¿Pero no tienes que llevar el uniforme de postulante todo el rato ahora?

Librería Digital

Zenny se recuesta en el cabecero y pone las deportivas en el salpicadero. Es una cosa tan de jóvenes, tan de *universitarios*, que me hace sonreír.

—Cada orden tiene sus propias reglas sobre vestimenta. — Dice, sin verme sonreír.— Con el SGS, cuándo y dónde lleva la postulante el uniforme puesto es determinado entre la postulante y la priora. En mi caso, la Reverenda Madre me quiere con ropa de calle la mayoría del tiempo, porque está preocupada por mi juventud. Acordamos que me lo pondría para los eventos del albergue y del monasterio, pero hasta ahí. Pero he visto a otras postulantes ponerse su uniforme todo el tiempo.

Lo pienso un momento. Llego a conclusiones importantes. — Aún quiero follarte con tu uniforme de postulante.

Eso hace que se muerda el labio y estudie exhaustivamente sus deportivas. —Ok. — Dice, y no me pasa desapercibido cómo se remueve en el asiento un poco avergonzada.

Mi sonrisa se agranda.

De camino a nuestra cita, Zenny trata de adivinar todos los lugares a los que podríamos estar yendo, todos incorrectos. Dice restaurantes y películas, con los cuáles resoplo como uno de los cínicos piratas Wakefield, y luego sugiere otras cosas que casi me hacen desear haber pensado en ellas, como el arboreto o el club de teatro improvisado. Pero no, vamos a un sitio con menos clase y mucho más juvenil que un teatro improvisado, lo que la desconcierta durante bastante tiempo.

Finalmente salgo de la autopista por una de esas salidas aleatorias de las afueras, de las que tienen un hotel sin ningún motivo, un McDonalds y un quiropráctico, luego giro unas cuantas veces y me dirijo a nuestro destino. Aparco el coche y me vuelvo a mirarla.

—¿Y bien? — Digo.

Me mira levantando una de esas cejas de película de Hollywood. — ¿En serio me vas a llevar a una pista de patinaje?

— Si bichito, tus patines están en el maletero. — Digo mientras cojo mis cosas y abro la puerta.

— Espera… ¿Mis patines? No tengo… — Continúa mientras me sigue fuera del coche hacia el maletero y ve que, en efecto, tiene un par de patines.

— No quise arriesgarme a que no tuvieran patines de alquiler disponibles. — Digo al sacar las cosas del maletero y lo cierro. — Así que anoté tu talla de zapato y pedí a mi ayudante que encargara unos.

Me mira durante un momento y mueve la cabeza con incredulidad. Sin embargo, hace una mueca con la cara como que le hace gracia, así que sé que no estoy en problemas.

— Ok ricachón. — Dice.

— Esto *no* es una cita de ricachón. — Protesto ofendido. — Este es el tipo de cita normal que la gente suele tener.

Ella ríe. — ¿Con patines comprados a medida y un Audi R8 aparcado fuera?

— Bueno, no me voy a comprometer en *todo*.

Se engancha de mi brazo, con una sonrisa cálida. — Tengo que admitir, que esta es exactamente el tipo de cita que me gustaría tener si esto fuese real. Hagámoslo.

Entramos, pagamos nuestros seis dólares de admisión y nos dirigimos al vestíbulo, el cual está iluminado con luces tenues y mal maquetado. Música pop del top cuarenta retumba desagradablemente por todo el espacio, mayormente vacío, el olor a palomitas pasadas penetra en el aire y el comentario de Zenny de *si esto fuese real* me fastidia. Empiezo a tener la sensación de que estoy en una novela de Wakefield, en la que soy el desafortunado héroe o heroína que se empieza a enamorar, aunque sé que no me conviene, aunque sé que ese no fue el trato, aunque sé que acabaré con el corazón roto.

Librería Digital

Pero no puedo parar. Es como observar un tornado destruir una pradera, como ver los granizos meterse por las hojas, techos, tierra. Está sucediendo, y lo único que puedo hacer es refugiarme.

Los patines le quedan geniales y lo mismo digo de mis nuevas cuchillas. Zenny da una palmada contenta cuando me ve incorporarme y patinar hacia atrás alrededor de la mesa. La luz salta del pendiente de su nariz y se ve tan jodidamente atractiva, tan jodidamente joven, que quiero rebobinar todo hasta el final de la noche y de lo que he planeado, pero consigo controlarme. Tan pronto como se pone los patines y guarda sus zapatos, nos dirigimos a la pista, la cual tiene el suelo de madera y bolas de discoteca por todas partes, aparte de un montón de adolescentes demasiado jóvenes para hacer nada más interesante los sábados por la noche.

— ¡No sabía que podías patinar así! — Exclama, mientras me muevo en círculos a su alrededor.

— Elijah y yo solíamos jugar a hockey en patines, ¿Recuerdas? — Digo moviéndome en frente de ella y patinando hacia atrás, mientras ella lo hace con indecisión hacia adelante.

— Yo era un bebé. — Señala de manera juguetona con exasperación. — Por supuesto que no me acuerdo.

— Ah, sí. — Digo. Y tiene razón. De hecho, Elijah y yo dejamos de jugar al hockey en patines el año en que nació Zenny. — Yo, porque no era uno de esos deportes que llamaba la atención de las chicas, como el baloncesto o el fútbol americano, y Elijah, porque estaba tan ocupado con sus otros diez trillones de actividades extracurriculares, que tuvo que empezar a dejar algunas cosas para dejar tiempo para las que realmente quería hacer.

Un mordisco de vergüenza sigue al entendimiento. Porque, ¿Qué estoy haciendo con esta chica, en serio? ¿Quién me creo que soy? Debe de haber un infierno especialmente para hombres que se follan a la hermana de su mejor amigo, sobre

Librería Digital

todo, cuando la hermanita de tu amigo es demasiado joven para el tipo de folladas que a mí me gustan.

Hago algunos numeritos alrededor de Zenny, tratando de alejar esos pensamientos, y mis payasadas se ganan más aplausos, lo que me hace pavonearme aún más. Sé que tengo treinta y seis años, pero sienta bien exhibirse un poco a veces, aunque sea en patines.

Sólo le lleva a Zenny unas cuantas vueltas para que sus piernas recuerden cómo moverse con patines, y luego marcamos un ritmo agradable, agarrados de las manos y charlando por encima de la música. Me siento como un niño, como un adolescente, electrizado porque me está agarrando la mano, echando vistazos a escondidas de su culo prieto al moverse bajo esos vaqueros.

La brisa creada por nuestros movimientos hace que se le pegue la camiseta al cuerpo, y a través de la fina tela desgastada de algodón, puedo ver la forma de su ombligo, las suaves copas de su sujetador. Puedo entrever el punto donde sus caderas se ensanchan desde su pequeña cintura, la forma del botón de sus vaqueros. Un botón que planeo tener desabotonado muy pronto.

Me reajusto la bragueta sutilmente mientras patinamos, y echo un vistazo a mi reloj. Veinte minutos más y podré poner mis sesenta dólares en funcionamiento.

— ¿Te gusta lo que ves? — Pregunta Zenny secamente, dándose cuenta de mi mirada fija en ella y de mí no tan sutil como pensaba manejo de mi polla.

— Sólo leía tu camiseta. — Pretendo mentir, a sabiendas de que ella me va a pillar y sin importarme. Quiero que sepa lo mucho que la miro, cuánto la deseo. Quiero que me tenga al completo, todo mi deseo, no solamente porque es lo que ella quería de este trato, sino porque en realidad no sé si podré contenerme. Me moriría si tuviera que fingir que la deseo menos.

— Claro, claro. — Dice Zenny, dejando claro que tiene constancia de mis libidinosas intenciones, pero se mira la camiseta de todos modos. Es una blusa de un viaje de

Librería Digital

misión de hace varios años, con las palabras *Maison de Naissance* impresas bajo una foto de una cruz superpuesta en la silueta de Haití.

Eso me suena, y consigo rescatar una memoria borrosa de la mujer de Tyler hablando sobre la *Maison de Naissance*.

— Es un centro de maternidad, ¿No es así? — Pregunto señalando su camiseta con la cabeza.

— Así es. — Afirma un poco sorprendida de que yo lo sepa. — ¿Hablas francés?

— Lo suficiente para pedir buena comida.

— Ja. Bueno, es un lugar que proporciona cuidados previos y post parto a mujeres y bebés. Fuimos allí de misión, mi primera misión y me enamoré.

— ¿De los bebés?

Ella separa los dedos en mi mano, con un gesto. — De todo. Cada parte. Mamá y papá me habían empujado hacia la medicina o las leyes, y a medida que me iba haciendo mayor, pensaba que eso es lo que quería hacer también. Pero había algo sobre la medicina que se sentía, no sé, estéril supongo. Impersonal. Pero cuando fuí a trabajar con las enfermeras y matronas, una parte de mí se sintió viva. Era tan básico, tan íntimo, tan… *Humano.* Estar con esas mujeres mientras cargaban a sus bebés en el vientre y pasaban por el parto hasta traerlos al mundo. Y saber la diferencia que podían hacer pequeñas intervenciones, fue mágico. No hay prestigio ni dinero en ello, la magia es mejor que esas dos cosas.

— ¿Y fue entonces que te planteaste ser enfermera?

Asiente con la cabeza. — Mi papá estaba muy molesto. Por supuesto, él hubiese preferido que yo escogiese cirugía u oncología, pero al menos, ¿No podía comprometerme y estudiar obstetricia? Pero supongo que conozco demasiados médicos y sentí que escoger obstetricia en lugar de partería me limitaría. Yo no quería ser médico para nada, no quería ponerme una bata blanca y jugar a ser Dios. — Ella

suspira, y el sonido casi se pierde en el zumbido de nuestras ruedas sobre el suelo de madera… —Fue duro. Pero no iba a cambiar de idea.

—¿Qué pasará cuando te gradúes? ¿Podrás ser madrona una vez que tomes tus votos?

Su rostro se ilumina, como si hubiese formulado la pregunta correcta. —Aún tendré dos años de colegio de partera después de graduarme en enfermería en primavera. Pero la Reverenda Madre y yo tenemos planes. ¿Ves? Muchas de las personas que acuden a nuestro albergue están en alguna etapa en que necesitan ayuda con la maternidad, están embarazadas o a punto de dar a luz, o tienen a un bebé y tienen dificultades para amamantar, y la mayoría no tienen acceso a un seguro médico. Algunas tienen miedo de ir al hospital, incluso cuando están de parto, porque están indocumentadas y les da terror ser arrestadas o deportadas. Algunas simplemente no se lo pueden permitir. Así que, ¿Por qué no abrir nuestro propio centro de maternidad? Aquí en Kansas City, hay una inmensa necesidad de ello, y cuando termine mi grado de partería, esperamos tener el suficiente dinero y los permisos necesarios para abrirlo. Podríamos ayudar a tantísima gente Sean, de todas las clases sociales. Podemos marcar la diferencia.

La pasión en su tono de voz me tiene cautivo. No recuerdo el sentirme tan apasionado por nada, ninguna causa, ninguna vocación, jamás en mi vida, y el hueco entre nosotros es aleccionador y absorbente. Siento que podría pasarme todo el próximo año pensando en ello y sólo así comenzar a desenmarañar la fisura que hay entre el tipo de mujer que es Zenny y el tipo de hombre que soy yo.

Zenny vió sufrimiento y eso la hizo querer involucrarse y cambiar las cosas, invertir su vida en ayudar. La única vez literalmente que yo he visto y sentido sufrimiento, el suicidio de Lizzy, mi respuesta fue rechazarlo todo. Desentenderme. Despreciar.

Por primera vez, empiezo a entender por qué Tyler regresó a la Iglesia. Por qué se hizo sacerdote.

Librería Digital

Y de repente, me siento extraño respecto a mis propias elecciones, sobre mis propias convicciones. Se sienten vacías e inmaduras comparadas con el entusiasmo y fervor que les pone Zenny a las suyas. No estoy acostumbrado a sentirme así sobre mí mismo y es bastante incómodo.

— Si yo no hubiese negociado lo de Keegan, ¿Cómo habrías hecho para encajar un centro de maternidad en el albergue? Ya estáis apiñadas simplemente haciendo las cosas normales de un albergue.

Se encoge de hombros. —— Hubiésemos pedido al dueño del edificio que nos diese más espacio, ya que estaba vacío de todos modos. O encontrado algo fuera. Tenemos fé en que ya aparecerá algo.

Estoy por decirle que no necesita fé, que ya me tiene *a mí* y que me aseguraré de que encuentre el mejor jodido lugar disponible de esta ciudad, pero la conversación con mi madre aún resuena en mi cabeza, una pelota suelta haciendo mella en todas direcciones. Es como si a nadie le importase lo que puedo hacer si tienen *fé,* y eso me tiene bastante malhumorado.

En lugar de eso, miro el reloj y me doy cuenta de que ya es hora de que mis sesenta dólares encuentren un nuevo hogar.

— Ahora vuelvo. — Le digo a Zenny, dándole un beso ligero y salgo pitando al mostrador, esquivando adolescentes a mi paso.

Y cuando regreso, está recostada sobre la barandilla de la pista de patinaje, observando a grupos de jóvenes patinar.

— ¿Todo bien? — Pregunto, porque se ve pensativa, y no un poco triste.

— Oh, sí. — Me asegura. — Sólo pensaba en algunas cosas.

Me dejo caer junto a ella, dándole un golpe en la cadera con la mía. —¿Qué tipo de cosas? ¿Más sobre el centro de maternidad?

Librería Digital

— Ojalá. Es como que pensar en el centro de maternidad me hizo pensar en mi primera misión y eso me hizo pensar en ser una adolescente de nuevo… Como, yo sólo.— Se detiene, y tengo la sensación de que no quiere contármelo. O quiere, pero piensa que no debería. Finalmente lo suelta. — No soy mucho más mayor que la gente en esta pista de patinaje y ya siento que me he perdido tantas cosas. Yo no tuve noches de sábado para andar tonteando por ahí, si no estaba haciendo mis deberes o de voluntaria, o en un campeonato de debates, era una cena con los amigos de mis padres o algún evento social en que debíamos ser vistos. Mi adolescencia se basó en convertirme en la perfecta hija de los Iverson y cuando rechacé todo eso, sentí que debía trabajar aún más duro. Debía ser la mejor estudiante de enfermería, la mejor postulante, para hacer que todo lo que había tirado al traste mereciera la pena, y…

Dejo que se centre. Se retuerce los dedos al hablar, y lo hace tan duro que se le tensan los nudillos. No me gusta cómo se hace daño del nerviosismo, así que me deslizo detrás de ella y le cubro las manos con las mías, forzándolas a relajarse.

Ella suspira y se funde conmigo, su cabello me hace unas cosquillas irresistibles en el cuello.

— Supongo que sólo me preocupa haber echado al traste estos últimos tres años también, tratando de demostrar que puedo lograrlo. Quizás no he trabajado tan duro sólo por mí misma; Aunque sentía que lo hacía por fastidiar a mis padres, en cierto modo, todavía era *por* mis padres.

— ¿Me estás diciendo que tienes dudas? — Pregunto, sin ser capaz de reprimir el sentimiento de felicidad y entusiasmo que se enciende en mi pecho. — Podrías dejar de intentar demostrarles a tus padres que están equivocados y abandonar esto de ser monja y casarte conmigo.

Se agita de la risa en mis brazos. Piensa que estoy bromeando.

Espera, estoy de broma, ¿verdad?

Librería Digital

Definitivamente estoy bromeando. Totalmente. Estoy bromeando con que quiero ver a Zenny al final del pasillo de la Iglesia con un precioso vestido blanco, el pendiente de su nariz brillando de manera juguetona debajo del velo. O que me gustaría pasar cada noche del resto de mi vida besando esa boca deliciosa y viendo cómo su dulce vientre crece poco a poco con nuestros hijos y acunar esos tiernos bebés mientras hacen soniditos y parpadean hasta dormirse.

Por supuesto que bromeo que quiero pasar el resto de mi vida con la mujer más hermosa, fascinante y sexy que jamás he conocido. Todo es broma. Ja. Ja. Ja. Muy gracioso.

Oh Dios mío, estoy bien jodido.

—Sean ¿Estás bien? De repente te quedaste rígido y callado.

—Totalmente. —Miento, pero por desgracia se me nota un nudo en la garganta en mi voz, dejando obviamente claro que *no* lo estoy. Siento que apenas puedo respirar porque ya ni sé quién *es* Sean Bell en realidad, y todo lo que deseo en este puto mundo es estar cerca de esta chica, pero incluso con mis brazos alrededor de ella, no me siento lo suficientemente cerca de ella. Me consta que nunca será mía. Siempre será de Dios.

Pero antes de que me deje saber lo obvio que es, la voz del DJ suena por encima del sistema acústico, silenciando a todos en la pista.

—Y esta noche tenemos a una pareja especial de patinadores. Esta canción va para Zenny, de parte de Sean.

Zenny se gira en mis brazos y no hay manera de descifrar si está sorprendida o alarmada, porque la expresión de su cara refleja prácticamente las dos cosas.

—Zenny, Sean dice que tú puedes hacer a este pecador cambiar sus intenciones. —Continúa el DJ, y es en realidad parte de la letra de la canción que escogí, y lo dice de tal manera, que de verdad suena como algo que diría un amante, y por un momento

Librería Digital

me pregunto si yo *diría* algo así. Ya quiero casarme con esta chica, ¿Qué más cambiará acerca de la forma de actuar del pecador de antes estando cerca de ella?

La canción *"Locked Out of Heaven"* de *Bruno Mars* comienza a sonar mientras las luces se vuelven tenues y las bolas de discotecas empiezan a girar. Sesenta dólares en funcionamiento gente, sesenta dólares que son ahora posesión del ayudante del mánager, un ayudante de mánager que es por casualidad un antiguo hermano de la fraternidad de Aiden.

— Me encanta esta canción. — Dice, y lo dice de la manera más cautelosa en que nadie haya dicho esas palabras en la historia de la humanidad.

Me río y tiro de su mano de nuevo hacia la pista de patinaje. — Lo sé. — Le digo. — Investigué un poco antes de venir aquí esta noche. — No dije que investigar un poco quería decir andar como un adolescente enamorado mirando su Instagram.

El DJ reprende a todos los adolescentes que no están en pareja para que abandonen la pista, y pronto sólo hay algunos pares de adolescentes incómodos, y luego yo y Zenny, los únicos adultos. Y a pesar de la cautela con que iba en un principio, Zenny se anima con mi pequeño gesto, agarrándome la mano con fuerza y cantando la letra de la canción, y se ve tan deliciosamente besable, que es lo único que puedo hacer para seguir patinando y no tomarla en mis brazos y salir pitando de ahí con ella como algún tipo de cavernícola con patines. Y al final de la canción, incluso me permite arrastrarnos en un beso lento frente a todo el mundo, dejándome morder y probar sus labios hasta que la gente comienza a silbar y aplaudir, y ella se separa con una sonrisa vergonzosa.

— Siento que te perdieras tanta diversión en tu adolescencia. — Digo, y cuando la canción cambia, volvemos a patinar. — Pero tienes que admitir, que algunas cosas son más divertidas cuando eres adulto.

Me da una sonrisa traviesa. — Oh, ¿De veras? Enséñame alguna otra cosa entonces.

—¿Me estás retando, bichito?

Librería Digital

Enarca una ceja. —¿Aceptas el reto?

Emito un sonido de chico arrogante y tiro de ella fuera de la pista, por la moqueta y hacia el mostrador de alquiler de patines.

— ¿Sean? Dónde estamos ¡Sean! — A mi pequeña acatadora de normas le entra el pánico mientras miro a ambos lados para asegurarme de que no hay nadie alrededor, me agacho debajo del mostrador, trayéndola conmigo.

— Shhh, no pasa nada. — Murmuro. — Le pagué al mánager de guardia.

— Tú qué.

Y luego la llevo conmigo detrás de paredes y más paredes de patines de alquiler, hasta un rincón oscuro, escondido. Pongo mis manos a cada lado de sus hombros y la mantengo contra la pared con la mirada fija. — Ahora déjame mostrarte algo que un hombre puede hacer mejor que un chico adolescente.

Incluso con las luces tenues con extrañas sombras, puedo ver cómo sus pupilas se dilatan, y por encima de la música puedo oír como su respiración cambia. — ¿Sí?

— Sí. — Me dejo caer hacia adelante, trazo la silueta de su mandíbula con la nariz. Como siempre, ella huele delicada y floral, como a rosas en el viento. —¿Ves? Si yo fuera un adolescente, estaría tan contento de tener a una chica tan hermosa como tú aquí detrás, no sería capaz de ser paciente. Estaría metiéndote mano por la camiseta y atacándote las tetitas. Pero no soy un niño Zenny, y sé cómo tomarme mi tiempo.

Ella se estremece cuando acerco la cara hacia la curva entre su cuello y su hombro, y respiro su aroma.

— Sé que las chicas necesitan besitos especiales. — Murmuro, besando su cuello suavemente. — Pequeñas caricias. — Mi mano cae hacia la parte de fuera de su muslo, subo los dedos por la costura de sus vaqueros hasta que encuentro la hebilla del cinturón, engancho mis dedos y tiro con suavidad de sus caderas hacia adelante.

Librería Digital

Nuestros cuerpos están casi aplastados el uno contra el otro, y ella se arquea hacia mí, para que estemos más cerca, buscando la presión y fricción.

No la dejo, centro mi atención de nuevo en su boca. A esos labios con forma de morritos siempre, los rozo con los míos hasta que los abre para mí. Hasta que puedo deslizar la lengua sobre la de ella, con un suave y cálido baile. Dios, esa lengua suya, con sus tentativos parpadeos y sus dubitativos aleteos. No puedo contener el gruñido que sale de mi garganta cuando ella me echa las manos al cuello y me aprieta contra ella para hacer el beso más intenso.

Y el pensar en esa lengua inexperta haciéndome esos toqueteos en la punta de la polla casi me vuelve loco, enviando una corriente de necesidad tan violenta por mi sangre, que tengo que formar un puño con la mano y agarrarme a la hebilla de su cinturón y gruño en su boca.

Mis sonidos la hacen jadear y se despega sólo lo suficiente para hablar. — ¿Qué más necesitan las chicas? — Dice sin aliento. — Muéstrame lo que un chico no puede hacer.

Mi otra mano hace espirales por el cuello de su camiseta, coquetea por las copas de su sujetador, provocando la suficiente sensación para excitarla, pero sin llegar a satisfacerla. — ¿Quieres decir que quieres que un hombre te dé placer? ¿Quieres que meta la mano en tus braguitas y haga esa horrible sensación desaparecer?

Asiente con ímpetu, sus ojos dilatados, sus labios entreabiertos y sus caderas retorciéndose. — Necesito tu ayuda. — Susurra. — Ningún chico de mi edad sabe cómo hacerme sentir mejor.

El juego va tomando forma, acercándose peligrosamente a una pendiente, y luego Zenny se adelanta y nos lanza al precipicio. — Si yo fuera aún una adolescente. — Dice, sus ojos buscan los míos, y joder, están tan oscuros y tan hambrientos, que sería incapaz de decir que no a cualquier cosa que me pida. — Y tú fueras todavía un hombre…

Librería Digital

— No estaría bien. — Consigo decir, aunque cualquier juez que pudiera leer mis pensamientos me enviaría derecho a la cárcel.

— Diecisiete. — Dice. — Casi dieciocho.

— Inmoral.

Sus caderas por fin hacen contacto con las mías, restregándose contra mi erección. — Muy cerca de la edad legal.

Mi polla se dispara, y la tengo vergonzosamente dura. — Jesús.

— Hace cuatro años. — Persiste. — Yo tendría casi los dieciocho.

— Yo tendría treinta y dos Zenny.

— ¿Y si fuese entonces cuando me hubieras visto de nuevo? ¿Qué harías?

— Yo… — Mierda. No puedo pensar con claridad.

— Si me vieras y te dijera que necesito ayuda. Que mi cuerpo se siente extraño y sólo tú puedes ayudarme a sentir mejor.

— Zenny. — Digo, ruego. Ya ha hecho de nuevo esto de cambiar quién tiene el control, lo ha robado y me ha dejado aturdido y asombrado, aunque supuestamente yo soy el experto y ella la virgen.

Ella toma la mano que aún está tirando de la copa del sujetador y la lleva hacia el botón de sus vaqueros. — Sólo finge. — Murmura. — Es sólo un juego. Yo sé que no lo harías pero ahora soy adulta y podemos fantasear con que sí lo harías.

— Yo…

— ¿Y si te mostrara dónde me molesta? — Pregunta, guiando mi mano a agarrarle el coño. Está caliente, puedo sentirlo a través de los vaqueros. Presiona mi mano con

Librería Digital

más fuerza, se restriega contra ella. — ¿Si te rogase, rogase y rogase? Si te dijera sólo esta vez, sólo una vez, enséñame cómo hacer que mi coño se sienta mejor.

Enséñame cómo hacer que mi coño se sienta mejor. Jesús, no puedo resistir esta mierda. Dejo escapar un suspiro y sabe que me tiene. Una sonrisa triunfante se dibuja en su boca.

Mi mano se eleva hacia el botón de su bragueta y lo abre con facilidad por la práctica. Ambos nos quedamos mirando hacia abajo, la visión de mi mano enmarcada por nuestros patines y vaqueros, su camiseta y mi carísimo reloj, y resulta muy, muy, muy fácil jugar en este momento. Y entonces cuando abro su pantalón y deslizo mis dedos dentro de sus braguitas, y siento lo jodidamente mojada que está, el fingir se va a tomar viento.

— Nena. — Susurro, mientras paso un brazo por su cintura para inmovilizarla mientras le hago cosquillas por sus resbaladizos pliegues. — Mi monjita está súper mojada para mí.

Se estremece en el instante que mis dedos encuentran su hendidura. — ¿Es esto lo que necesitas cielo? ¿Qué te meta el dedo en este coñito virgen?

Ella asiente desesperada, dejando salir un *por favor* casi sin aliento, mientras trata de empujar hacia mis dedos. Los patines la hacen mover y dar sacudidas, y lo único que la mantiene anclada son mi brazo en su cintura y dos dedos grandes moviéndose en círculos en su entrada. Mi mano en su lugar más secreto es tierna, hábil, trabajando en abrirla poco a poco mientras mi palma cubre su clítoris.

— ¿Crees que estás lista para los dos dedos? — Pregunto.

— Yo… — Deja caer su cabeza hacia atrás contra la pared. — Sí, Dios, por favor.

— Eso está bien. — Le digo. — Tienes que aprender a aceptar más dedos si algún día vas a crecer y tomar mi polla.

Librería Digital

Mis vergonzosas y prohibidas palabras hacen que sus ojos se cierren con agitación y sus manos estén hechas puños en mi camiseta. — Sí, por favor, por favor. — Gime, y deslizo dos dedos hacia la meta.

Está tan apretada y tan húmeda que mi mano está cubierta de ella, y se ve tan hermosa así, tan bella, tan sexy y tan mía, mi algo así como virgen atrevida, y es tan fácil olvidar que va a abandonarme, que no es a mí a quien quiere, sino mi cuerpo y experiencia. Es fácil pretender que en realidad me quiere *a mí*, el Sean mandón con imperfecciones, y que cuando deja escapar mi nombre en estos estallidos casi sin aliento, mientras monta mi mano, es porque siente lo mismo que yo estoy sintiendo: estas punzadas de ganas y deseo.

— Se siente tan bien. — Consigue decir. — Oh Dios Sean, que rico, me encanta…

Ella sigue y sigue diciendo cosas sin control, y yo continúo ocupándome de su dulce coño de la manera en que lo necesita, acariciando los puntos en su interior que la hacen gemir y rozando su clítoris, luego entierro mi cara en su cuello y absorbo su olor a sexo y rosas, entonces suelta un quejido en voz baja y se contrae con fuerza contra mis dedos. Más humedad recorre mi piel y su coño se engarrota con largas y exquisitas pulsaciones, y la tengo tan dura, pero siento que hasta podría sacrificar mi propia satisfacción si pudiera darle placer a Zenny así todos los días. Es embriagador, tan estimulante como tener un orgasmo.

La sensación de satisfacción, afecto, y sí, orgullo, que siento cuando saco las manos de sus bragas y le abrocho lentamente los vaqueros, es más potente que nada que haya sentido antes. Me chupo los dedos hasta dejarlos limpios como el animal que soy mientras ella me observa con ojos entrecerrados, y digo. — Esto no es ni el principio de lo que tenía preparado para este coño esta noche.

Y esta vez, ella es la que me agarra la mano y tira de mí, hacia nuestros zapatos y calcetines, ella es la que me guía, impaciente, entre risitas, con expresión amable, de vuelta al Audi, para que yo nos lleve de regreso al lugar donde ambos queremos estar.

Librería Digital

Capítulo 19

— ¿**VAMOS** a tener sexo esta noche? — Pregunta mi chica impaciente en el ascensor. — Me fue muy bien con los dedos.

— Tesoro, dos dedos no son nada comparado con mi polla. — Le informo de forma engreída. Pero al ver su decepción, le aseguro. — Pero vamos a pasárnoslo muy bien esta noche de todos modos.

— Quiero tener sexo. — Se queja.

— Ahora, señorita penetración no define sexo, pensaba que habíamos quedado en que yo establecería el ritmo. Y todo es sexo, ¿Recuerdas?

Ella suspira, un poco desolada. — Sí. Lo recuerdo.

— Bien. Eres mía para amarte cielo, así que quiero saborear cada parte de ti a medida que te abres como una flor.

Digo todas esas palabras en serio, pero me siento secretamente complacido de que su hambre de sexo vaya creciendo. Yo también estoy hambriento de ella. Pero ni si quiera eso va a hacer que pase de hacer todo esto increíble para ella, y las cosas increíbles llevan tiempo.

Una vez dentro, le doy cinco minutos para que se prepare para mí, luego la quiero desnuda en mi cama, petición que me recibe enarcando una ceja.

— Entonces tú también tienes que desnudarte. — Dice. — Es lo justo.

— Vale. — Digo, y se ve que sospecha de que haya accedido tan fácilmente, como si de alguna manera la estuviera trucando. Me río. — Zenny, con gusto me desnudo para ti. Me la pone dura saber que te gusta mi cuerpo la mitad de lo que a mí me gusta el tuyo. Ahora, date prisa para que podamos empezar a jugar.

Ella desaparece en el baño mientras yo preparo la habitación, apago las luces del cabecero y enciendo una lámpara de un rincón, también pongo las cosas que usaremos esta noche en la cama. No estaba bromeando al decir como su deseo tan obvio me la pone dura, mi polla es pesada y rígida cuando me desabrocho los vaqueros y me quito la camiseta y los zapatos. Estoy desnudo, excepto por los vaqueros, mi polla es un palo moreno y grueso que sobresale de la cremallera abierta, mientras ella abre la puerta hacia la habitación. La luz brillante que tiene detrás hace que su cuerpo tenga un brillo dorado, brillando sobre esas largas y ágiles piernas, ese vientre firme y sus firmes senos, que en este momento tienen los pezones duros. Su cabello es una suave y oscura aureola y con las luces en este ángulo, sus ojos brillan como estrellas. Un ángel desnudo. Mi ángel desnudo.

Mi polla palpita, y tengo que tragar saliva para encontrar mi voz. — A la cama. — Susurro, casi rompiéndome en dos por la necesidad cuando camina hacia mí y las sombras desaparecen de su cuerpo. Cada pulgada de ella es perfección personificada y no puedo creer que de todos los hombres en el mundo, escogió compartir su cuerpo conmigo. Sus sonrisas, sus preocupaciones, su tiempo y su confianza.

¿Cómo tuve tanta suerte?

Y ¿Cómo voy a soportarlo cuando termine?

— He cambiado de opinión. — Dice Zenny. — Puedes dejarte los vaqueros puestos.

Y me doy cuenta de que esto le gusta, ver la necesidad que tengo de ella, tan obvia y dolorosamente enmarcada. Le hago una pequeña y juguetona reverencia. — Como mi dama desee. — Digo.

— Dices eso ahora, pero sé que estás a punto de volverte un mandón otra vez… — Se queda paralizada cuando ve lo que tengo en la cama preparado para ella, estudio su cara y su cuerpo mientras observa los juguetes. — ¿Sean?

Librería Digital

Me coloco detrás de ella, apartándole el cabello del cuello para dejarle una hilera de besos reconfortantes por la curva de su hombro. La punta de mi polla se roza con los hoyuelos de la parte baja de su espalda, y los dos nos estremecemos a la vez.

— Dijiste que nunca habías usado un vibrador. — Murmuro, con mis labios aun moviéndose por la cálida piel de su hombro. — Pensé que sería divertido probarlo.

— Oh. — Dice. — Yo… No sabía que fuesen tan *grandes.*

Deslizo una de mis manos por su brazo y sobre su mano, y guío sus dedos hacia el vibrador que la tiene tan asustada. — Esto no va todo dentro de ti. — Prometo, dejándola examinar el juguete. — Es grande porque es muy potente. Y este… — Llevo su mano a uno mucho más pequeño… — Está hecho para tu punto G. ¿Ves ese bulto plano al final? Lo deslizas en tu interior y dejas que te estimule desde dentro hacia fuera.

Su mano se dirige sola al tapón con joyas que hay al borde de la toalla donde tengo los juguetes tumbados. — ¿Y este? ¿Para qué sirve? — La luz se mueve alrededor de la joya color escarlata y produce destellos por la gruesa bala del cuerpo del tapón. La voz de Zenny es toda curiosidad e inocencia. — ¿Esto también va dentro de mí?

— Sí, nena. Lo lubricamos todo, ¿Ves? luego te ponemos cachonda, que retuerzas de ganas y te metemos esto en el culo, te hará sentir mejor.

Se queda sin aliento. — ¿Qué sí?

La acaricio con la nariz. — Sé que da un poco de miedo y no vamos a utilizarlo esta noche. Pero quería que lo vieras, lo toques, para que te vayas haciendo a la idea.

— Yo… No estoy segura sobre el sexo anal. — Admite, aún con el tapón en la mano, acariciando el metal con la otra mano. — Siempre me ha parecido que es más para el disfrute del hombre que el de la mujer.

Librería Digital

— Demasiados hombres han sido egoístas con eso. — Le doy la razón. — Pero ¿He sido yo egoísta hasta ahora con tu cuerpo de alguna manera que no hayas disfrutado tú también?

Hace un sonido de estar pensándolo *hmmm*. — Supongo que aún no.

— ¿Confías en mí?

— Confío en ti.

— Entonces, quiero probarlo contigo. Cualquier cosa que hagamos, desde el sexo anal hasta tomar café por la mañana, pararé en el minuto que me lo pidas. Así que si lo probamos y lo odias, pasaremos a otra cosa. Hay tantas cosas por hacer bichito, que ni nos daremos cuenta si dejamos esta atrás.

Ella gira en mis brazos, dejando mi polla atrapada contra la suavidad de su vientre. Yo heroicamente resisto el impulso de empezar a restregarme con su ombligo.

— Pero ¿En serio piensas que me gustará? — Pregunta.

— Creo que sí. — Le digo con dulzura, presionando mi frente con la suya. — Te voy a decir algo que no se aplica a todas las mujeres, pero creo que será tu caso.

— ¿Ah?

Dejo que mi mano juegue por la curva de su cadera, que baile sobre la suave cama de rizos entre sus piernas. — Una vez que te folle. — Digo, mi voz amable e informativa, como la de un profesor. — Vas a empezar a sentir un vacío en lo más profundo de tu coño.

Le presiono el clítoris con la punta del dedo y froto la parte hinchada hasta que abre las piernas y se arquea contra mí, como un gatito necesitado de atención. Deslizo mi dedo hacia abajo, complacido al sentir lo mojada que está todavía, luego abro su entrada con el dedo. — Aquí. — Explico, adentrándome, haciendo presión en su pared interior. — Justo aquí nena. Vas a hacer un berrinche y te vas a quejar cuando esté

vacío. Y cuando tu coño se ponga húmedo y el clítoris se te comience a hinchar, vas a sentir esa nueva sensación de vacío también. No solo necesitarás presión y fricción. Necesitarás sentirte llena.

Sus manos descansan ahora en mi pecho, el tapón de metal se calienta entre su mano y mi piel, como una promesa. — ¿Que sí? — Dice mirándome. Le acaricio suavemente por dentro, y juraría que si fuera una gata, estaría ahora mismo ronroneando.

— Sí, y te gustará sentirte plena. Y entre el tapón en el culo y mi polla en tu coño, te sentirás tan plena, que creerás que el corazón te va a estallar en el intento.

— Ok. — Susurra. — Lo probaré.

La beso mientras le meto el dedo, la beso y juego con su coño hasta que sus manos empiezan a hacer eso de amasar con las palmas en mi pecho de nuevo, contrayendo y relajando, contrayendo y relajando. Saco el dedo y lo llevo a la boca de Zenny, y ella lo chupa sin protestar.

Hago un gruñido. — ¿Estás segura que de verdad eres monja?

La única respuesta es más succión, más movimiento de lengua en la yema de mi dedo, y no puedo pensar con claridad. La visión se me pone borrosa, sólo con su boca en mi *dedo.*

— Así sabes, nena. — Digo mientras chupa. — ¿Verdad que sabe bien? Tan dulce. Mierda, me muero por comértelo de nuevo.

Eso hace que sus pestañas aleteen de sorpresa, y sonrío, sacando el dedo y apartando su mano de mi pecho, le quito el tapón de la mano, le doy un suave beso en la palma y le digo que se suba a la cama.

— ¿De qué manera? — Toda la valentía que tenía al chupar el dedo se derrite convirtiéndose en vergüenza. — ¿Debería tumbarme, o ponerme a cuatro patas, o…?

Librería Digital

La idea de tener a Zenny a cuatro patas casi me provoca un ataque al corazón, así que por el bien de mi salud y mortalidad digo. — ¿Qué tal de rodillas junto al cabecero para empezar? Así te puedes sostener para mantener el equilibrio.

Para cuando se ha colocado, su cuerpo es todo tensión e incertidumbre, y cuando enciendo el vibrador y hace un grave tamborileo, como el motor de un coche al arrancar, ella casi sale huyendo.

En un instante, me encuentro detrás de ella besando su cuello, acariciando con manos tranquilizadoras su vientre, senos y piernas. — Estoy aquí nena. — Le digo al oído. — Estoy aquí.

— Suena como demasiado. — Dice, y puedo ver el esfuerzo que le toma hacer que su voz suene calmada.

— Demasiado pero en el buen sentido. ¿Vas a ser mi chica valiente ahora y dejarme tocarte con él?

Ella asiente, soltando el aliento. — Por supuesto. — La observo, sorprendido por cómo se abraza a sí misma, como si le fuese a echar por encima arañas o algo.

— Es sólo un vibrador. — Musita más para sí que para mí. — No sé porque estoy tan… ¡Ahh! ¡Sean!

Puse el ancho cabezal del vibrador en la suela de uno de sus pies, haciéndole cosquillas. Ella se encoge riéndose, le aguanto el pie inmovilizándola, y sólo cedo una vez que vuelve a la normalidad con sonrisas y alegría, hasta que todo su temor es sustituido por risas. Luego, trazo lentamente un camino desde su pie a la pantorrilla, de la pantorrilla al muslo, manteniendo el aparato alejado de cualquier zona erógena. Se queda tranquila y relajada, incluso se deja caer hacia adelante contra el cabecero canturreando alegremente mientras uso el vibrador para masajear su espalda, hombros y cuello.

Librería Digital

— Mi abuelita solía tener estos catálogos. — Dice. — Que tenían "masajeadores de cuello personales". Sabes, ¿El tipo de catálogo que también tiene cosas para esconder la llave de repuesto y novedosos moldes para magdalenas?

— Hmmm. — Digo, más interesado en la onda que hace la espalda de Zenny de placer cuando le quito la tensión con el masaje.

— Me acabo de dar cuenta de que esos "masajeadores personales" eran vibradores. — Dice Zenny, y yo hago un sonido indicando lo adorable que es. — *Y.* — Añade. — Supongo que si mi abuelita podía soportarlos, yo también.

— Me alegra oír eso muñeca. Separa las piernas un poco.

Lo hace, y me alegra ver que ya no está nerviosa. Todavía voy con cuidado, suavemente, de sus hombros a los brazos, de los brazos a su pecho. Y ahí, ligera y deliberadamente, rozo el cabezal del vibrador sobre un pezón erecto.

El efecto es inmediato y deliciosamente gratificante. Deja escapar un suspiro y se arquea cuando la rozo, buscando más. La complazco, dándole a cada puntita toda la atención que se merece. Y cuando ya la tengo arqueándose y con la respiración agitada, moviendo sus caderas y buscando aliviarse, bajo el juguete hacia su vientre.

— Oh. — Suspira, y deja caer la cabeza de nuevo en mi hombro. — Oh.

El vibrador zumba juguetonamente alrededor de su ombligo una y otra vez, y baja a zumbar por las suaves curvas del interior de sus muslos. Y justo cuando está retorciéndose y girándose, tratando de perseguir el zumbido con sus caderas, le doy lo que necesita. Coloco mi mano abierta sobre su vientre, la acerco más a mí, y le paso el cabezal del vibrador por el clítoris.

— *Oh.* — Jadea Zenny, incandescente, sorprendida por el placer que le provoca. — Sean eso… Se siente tan bien…

Suelto una risita, recolocando uno de sus perfectos muslos, para poner el vibrador en un mejor ángulo.— Esa es la idea bichito. Se supone que no se tiene que sentir *mal.*

— No. — Farfulla. Su cuerpo se retuerce caliente contra el mío. — No mal. Bien.

Sonrío, le beso la oreja, y hago que vuelva a poner las manos en el cabecero. Amo jugar con ella de esta manera, con su espalda en mi pecho, y mis brazos a su alrededor, pero todo ese movimiento contra mi polla, va a hacer que derrame mi simiente enseguida, y eso no es lo que quiero. Quiero que esto sea para ella, sólo para ella.

Cuando tiene sus manos en el cabecero de nuevo y está de rodillas un poco erguida, le paso el vibrador por debajo desde atrás, para que pueda controlar el ángulo y la presión, para que pueda montarlo, y mi chica se folla a sí misma contra el vibrador como una campeona, encontrando un ritmo lento de vaivén que la deja sudando y temblando tras sólo unos instantes.

Yo observo el show que tengo delante de mí embelesado, hipnotizado, mi polla ya ha pasado el nivel humano de dura, caería entre la categoría del mithril y adamantium de dureza. Y mis huevos están ya súper apretados, unas ansias me dan deliciosas punzadas en lo más profundo de la bragueta, y ella se ve simplemente tan hermosa de este modo, con la cabeza dejada caer entre sus hombros, como si estuviera abrumada por el placer, y con cada preciosa y firme línea de su espalda, cintura y culo a la vista. Mueve el coño tan bien sobre el juguete, y estoy tan orgulloso de ella, que se lo hago saber. Le digo lo valiente que es por probar algo nuevo y lo mucho que significa para mí su confianza, cuanto la aprecio y lo mucho que quiero merecérmela. Le digo lo hermosa que es, lo bien que se ven su culo y sus muslos mientras mueve el coño en círculos por el juguete, lo fuerte y dulce que luce.

Mis palabras la hacen gemir aún más, su cuerpo se ondea con la necesidad contenida, mientras se acerca más y más al límite, luego se mueve accidentalmente demasiado hacia adelante y en lugar de frotarse el coño con el vibrador, el cabezal del juguete se desliza contra su firme ojal. Un escalofrío recorre todo su ser, hasta los dedos de los pies, y luego, lo hace de nuevo.

Esta vez, a conciencia.

Librería Digital

Estoy paralizado, de rodillas sujetando el juguete para ella, observando cómo esta monja virgen se frota contra el vibrador por el culo, escuchando sus sucios gemidos y quejidos, y ya sucede. No con el vibrador en el clítoris, o su punto G, o ni siquiera un pezón. No, la hermanita de mi mejor amigo se corre con un orgasmo alucinante y ruidoso con el vibrador por el ano, y yo tengo el mejor asiento de la casa para verlo.

Y con un gruñido de cansancio y liberación, siento las sacudidas de los músculos de mi estómago y muslos, me descargo por sus piernas, su culo y la cama. Me corro sin ella tocarme, sin tocarme yo mismo, solo viéndola, y lo derramo por todas partes, con enormes y calientes chorros, que enlazan su piel y mi muñeca, y el vibrador y básicamente por todos lados, y la mierda es que aún la tengo dura incluso cuando he terminado, y cuando Zenny se gira, aturdida y temblorosa y me susurra. —— Hazlo de nuevo, muéstramelo, muéstramelo. —— Lo hago, se lo enseño. Suelto el vibrador y me la agarro, nunca había hecho esto de estar sucio y pegajoso de mis fluidos, y es asombrosamente obsceno, incluso para Sean Bell, el usar mi propia corrida para hacerme una paja, pero eso es lo que parece funcionar con Zenny, ella me empuja a hacer cosas nuevas depravadas, aun cuando pensaba que ya no habían más cosas depravadas por hacer.

En cualquier caso, el recuerdo de su firme culo moviéndose por el vibrador está dolorosa y dulcemente fresco, y su expresión en este momento de ávida curiosidad y descarada lujuria, sus manos acarician mi estómago arriba y abajo, esparciendo más semen por todas partes.

No me lleva mucho tiempo. Me vengo de nuevo, esta vez más potente y salvaje que la anterior, arrasándome por dentro como un tornado, y Zenny hace un sonido de aprobación mientras lo hago, deja sus manos caer y me aprieta los muslos mientras me vengo a chorros jadeando.

— Dios bendito. — Consigo decir cuando mi cuerpo queda totalmente seco. Siento que me ha pasado por encima un camión. Pero uno sexy e increíble, el cual me gustaría que me pasase por encima todos los días de mi vida. —¿Qué me estás haciendo?

Librería Digital

— Poniéndote muy, muy… — Su voz es un seductor susurro en lo que se acerca lo suficientemente cerca de mi cara y me besa. — …muy, muy… *pegajoso*.

LA SEMANA SIGUIENTE la pasamos haciendo malabarismos entre el deseo y la liberación. Me niego a ser la razón por la que Zenny fracase en ninguna de sus responsabilidades, así que la llevo a todas las rotaciones de la clínica, las clases y los turnos en el albergue, para hacerle las cosas más fáciles, también la hago hacer sus deberes por la noche antes de ponernos a tontear, sentada a la mesa de la cocina conmigo mientras trabajo en algunos contratos y reviso correos electrónicos de clientes. Es pura agonía el echarla de menos todo el día y luego tenerla tan cerca y aún tener que mantener las distancias, pero también aplaca la culpa que siento por nuestro inusual acuerdo. Siento que la estoy ayudando, apoyando y cuidando de ella, y sentirme de esa manera con una mujer que me gusta de la manera en que me gusta Zenny, es más que adictivo.

Pero a veces, la cara de Elijah pasa como un relámpago por mi mente como un gran aviso de "eres un cabrón", y entonces no sé si ser tan adicto a Zenny es bueno o malo.

—¿Me estoy entrometiendo demasiado en tu vida? — Pregunto durante el desayuno.

Zenny levanta la vista del libro de enfermería que tiene en su regazo y parpadea. — Explícate. — Orderna.

— Haciendo que te mudes conmigo. Llevándote con mi coche a los sitios. Asegurándome de que termines tus deberes. Preparándote el café por las mañanas. — Le traigo dicho café para enfatizar mi comentario.

Ella lo acepta con una sonrisa. — *Es* horrible tener a un millonario sexy como barista personal, chófer personal y ayudante de orgasmos.

Me siento en una silla frente a ella, echándome hacia adelante y cubriendo con mis manos las suyas, las cuáles rodean la taza caliente.

— Hablo en serio bichito. — Digo.

— Está bien. — Dice y parece pensárselo. — Ok, bien, yo *elegí* mudarme aquí durante este mes, y sí, lo hice bajo la influencia de muchos orgasmos, pero no me arrepiento. En realidad me gusta que te importe que me vayan bien las cosas lo mismo que me importa a mí. Estoy acostumbrada a… — Hace movimientos con sus manos bajo las mías mientras, trata de encontrar las palabras adecuadas… Hacerlo sola, a tener que ser la mejor y a la vez tener que hacer que parezca fácil, ¿Sabes? Me cansa, y es agradable sentir que tengo a alguien ahí, que no tengo todo el peso sobre mis hombros. Prácticamente aún lo tengo, pero se me hace más fácil. Al menos, no de manera tan solitaria. Y mucho más divertida.

Reacciono. — ¿De verdad?

— De verdad.

— Es sólo que… — ¿Por qué no puedo superarlo? — Eres tan joven.

— Hmmm. — Cuando levanto la cabeza, veo que tiene la cabeza ladeada y los labios juntos como si este fuera un problema académico en lugar de uno personal. — Bueno.— Pregunta. — Supongo que la pregunta será si ¿Te comportarías así con alguna otra mujer que te importara?

Pienso en mis amantes del pasado, y a pesar de que me he acostado con mujeres de todas las razas, religiones y edades, hay un problema con esa pregunta, y es muy simple. — No hay ninguna otra mujer que me importe de esta manera. — Explico. — Eres la primera, y francamente, debido a mi edad, pienso que probablemente serás la última.

Su boca se abre pero no respira, como si hubiese dicho algo monumental o algo descabellado, o algo monumentalmente descabellado, pero no es el caso. Sólo me ciño a los hechos. Y es un hecho que pensé que ella ya sabía.

Librería Digital

Toma aire finalmente y desvía la mirada a la ventana. La luz de la mañana juega por su rostro, lustrando el puente de su nariz y los pómulos, dejando un suave rastro dorado. — Sean, no sé qué decir a eso.

Arrugo el ceño perplejo. ¿Qué cree que tiene que decir? Sólo era una verdad objetiva, como el color del cielo o el orden de las novelas de la saga Wakefield. No necesita respuesta.

Pero luego me doy cuenta que quizás ella piense que me gustaría algún tipo de respuesta, alguna forma de declaración de sus sentimientos a cambio, lo cual por supuesto no espero…

Quiero decir, definitivamente no la espero, y no se me había ocurrido antes pero ahora que me *ha* ocurrido a mí, puedo sentir esta cosa en mi pecho, un vacío. Es como un espacio físico, y de algún modo sé, que si me dijese algo, que le gusto, que le importo, lo que sea, llenaría esa grieta y me haría sentir mejor.

— Volviendo a mi edad. — Dice, y casi dejo escapar una risa de desaliento. Ya nos hemos adentrado a terreno pantanoso si nuestra inmensa diferencia de edad es un tema menos incómodo de conversación.

— ¿Sí?

Es su turno de tomarme las manos y me da una sonrisa, una de esas sonrisas de Zenny llenas de contradicciones, porque puedo ver que está intentando consolarme pero que también está preocupada por algo. Esto no me gusta nada, su sonrisa de preocupación o el saber que la he hecho sentir incómoda, pero tampoco podría soportar el retirar lo que dije de que ella es la única para mí.

— Te agradezco que te preocupes por mí, y mientras algunas mujeres en mi posición se sentirían asfixiadas o subestimadas, yo estoy de acuerdo con ello. Me gusta, la verdad. Me siento bastante, bueno, *mimada*, y eso me agrada. Y también confío en que si te pido que te apartes, lo harás.

— Lo que sea. Cualquier cosa que digas o quieras, lo haré.

— Creo en ti. — Dice, y desearía no verla tan preocupada mientras lo dice.

Quedan tres semanas, recuerdo. Sólo quedan tres semanas.

A MEDIDA QUE PASAN LOS DÍAS, ella se hace más y más atrevida en la cama, usando las palabras que a mí me gustan: coño, polla, correrse. Mierda, se está poniendo ansiosa por tener mi polla, que es exactamente lo que yo quería, que se muera de deseo, y esta noche le daré lo que ansía con tantas ganas.

Pero primero dos cosas.

Primer punto: Creo que he encontrado un lugar para las hermanas, un almacén renovado que se encuentra vacío al norte de la ciudad, el dueño está desesperado por cualquier tipo de exención tributaria de la propiedad vacante. Necesitaría una cocina y dormitorios pero, no sólo está ubicado cerca de paradas de autobús e interestatales, sino que tiene sitio de sobra para el centro de maternidad, una propiedad adyacente que el dueño está dispuesto a arrendar también.

Saco tiempo para ir a visitarlo personalmente por la tarde, escucho educadamente al dueño charlar sobre sus infortunios financieros desde que adquirió la propiedad y lo difícil que es encontrar arrendatarios de comercios en esta parte de la ciudad y, vale, quizás no lo escuchara tan educadamente porque ignoro el resto de lo que dijo. Es irrelevante, he visto sus finanzas y sé que la desgravación que le traerían las monjas le daría un buen empujón. Nos despedimos con un apretón de manos para cerrar el trato y llamo a mi asistente para que organice una reunión entre mí y la priora.

Me devuelve la llamada unos minutos más tarde.

— La priora dice que ya quedó con Charles Northcutt. Bueno, ella y Zenobia Iverson quedaron con él. Antes de almorzar.

Mi visión se vuelve roja de la rabia, y todo se convierte en color carmín y en odio.

Lo.

Librería Digital

Voy.

A.

Matar.

Llamo a Zenny inmediatamente, pero sé que no va a contestar porque está en clase y ella es una de esas buenas personas que silencian el teléfono en esas situaciones. Estoy que hecho humo, no por ella, nunca por ella, sino por Northcutt. Por lo que sea que haya hecho.

Y cuando regreso a la oficina, sorpresa, sorpresa, no está por ninguna parte. Probablemente se fuera temprano para pulirse los cuernos de demonio antes de la gala de caridad de esta noche.

Lo cual me lleva al segundo punto: Hay una puta gala para recaudar fondos esta noche, y se supone que sería glamurosa y divertida, y el perfecto preludio para llevar a mi monjita a la cama por fin, pero desafortunadamente ahora va a tener que ser la escena de un homicidio. Northcutt-cidio.

Lo voy a matar.

Librería Digital

Capítulo 20

PUEDO OÍR la respiración de Zenny temblar en la línea del teléfono. ¿Esto es para mí?

— Es para ti. — Confirmo, poniéndome el teléfono entre la oreja y el hombro, echando un vistazo al soso club de campo. Se supone que me voy a encontrar con Valdman aquí, ya he visto a varios hombres *como* él, pequeños, blancos y que se creen que tienen derecho a todo, pero no el verdadero Valdman. Simplemente un montón de polos y risas entre resoplidos.

— Sean, yo… Es hermoso. Gracias.

Me froto mi cabello perfecto con frustración. Se supone que debería estar allí ahora mismo, se supone que debería estar allí con Zenny, sorprendiéndola con el precioso vestido de noche que le compré, ayudándola a cambiarse, soltándole pequeñas pistas de qué haré cuando le quite el vestido. Tenía grandes planes para cada jodido detalle de esta noche, Zenny ni siquiera sabía que la iba a llevar a la fiesta benéfica, era una sorpresa, y ahora está arruinada porque tengo que hablar con Valdman sobre Northcutt antes de que siga causando más daño.

— Nada es demasiado hermoso para ti. — Le digo seriamente. — Estoy muy molesto por no poder verte ahora mismo.

Ella ríe. — Me verás muy pronto. ¿A qué hora es la fiesta?

Miro mi reloj y suelto un gruñido impaciente. — En noventa minutos. Mira, tengo que quedar con mi jefe pero.

— Lo entiendo perfectamente. — Dice, aunque no es así exactamente. No he hablado con ella sobre Northcutt aún, porque quiero solucionarlo todo antes de preguntarle qué pasó y qué mierda inevitable hizo o dijo durante la reunión. Quiero

poder estrecharla entre mis brazos y decirle con dulzura que Sean ya se ha encargado de todo, que todo va a estar bien y que Northcutt será castrado por sus crímenes. —Tienes un trabajo. Un gran trabajo y sofisticado. Lo entiendo y ya soy mayorcita Sean. Puedo vestirme yo sola. —Suena divertida.

—OK, bueno, un servicio de auto te recogerá en ochenta minutos, por si llego demasiado tarde a recogerte yo mismo, no sé cuánto vaya a durar este asunto con Valdman.

—¿Recuerdas quiénes son mis padres? He estado en cientos de fiestas de este tipo. Todas son iguales y sé lo que tengo que hacer.

—Lo sé, pero…

—Sean. —Me reprende. —Estaré bien. No te preocupes por mí.

ME PREOCUPO POR ELLA.

No es hasta una hora más tarde que diviso a Valdman entrar borracho desde el club de golf, con una mujer joven que definitivamente no es su esposa acariciándole el brazo y pidiéndole que la lleve a cenar. Y normalmente no me ha importado que Valdman sea una basura de hombre porque sabe llevar bien su empresa, así que no me parecía relevante preocuparme de lo primero cuando lo segundo era más importante.

No sé si es la absorción de Jesús o trabajar más con el albergue, o el escuchar a Zenny hablar con tanta pasión de sus cosas, pero Valdman me da asco en este momento. Me siento avergonzado de él… Y avergonzado de mí mismo porque yo no es que sea mucho mejor.

Se tambalea hasta una mesa y despide a la mujer que se va con un gesto impaciente de su mano… Y una vez se ha ido señala a un camarero para que se acerque con la misma mano. Pide un Scotch y me mira con ojos entrecerrados.

— Pensé que ibas a ser el que nos representase en la gala benéfica esta noche.

— Lo soy. — Pero una parte irritada de mí quiere recordarle que ya hubiese estado allí si no es porque no quedó conmigo a tiempo. — Pero necesito saber que vamos a dejar a Northcutt fuera del caso Keegan.

— He recibido tus mensajes. — Dice Valdman aceptando el vaso de Scotch que le acercan. — Pero no lo entiendo Sean. Tú fuiste quien quisiste desvincularte de ello en primer lugar.

Ojalá pudiera decirle a este imbécil con la cara colorada la verdad y que le importase, pero lo conozco demasiado bien, así que trasgiverso la verdad para hacer que le importe. — Ambos queremos que todo esto se solucione y que se haga de la manera más silenciosa posible. Northcutt es la receta perfecta para otra historia de mal gusto. Si él dice o hace algo a las hermanas, ellas no se van a quedar calladas. Y esas no son las noticias que nosotros o nuestros clientes queremos.

Valdman lo reconsidera y yo sigo presionándolo, percibiendo una pequeña victoria.— Quítalo de todo lo que tenga que ver con el caso Keegan. Puedes confiar en mí de que no me meteré en líos y solucionaré esto.

Obviamente, no le cuento que planeo follarme a una de las monjas esta noche, y eso es probable y totalmente lo contrario de no meterme en líos. Soy diferente de Northcutt, lo que Zenny y yo estamos haciendo es diferente, es divertido y bueno.

Eso creo.

Quiero decir, espero ser diferente de Northcutt. Y de Valdman.

Bajo la mirada hacia mis manos mientras Valdman toma un trago de su bebida, y por un instante, me entran las dudas. ¿Por qué trabajo con estas personas? ¿Por qué me marqué como meta *ser* Valdman? ¿De verdad quiero ser un gotoso libertino y no tener relaciones significativas en mi vida cuando sea viejo? ¿Es que hay una cantidad de dinero por la que merezca la pena llevar una vida tan vacía?

Librería Digital

— Le diré personalmente que se retire. — Dice Valdman finalmente. — Tienes mi palabra.

— Gracias, señor. — Le estrecho la mano y me marcho del club de campo. Voy a llegar tarde a la gala y todo lo que puedo pensar es en Zenny sola, esperándome con su bonito vestido, a merced de los lobos.

MI MAYOR MIEDO, es que cuando llegue a la sala de celebración, Northcutt ya esté allí, creando algún tipo de caos con Zenny, pero cuando llego al evento, no lo veo por ninguna parte. Gracias a Dios. Me toma un larguísimo minuto con el corazón desbocado encontrar a Zenny, pero cuando la veo, ese extraño y nuevo hueco se expande y contrae con la suficiente fuerza para hacerme recuperar el aliento.

Está magnífica, indescriptible y dolorosamente hermosa.

El vestido que le compré es de un color azul verdoso claro, espuma de mar es como lo llamó la chica de la tienda, y resalta de manera espectacular el color marrón ámbar de su piel y el cobre de sus ojos. Y luego está la manera en que el raso aletea y besa su cuerpo, sobre sus perfectamente curvados hombros y sus senos con forma de lágrima. Alrededor de su estrecha cintura y su dulce trasero. Es arte vivo y en movimiento. Y es mía.

Durante las próximas tres semanas, añade una odiosa voz en mi cabeza, y el vacío en mi pecho empieza a doler físicamente.

Me voy directamente hacia donde está ella, sin molestarme en hacer contacto visual con las personas que me saludan al pasar, y luego tiro de ella hacia mis brazos y el dolor se va desvaneciendo.

— Hey tú. — Digo, metiendo mi cabeza en su cabello.

— Oye tú. — Responde sonriendo. — Me alegra que hayas venido por fin.

Librería Digital

— Lo siento. — Digo todavía hundiendo mi cabeza en su cabello. — Mi estúpido jefe. Mi estúpida reunión. Todo en lo que podía pensar era en ti con este vestido puesto.

— ¿Te gusta? — Pregunta tímida de repente.

Me separo lo suficiente para poder verla, pasar las manos por su cintura, y luego la vuelvo a atraer a mí, para que pueda sentir dónde me estoy poniendo duro. — Te ves como algo salido de un puto cuadro. Como una princesa. Y me muero de ganas por hacerte cosas, y no de princesas cuando lleguemos a casa.

— ¿Una princesa? ¿En serio? — Pregunta, pero me doy cuenta que le complace.

Asiento, me presiono contra su vientre y paso mis labios por el marco de su oreja. — El tipo de princesa que termina doblada sobre la cama con el vestido por encima de la cintura mientras un príncipe se arrodilla desde atrás y le besa su bonito coño.

— Promesas, promesas. — Dice, su voz quedándose cortada por la obvia excitación.

Quiero decirle que esta es la noche en que haré más que besarle el coño, que esta es la noche en que le daré lo que tanto ansía, pero entonces se retira, y me doy cuenta de que su teléfono está sonando.

Suelto un gruñido cuando saca el móvil de su bolso, quiero seguir presionado contra ella y decirle palabras sucias al oído otra vez, pero es alguien del albergue con una pregunta y entiendo que tenga que salir de la fiesta para responder a esa llamada. Así que me reajusto cierta parte de mi cuerpo discretamente y me consigo una bebida, sintiéndome de repente gruñón y cansado sin ella, mi bichito, y esa odiosa voz resurge en mi cabeza de nuevo.

Quedan menos de tres semanas.

Menos de tres semanas.

Librería Digital

— ¡Sean Bell! — Dice una estúpida voz cercana, me giro y trato de ser educado, porque no es su culpa que no sea Zenny y que por lo tanto no me interese. — ¡Han pasado siglos! Soy Hayley ¿Me recuerdas? Y estos son Sophia, Todd, Katelyn y Jeremy. Sophia, Sean solía trabajar con Mike, antes de que Mike pasase a consultoría.

Y antes de que me dé cuenta, soy engullido por completo por un grupo estúpido de gente y sus estúpidas charlas.

Se hacen las presentaciones, por lo visto yo solía trabajar con *Mike,* y si es el Mike que estoy pensando, Hayley debería divorciarse y llevárselo todo. En la oficina, solíamos llamarlo Mike cocaína, hasta que una noche peluda y muy ilegal con una escort con un banco del parque incluido, se ganó el nuevo mote de Mike Doble Condón.

Ugh. No puedo creer que haya podido quedar con ese tipo. O cualquiera como él.

¿Por qué estoy pasando tiempo con esta gente? Paseo la mirada por el grupo de gente que está cotorreando en mi cara, y todo lo que veo son caras de gente que se creen que se lo merecen todo, egocentristas, graznando como gansos sobre sus vidas egocéntricas y sus derechos. Siento la misma ola de incomodidad que percibí anteriormente con Valdman, pero incluso más fuerte esta vez.

Esto no me gusta, noto, y el entendimiento es como un leviatán rodeando mi balsa. *No me gusta esta gente y no me gusta esta vida*.

Es algo terrible de considerar, porque he pasado cada año desde que me gradué en la universidad trabajando para estar aquí. Trabajando por el dinero y las fiestas, y las divertidísimas pero asquerosas noches con tipos como Mike Doble Condón.

Están hablando de Zenny como si no estuviera presente, oigo como toma aire a mi lado, y me doy cuenta de que le estoy apretando la mano demasiado fuerte. Le doy un pequeño apretoncito como disculpa y me giro hacia el grupo de gansos basura dispuesto a hacerlos pedazos.

Librería Digital

Lo cual ocurre justo cuando Sophia o Hayley dice una última cosa terrible. — Oh, ¡Así que eres una invitada! — Dice, dándole un toquecito juguetón en el hombro. — ¡Deberías haberlo dicho!

— Quítale tus jodidas manos de encima. — Digo en lo que creo es un admirablemente tono calmado, dada la situación. Porque ya me ha quedado bastante clara la dinámica que está en juego, y estoy más que furioso, más que enfadado, más allá de todo eso junto. Estoy bíblico, soy Jehovah cuando encuentra a Israel alabando a dioses falsos, voy a aniquilar a estas hijas de puta, voy a desatar plagas y ver como las llagas, los fuegos y el hambre se comen sus cuerpos en vida.

Y langostas. Voy a matarlas con langostas también.

— ¿Qué? — Sophia/Hayley se ríe de manera nerviosa, seguramente piensa que oyó mal. Lo más seguro.

— Dije. — Digo de nuevo con un tono que considero bastante calmado dadas las circunstancias. — Quítale tus jodidas manos de encima a mi cita. Y que no se te vaya a ocurrir insinuar que no pertenece a algún sitio nunca más en tu puta vida.

Lo que sigue es un profundo silencio apropiado, me enderezo un poco, sintiéndome ligeramente mejor, aunque aún con ganas de aniquilarlas. Y entonces Sophia/Hayley se ríe. — ¡Oh Dios mío Sean! ¡Eres tan gracioso! — Y sus amigas se empiezan a reír también, como borregos, completos idiotas, y estoy confundido.

A menos que…

A menos que para ellas tenga más sentido que yo esté bromeando, en lugar de decirles que no insulten a la chica que tengo de la mano. Una chica que da la casualidad es de color.

Y eso, bueno, eso me tiene queriendo echar jodido fuego por la boca.

Lo jodido es, que si me llegas a preguntar esta mañana qué es el racismo, te hubiera dado una respuesta que incluiría insultos, asientos de autobús y lanzamiento de rocas,

hubiera dicho que nunca he presenciado el racismo, incluso hubiera mencionado que vivimos en un mundo post-racismo y que el racismo se ha acabado.

Y lo extra jodido de esto es que, basado en las palabras por sí solas, podrías decir que todo está bien, que solo fue un malentendido. Pero no lo fue. Porque yo estaba aquí y escuché el desdén en el tono de esa mujer, las capas y capas de suposiciones que hacía sobre Zenny simplemente con unas cuantas palabras descuidadas. Es peligroso por lo sutil que fue, lo insinuante, Casi demasiado difícil de pillar, y cuando ya lo tienes puesto en una tabla para examinarlo, moviéndose como un gusano, trata de cambiar de forma, trata de esconderse en plena vista.

¿Y lo extra, extra jodido? Hay una asquerosa parte de mí casi instintiva que quiere crear una excusa para Sophia/Hayley, que quiere justificarla o defenderla, y tan pronto como descubro el porqué de ese impulso, el autodesprecio se agita en mi estómago violentamente.

Abro la boca para decir más, para dejar las cosas claras a estas malditas personas, pero antes de que me salga una palabra, Zenny les lanza una sonrisa a todas y tira de mí. — Lo siento mucho, necesito tener unas palabras con Sean, un segundo.

Y antes de que me dé cuenta, estoy en un inmenso y extraño pasillo fuera de la sala de celebración, escondido tras una planta, donde no puedo matar a nadie. Antes de que Zenny diga una palabra, mis ojos están puestos en las puertas de la sala, pero seré paciente y dejaré que me diga lo que sea que me tenga que decir con tanta urgencia y luego volveré ahí dentro y las mataré a todas, voy a matarlas y pisotear sus cadáveres en el suelo de parqué hasta que estén tan planos que Zenny y yo podamos bailar encima.

Entonces me calmaré, decido. Una vez que hayamos bailado un vals en sus cadáveres.

— Deja de portarte como un gilipollas. — Dice Zenny, y no es para nada lo que pensé que iba a decir, y también durante la última semana me he acostumbrado a esa

Librería Digital

palabra, *gilipollas*, aferrándome a ella como nuestra palabra de seguridad y marcándola en mi mente como la señal para retirarme.

Así que quito los ojos de la sala de celebraciones y me centro en *ella*, mi bichito, que está hermosa y es como una combinación de enfado, diversión, molestia y… ¿Pena, quizás?

Hago una respiración profunda, tratando de contener mi furia, ya que no va dirigida a ella, y no quiero que piense ni por un segundo que es así. — Pero Zenny, estaban diciendo.

— Lo sé.

— Actuaban como si tú.

— *Lo sé* Sean. Lo sé.

¿Cómo puede decir que lo sabe y actuar como si no quisiera arrojar aceite hirviendo sobre cada uno de ellos en esa maldita sala? — Zenny, actuaban así porque eres. — Y ahí flaqueo, porque sigo enfuriado, y decir la verdad sin rodeos en voz alta se siente como si tuviera un nido de avispones en la boca. — Porque.

— Porque soy negra. — Dice. — Pensaron que trabajaba en el evento porque soy negra. Me vieron, una mujer negra, en el que creen que es "su" espacio, y para ellos era una suposición lógica el pensar que yo era una ayudante.

— Pero… Eso es una putada. — Protesto.

— Lo sé.

— ¿Por qué *no* iba una mujer negra a encajar ahí? ¿Por qué iba a ser lo más probable que fueras una camarera en lugar de pertenecer ahí?

— Lo sé Sean. No tienes que decírmelo.

Librería Digital

— ¡Y la parte en que aceptaron que pertenecías ahí solo después de darse cuenta de quién es tu padre! — Digo echando humo, apenas escuchándola ahora, perdido en mi propia rabia. — ¡Eso casi lo hace aún peor! Algo como, oh, ¿Ahora sí porque aprobamos quienes son tus padres?

— Sean. — Dice Zenny, levantando una mano. La primera señal de impaciencia se refleja en su voz. — Por favor. Sé todo esto.

— Pero. — Farfullo. — ¿Entonces cómo puedes estar tan tranquila? ¿Cómo puedes vivir con ello?

Esto la pone de los nervios; puedo verlo en el destello color cobre de sus ojos.— Esta es mi vida Sean. Lidio con esto todos los putos días. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿No vivir? ¿No ir jamás a ningún lado? ¿No hablar con nadie jamás?

— Pero entonces ¿Por qué no te *cabreas*? — Ordeno.

— ¡Porque no puedo! — Zenny explota, sus palabras son fuertes y tiembla de la frustración. Y luego, aclarando la garganta y echando un vistazo al pasillo vacío, dice de nuevo. — No puedo enfadarme, porque si lo hago, entonces soy la Mujer Negra Enfadada. Si admito que hieren mis sentimientos, soy muy sensible. Si pido a la gente que me tengan consideración, entonces soy agresiva. Si les devuelvo la broma, soy impertinente o una insolente. Si lloro, soy súper sentimental. Si no tengo ninguna reacción, soy intimidante o fría. ¿Ves? No hay una manera en la que pueda reaccionar y ganar. *No puedo ganar*.

Sus palabras hacen una ranura en mí, en mi corazón en el espacio que se ha abierto solo para ella en esta última semana, y en mi mente, donde admito que viven mis conceptos de justicia equivocados. Me duele ella. Quiero sangrar por ella. Quiero arreglarlo.

Quiero arreglarlo.

Quiero arreglarlo.

Librería Digital

Quiero arreglarlo.

— OK. — Digo. — Pero *yo* sí me puedo enfadar, déjame volver allí y…

— Sean. — Dice abruptamente. — Para. Si vuelves ahí y haces algo más, los títulares no van a ser "Noble Sean Bell Defiende Heroicamente a Mujer Joven", aún va a ser "Chica Negra Causa Una Escena".

— Pero…

— Me hará quedar mal. Y… — Añade en tono de derrota. — Hará quedar mal a mis padres. No puedo arriesgarme. No puedo arriesgar su reputación solo para que *tú* te sientas mejor. Por favor, dime que lo entiendes.

Y de repente, siento como si diecisiete emociones colapsaran en mí todas a la vez. La ira, la honradez y mi preocupación por ella, la necesidad de protegerla y, ugh, pensamientos asquerosos para tenerlos en este momento, cuando debería de centrarme en Zenny, pero ahí están.

Y me doy cuenta que todos esos flashes de vergüenza y autoprotección están ahí porque soy tan culpable como Sophia o Hayley, quizás no esta noche, quizás no de esa manera, pero culpable al fin y al cabo. De suposiciones y palabras sin cuidado. De su falta de amabilidad y de respeto. Nunca en mi vida me han puesto en una posición como en la que estuvo Zenny esta noche, una posición en la que se encuentra a diario, y con profundo y horrible arrepentimiento, reconozco que a veces, he estado en el otro lado. Las veces que he sido el ganso basura, el que roció la habitación casualmente con su actitud de todo me lo merezco.

No soy inocente de causar algún daño y el pensamiento es doloroso.

— Zenny yo, yo he hecho putadas así también. — Quiero acercarme pero no me lo permito. No lo merezco. — Quiero decir, sé que lo he hecho.

— Me sorprendería que no lo hubieses hecho. — Dice Zenny. — Eres un hombre blanco, hetero, del medio oeste.

Librería Digital

— Yo… — Paro, porque aún siento una hinchazón de autoprotección, porque no puedo prevenir esas cosas, no puedo cambiarlas, pero a juzgar por lo que acaba de pasar en la sala, me han dado lecciones, me han hecho ver el mundo como lo veo, y probablemente no para mejor.

— Incluso las buenas personas pueden hacer o decir cosas racistas. Incluso los chicos blancos con un mejor amigo de color. — Saca una pequeña sonrisa al decir la última parte y yo resoplo una bocanada de aire con autocrítica.

— Qué estúpido he sido, siempre supe que Elijah era negro, que tú también lo eras. No es que no lo supiera, pero nunca pareció diferente, con tantas cosas que teníamos en común. Solo que nunca pensé lo suficiente en algo más que no fuera en mí mismo para considerar lo que podía significar para ti…

— No pasa nada. — Dice, y toma mi mano. — No nada como que voy a absolver alguna cosa… Sino porque estás aprendiendo. Y aprender es bueno.

Miro su adorable rostro, que se ve triste y cansado, y aun así, más adorable considerando todo esto. — ¿Cómo puedes querer cogerme de la mano? ¿Cómo puedes querer tocarme?

Ella pone sus manos sobre mi pecho, y desliza sus brazos alrededor de mi cintura, en un completo abrazo. No puedo contenerme; La aprieto fuerte contra mí y entierro la cara en su cabello. — Estoy segura de que podría decir algo inteligente y perspicaz acerca de las interacciones humanas como el epicentro de lo que es aceptable y no dentro del concepto de la marginalidad social, pero no se me ocurre ahora mismo. — Dice en mi pecho. Aprieta sus largos brazos alrededor de mí. — Todo lo que puedo pensar es que confío en ti. Aún me gustas. Aún te deseo.

Eso no cambia la realidad, pero estoy dispuesto a enfrentarla contigo.

Eso es lo que ella dijo la noche que hablamos sobre *nosotros* y como sería estar *juntos*, y aquí estamos. Enfrentándola. Pensé que sería solo por nuestra edad, por nuestra conexión mutua con Elijah, pero esto es algo completamente diferente.

Le recuerdo lo que una vez dijo, y siento su sonrisa en mi pecho.

— Has perdido tu oportunidad como profeta. — Digo. Y ella suspira. No uno triste o feliz. Solo un suspiro.

— No hace falta ser profeta para saber que estas cosas pasarán. — Dice ella.

Lo cual me hace enfuriar de nuevo. — Quiero construir una torre alrededor de ti, y luego un castillo alrededor de esa torre, y excavar una fosa alrededor de éste, y entonces hacerte guardia como un dragón. Quemar a todo aquel que quiera hacerte daño hasta hacerlo cenizas y luego chamuscar esas cenizas una segunda vez.

Ella no contesta con palabras, simplemente entierra su cara en mi pecho. Y nos quedamos de pie juntos, abrazándonos fuerte, respirando en armonía, su mejilla en mi corazón y mis labios presionados en la parte superior de su cabeza.

— Te estoy manchando el esmoquin con maquillaje. — Murmura, pero no la dejo moverse.

— Que le jodan al esmoquin.

Por fin, ladea la cabeza y la levanta para mirarme con ojos. — Llévame a casa. — Dice.

Y yo lo hago.

Librería Digital

Capítulo 21

MI APARTAMENTO no es otra cosa que luz de luna.

Abro la puerta para Zenny, y cuando la vuelvo a cerrar con pestillo, no me molesto con las luces. No me molesto en hacer nada, en realidad, excepto ponerme detrás de donde ella está junto a la ventana y besarle el cuello. Su aroma como siempre es de rosas, y su piel es suave y deliciosa. No puedo parar de besarle el cuello, el hombro, el punto secreto detrás de su oreja. Ella suspira para mí, y esta vez es un suspiro de deseo contenido, estira las manos y las levanta para enlazarlas en mi cabello y mantener mi boca pegada a su cuello. Ese simple gesto me tiene duro como una piedra, palpitante con la necesidad de follarla.

— ¿Esta noche? — Pregunta.

— Esta noche. — Confirmo, y la levanto en mis brazos con facilidad, para llevarla como si fuera una novia a mi habitación. Ella mueve los brazos por mi cuello y se siente tan bien, me encanta. Ella es todo lo que quiero y lo que siempre querré, y casi no quiero soltarla cuando llegamos a mi cama.

— ¿Es esto lo que quieres hacer? — Le pregunto en lugar de eso, todavía sosteniéndola con fuerza. — ¿Aún soy el hombre con el que quieres hacerlo?

— Sí. — Dice simplemente. — Y sí.

— ¿Estás segura? Sé que dijiste que una parte del sexo no tiene más importancia que la otra, y técnicamente es cierto, pero esto se siente diferente.

— Sean. — Me interrumpe de manera calmada. — Si no te callas la boca y me empiezas a quitar la ropa voy a gritar.

Librería Digital

Y hago una pausa, porque aunque lo dice toda descarada y con atrevimiento, la siento temblar de anticipación y nervios. Veo la timidez escondida en sus ojos.

— ¿Lo de la chica honesta? — Pregunto una última vez.— ¿Nervios de anticipación?

— Lo de la chica honesta. — Dice con claridad. —Nervios de anticipación. *Por favor*, literalmente por el amor de Dios, hazme el amor.

No me molesto en corregir su adorable frase sobre el sexo, no sabía que había gente que aún usaba las palabras *hacer el amor,* y se dará cuenta muy pronto que no soy el tipo de hombre al que aplican esas palabras. En cambio, la dejo caer gentilmente en la cama y me pongo a gatas sobre ella, moviéndome perezosamente, acechándola muy despacio para absorber cada detalle, memorizar cada parte de esta hermosa chica que está temblando tumbada delante de mí.

Sus labios entreabiertos y sus ojos encapuchados. El piercing de su nariz haciendo destellos en la oscuridad y las sombras dando vueltas como una niebla en los huecos de su clavícula y entre sus pechos. El brillo de la piel de sus piernas y brazos, y la tentadora visión de las gotas de sudor, sus curvas inocentes bajo el insinuante raso. Sus pies con los zapatos de tacón moviéndose con nerviosismo en la cama y sus manos se retuercen ansiosas en la falda de su vestido, ninguna de las dos tiene nada que ver con la expresión de su rostro, la cual es de pura y fascinada excitación.

Ansiosa con nervios y valentía, incluso ahora Zenny es un puzle de sentimientos, estremeciéndose como si del sacrificio de una virgen se tratase pero mirándome como si fuese su próxima comida. Es cautivadora y bebo cada parte de ella. Me he follado a un sinfín de mujeres, pero esto es diferente, muy diferente, y solo tiene que ver con *ella.* Tiene que ver con este extraño agujero que ha cavado en mi pecho y dejó vacío y entusiasmado.

He soñado sobre esta noche desde la gala, exactamente cómo desnudaría su cuerpo, las etapas graduales en que le quitaría la ropa y le besaría y lamería la piel. Exactamente cómo seduciría su cuerpo dispuesto y le presentaría mi cuerpo y sus necesidades. Pero antes de ejecutar mi cuidadoso plan, Zenny estira los brazos y tira

de mi cara para darme un largo y profundo beso, uno de alientos compartidos, labios entreabiertos y sedosas lenguas. Entre nosotros, mi polla palpita como una barra de hierro viviente. Trato de mantenerla alejada de ella y se da cuenta.

— Sé tú mismo. No me trates como a un bebé. — Dice y yo recuerdo cuando una Zenny con dos colitas en el pelo nos seguía a Elijah y a mí demandando lo mismo: *No me trates como a un bebé*. Soy el chico que una vez la ayudó a atarse los cordones, a encontrar sus Barbies, y ¿Es un comportamiento reprensible o algo jodido del destino que soy yo el que la voy a iniciar en estas cosas ahora que ha crecido?

— Nunca me he follado a una virgen. — Admito. Estoy apoyándome en mis antebrazos, aún con el esmoquin, la vaporosa falda de su vestido está por todas partes, enredada en mis zapatos de salir y arrugada alrededor de uno de sus muslos y esparcida por nuestras rodillas como un mar de lágrimas.

— ¿En serio? — Pregunta. — ¿Nunca?

— Nunca. — Digo, agachando la cabeza para mordisquearle los senos a través del vestido. — Tú eres la primera.

— ¿Qué harías si no fuera virgen? — Pregunta con curiosidad, sus palabras entrecortadas por los jadeos mientras la provoco con mis mordiscos. — ¿Harías algo diferente?

— Algunas cosas.

— ¿Como cuáles?

Paso mi peso a las rodillas y los codos para poder buscar sus manos con las mías. — Bueno, primero. — Digo dejando sus pechos para besar su cuello y la mandíbula. — Inmovilizaría tus manos por encima de tu cabeza, así. — Y hago exactamente lo que estoy narrando, poniendo sus brazos por encima de su cabeza e inmovilizándolos ahí con una de mis manos aguantando sus muñecas.

Librería Digital

— Oh. — Dice debajo de mí. Y se revuelve un poco como si tuviera un escalofrío. Uno de felicidad.

— Y luego metería la mano debajo de tu vestido para checar tu coño y comprobar si estás mojada para mí. — Y hago eso también, busco el ligero dobladillo de su traje y subo la mano por su cálido muslo, pasando mi pulgar por su coño desnudo y resbaladizo. Ella deja escapar un quejido, sus piernas quedan totalmente abiertas y su espalda se arquea solo un poco debajo de mí.

— ¿No llevas bragas? — Pregunto con un gruñido, le doy un tirón a su falda y la dejo en su cintura para verlo por mí mismo.

— No llevo bragas. — Concuerda conmigo. Y definitivamente, ese coño con el que estoy obsesionado está desnudo y expuesto. La revelación de que estuvo así toda la noche, de que podría haberle subido la falda y probarla cuando hubiera querido…

Gruño solo de pensarlo, me agacho a olerla.

— ¡Sean! — Dice, su voz avergonzada cuando presiono mi nariz y labios contra su coño y aspiro profundamente. No entiendo cómo aún no ha aceptado la cosa que tengo con su coño. Me encanta todo de él; me encanta olerlo y probarlo e incluso simplemente mirarlo, que es justo lo que estoy haciendo ahora. Le separo las piernas y a la luz de la luna, me quedo mirando a su acogedora y mojada entrepierna; separo los pliegues con mis pulgares y miro ese lugar estrecho y rosado que estoy a punto de follarme. Y de repente, mirarla no es suficiente. Quiero más, más, más y me coloco entre sus muslos para darle un largo beso en el coño, me quedo ahí para darle muchos más y disfruto de los delicados arañazos de sus zapatos de tacón por mi espalda, su falda enredada en mi cabeza y de su sabor. Joder, que si disfruto de su sabor. Es dulce, íntimo y toda ella.

— ¡Sean! — Dice de nuevo, pero esta vez su tono de voz suena como si hubiera estado corriendo, como si se hubiera olvidado de respirar. — Sean, oh, oh Dios.

Librería Digital

He añadido un dedo ahora, y luego otro más, y ella está descubriendo todas las sensaciones, brazos y piernas retorciéndose, respiraciones jadeantes y ese delicioso traje enredándose por todas partes a nuestro alrededor y entonces su primer clímax la arrasa como una tormenta, haciendo que su cuerpo se apriete alrededor de mis dedos y se restriegue contra mi cara.

Me encanta.

Estoy listo para volverlo a hacer.

Pero entonces Zenny baja de su punto cúspide y trata de tirar de mí, y yo salgo de entre sus piernas reluctante y subo, indeciso entre sí debería besarle el coño y provocarle otro orgasmo o gatear hacia sus brazos. Pero merece la pena el sacrificio de posiblemente darle otro orgasmo para que me abrace, y yo a ella, besarla y dejarla que pruebe su propio sabor de mi boca, como una gatita curiosa.

También me vuelve salvaje de ganas, y soportar que me bese así es algo cercano a la locura.

— Estás temblando. — Susurra deteniendo el beso para mirarme a la cara. Sus ojos son metálicos y su boca está mojada. Santo Dios.

Y estoy temblando. Estoy temblando porque necesito follar, tiemblo porque estoy sintiendo cosas descabelladas por la mujer a la que necesito follarme, tiemblo porque me voy a follar a la mujer de la que estoy enamorado por primera vez en mi vida.

Tiemblo porque… *Espera…*

Espera...

¿Estoy *enamorado* de Zenny?

La idea me deja pasmado incluso cuando la verdad me cala hasta los huesos, e inunda cada parte de mí cuando nos volvemos a besar, mientras pone sus piernas alrededor de mi cintura y me atrae más cerca. La amo. Amo a Zenobia Iverson, y quizás haya sido así desde que tocó a mi puerta, pidiéndome que la hiciera dudar. Puede que

desde nuestro primer beso. O la noche de la gala, cuando la conocí ya como adulta, y la seda roja besaba su piel de todas las maneras en que yo no podía hacerlo.

— Enséñame ahora. — Jadea, ajena al despertar que estoy teniendo como si la tierra estallara en mil pedazos, ajena a la verdadera fuente de mis temblores. — ¡Haz eso de enseñarme!

Aparto los labios de su boca y le beso la oreja. —— ¿Es así como quieres hacer esto?

— Sí. — Dice. — Me hace sentir… Especial, segura.

¿Cómo voy a discutir con eso?

Me arranco la pajarita y me enderezo, de rodillas, desanudándola y me quito la chaqueta. Estoy en mitad de desabotonarme la camisa cuando suelta un pequeño quejido.

— ¿Qué pasa nena?

Se muerde el labio y suelta. — Vamos a tener sexo montones de veces, ¿Verdad?'

— Montones y montones.

— Entonces deja todo eso de desvestirnos lentamente para más tarde. Quiero que me folles *ahora.* —— Suena un poco refunfuñona y eso me hace reír.

— Qué virgencita más exigente. — Murmuro, echándome hacia adelante para darle mordisquitos a su mandíbula. — Creía que se suponía que yo era el maestro aquí ¿hmmm?

— Siempre y cuando me enseñes rápido. — Dice de mal humor. Y después de desatarle la parte de arriba del vestido de la parte de detrás de su cuello, me levanto para mirarla de arriba a abajo. Su falda es un charco de agua azul verdosa en sus caderas. Sus muslos abiertos, revelando un coño mojado e hinchado después de haber sido besado. La parte de delante del vestido cae, revelando sus tersos pechos con sus

Librería Digital

puntitas paraditas. Una pequeña virgen exigente, desde luego, todo trazo de nerviosismo se ha fundido y dejado solo el deseo natural a su despertar.

Dejo que mi mano vague por su vientre y se pare en su cadera para mantenerla quieta mientras llevo mi otra mano a la cremallera. Tenerla inmovilizada de esta manera mientras me saco la polla con una sola mano se siente sucio, solo en este sentido, y a juzgar por su manera de retorcerse y morderse el labio mientras observa como trato de abrirme el pantalón, ella siente lo mismo.

El jadeo que deja escapar una vez que mi polla se libera eclipsa al mío propio, como si sintiera la incomodidad de mi excitación atrapada tan intensamente como yo lo hice. Le tomo la mano y la acerco hacia mí, la guío para que me la coja y acaricie. Gruño con placer por su aún incierta manera de manejarme la polla.

— ¿Sientes lo dura que está nena? — Pregunto. — Está así por ti.

Hace un pequeño ronroneo de satisfacción por lo bajo, pero sin mirarme, sus ojos posados en el crudo grosor de mi erección en su mano.

— Aquí. — Digo, llevando su mano y colocándola alrededor de la punta de mi polla.— Con esto es con lo que empezaré. Con la punta. Encontraré el lugar donde estás mojada y apretada y comenzaré a empujar. Se va a sentir grande Zenny, tan grande que creerás que te partirá en dos, y justo cuando pienses que no puedes soportarlo, empujaré un poco más. — Rodeo con mi mano la suya y empujo hacia abajo, justo debajo del glande. — Te estaré estirando para que me tomes, te acariciaré y frotaré todo el tiempo para que el estiramiento se sienta bien, para que sientas que eso es lo que necesitas.

— ¿Y luego? — Pregunta en un susurro, levantando la mirada hacia mí.

Guío su mano hacia la base. — Y luego estaré completamente dentro de ti, y se sentirá tan bien, nena, tan lleno, más lleno de lo que nunca antes habías sentido. Entonces empezaré a moverme, a deslizarme. — Convenzo a su mano de que imite el movimiento. — Y así es como comenzaré a embestirte. Así es como follaremos.

— Sí. — Dice, luciendo un poco aturdida y muy emocionada. — Así es como follaremos.

Me estiro hacia mi mesita de noche y cojo un condón, pasándoselo a ella una vez lo tengo. Espero pacientemente a que se las apañe para abrirlo.

— De este modo. — Digo con amabilidad, mostrándole primero lo del pellizco y el enrollado, para luego dejarla que sea ella la que lo desenrolle y me lo ponga del todo. Verla así, toda dispuesta y torpe, es dolorosamente excitante, y me pillo a mí mismo teniendo que respirar hondo, respiraciones temblorosas para evitar derribarla y follármela sin nada. Nunca me he follado a una mujer sin nada, y no es algo en lo que haya pensado mucho antes, pero Dios, la imagen de mi polla sin condón empujando en ese dulce y apretado coño…

Joder. Lo quiero. Lo quiero y nunca lo podré tener.

— Ya está. — Dice Zenny, echándose hacia atrás y admirando a mi brillante pene enfundado. Se la ve orgullosa de su obra y en realidad es encantador. Está sentada en una piscina de raso evuelto, despreocupada y bien satisfecha. Mira mi erección como si fuese un proyecto que tenía que terminar y por el cual ha ganado una buena nota.

— Qué buena estudiante. — La alabo. — Buena chica.

Se ve orgullosa.

— Ya es hora cielo. Túmbate.

Y ella lo hace, se abre de piernas sin decirle nada, y también la alabo por ello, por ser tan lista, por ser tan perfecta. Me echo hacia adelante y coloco una almohada bajo su cabeza, y luego le doy un ligero beso en los labios.— Observa. — Le digo, y con almohada bajo la cabeza, puede y lo hace. Ella observa cómo me arrodillo entre sus piernas y me echo sobre ella, con la pajarita colgando entre los dos. Podría arrancarla pero tengo las manos ocupadas y sinceramente, no me preocupa en este momento.

Voy a follarme a la mujer de la que estoy enamorado, y eso es todo lo que importa.

Me acerco a ella y con la polla en la mano, le acaricio la entrada. La punta es gorda, ancha, y mucho, mucho más grande que la rajita con la que la estoy frotando, y Zenny se pone rígida en el instante en que hago contacto, en el momento en que se da cuenta de lo grande que es en realidad la polla que quiere en su coño.

Me echo hacia adelante y le susurro lo valiente que es por tomarme, lo sexy que es, lo bien que le haré sentir ese coño si me deja. Y mientras digo todo esto, sigo presionando, frotando y empujando suavemente, hasta que por fin, por fin, la punta entra dentro de ella.

Ella se arquea debajo de mí y deja escapar un sonido como si le hubieran dado un picotazo, y yo dejo escapar el mismo sonido, porque está tan apretada, Dios ayúdame, está tan apretada. Apenas estoy dentro de ella y mi entrepierna ya se contrae profundamente de calentura y necesidad de liberarse.

— Quédate conmigo. — Murmuro, y dejo caer mi frente sobre la suya. — Quédate conmigo.

Ella asiente debajo de mí, y levanta los brazos para entrelazarlos detrás de mi cuello, un gesto que demuestra pura e intachable confianza. Confianza que no merezco, pero que haré todo lo posible por no traicionar.

— Vas a notar un pinchazo. — Le digo. — Pero no debería doler, ya que estás mojada y lista para mí. Pero si duele, avísame y yo lo arreglo.

Ella asiente de nuevo. — OK, yo… — Me hace el más tentador de los movimientos con sus caderas y casi me corro solo con eso. — Se siente mejor ahora, mete un poco más.

Levanto mi cabeza para que ella pueda levantar la suya y ver cómo meto una pulgada más. La imagen de cómo se estira alrededor de mi polla es lo más sucio que he visto jamás pero también lo más dulce que jamás he sentido. Le doy otra pulgada más. — Estás muy apretada ahí. — Siento las gotas de sudor caer por los músculos de mi espalda y mi estómago. El brazo que tengo apoyado tiembla, todo mi cuerpo tiembla en realidad por la restricción.

— Estás temblando de nuevo. — Dice ella.

— Es por ti.

Eso me hace ganarme un beso. — Más. — Exige, como una reina.

— Cariño, voy a tener que empujar. — Digo, mi voz tan temblorosa como mi cuerpo. — Estás jodidamente apretada, no puedo.

— Más. — Pide impaciente y yo empujo mis caderas hacia adelante y me deslizo un poco más adentro, arrepintiéndome de cada esfuerzo que me toma hundirme más profundamente en ella.

Ella ha estado mirando cómo he estado alimentando su coño con mi polla pero con esta última estocada, se lanza hacia atrás y cierra los ojos con fuerza.

Me paralizo. —¿Zenny?

— No es dolor… Exactamente. — Me asegura con los ojos aún cerrados. Solo que sus palabras no suenan muy tranquilizadoras. Empiezo a sacarla y sus manos vuelan de mi cuello a mis caderas.

— No. — Suplica. — Quédate. No pares. Estoy respirando hondo y…*oh*. — Esto último le sale cuando hago un mínimo balanceo adentro y afuera, para que tenga una probadita de lo que será cuando la folle de verdad.

— No me duele. — Dice de nuevo, pero esta vez sus palabras tienen como un tono de pregunta. — Me gusta.

— ¿Sí?

— Sí.

— Estoy a mitad de camino nena. — La tranquilizo. — A mitad de camino.

Miro hacia abajo al punto por donde estamos unidos y gruño. *Joder*, está apretada y solo la imagen de mi miembro duro dando estocadas a su coño virgen es demasiado.

Es la mínima parte de control que me queda la que previene que no se la meta toda de una embestida. En lugar de eso, voy agonizantemente despacio, hasta que finalmente, está toda dentro. Por fin puedo soltármela, me apoyo en los antebrazos y le sujeto la cara con mis manos.

—¿Cómo estás? —Pregunto, mirándola. —¿Bien?

—Sí. —Dice, y sus manos se van a acariciar mi pecho y estómago. —Súper.

— Voy a empezar a moverme, y jugaré con tu coño mientras lo hago. Iremos despacio al principio.

Y así es como empezamos de verdad, con lentos y suculentos movimientos, con ella pasando sus dedos por mis abdominales y yo apoyado en un brazo junto a su cabeza y la otra mano cerca de su cadera, haciendo círculos con el pulgar en su clítoris. Y le murmuro más palabras de maestro al oído, le digo lo buena que es, lo inteligente y curiosa, le digo que mueva las caderas o abrace mi cintura con sus muslos. Toma todo de mí hacer de profesor ahora mismo, todo mi control ya hecho jirones, porque ella se ajusta a mí como un guante caliente, y está tan mojada, es tan hermosa, tan perfecta, tan *Zenny*. Incluso el raso enredado por sus caderas o los imprácticos tacones en la cama. La amo y me la estoy follando, y ahora entiendo por qué uso esas palabras antes, *hacer el amor*, porque eso es lo que es esto. Es sucio, es crudo, todavía me estoy regodeando de cómo se siente tener su coño virgen en mi polla, todavía le estoy mordisqueando los pechos como un animal, pero lo que siento por ella es como si un hilo de oro brillante lo uniese todo. Es eléctrico, hay chispas por todos lados, ionizando todo, transformándolo todo en algo más que simple biología.

No puedo explicarlo porque ni siquiera lo entiendo *yo mismo*.

Solo sé que la amo.

—Sean. — Gime, su cabeza vuelva hacia atrás de nuevo, pero esta vez no de dolor, definitivamente no de dolor. — Me voy a correr otra vez. Oh Dios, oh Dios mío.

Librería Digital

Con un quejido, se empieza a doblar y a moverse a mi alrededor, volviéndose muy apretada y deliciosa, y la diferencia entre este orgasmo y el primero es asombrosa, crucial, como si se la estuviera comiendo viva y no pudiera saciarse. Sus gemidos hacen eco por la habitación, ella se retuerce una y otra vez bajo mi cuerpo, aunque la tengo inmovilizada con mis manos y mis caderas, empalada en mi polla, ella gime y lloriquea hasta acabar con un potente temblor, y la sensación es tan carnal, tan vulgar, el que alguien te use tan descaradamente para su propio placer, y que esa persona sea una preciosa virgen que se ve tan aturdida, como si no supiera que algo podía hacerla sentir tan bien, tan bien como tu polla dentro de ella.

— Mierda, mierda, mierda. — Balbuceo, porque me estoy viniendo, me voy a correr dentro de su coño y no puedo, le prometí que no lo haría, y me salgo de ella justo a tiempo. Ambos miramos como animales cómo mi polla se para brillante y pesada entre nosotros, y tras varias violentas pulsaciones, llena el condón.

— Oh Dios mío. — Exhala. — Sean, oh Dios mío. — Y luego sus manos están por todo mi cuerpo, mientras termino de gruñir y palpitar. El condón está finalmente lleno y yo seco.

— Mierda. — Digo otra vez, y es probablemente de la manera más reverencial que esa palabra haya sido pronunciada.

Y entonces mi exigentemente ya no virgen se sienta y dice. — Quiero hacerlo de nuevo.

Librería Digital

Capítulo 22

Estoy pasmado con su ímpetu, pero ahora mismo, soy un muro inmóvil de cuidados posteriores, lo que hace que me gane un pequeño y encantador berrinche.

— Te follaré cada vez que me lo pidas. — Prometo. — Pero primero, debo cerciorarme de que estás bien.

— Estoy bien. — Hace un puchero. — Y ahora ven aquí y házmelo de nuevo.

Estoy en la puerta del baño; Acabo de terminar con el condón, y también de una sesión de diez segundos de miradas en el espejo, donde miraba a un hombre enamorado.

Nunca me había enamorado antes.

Es arrasador, desconcertante, y alegre. Como una montaña rusa corriendo salvajemente por las esquinas. Como estar en pie en una pradera en plena tormenta de verano, el agua volando te empapa la piel, los relámpagos surcando por el cielo, el viento como parte de una canción, que sabías hacía mucho tiempo pero has olvidado.

Es muy pronto pero la amo.

Ella es la hermana pequeña de Elijah y demasiado joven para mí, y solo me quiere por el sexo, pero la amo.

Va a abandonarme por su Dios, pero la amo.

Regreso a la cama y la desvisto, me desvisto yo también. Nos hago ducharnos y le salpico agua con la manguera cuando está justo fuera poniéndose el gorro de ducha y ella me arruga su linda naricita. Paso un buen rato echándole agua, enjabonándola y masajeándola, acariciándola, consintiéndola y diciéndole cuánto la deseo, lo agradecido que le estoy, lo perfecta que es.

No le digo que la amo. No porque dude, no porque sea nuevo, sino porque sinceramente creo que la espantaría, dada su reacción a mi comentario de *no hay otras mujeres que me importen de esta manera*, del otro día. No quiero asustarla, no cuando la acabo de tener, y también ¿Sería justo que lo diga? Ella no dijo explícitamente *no podemos enamorarnos* cuando estábamos discutiendo nuestro acuerdo, pero lo sentí en el aire, como una niebla espesa.

No creo que ella quiera eso de mí.

Puede que sea hasta cruel cargarla con eso cuando está a las puertas de tomar sus votos.

Así que me callo esa parte, y cuando ya nos hemos secado con las toallas, me paso otro buen rato untándole su loción y luego ella me aplica a mí, huelo a rosas pero ni siquiera me importa. Quiero oler como ella por siempre, quiero llevar rosas allí a donde voy. Uso la loción como excusa para mirarle las mordeduras de los pechos y para comprobar si le duele el clítoris. La tengo dura, y nada me gustaría más que volver a hundirme en su suave y cálida hendidura pero me niego a hacerle daño. No podría soportar herirla.

Pero gradualmente, ella me convence de que no está dolorida, de que no le duele nada, y nos ponemos a ello de nuevo, esta vez, completamente desnudos. Ella quiere tratar de ponerse encima, así que se monta en mi polla y se va deslizando hacia abajo lenta y angustiosamente. Tiembla mientras va descendiendo hasta la base y yo le digo palabras tranquilizadoras, le paso las manos suavemente por ambos lados y por las caderas. Le digo lo caliente que se ve así, montada encima de mí como una diosa, lo dulce que se ven sus senos, lo dura que me la pone ver su coño todo estirado en mi base, como si apenas le entrara. *Apenas le entra* y el pensamiento es totalmente grosero, pecaminosamente vulgar.

Así que, por supuesto, comparto eso con ella también.

Librería Digital

Ella se mueve hasta alcanzar un orgasmo con gemidos y estremecimientos, uno que soporto de manera más estoica que el de la última vez, y cuando ha acabado, trato de quitarme el condón.

— No. — Insiste, desmontándome como si fuera su corcel, su semental.

Dios, ese pensamiento no debería ser tan erótico como lo es, pero joder, no puedo evitarlo.

Ella coloca su mano en mi cintura. — Córrete en el condón de nuevo. — Dice con sus ojos brillando en la oscuridad. — Me gusta verlo.

— Tus deseos son órdenes. — Susurro, y mientras se arrodilla junto a mí, mi pequeña antropóloga, me cubro la polla mojada con los jugos de Zenny con la mano y me hago una paja.

Estrictamente hablando, correrme con un condón puesto no es algo que disfrutaría, pero eso ahora no importa. Con Zenny a mi lado, sus tetas perfectas ahí colgando cuando se echa hacia adelante para tener una mejor vista, y su adorable y fascinado rostro de perfil, con su naricita de botón y sus largas pestañas, no me toma mucho tiempo. Solo tengo que jalarme unas cuantas veces para que mi erección se hinche en el condón y mis chorros de liberación comiencen a brotar.

Es crudo, de algún modo, crudo y un sentimiento casi sucio, lo cual es sorprendente, dado que es quizás el acto sexual más limpio que uno pueda realizar, pero hay algo sobre cómo mi polla queda atrapada ahí dentro con sus propias sobras, algo sobre cómo muestra mi ruda manera de correrme.

Lo suficiente para hacer que a un hombre se le ponga dura de nuevo.

Y es así como terminamos haciéndolo por tercera vez, esta vez enredados y de lado, una de sus piernas arriba sobre mi cadera y mis brazos agarrándola fuertemente. Es lento y lánguido, y cuando ella se corre, es casi en silencio: su respiración y las contracciones en mi polla me dejan saber que está sucediendo.

Librería Digital

Me hago una paja por última vez, sí, en el condón una vez más, no puedo negarle nada a Zenny, ambos nos limpiamos y nos metemos en la cama como dos niños cansados que llegan a casa de un parque de atracciones. Exhaustos físicamente, eufóricos mentalmente, y nos dejamos llevar por los brazos de Morfeo en el minuto en que cerramos los ojos.

— Gracias. — Dice Zenny, acurrucándose conmigo. — Fue todo lo que había deseado. Más de lo que jamás hubiese podido desear.

— No, gracias a ti cariño.

Y casi no le pregunto, porque la noche ha acabado de manera tan perfecta, tan dulce, pero tengo que hacerlo. — Zenny ¿qué paso con Northcutt hoy?

Ella bosteza y yo me relajo un pelín, porque no creo que estuviera bostezando si fuese algo terrible. — Quedó conmigo y la Madre Reverenda, trató de convencernos de enviar un comunicado de seguimiento a los medios, diciendo que Valdman and Associates solo nos han ayudado, que todo fue un malentendido, etc, etc. Le dijimos que no.

El alivio y el deleite se ciernen sobre mí al mismo tiempo. — ¿Tú le dijiste que no? ¿De esa manera?

— La Madre Reverenda lo hizo. Entonces él se empezó a comportar como un mierda y ella le pidió que se largase de su oficina y él lo hizo. Ella puede ser muy intimidante cuando quiere.

Me imagino la escena, el estúpido de Northcutt huyendo de la oficina con el rabo entre las piernas mientras una señora mayor con un sombrero de monja gigante le echa la bronca en el proceso. Es algo muy agradable de imaginar.

— Entonces ¿Tú estás bien? ¿Ella está bien? Me entró una preocupación del carajo cuando me enteré.

Librería Digital

— Estamos bien. — Dice adormilada. — Lo creas o no, nosotras podemos defendernos sin que Sean Bell acuda a salvarnos. — Ella me da unos toquecitos en el pecho como si yo fuese un oso amansado que piensa que es feroz pero en realidad es un bulto viejo e inofensivo.

— Lo sé, lo sé… Solo quiero que estés a salvo, eso es todo. Yo... — Palabra incorrecta ¡Sean! — Tú me importas.

— Mmm tú también me importas. Y me gusta que yo te importe.

Lo dice así de sencillo, media dormida y es lo último que dice antes de sumirse en un sueño, totalmente agotada después del sexo.

¿Y yo? Me quedo despierto durante un buen rato, mi cerebro dando vueltas con esta cosa nueva, este nuevo amor. Este amor que no podré mantener jamás.

LA SEMANA SIGUIENTE pasa como una niebla de sexo y trabajo. Encontramos un ritmo que es imposiblemente perfecto para ambos, sexo en la mañana, luego trabajo para mí y clases y turnos para ella. Por la tarde, ella tiene sus responsabilidades en el albergue y yo empiezo a acompañarla, porque no puedo soportar estar apartado de ella, por supuesto no puedo simplemente merodear alrededor de ella y robarle besos cuando nadie está mirando; me pone a trabajar en la cocina. Y luego nos vamos a casa y follamos hasta bien entrada la noche. Su curiosidad no tiene límites, la hace valiente, ella prueba el tapón anal y le encanta. Follamos en todas las posturas que quiere probar, en todas las que se me ocurren, nos escondemos una vez en mi oficina y otra vez en la esquina de un restaurante barato. Nos abrazamos, vemos películas juntos y yo ardo por dentro con este amor secreto que tengo por ella. Nunca tengo suficiente.

Trato de hacerla dudar.

Pero nunca funciona.

Librería Digital

Y es algo que arde, el darse cuenta que incluso cuando trato con todas mis fuerzas, cuando le lanzo todas las razones por las que siempre odié a Dios y la Iglesia, no logro quebrar su fé, así como su amor lo hace conmigo. No puedo escarbar lo suficiente para alejar su conexión con Dios, de la manera que ella escarbó un agujero en mi corazón que se niega a llenar.

No concibo el decirle que la quiero. Se siente como algo manipulador… De algún modo, y también estoy aterrado. Creo que no sobreviviré si se lo digo y lo ignora. Si me ignora. Hasta puedo imaginármelo en mis peores momentos, como su boca se suaviza con pena y sus ojos brillan de compasión.

Sean, me siento halagada, diría, y luego haría algo mortificante, como darme un golpecito en el hombro. *Pero sabes que no siento lo mismo. Sabes que nunca sentiré lo mismo que tú.*

Dios, la puta ironía, un pecador que ama a una monja. Es agonía, estoy muriendo. Y aunque ando en llamas con esto de amarla, estos pensamientos vienen a mi mente de la nada, como gotas de lluvia en un día soleado.

Gota número uno: Estoy celoso de la relación de Zenny con Dios, no celoso como alguien se pondría al ver a su persona amada con otra persona, sino celoso de que tiene esa relación. Celoso de que es lo suficiente madura como para enfadarse por todo el dolor que hay en el mundo, acusar a Dios de no hacer lo suficiente, y a la vez, trabajar para cambiar la situación en su nombre.

Gota número dos: Zenny me recuerda a todas las cosas que solía amar sobre Dios. El sentido de la curiosidad, la valentía, un sentimiento turbulento enlazado con la paz más profunda. Cosas que sentí sobre Dios hace mucho, mucho tiempo, y sobre mí mismo.

Gota número tres: Si amar a Zenny es parecido a la manera en que ella ama a Dios, entonces entiendo el por qué ha elegido ese estilo de vida.

Me di cuenta de que, el estar furiosa con Él, no era lo mismo que querer sacarlo de mi vida. Eso es lo que dijo mamá el día que la encontré con el rosario. ¿Qué pasaría si

eso fuese cierto para mí también? ¿Es odiar a Dios lo mismo que no creer en Él? ¿Se puede odiar algo en lo que no crees?

Y cuando digo que odio a Dios ¿Qué quiero decir? ¿Quiero decir que estoy enfadado por lo de Lizzy, porque los humanos que se supone que debían servir con bondad eran en realidad monstruos, y que todo es por Su culpa? ¿Quiero decir que no quiero pensar en Él nunca más? ¿O me refiero a encolerizarme con Él, chillar, caminar de un lado a otro, gritar, y hacer que me escuche? ¿Hacerle que sea testigo, escuche y presencie mi dolor?

Y una noche, en la oscuridad, mientras Zenny duerme, dejo escapar un pensamiento hacia arriba como si fuese un globo.

—*Aún te odio*. — Digo hacia el techo. *Nos fallaste a todos y nunca te lo perdonaré*.

No ocurre nada. El techo sigue siendo el techo, mi habitación permanece en silencio, salvo por los suaves ronquidos de la monjita que tengo a mi lado. No hay arbustos en llamas o profetas brillando sacando la cabeza por las paredes.

Excepto, que cuando se lo cuento a Zenny a la mañana siguiente, ella me lanza una sonrisa comprensiva y una mirada con compasión.

— Sean. — Dice. — Eso fue una oración. Rezaste.

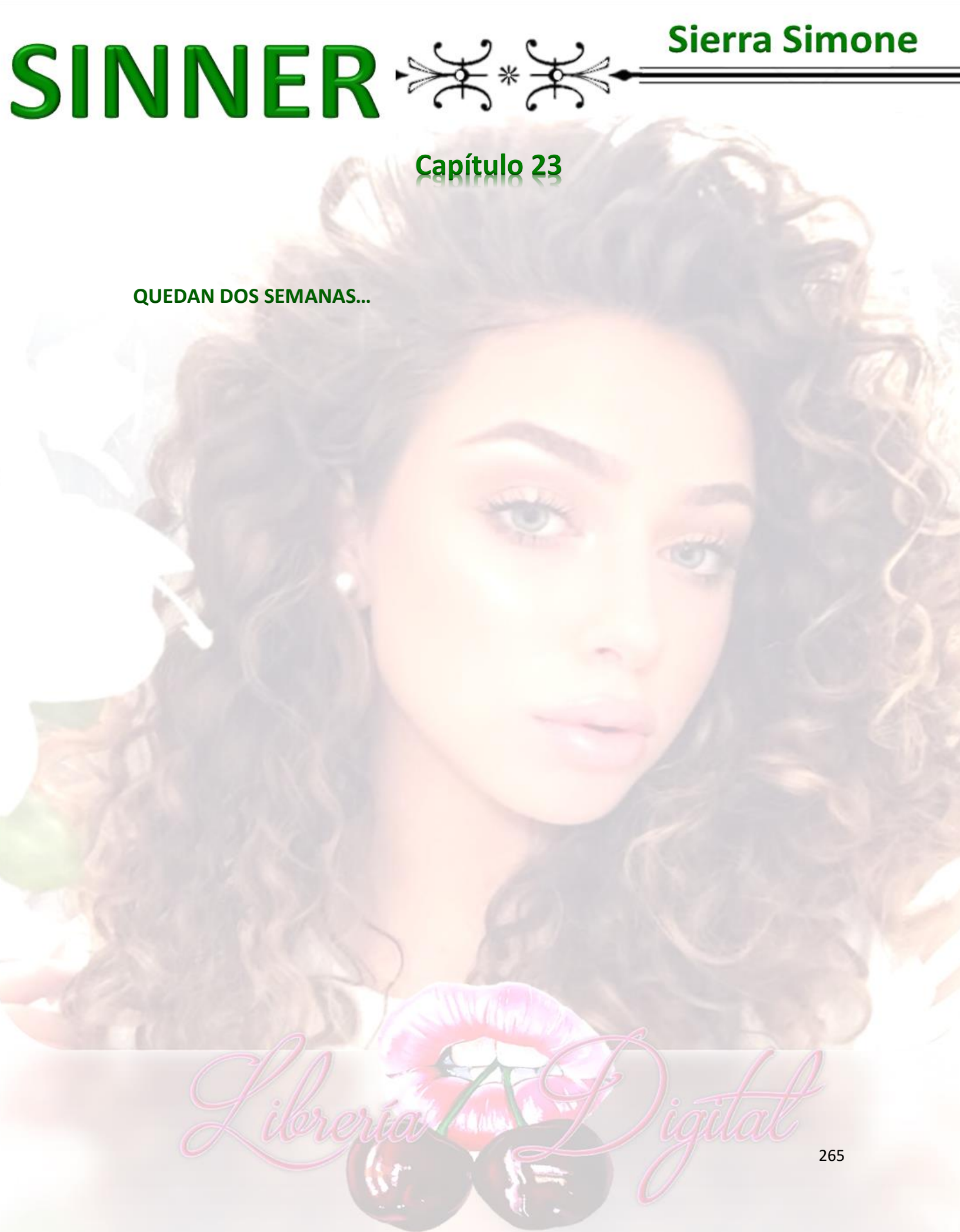
Es como mirar hacia arriba y ver que el cielo es verde, este pensamiento.

Me persigue durante días.

Librería Digital

Capítulo 23

QUEDAN DOS SEMANAS…



Librería Digital

Capítulo 24

ME QUEDO MIRANDO el teléfono durante un minuto antes de volverlo a deslizar en mi bolsillo. El dueño de la propiedad se me ha adelantado y está hablando de tonos brillantes con la Madre Reverenda y con Zenny, haciendo gestos hacia ventanas y luces de soporte. Debería estar ahí con ellas, y lo estaré.

En tan solo un momento.

Es otra obstrucción del intestino, me había explicado mi padre. No saben si es un brote de lo que ya tiene o si es algo nuevo, quizás le encontraron algo en los intestinos.

Adherencias de la última operación. Le hicieron una succión de estómago para aliviar la presión; está a punto de entrar para un escáner TAC (Tomografía Axial Computarizada).

Es curioso cómo las cosas pueden desmoronarse tan rápidamente. La semana pasada estaba guardando platos y discutiendo conmigo sobre Dios… Y ya estamos de vuelta en el hospital, posiblemente enfrentándonos a otra operación.

Echo un vistazo a mi reloj. Son las 4:13 ahora, y papá piensa que mamá habrá acabado su escáner y estará de vuelta en su habitación antes de las Seis. Eso me dará el tiempo suficiente para terminar el tour, dejar a Zenny en el albergue y a la Madre Reverenda en el monasterio.

Mantente, idiota, me reprendo a mí mismo. Porque mis manos están temblando, y durante un estúpido minuto todo lo que siento es temor y agotamiento. Porque sé que cuando llegue al hospital, tendré el deber triple de reconfortar a papá, lidiar con los médicos y hacerle compañía a mamá. Quiero a mi padre, pero él apenas puede ser fuerte por ella, no puede ser fuerte por él mismo. No se puede contar con él para hacer preguntas difíciles, para perseguir a las enfermeras y exigir información sobre cuál es el próximo paso a seguir con mamá.

Tengo que hacerlo yo.

Respiro hondo y alcanzo al grupo.

— Y aquí, podemos construir una oficina para usted. — Está diciendo el propietario.

La priora asiente pensativa. — Y ¿El coste? — Pregunta.

— Bueno, lo ideal sería… — Empieza el dueño mientras la priora lo analiza. Está en sus setenta y tantos, es negra, bajita, robusta, con enormes gafas y manos arrugadas y expresivas. Las tiene cruzadas sobre el vientre mientras espera a que él termine de decir la estupidez que vaya a decir.

Él lo reconsidera, inteligentemente. — Con gusto, haría las renovaciones yo mismo.

— Oh, qué amable de su parte. — Dice la Madre Reverenda. — Eso sería un regalo maravilloso. — Lo dice de manera genuina, que hasta *yo* puedo sentirlo, y creo que *está* verdaderamente agradecida. Pero también sé reconocer como hombre de negocios que soy, que está consiguiendo lo que necesita de él, y solo le tomó una mirada silenciosa. Me pregunto si dará clases.

Y ya todo está hecho. La priora aprueba el sitio, ambas partes firman un contrato provisional que yo redacté y luego me dispongo a sacarlas de la propiedad. No puedo darle a Zenny un beso de despedida con la Madre Reverenda esperando en mi coche junto a la acera, pero sí me bajo del coche y la acompaño a la puerta de entrada y le digo cosas que tienen a sus pestañas aleteando hasta que desaparece dentro. Entonces, vuelvo a subir al coche, para llevar a la Madre Reverenda de vuelta al monasterio, el cual es una casa vieja en expansión en el centro de la ciudad.

— Así que tú eres el hombre que está acostándose con Zenobia. — Dice la Madre Reverenda antes de que pueda abrocharme el cinturón de seguridad.

Mi mano se revuelve por el cinturón durante un minuto; Mil situaciones horribles e incómodas se me vienen a la mente, las peores sobre Zenny siendo exiliada de esta

Librería Digital

vocación que tanto ama y la no tan mala, sermones que no son bienvenidos sobre castidad y decencia.

Se me pasa por la cabeza, como una sombra desesperada por conveniencia propia, que podría mentirle. Podría decirle que solo estoy ayudando con esta mudanza del albergue y tratando de recompensar lo de mi parte en el caso Keegan. Podría decir que Zenny es solo una vieja amiga y solo la veo como una hermana pequeña y simplemente la estoy cuidando, para tranquilidad de Elijah.

Pero justo después de la sombra, me viene un fugaz enfoque de luz.

No puedo mentir.

No solo mentir a la Madre Reverenda sospecho sería un poco inútil, pues se daría cuenta enseguida y estaría, comprensiblemente, poco impresionada con mi mentira, sino que no puedo evitar pensar que Zenny no querría que mintiera. Que le gustaría que fuese honesto sin importar las consecuencias, porque ella haría lo mismo en mi lugar. Porque ella ha vivido siendo honesta, incluso si eso le ha costado su identidad como hija modelo de los Iverson, incluso cuando eso decepcionó a sus padres. Y aquí estoy, un millonario de treinta y seis años, tomando ejemplo de valor de una universitaria. Cuando esa universitaria se trata de Zenny, sería un idiota si no siguiera su ejemplo.

Y de manera animada, me doy cuenta de que, cualquier sermón solo podrá durar lo que dure el trayecto al centro de la ciudad, que suele ser de unos quince minutos con el tráfico de la tarde.

Termino de abrocharme el cinturón, arranco el coche y echo un vistazo a la priora.

Ella me está mirando de manera serena, con las manos cruzadas en el regazo, el tocado de su cabeza hace que sus ojos tras las gafas se vean incluso más grandes, ineludibles.

— Sí. — Digo. No sé qué otra cosa decir así que devuelvo mi atención a la carretera, doy marcha atrás y nos ponemos en marcha.

—¿Y?

Bueno, eso no era lo que esperaba. ¿Es que espera algún tipo de informe? ¿O es que ya me toca un sermón y quiere empezar haciendo que cuente lo que he hecho mal, como un colegial?

— Y ¿qué Señora?

Ella hace un sonido, ese que hace la gente mayor cuando creen que los jóvenes están siendo deliberadamente obtusos. — ¿Cómo está? ¿Cómo se siente? ¿Dónde se encuentra su corazón? Puede que yo sea su mentora, pero tú eres su amante, seguro que sabes esas cosas.

Mi mano se abre y se cierra sobre la palanca, tratando de encontrar las palabras. Intentando describir a Zenny con algún tipo de extravagante relato moral, y dentro del poco tiempo que este trayecto permite, es imposible. Zenny desafía toda simple observación y explicación. Forma parte del por qué la amo tanto.

— Prueba. — Dice la vieja monja, viendo mi lucha interna.

No me gusta hablar de Zenny así, cuando no está aquí, así que decido hablar de ella de la manera más abstracta posible, para no contar accidentalmente alguna confidencia.

— Es magnífica, fuerte e inteligente. — Digo. Pienso en la pista de patinaje, las noches en el albergue y entonces digo. — Le importa la gente del albergue y convertirse en una partera para los necesitados más de lo que mis palabras puedan expresar; habla de Dios con reverencia y equilibrio. Me dijo que quería tomarse este mes para cerciorarse de que este ese es el camino que desea escoger, al tomar sus votos, y todo lo que veo es invulnerable certeza. — Le doy una sonrisa que se suponía que era desenfadada pero se vuelve amarga en mis labios. — Está más comprometida que nunca.

— Oh. La amas.

Librería Digital

¿Para qué negarlo? — Sí. — Digo sin poder evitarlo. — Sí, la amo.

— Y no entiendes por qué escoge este camino.

Me encojo de hombros con uno solo mientras cambio de marcha. — Lo entiendo mejor que hace dos semanas atrás, pero… Tienes razón. Aún no lo entiendo. No del todo.

La monja se queda en silencio por un momento, y me da la impresión de que está más cómoda callada que al hablar, y no es tan incómodo como pensé que podría ser, compartir coche con alguien que prefiere no hablar.

En realidad, es bastante relajante, el silencio que no es pesado, exigente o agobiante. Es sosegado, y todo toma un sentido un poco entristecedor. Zenny y mi amor no correspondido por ella, mi madre en una cama de hospital en este momento, haciéndose pruebas, con tubos y medicinas.

Imágenes de santuarios vacíos revolotean en mi cabeza, el tipo de silencio respetuoso que viene con un lugar sagrado. La manera calmada en que las velas parpadean y bailan alrededor de la habitación.

— Zenny me contó lo de tu hermana. Fue algo terrible lo que le hicieron. Terrible, algo malvado.

Y de repente, como una llave que gira en una cerradura, confío en esta mujer. Confío en ella porque no me ha venido con tonterías sobre la voluntad de Dios y de que Lizzy está en un lugar mejor, aunque esta última frase fue usada frugalmente tras el suicidio de Lizzy, dada la incómoda actitud del Catolicismo hacia la auto destrucción y sus implicaciones para la inmortalidad del alma. La Madre Reverenda no ofrece ninguna disculpa vacía, ni murmura nada sobre rezar por el alma de Lizzy y las de nuestra familia.

Ella solo dijo la verdad. Y admitir la verdad es reconfortante por sí sola. Pensé en la noche que recé la semana pasada; cuando decidí creer en Dios el tiempo suficiente para acusarlo y censurarlo, me di cuenta que solo quería que se sentase a escucharme

rugir y gritar hasta quedarme ronco. Porque hacerlo que oiga la verdad, que realmente la oiga, que realmente la vea, porque sacarlo fuera era la única manera de sanar lo que siento en mi alma sobre mi hermana.

Había probado con la incredulidad, el desdén, todo tipo de actitudes de los no creyentes y trucos de los pecadores, los probé durante década y media, y aún tenía esa herida infectada y hecha jirones en algún lugar en mi interior. Lo único que quedaba por hacer era volver a Dios e informarle del desastre que había formado.

— Fue terrible. — Hago eco de sus palabras. Mi voz apenas se oye al decirlo.

— ¿Así que te preguntas cómo alguien puede creer en Dios después de eso, después de que Ella dejara que eso pase?

Eso llama mi atención. — ¿*Ella*? — Me mofo, con delicadeza. — Eso no es muy devoto.

Ella sonríe. — Las metáforas bíblicas de Dios incluyen a la mujer dando a luz, a una madre amamantando, incluso a una mamá gallina. El hombre *y* la mujer fueron creados a su imagen y semejanza, ¿No es así? Así que ¿Por qué decir Él y no Ella? De hecho ¿Por qué decir Dios y no Diosa? Ambos, Él y Ella no son suficientes para contener la totalidad de Dios, el cual está por encima de la creación de género y es mucho más de lo que la mente humana puede concebir.

Yo también sonrío. Porque si esta es una muestra del estilo de enseñanza de la Madre Reverenda, puedo ver por qué Zenny se siente en casa estando en su orden.

— No sé qué pensar acerca de Dios. — Digo volviendo al hilo anterior. — Solía saber exactamente qué pensaba. Solía saber exactamente qué sentía. Pero estoy más confundido que nunca. Es como ir hacia atrás, ir de estar *seguro* a no estarlo en absoluto. Ir de todas las respuestas a ninguna.

La monja asiente, como si yo hubiese dicho algo sabio, en lugar de haber confesado mi estupidez.

Librería Digital

— ¿No es eso malo? — Continúo. — ¿El no saber nada? Y luego miro a Zenny y ella se siente cómoda con lo que no sabe, y eso me asusta también. Me preocupa acomodarme y rendirme a algo crucial.

— Sean, la fe y la creencia son prácticas de compromiso a una vida que se enfrenta a las no respuestas. Dios está y siempre estará fuera de la comprensión humana y amarla a Ella es un acto, no es repetir credos de manera obstinada o tratar de forzarla en las expectaciones modernas o paradigmas racionales. Nunca encajará en las mismas cajas que aplicamos a la ciencia y la razón; No está para eso. Y tratar de forzar eso solo trae violencia espiritual al final.

— OK. — Cedo, aunque las cosas que acaba de decir, son las cosas en las que tendré que pensar más tarde. — Eso es Dios. Pero ¿Qué hay de la Iglesia? ¿Puede Zenny, o usted, o cualquiera de las hermanas, seguir haciendo cosas buenas sin comprometer vuestra voluntad propia?

— ¿Nuestra voluntad propia?

— La obediencia es uno de los votos ¿No es así? ¿Obediencia a la Iglesia? ¿Obediencia a los hombres que la manejan?

La mujer mayor bufa, y yo la miro sorprendido. — Obedeceré a esos obispos el día en que muera, ni un día antes. — Al ver mi expresión, lo vuelve a hacer. — Obedezco a Dios, a mi consciencia y a los pobres. Soy obediente con las otras hermanas.

Y luego por lo bajo murmura. — Obedecer a los *hombres*. Ja.

— Pero ellos son toda la estructura administrativa de la Iglesia.

— Por ahora. Pero la Iglesia nos pertenece a nosotras tanto como a ellos. — Y entonces asiente a sus propias palabras.

Quiero protestar, hay tanto de lo que puedo renegar todavía, las maneras en que la Iglesia no ha cambiado desde los escándalos de los abusos, por ejemplo, pero ella

Librería Digital

añade. — Nosotras creamos un lugar para que la gente conozca a Dios, y para que Ella conozca a su gente. Un lugar seguro y sin corrupción.

Y no puedo discutírselo. De hecho, es el contraargumento perfecto a mis quejas sobre la malvada jerarquía de la Iglesia, las monjas se han sacado un lugar apartado de los sacerdotes, la mierda y la burocracia, un lugar donde pueden agachar la cabeza y ponerse a trabajar sirviendo a los enfermos y a los pobres.

Por supuesto, entiendo que no es tan sencillo, he oído a Tyler hablar muchas veces de los problemas entre las monjas y el Vaticano como para saber que los hombres tratan frecuentemente de encargarse de las mujeres. Pero, como dice el dicho, persisten.

Noto que la Madre Reverenda se estremece un poco y apago el aire acondicionado. — Así que ese tipo de obediencia. — Cedo. — Pero ¿Qué hay de la castidad?

— Admito que soy menos estricta para eso que muchas otras Madres Reverendas, como ya sabes. Pero se la pedimos a las monjas que hayan tomado los votos no solo como muestra de confianza y sacrificio a Dios, sino para que puedan vivir sus vidas libres de otras obligaciones. Nuestras hermanas son totalmente libres para servir a los pobres porque no tienen hijos ni familias propias. Porque no tienen hombres exigentes ocupando todo su tiempo.

Me parece justo.

— Me parece un sacrificio demasiado grande. — Digo.

— Lo es. — La priora no discute conmigo. — Lo es.

Giramos hacia una calle larga repleta de casas viejas; el monasterio está en una esquina sombría, marcado solamente por una señal de madera pintada a mano, junto a las escaleras del porche, y una estatua de la Virgen María en el semi descuidado parterre.

Librería Digital

Cuando aparco en la entrada, la Madre Reverenda y gira hacia mí y dice una vez más. — Así que amas a Zenobia. ¿Tienes la certeza de que ella no siente lo mismo por ti?

Pienso en su confesión el día en que me pidió que hiciera esto con ella. Que siempre me había deseado. Y luego pienso en su risa en la pista de patinaje cuando mencioné casarme con ella, en su expresión preocupada cuando le dije que ella era la única mujer que me ha importado, en mi desastrosa reacción cuando se portaron como una mierda con ella en la gala.

Solo será un mes. No es que tengamos que descifrar como criar hijos juntos.

— Sí. — Digo cansado.

— ¿Se lo has dicho?

Niego con la cabeza.

— Díselo. — Exige la monja, desenlazando uno a uno sus dedos y señalándome con uno de ellos. — Ella merece saberlo.

— ¿No es eso… Un poco ruín, cargarla con eso ahora? Ella tiene mucho en lo que pensar y siento como que le estoy haciendo sabotaje a su momento.

— Me agrada que seas tan cuidadoso, pero en este caso, lo estás usando como excusa. — Ella asiente hacia sus palabras de nuevo. Su gorro se frota de manera áspera por sus hombros. — ¿Esos músculos son solo para presumir o en realidad eres fuerte, hijo mío?

Y con eso, se desabrocha el cinturón. Medio temblando, la ayudo a salir del coche, y no nos decimos nada cuando la acompaño a la puerta, pero la mirada que me da tan fuerte antes de entrar adentro, dice todas esas cosas que me quiere soltar.

Pero por encima de todo, dice *díselo*, y mi corazón da un tumbo solo de pensarlo.

Librería Digital

MAMÁ tiene una sonda nasogástrica saliendo de la nariz, y la odia. Ella lidia bien con los goteros y puertos, pero en el minuto en que tiene algo en la cara se irrita, y esta vez de verdad tiene algo *dentro*, no solo encima.

Hago lo típico de Sean Bell, lo del Hijo Mayor, los pequeños rituales y sacrificios a la Iglesia del Cáncer. Primero veo a mamá, y luego a papá, que está como siempre, desgastado por las circunstancias. Cuando mamá se duerme, exhausta por el dolor y los procedimientos, encuentro a la enfermera que está a cargo y el doctor de guardia y me pongo al tanto de todos los detalles.

Con todo eso hecho, mando a papá a que nos vaya por una cena de verdad, no la cena de la cafetería, me siento en el cuarto de mamá y trato de trabajar desde el ordenador.

Aiden aparece unos minutos más tarde, con su cabello revuelto y el traje arrugado, como si se hubiese pasado el día durmiendo, lo cual me consta que no es así, ya que me envió esta mañana mínimo tres correos electrónicos sobre un cachorro que quiere adoptar. Se tira en el pequeño y duro sofá que hay a mi lado.

— ¿Está bien? — Pregunta, pasándose las manos por su cabello revuelto. También respira con dificultad.

— Sí, bueno, quiero decir por ahora. No sabemos qué es lo que está causando el bloqueo, y supongo que la succión se volvió sucia y difícil, así que eso no es bueno.

— Oh. — Dice.

— Te envié un mensaje hace tres horas. ¿Dónde estabas?

— Acabo de recibir tu mensaje. — Dice vagamente. — Estaba casi llegando a la granja, tuve que volverme.

— Hmmm.

Librería Digital

Le echo un vistazo cuidadosamente. Su pajarita ha sido re anudada apresuradamente, los cordones de sus zapatos de salir están sueltos, y hay algo sobre su rostro, todo colorado y labios hinchados.

— ¡Estabas teniendo sexo! — Lo acuso incorporándome.

— ¡Shhh! — Me calla frenéticamente, echando un vistazo a mamá, que está en una profunda siesta de morfina.

— ¡A mí no me digas shhh! — Digo con irritación. ¿Piensas que mamá no sabe que eres un total follador?

Aiden me mira molesto porque no bajo la voz. — Eso no es verdad.

Pongo los ojos en blanco. Si Aiden fuera un personaje de la Saga Wakefield, habría un montón de palabras para describirlo. Vividor, canalla, Cipriano, sinvergüenza, libertino, don juan. No es mucho mejor que Mike Doble Condón, y sé en los problemas que se ha metido porque yo estaba ahí con él. De hecho, hasta que empezó a comportarse raro el mes pasado, hubiera apostado un buen dinero porque él ha tenido más sexo que yo y con más mujeres.

— ¡No me *importa* que estuvieras teniendo sexo, imbécil! — Digo. — A mamá tampoco le hubiera importado. Pero es una razón absurda para no estar aquí.

Él suspira. — Lo sé. Sinceramente, no miré el teléfono hasta después. Vine tan pronto como vi tu mensaje.

— Está bien. ¿Era buena?

Aiden me mira confundido durante un momento, como si no pudiera procesar la conversación.

— Qué demonios, Aiden. ¿Era buena?

Librería Digital

Él abre la boca. La cierra, y antes de que las palabras salgan de su boca, papá entra con comida india, y todos nos abalanzamos a las bolsas de plásticos como lobos hambrientos.

LOS SIGUIENTES CINCO o seis días son de mucho jaleo. Entre la vida de Zenny y la mía, solo pasamos juntos las noches y las mañanas. A veces, una llamada durante el día, si tenemos suerte.

Yo no reúno el coraje para decir lo que la Madre Reverenda quiere que diga, pero también, es difícil cuando nos roban nuestros momentos tranquilos de mimos y charlas, y todo lo que tenemos son sudorosas horas robadas en la oscuridad y las siguientes mañanas medio dormidos.

Juro hacerlo al día siguiente y cuando llega el día siguiente, juro hacerlo el próximo y así sigue hasta que siento que lo de decírselo es una tarea imposible, una misión al estilo del Santo Grial que Dios me ha puesto por delante y nunca seré lo suficiente puro y valiente para completarla.

Es exasperante.

Hacia el final de la semana, mamá empieza a contraer neumonía, y hace unos ruidos espantosos al respirar. Las predicciones empiezan a cambiar con el ir y venir de doctores y enfermeras. Hay más ajetreo alrededor de la cama, más bolsas colgadas, pruebas y radiografías. Las conversaciones comienzan a tomar un tono más sombrío. Le dan una cánula y antibióticos. Termino de leer *En los brazos del duque indecente*, y especulamos sobre el siguiente libro de los Wakefield, que sale la semana que viene. Vemos su programa de televisión en el hospital y nos reímos de la gente.

Le digo a Valdman que apenas voy a trabajar esta semana. No va del todo mal pero tampoco bien. Está molesto conmigo, molesto por cuánto dejo que mi familia interfiera en cuánto dinero le hago ganar. Su descontento es una de esas cosas que me hubieran preocupado antes, pero ahora…

Librería Digital

No podría importarme menos.

Y entonces, de alguna manera, la semana se ha ido, esta preciada semana, una de las dos que me quedan con Zenny, y no tengo nada que mostrar. Ni una madre sana, ni una declaración de amor, ni siquiera un jefe al que le caigo tan bien como a principio de la semana. Es difícil no sentirse como que algo se me escapa, tiempo o algo tan vital como éste, y cuánto más intento agarrarme a ello, más elusivo se vuelve. Como un pez moviéndose rápidamente en el agua, un lazo en el viento.

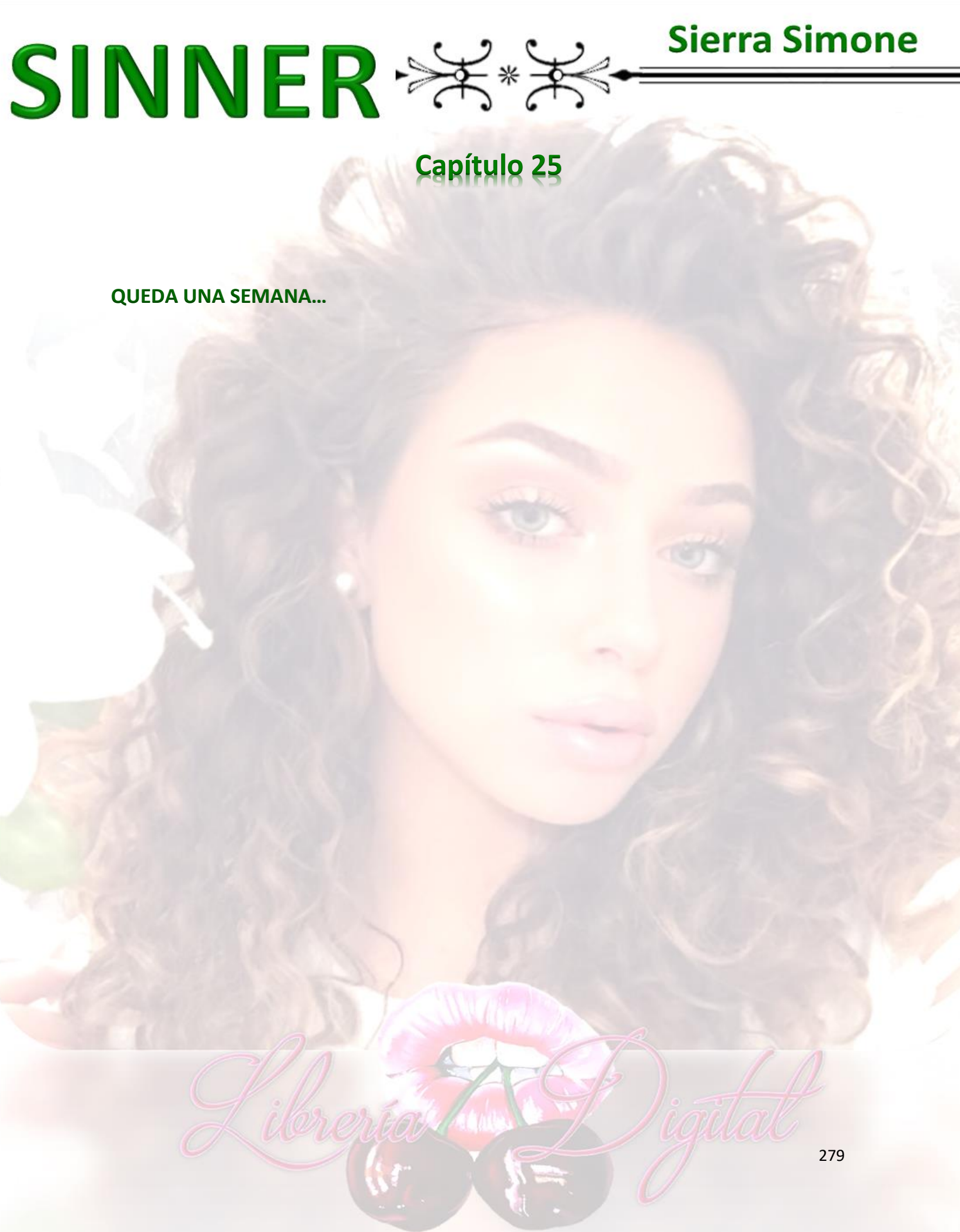
Por la noche, mis sueños son sobre brazos vacíos y flores blancas dispuestas por la tierra fresca.

Me esfuerzo por rezar otra vez, así sea solo para gritar obscenidades al techo, pero no me sale nada. Incluso mi ira se ha ido como un lazo llevado por el viento.

Librería Digital

Capítulo 25

QUEDA UNA SEMANA…



Librería Digital

Capítulo 26

HAY nubes en los pulmones de mi madre.

El Dr. Nguyen y yo estamos mirando las radiografías en su iPad mientras mi padre camina de un lado a otro detrás de nosotros.

— Esta es de ayer. — Dice el Dr. Nguyen. — Y esta es de hoy. — Él desliza la pantalla con el dedo para mostrarme la imagen más reciente, la cual muestra una especie de niebla que se extiende por la parte inferior de su pulmón izquierdo. — Creo que inhaló un poco en sus pulmones cuando le estábamos succionando el estómago. Es una complicación común en estos casos. Por desgracia, no estoy viendo la reacción que me gustaría después de tres días de antibióticos.

Me paso la mano por la boca. *No veo la reacción que me gustaría* es una manera delicada de definir el estado de la mujer en la habitación de detrás de nosotros.

— Vea, estoy mirando a la efusión en los pulmones, la frecuencia respiratoria y las lecturas de oximetría, y pienso que debemos subirla a la planta de arriba. — El Dr. Nguyen levanta la mirada hacia mí con una disculpa en sus ojos. — Ella necesita estar en la UCI (Unidad de Cuidados Intensivos).

Mi padre hace un sonido detrás de mí, y el Sean Bell que siempre deja todo hecho, que es un sacerdote en la Iglesia del Cáncer, toma nota, pone el sonido en una repisa apartada como recordatorio para hablar con él más tarde. Pero por ahora, hablo con el Dr. Nguyen de todos los pasos a seguir, todas las opciones, cada variación. Esteroides, antibióticos diferentes, CPAP (Dispositivo de Soporte Respiratorio), BiPAP (Dispositivo de Presión Positiva con dos Niveles en las vías Respiratorias), drenaje, no drenaje, cómo lidiar con el dolor, todas las piezas del puzle sobre la mesa y consideradas. Papá concuerda desde la distancia con lo que yo y el doctor decidimos, y luego Dr. Nguyen se va a ponerlo en marcha. En una hora, mamá será llevada a la planta superior. Trato

de recordarme a mí mismo que la gente baja a la planta inferior desde la UCI todo el tiempo; este no es un viaje solo de ida, esto no es una cascada de dominó. Las fichas de dominó se pueden recoger, poner derechas y en orden de nuevo. Todo va a estar bien.

Aun así, llamo al resto de hermanos y les cuento.

De vuelta en la habitación, encuentro a mamá despierta, con la piel grisácea y los labios azulados. No se ve hermosa de esta manera, está frágil y espachurrada, cada línea y arruga de la cara descansando con gran alivio. Y no recuerdo ninguna otra vez en la que haya sentido tanto amor y orgullo por ella.

Ella trata de decirme algo, pero no tiene el aliento suficiente para hacerlo. Le toco el brazo. — No pasa nada mamá. — Digo. — No tienes que decir nada ahora mismo.

— Necesito… Hacerlo. — Jadea.

— OK. — Digo. — ¿Qué es?

— Te… — Consigue decir. — … Ves… Como una mierda…

Exploto a carcajadas y cuando también empiezo a llorar, ella no dice nada. Simplemente le da a mi mano un débil apretón.

— Vamos a subir a la UCI esta noche. — Digo una vez consigo hablar de nuevo. Me limpio la cara con la manga. — Necesitan tiempo para probar otros antibióticos y te van a poner una mascarilla que te ayude a respirar mientras hacen eso.

Ella no dice nada durante un minuto. Entonces dice. — ¿Me va a doler?

— Dicen que la mascarilla puede ser incómoda, pero aparte de eso, no.

Parece que quiere decir algo más pero no puede recobrar el aliento. Solo cuando las enfermeras entran a preparar la cama y los goteros para transferirla a planta alta que ella lo suelta.

Librería Digital

—Ve… A casa… Unas horas. —Dice. —No voy a morir esta noche.

ME VOY A CASA.

Me ducho y hago la colada, considero afeitarme durante unos tres segundos y decido que no tengo energía para ello. He pasado de "la barba sexy de tres días" a desaliñado en el transcurso de una semana, pero no ha habido tiempo más que para lavarme el cuerpo y cepillarme los dientes entre el hospital y Zenny y echar una mano en el trabajo.

Así que, en lugar de eso me pongo por encima una vieja camiseta y unos pantalones vaqueros y abro el ordenador portátil en la tranquilidad de mi cocina para dejarme cosas hechas antes de salir hacia el hospital de nuevo. Antes de ir a la nueva habitación de mamá en la UCI.

Excepto.

Excepto que ahora que estoy en casa y hay silencio, es muy difícil ahogar los sentimientos de todo lo relacionado al hospital. Puedo oír los sonidos de las máquinas y los murmuros, puedo ver la cara de mamá, esa fea combinación de verse chupada por estar enferma e hinchada por los esteroides. Puedo oír a papá llorando en voz baja en la sala, ver cómo el humo sale del café gratis y negro como el aceite mientras la terapeuta respiratoria nos guía sobre cómo la máquina BiPAP funciona.

Y ahora que estoy solo, ahora que no tengo que ser fuerte por nadie, o tomar notas, o encargarme de nada más, todo me golpea como un tren que sale de alguna parte.

No voy a morir esta noche.

Pero sí va a morir ¿Verdad? Quizás no esta noche, quizás no esta vez en el hospital, pero va a morir y le he fallado. Lancé mi dinero en todas las direcciones que pude, apenas la dejé fuera de mi vista, pasé cada minuto que estuve despierto tratando de que se pusiera bien, y fallé.

Librería Digital

El sentimiento de culpa me arrolla, esas tormentas de pradera de las que estoy hablando, inmensas y cargadas y listas para romper árboles y destruir casas.

Fallaste.

Fallaste.

Fallaste.

Va a morir.

Va a morir, va a morir, va a morir.

Con un gesto violento, cierro mi portátil de un golpe y cojo las llaves, tratando de escapar de las nubes negras y agitadas que hay en mi mente.

— **¡SEAN!** — Chilla Zenny cuando le pongo las manos alrededor desde detrás. — ¡Me asustaste!

— Lo siento. — Digo metiendo mi cara en su cuello. — No podía esperar a que acabaras tu turno. Te necesitaba.

Ella está en la cocina del albergue, acabando de lavar los platos. Ahora que las donaciones de ropa limpia y productos de aseo han cerrado, el albergue está vacío. Zenny me contó que es común durante las cálidas noches de verano; La gente viene a ducharse y a comer, pero prefieren estar por su cuenta después.

— Quizás se sientan incómodos por todo esto de la caridad. — Dijo Zenny cuando me lo explicaba. — Algunos también sospechan de nosotras, creen que los vamos a sermonear.

Y en cierto modo, lo entiendo. Muchas veces la incomodidad merece la pena si tienes libertad.

Librería Digital

Mis manos encuentran el dobladillo del traje de Zenny y lo suben hasta sus muslos, emito un sonido masculino al descubrir, que lo que pensé que eran leggins, son en realidad calcetines que van hasta un poco más arriba de la rodilla, un tipo de fantasía de colegiala y monja fundidas en una.

— Joder nena. — Digo. La punta de mis dedos juegan con el borde de los calcetines. La piel de arriba es suave, lisa y cálida. Le hace cosquillas donde le toco. — ¿Tratas de matarme?

Ella suelta una risita, sin aliento, feliz y tratando de protestar. — ¡Sean! ¡No podemos hacer esto aquí!

— No hay huéspedes en el albergue esta noche. — Digo, mordisqueándole la oreja.— Y la hermana María Teresa se acaba de ir. Solo estamos tú y yo, y la puerta está cerrada.

— Oh. — Dice, su tono de protesta pasa a ser más de… Intriga. — ¿Estamos solos?

— Estamos solos y quiero jugar a un jueguecito.

— ¿Sí?

— Se llama Sean por fin se folla a Zenny con su ropa de monja.

Ella deja escapar una risita de sorpresa, que pronto se convierte en inhalación cuando le doy la vuelta y la acorralo contra la encimera. Mi polla se presiona tosca y necesitada contra su vientre. Mis manos se posan tomando la forma de sus coquetas tetitas y mis pulgares forman círculos en sus pezones, los cuáles están duros y protuberantes, aún a través de las capas de ropa de la camisa y el vestido entre nosotros.

— ¿Recuerdas nuestro primer beso? — Pregunto, moviendo mi nariz contra la suya.— ¿Justo aquí?

— Sí. — Suelta el aire.

Librería Digital

— Pretendamos que volvemos a ese momento.

— Sí. — Concuerda conmigo.

Así que la beso. La beso como aquel día, con fuerza, un torbellino ardiente de labios y lenguas. Un mordisco en su labio inferior, mis manos en su cintura, montando a mi pequeña monja en la encimera y colocándome entre sus piernas. Y esta vez cuando rujo. — Quiero verte el coño. — No hay nada que me detenga, no queda nada que me haga evitarlo.

Esta vez, yo soy el que le ayudo a levantarse la falda hasta la cintura y puedo verle esas braguitas de algodón en condiciones. Ella separa las piernas y yo doy un paso atrás, mi polla palpita al ritmo de mi corazón.

Ahí están esos calcetines hasta la rodilla de color azul claro, y esos muslos firmes y curvilíneos. Ahí está el inocente algodón de sus braguitas y la no tan inocente falda arrugada en su cintura. Ahí está la simple diadema blanca que le quita los rizos de la cara, dejando al descubierto sus marcados pómulos y la elegante línea de su mandíbula. Tiene la cruz colgada del cuello y el rosario colgando de la cintura, estos sacan a la luz todos mis sentimientos reprimidos, miedo, ira y luego más miedo, pero también hay una sensación de confort cuando los veo que no puedo nombrar. Como familiaridad, pero más profundo.

No pretendo que la cruz no está cuando me bebo su cuerpo con mis ojos. Está ahí así como nosotros estamos aquí, y es como una parpadeante e inconstante revelación como si dijera que Dios pudiera estar aquí también, de la misma manera. El sexo no queda aparte de Dios, no está separado, que de algún modo el Dios al que cantan, sirven y rezan con amor y caridad puede estar en el sexo también y existe en un polvo al igual que en una oración o siesta o comida, o cualquier otra cosa que un humano pueda hacer con su cuerpo.

Y como la llama danzante de una vela, la revelación se esconde ahí una vez más.

— Más. — Digo con voz ronca. — Enséñame más.

Librería Digital

Zenny me lanza una mirada que es un cruce entre malcriadez y virtud, luego abre sus piernas un poco más y se echa las braguitas a un lado.

Gruño al verlo. Ella está tan suave y apretada en esa parte. Echo un ligero vistazo a donde mi polla irá y tiene un brillo obvio por la línea que hay entre sus pliegues.

— Tienes el coño mojado. — Digo.

Ella asiente, dándole a su chochito una pequeña caricia con la otra mano. Se estremece con su propio toque.

— ¿También estaba mojado la vez que hicimos esto?

Ella asiente de nuevo, retorciéndose en la encimera.

— ¿Tuviste que ir a casa y usar tu oso de peluche? ¿Tuviste que frotarte tu pobre clítoris con él hasta sentirte mejor?

— Sí. — Confiesa, dejando caer la cabeza. Está mirándose a sí misma, el traje todo arremangado hacia arriba y las bragas de algodón hacia el lado, y yo observo la imagen de cómo se mira a ella misma, el brillo dorado del pendiente de su nariz, la parte excitada de sus labios, la larga cortina de pestañas contra su mejilla.

— Cuéntame. — Digo, acercándome un poco más y subiéndole las manos por los muslos. — Cuéntame lo que hiciste.

— Yo… Yo… — Tiembla de nuevo. — Lo necesitaba tanto. Cuando te fuiste, me fui directamente a mi dormitorio. Mi compañera no estaba, así que… — Se revuelve al recordarlo.

— ¿Pretendías que era yo? — Pregunto, dejando que mis pulgares jueguen con la sedosa piel de su coño. — ¿Fingías que me estabas montando?

— *Oh*. — Jadea, porque uno de mis pulgares se está moviendo en círculos por su clítoris, mientras el otro lo tiene metido en su hendidura. — *Sí*. Fingí que eras tú. Fingí

que no parabas; Que le echaste un vistazo a mi coño y supiste que querías follarme allí mismo.

Le mordisqueo la mandíbula y me meto la mano en mi bolsillo para alcanzar la cartera, y sacar un condón.

— Esta vez lo haré. — Digo. — Esta vez no pararemos.

Abro el envoltorio con los dientes, me bajo los vaqueros, y enseguida estoy desenrollando la goma sobre mi erección y sintiendo el palpitar automático de mi excitación al hacerlo. Estaré dentro de ella pronto. Estaré follándome ese tentador coñito, tendré la polla hincada en una monja y a ésta, retorciéndose de placer.

— Nunca me canso de verte hacer eso. — Susurra. Sus ojos están puestos en mi polla, dura y de color rojo oscuro y brillante por el látex. — Es sexy.

Me vuelvo a colocar entre sus piernas y ambos miramos hacia abajo. Todos los polvos son carnales, por supuesto, pero hay algo extraordinariamente carnal sobre esta vista: ambos seguimos vestidos, sus calcetines hasta la rodilla y sus inocentes braguitas echadas hacia un lado para mí, su uniforme de postulante arremangado hasta la cintura. Mi polla, dura, tosca y masculina, exigiendo que la tome entre sus piernas.

Pero la inocencia de Zenny siempre estará ligada a su atrevimiento, su habilidad de no tener miedo a desear, así que toma la parte de mí que está necesitada y la frota contra su coño, la dejo usarme como le place, mi gorda y redonda cabeza sobre su firme e hinchado clítoris, largos movimientos por sus pliegues, el ocasional tímido roce por su tenso ano, y cuando estoy temblando por el esfuerzo de quedarme quieto y dejar que juegue conmigo, finalmente me lleva a la fuente de su humedad y gimotea para que se la meta.

Y yo lo hago.

Es sorprendente lo apretada que está. Todas las putas veces. Quiero decir, todas las mujeres lo están, no he conocido ningún coño que no se sienta bien en mi polla, pero

el de Zenny es un tipo de magnitud celestial que nunca había sentido antes. Encajo en ella como un guante, más apretado que un guante, y cuando me hundo en ella tan profundo que mi punta le llega al vientre, ella se agita y me agarra con más fuerza. Y cuando me deslizo hacia afuera, su cuerpo trata de mantenerme dentro, ávido/goloso y hambriento de mi miembro.

Le agarro las nalgas con las manos y le empiezo a follar el coño con ganas, sus manos sueltan las braguitas y se van por todos lados, se enredan en mi cabello, se pasean por mi barba, y levantan mi camiseta echa puños para ver cómo los músculos de mi vientre se mueven al follarla.

— Sean. — Dice. Lo dice de una manera posesiva, como si fuera su propio nombre el que está diciendo, y lo es, lo es, quiero que mi nombre pertenezca a ella por el resto de mi vida.

— ¿Sí cielo?

— Más duro.

Le doy más fuerte, asegurándome de arrastrar la polla hacia afuera justo en el ángulo correcto y de frotar su clítoris cuando me vuelvo a hundir en ella. Me deleito con la sensación de tener su culo en mis manos, echo una hojeada a sus calcetines azules de colegiala. Su mirada despierta, feliz, agitada mientras mira hacia abajo donde me muevo entre sus piernas. El colgante con la cruz deslizándose y saltando en su pecho con cada embestida.

— ¿Necesita esta monjita que se la follen? — Le murmuro. — ¿Ha pasado mucho tiempo y ahora tiene que tenerlo?

— Sí. — Deja escapar, sus pestañas aletean cuando levanta la mirada hacia mí con unos ojos color tesoro y tierra. — Oh, sí Sean, oh, *oh*.

— Te follaré cada vez que quieras, monjita. — Le digo al oído, sosteniendo en mis brazos su espalda y su cabeza, mientras me entierro en ella, acelerando el ritmo para que sienta mi fuerza. — Cada vez que quieras.

Y es cuando se corre con un gemido agudo, que oigo lo que acabo de decir, y lo que acabo de decir corta una tajada de esperanza de mi corazón abierto. Quizás no tengamos que terminar con sus votos, quizás interpretará lo del voto de castidad de manera tan abierta como las hermanas radicales a su alrededor practican la obediencia. Quizás pueda seguir siendo su amante, un servidor de una novia de Cristo.

Pero ella le echa sal al corte en segundo de haberse abierto; cuando baja del clímax, agarrándose con desesperación a mi camiseta y murmura. — Te voy a echar tanto de menos.

Lo dice de manera diáfana, el tipo de palabras sin importancia que uno dice cuando tiene la guardia baja después de un orgasmo, y me doy cuenta por la manera en que se sigue agarrando y suspirando mientras yo persigo mi propia liberación, que no sabe cuánto me ha dolido ese simple comentario, como ha acuchillado algo vital y ahora estoy sangrando por todas partes entre nosotros.

Me va a echar de menos.

Me va a dejar.

Y me voy a morir cuando lo haga.

— Córrete dentro de mí. — Dice en mi pecho. — Córrete a chorros.

— No puedo. — Gruño. — No puedo.

Saco mi húmeda erección y la dejo descansar sobre su vientre, y entonces, ocurre. Me corro a chorros, con unos cuantos desligados movimientos en su vientre cuando el placer se empieza a apoderar de mí, y lleno el condón con una respiración agitada y desigual, mientras mi polla palpita justo encima de donde su útero se encuentra dentro de ella. El pensarlo hace que me corra con más intensidad, como un cavernícola primitivo que quiere derramarse dentro de una mujer y plantarle un hijo dentro.

Pero no habrá hijo aquí y no habrá reclamos.

Dios la reclamó primero.

Librería Digital

La mantengo cerca de mí hasta que dejo de agitarme y cuando me retiro, Zenny hace un ruidito de admiración por cuanto le he dado, haciendo que mi ya agotada polla de un brinco.

— ¿Puedo tirar esto aquí? — Pregunto moviendo la cabeza hacia el condón.

Zenny se ríe. — No será la primera vez que hayan dejado un condón en la papelera del albergue.

Le hago un nudo y me limpio, pero cuando me giro hacia Zenny, metiéndome la camiseta por dentro y subiéndome la cremallera, la encuentro completamente desnuda echada en la encimera, sin un hilo de ropa en su cuerpo excepto esos malditos calcetines hasta la rodilla.

— Más. — Dice simplemente. — Quiero más.

Merodeo a su alrededor, un gruñido sube por mi garganta. — ¿Más de mí?

— Sí. — Dice, pasándose la lengua por el borde de los dientes de arriba.

— ¿Más de las cosas que vas a extrañar?

Si se dio cuenta del tono agridulce en mi voz, no lo deja entrever.

— Sí.

Atrapo su cuerpo desnudo con mis manos a ambos lados de sus caderas en la encimera. — ¿Y qué es lo que vas a extrañar Zenny, cuando te conviertas en monja, cuando te cases con Dios?

— Tu polla. — Dice descaradamente. Y con lo infeliz que me siento por el giro que sus pensamientos han tomado, aún me siento orgulloso de ella, por haber usado las palabras sucias, por su atrevimiento.

— Es tuya, cuando la quieras. ¿Qué más?

Librería Digital

— Mmmm, tu boca. — Dice, y yo tomo nota y voy dejando besos por su cuello hacia abajo, entre sus senos y por la tersa piel de su vientre. Le coloco una pierna encima de mi hombro y abro ese dulce coñito para mi boca, y entonces le demuestro todos los trucos, giros, succiones que hará que extrañe mi boca incluso más.

Su mano se enreda fuertemente en mi pelo y tira de él. Puedo oír como la tela de sus calcetines se roza con mi camiseta y me vuelve loco, lo juro por Dios.

— Extrañaré tus dedos. — Gime, cuando pongo mis manos a trabajar.

— Tu barba. — Dice, mientras le dejo besos rasposos por el interior de sus muslos.

— La manera en que me miras cuando me comes el coño, como si me quisieras comer el corazón. — Y efectivamente, la estoy mirando desde entre sus piernas, asegurándome de que vea lo mojada que está mi boca, cada vez que me aparto para tomar aire.

— ¿Qué más? — Digo sobre su piel. —¿Qué más?

Ella se lo piensa y luego se lanza. — Sentir que te corres dentro de mí. Pero de verdad.

Eso me hace detenerme. Parar. Ponerme en pie.

— Continúa. — Le ordeno.

— Preguntarme cómo sería si me dejaras embarazada. — Su voz se baja hasta convertirse en un susurro. — Estar embarazada.

Oh Dios mío, esta mujer. Esta mujer y mi pobre y dolorida polla, dura de nuevo. Por ella.

Pongo mi mano extendida en su vientre, insistente, egoísta. — ¿Mi bebé aquí? — Pregunto, con un peligroso ronroneo. — ¿Extrañarías el sentir a mi bebé crecer dentro de ti?

Librería Digital

— Sí. — Confiesa. — ¿Tú no? ¿A ti no te pasaría?

— Claro que sí, claro que me pasa. — Mantengo mi mano en su vientre, exigente, mientras la beso hasta que apenas puede respirar. — Lo pienso todo el tiempo. Cada minuto que paso despierto y luego en mis sueños también. En ti, cargando a mi bebé en tu vientre. Amamantándolo.

Y al decir la palabra *amamantar,* jalo de uno de sus pezones, y es como si hubiera tocado un gong dentro de ella. Es como si ese pequeño movimiento, resonara por todo su cuerpo y hace que se le pongan todos los vellos de punta.

— Joder. — Murmulla, y tengo que sonreír porque suena igual que yo. Me agacho y lamo la bolita que acabo de tocar, abriendo la boca y pasando la lengua por la aureola, alrededor de la punta con suaves movimientos.

Y entonces, me levanto. — ¿Qué más?

— Casarme contigo. — Susurra, y aparta la mirada como si no pudiera soportar sus propias palabras.

Mi corazón amenaza con salirse de mi pecho. ¿Será posible que ella también me ame? Bebés y matrimonio, esas son acciones de amor, palabras de amor, lo más seguro es que quiera decir que echa de menos la oportunidad de hacer esas coas *conmigo* y no en general.

Voy a decírselo. Ahora mismo, cuando nuestros corazones están llenos y siendo honestos. Se lo voy a decir.

Pero ella me gana en hablar. — Quiero que me folles. — Dice, su voz se hace más débil. — … Ahí atrás.

Estoy tan concentrado en practicar mi declaración de amor que casi se me pasa. — ¿Disculpa?

Librería Digital

— Quiero decir… Analmente. — Dice, y la luz de la cocina es demasiado oscura como para ver como sus mejillas se sonrojan, pero sé que lo hacen. — Quiero probarlo al menos una vez antes de…

Antes de que me deje.

Dios, ¿cómo puede hacerme a la idea aún herirme tanto? ¿Cómo puede herirme más y más y más, como un tren arrollándote, como una crucifixión?

Díselo ahora. Dile para que lo sepa.

Abro la boca, pero ella se me adelanta de nuevo, tomando mi mano con la suya, guiándome a su redondo y firme trasero. — Por favor. — Murmura. — No quiero que quede nada por hacer. Ni una sola cosa.

El corazón me martillea en el pecho y mis objeciones martillean mi cabeza, y mi polla, bueno, mi polla está tan dura como un martillo, empujando los dientes de la cremallera, como un compañero de celda que trata de escapar.

— Yo…

— Sean. — Me ruega, dándose la vuelta en mis brazos y echándose sobre la encimera. El acto hace que su cuerpo se convierta en un buffet de curvas apretadas y finas líneas, mostrando la curva que va de la espalda a su cintura, las apetitosas curvas de sus caderas. También deja ver ese firme y dulce culo. Y el pozo en sombras que hay entre sus piernas.

Razones por las que debería decirle a Zenny que la amo ahora mismo:

1. La amo.

2. Tiene que saberlo.

3. A ella le gusta eso del chico honesto.

4. Una monja vieja me dijo que lo hiciera.

Librería Digital

Razones por las que debería esperar:

1. Está doblada sobre fregadero.

Y, la verdad, pienso, mientras le paso las manos con suavidad por la cintura y las nalgas, la voy a querer incluso más después de que hagamos sexo anal, así que, ¿Cuál es la prisa? Puede esperar.

Puede esperar.

Excepto.

Suspiro. Resoplo. Gruño.

— Zenny, no podemos hacer esto aquí. — Le explico con ternura. Mis manos aún están por todo su cuerpo, acariciándola y adorándola, a pesar de mis palabras, porque, joder, no puedo evitarlo. No cuando está en pompa y mirando hacia atrás con una sonrisa medio retándome.

—¿Por qué no?

— Porque es una jodida cocina. — Digo, haciéndole cosquillas en ambos lados.

Ella se ríe, pero luego hace un puchero. — No quiero esperar. — Dice. — Quiero poder mirar atrás y decir que fui espontánea, que por una vez no me importó lo que nadie más pensara, que no lo hice por ser la mejor en algo. Que lo hice porque quise. Que lo hice por mí. Apenas podía verme en un principio haciendo esto pero ahora… — Me da una sonrisa tímida. — Estar contigo lo ha hecho más fácil. Me resulta sencillo exigir las cosas que quiero. Incluso bueno.

Agh, odio toda esta charla casual de mirar atrás, esta implicación de su vida en un futuro alejada de mí… Y aun así, el orgullo arde en mi pecho. Orgullo por ella. Si no puedo obtener mi deseo de adorarla por el resto de mis días, entonces este sería mi segundo deseo, que tuviera en cuenta sus propias necesidades. Que encontrara un equilibrio entre derramar su amor por el resto del mundo y el amarse a sí misma.

Librería Digital

Pero, sea como fuere… — Me alegro, cielo. Pero anal es, bueno, *delicado*, en el mejor de los casos.

—¿Podemos probar al menos? — Dice, meneando su lindo culito hacia mí, y es absurdo que yo, el puto Sean Bell, estoy tratando de convencer a una mujer de *no* tener sexo anal, pero eso es lo que Zenny me ha hecho. Me ha desabotonado, zarandeado y esparcido por todos lados, y eso es lo que soy ahora, un desastre de piezas revueltas, que nada se le parecen al arrogante sabelotodo que era hace unas semanas atrás.

— No tengo juguetes para prepararte.

— OK, usa tus dedos. ¿Eres Sean Bell o qué?

— O lubricante.

— ¡Es una cocina! Estoy segura de que habrá aceite en alguna parte.

— Nena, no puedo usar aceite con el condón. Rompería el látex.

Hay una pausa, y veo a Zenny morderse el labio inferior. Pienso, por un momento, con una triste sensación de alivio, que se ha dado por vencida, que finalmente ha aceptado que es una locura tener sexo anal contra el fregadero de una cocina, y entonces ella dice. — Pues no te pongas condón.

Esta sería una buena ocasión para recordar cómo rezar.

— Zenny… — Suspiro. Mis manos aún están en su cuerpo, dibujando círculos y líneas en su piel suave como la seda. Sé que debería decir más cosas, resistirme, pero estar dentro de ella sin condón… Aunque solo sea una vez…

— Estás limpio, y yo también. Tampoco hay riesgo de embarazo. — Dice, y entonces, percibiendo mi debilidad. — Enséñame lo bien que se puede sentir. Sean, por favor.

Librería Digital

Joder, no puedo rechazar el juego del profesor y ella lo sabe. Me echo sobre su cuerpo, derrotado, mi poder de voluntad derretido como un copo de nieve en la lengua.

— OK. — Murmuro, en el ala de ave que es la paletilla de su espalda. — Pero debes dejarme hacerlo de la manera que se debe hacer.

— Está bien mientras te des prisa. — Dice, meneándose contra mí. Mierda.

Me toma menos de un minuto encontrar una botella casi entera de aceite vegetal, estoy muy motivado, y luego, cubro el cuerpo de Zenny con el mío, una vez más. — ¿Estás segura de querer hacer esto? — Pregunto, besándole la oreja. — ¿Muy, muy segura?

— Muy, muy segura. — Dice impaciente. — ¿Cómo es eso, que cuando quiero que aligeres tú quieres aminorar el paso, y cuando quiero ir más lento, tú quieres ir más deprisa?

Me enderezo, quitándole el tapón a la botella. — ¿Cuándo fue la última vez que pasó eso último? — Pregunto sorprendido. — Tú no has querido ir más despacio ni un minuto de tu vida.

— No con el sexo. Pero sí con otras cosas… Sentimientos. — Ella se detiene, como dudosa de contar más.

El hueco fruncido en mi pecho duele con el significado implícito de lo que ella quiere decir, y duele incluso más solo de pensar en decirle que la quiero. ¿Estaría mal hacerlo? ¿Si ella acaba de decir que quiere ir despacio con los sentimientos?

Esto no es una charla de culos, decido. Culo primero. Los orgasmos de Zenny primero. Luego hablaremos.

— Solo estoy untándote aceite. — Explico a la monjita que tengo delante de mí, echando mis sentimientos a un lado y concentrándome en ella. En su placer. — No voy a presionar hacia adentro todavía.

— OK. — Dice y luego hace un pequeño hmmm cuando mi dedo se roza contra los sensibles pliegues, embadurnándola con plenitud de aceite.

— Ahora dentro, igual que con el juguete nena. Tú empujas hacia mí. — Entonces, con mucho cuidado, con todo el cuidado que puedo tener, voy metiendo el dedo en la apretada apertura. Por dentro, es una caldera. Una jodida caldera. Un anillo de músculos apretado y una cubierta de calor detrás. Mi sangre arde en llamas, toda a la misma vez, quemándome desde mi interior.

— OK, me vas a ayudar con esta parte. — Digo, tomando una de sus manos y guiándola hacia donde tengo el dedo enterrado en ella. — Vas a reemplazar mi dedo por el tuyo… Y a añadir uno más tan pronto como te sientas cómoda ¿sí?

— Sí. — Dice efusivamente, ya empujando mi mano para reemplazarla. La dejo que lo haga, echando más aceite sobre ella, y mientras se mete su propio dedo En el ano, me quito los zapatos de una patada, y me saco los vaqueros y camiseta con rapidez. Ella añade un tercer dedo sin que yo le diga nada, y yo directamente pierdo la habilidad de respirar.

— Jesús. — Musito, echándome una capa de aceite en la mano y haciéndome una paja sin perder el tiempo mientras la miro. — Jesucristo.

Doy un paso hacia adelante. La vista imposiblemente íntima y carnal, y entonces, paso mis manos por sus nalgas y por los lados. — ¿Estás lista cielo?

— Lista. — Deja escapar un suspiro, y se saca los dedos haciendo un sonido que haría que el mismísimo Dios simpatizara con todas mis decisiones. Me muevo detrás de ella, en lo que ella se cruza los brazos dejándose caer en el borde del fregadero. Siento como se estremece cuando la ancha cabeza de mi polla se asoma por el borde. Es mucho, mucho más grande que cualquier cosa que le haya entrado antes. Le paso una mano tranquilizadora hacia arriba y abajo por su espalda.

— Relájate y empuja hacia detrás contra mí. Piensa en lo llena que te vas a sentir. La niña tan sucia que vas a ser con mi polla en tu culo ¿hmmm?

Librería Digital

Mis palabras tienen el efecto deseado, haciéndola desprenderse de su aprensión, y cuando le paso una mano alrededor para masajearle el clítoris, ella se deshace incluso más, volviendo a emitir felices hmmm's.

Así que empiezo.

Avanzo hacia adelante lentamente, con cuidado, dejándola tomar aire cuando lo necesita y dándole un muy necesitado descanso cuando la cabeza pasa el primer anillo de músculos. No se la saco, pero tampoco se la sigo metiendo, espero y la dejo adaptarse a la inmensa invasión, jugando con su clítoris a la vez.

Gradual e inevitablemente, la sensación de incomodidad se hace más complicada, la cosa más complicada luego se transforma en un nuevo tipo de placer. Espero a ver cómo la transformación recorre su cuerpo, hasta que sus piernas pasan de estar tensas con recelo, a buscarme. Una mano se acerca hacia atrás a tirar de mí, sus pies se separan haciendo que su culo quede más abierto, y lo más contundente, sus caderas se mueven hacia atrás contra mí; está lista para que le dé más.

La empalo con cariño y amor. La abro con afecto y atención. La estiro, invado y acaricio en su interior con cada pizca de emoción que he sentido por esta chica, protección, amor, admiración y respeto, todo se junta, y cuando ya la tengo estirándose sobre la base, apenas puedo evitar perder los papeles. Tiemblo, sudo, mi visión se hace borrosa.

— ¿Cómo vas? — Consigo decir a través del placer. — ¿Cómo te encuentras?

— Estoy. — Ella tiembla también, cubierta en una fina capa de sudor, y puedo oír su pulso acelerado en el hilo de voz. — Estoy bien. Extraña, pero bien.

— Voy a moverme. — Digo con voz ronca. — Te voy a follar.

— Sí, por favor, yo… — He empezado a masajearle el clítoris y sus palabras desaparecen, convirtiéndose en un gemido. Me deslizo con cuidado hacia fuera, y la vuelvo a meter.

Librería Digital

No hay palabras para describirlo.

No existen palabras.

Y me voy a correr vergonzosamente rápido.

— Nunca lo he hecho a pelo con una mujer. — Murmuro, con los ojos pegados al lugar donde mi polla entra y sale de ella. Mi polla desnuda, y, mierda, si hubiera sabido lo bien que se siente estar sin condón dentro de una mujer, no sé si hubiera sido tan santo con lo de ponerme condón todo el tiempo. Es resbaladizo, solo que aún más, y su culo es el más apretado, y más caliente jodido túnel, y saber que cuando me corra, le va a tocar, que será dentro de ella.

No, no puedo hacerlo. Lo prometí, lo prometí.

Joder, joder, ¿Por qué demonios haría una declaración tan estúpida? Porque ahora, eso es lo que quiero. Eso es todo lo que quiero, y siento, que si no puedo hacerlo, si no puedo tener esto, moriré. Simplemente moriré.

— Se siente tan sucio. — Susurra. — El que estés ahí atrás.

— ¿Te gusta, nena? ¿Te gusta que esté aquí atrás?

— Maldición, sí.

— Sucia. — Gruño, pasándole una mano por la cintura y levantándola hasta casi ponerla en pie, mientras la embisto, con un brazo sobre su pecho y una mano en su garganta. Mi otra mano continúa frotando su coño, mis dedos juguetones se mueven por su rajita empapada. — Me tienes toda la mano chorreando, te mojas mucho por mí ¿Verdad? ¿Te pone cachonda tener mi polla en tu culo?

Mis palabras y mano la tienen retorciéndose y contrayéndose, y sus manos se echan hacia atrás para tirar de mis hombros. Entonces, conmigo enterrado hasta el fondo dentro de ella, estirando su culo virgen, ella alcanza el climax con un grito lento, bajo, duradero, terrenal. Mi nombre sale, también el de Dios, pero mayormente ese grito

Librería Digital

largo, que podría ser un himno por sí mismo. Un grito que me memorizo como una oración.

Ella lo es todo a mí alrededor, no solo el masaje resbaladizo apretándome la polla, sino su atractiva piel presionada contra mí y su calidez en frente de mí, ese aroma a rosas en mi nariz, el dulce sabor de su coño aún en mi lengua. Su risa todavía en el aire, la evidencia de su pasión y devoción alrededor de ambos. Sus palabras inteligentes y sus contradicciones, su valentía y su vulnerabilidad, y su determinación.

La abrupta sacudida de mi polla casi me avisa demasiado tarde, y me salgo de ella justo cuando empiezo a eyacular. Mi corrida vuela por todas partes, espesos chorros, y como el animal que soy, presiono sus nalgas contra mi polla chorreando, y me follo su raja del culo cubierta de semen, hasta que el orgasmo se va aplacando y mi cuerpo se relaja gradualmente.

Estamos pegajosos y resbalosos de aceite y corridas, Zenny se ríe mientras trata de tenerse en pie y se seca la cara sudorosa con la mano. Sé que me veo ridículo, completamente desnudo, con la polla aún mojada y expresión de loco enamorado en la cara, pero nada de eso es suficiente para detener las palabras a punto de salir. Estoy tan feliz y me siento tan bien, y ella está sonriendo y estirándose como una gata, y la amo, la amo, la amo.

—Te amo. —Digo.

Y el mundo se detiene.

Librería Digital

Capítulo 27

ZENNY SE GIRA HACIA MÍ, con su rostro paralizado.

— ¿Qué dijiste? — Susurra.

Estoy tratando de alcanzar un puñado de servilletas para limpiar el aceite… Y otras cosas. — Dije que te amo, y ahora, quédate quieta por favor.

Ella me quita la mano antes de que pueda empezar a limpiarla. Su sonrisa se ha ido, sus ojos están muy abiertos y su cuerpo visiblemente tenso, es un ciervo asustado, a punto de huír.

— Tú… ¿Me amas? — Dice, y lo dice como si le hubiera confesado que meto melones al microondas en mi tiempo libre; sus palabras están llenas de horror y casi repulsión.

— Zenny. — Pero antes de que pueda pensar en algo más que decir, antes de que pueda manejar el agujero en mi pecho que me quema y se lamenta -agujero que hizo ella- ella prosigue.

— Dijiste cuando empezamos todo esto, que no nos enamoraríamos ¡Lo dijiste!

— Déjame limpiarte primero.

Ella se aparta de mí. — Lo *dijiste.* — Me acusa.

Con un suspiro, me rindo y le extiendo la mano con las servilletas. Ella las toma con recelo. — Jamás dije eso. — Digo. — Dijiste que no lo había mencionado y contesté que no pensaba que ése sería un problema para ti.

Algo herido pasa por sus ojos como un rayo, pero se aleja antes de que pueda seguirlo hasta su cauce. — ¿Y tú quieres que suponga un problema para mí?

Esto suena a pregunta trucada. Una para la que debería ser viejo y sabio al responder, pero, no puedo responderla con seguridad, porque *no* soy sabio. Todo con Zenny ha sido una novedad desde el principio, y esta ha sido la más novedosa de todas. Quererla.

—¿Qué se supone que significa eso? —Pregunto con cuidado.

Ella se frota el cuerpo, sin mirarme a los ojos. —Tú sabes lo que significa.

Ella no me está tentando, sé que no, pero aun así no puedo evitar sentirme herido. Herido en el sentido de que te has mostrado vulnerable y alguien te ha hecho sentir un idiota por ello. Y extra herido porque debía haberlo sabido, *debía haberlo sabido*, sabía que no tenía que forzarla a oír eso, que solo hace su vida más difícil. Y por encima de todo, sé que es absurdo haberlo hecho y sacar a relucir el argumento de *soy un chico triste*.

Y entonces veo esa mirada en su rostro de nuevo, su barbilla temblorosa, y, ella es tan joven, tan, tan joven.

—No quiero que tengas ningún problema, ni siquiera uno, ni siquiera a mí. Cuando te dije que quería ser tu guardián fuera de tu castillo, no quise decir que… Yo sería el único que podía tenerte prisionera. Quise decir que, ojalá pudiera quemar todo lo malo de tu vida para que pudieras hacer lo que desees.

Ella mira hacia abajo, a las servilletas en sus manos, y odio cómo se siente este momento, tan oscuro. — Sé honesto, Sean. ¿Tú quieres que te corresponda?

La desesperación se apodera de mí, como el aletear de las alas de unos cuervos que están siendo asesinados en mi pecho.

No hay respuesta correcta, puedo mentir y decir que no, una mentira que será capaz de ver, una mentira dada cuando ella pedía la verdad. O puedo decir que sí, y perder su confianza de todos modos.

Librería Digital

No sé lo que un buen hombre haría en mi lugar. Solo puedo adivinar lo que uno que no está atemorizado podría hacer.

— Sí. — Dejo escapar en una apresurada exhalación. — Por supuesto que sí.

— ¿Lo cual significa qué exactamente? — Susurra, y finalmente se voltea hacia mí, con los ojos llenos de lágrimas. — ¿Que deje la orden? ¿Que no tome mis votos? Porque de seguro no significa que te vas a contentar estando a un lado de mi vida, llevando mi pañuelo en la armadura en las competiciones o escribiéndome poesía. Porque no puedo darte *nada* después de mis votos, ni mi tiempo, ni mi cuerpo, ni mi corazón. Todo pertenecerá a Dios.

Dios nuevamente. Metiéndose por medio y reclamando a todas las personas en mi vida con sus celosas exigencias.

Cierro mis ojos, tratando de contener este muro de, ni siquiera sé de qué. Miedo y soledad, ira y amor. Tanto maldito amor, pero el muro está ahí, acechante, para caer encima de mí.

— Sí. — Dejo escapar finalmente. — ¡Sí Zenny! Maldita sea ¿Por qué no iba a querer que te quedes conmigo? ¿Por qué no iba a querer que me correspondas?

— Porque corresponderte sería abandonarme a mí misma. — Susurra.

Un frío silencio sigue a sus palabras, y ambos nos quedamos desnudos, incómodos, aún empapados el uno del otro. *Déjalo ya* Sean, mi naturaleza me advierte. He leído las suficientes novelas románticas como para saber que las cosas nunca van bien para el héroe que insiste a la heroína, y ya he absorbido la suficiente decencia humana como para saber que no es mi lugar el pedirle que deje algo, especialmente no algo por lo que ella ha arriesgado la aprobación de su familia y para lo que ha volcado todo su tiempo y energía. Y conozco lo suficiente sobre mí mismo para saber que estoy sintiendo furia y agonía por mi madre, otra persona que Dios se está llevando, y no es culpa de Zenny.

Librería Digital

Sé que no estoy siendo justo. Sé que lo que yo quiero no es tan importante como lo que ella quiere.

Pero.

Pero. Pero. Pero.

— No creo que eso sea verdad. — Digo, dejando que el muro se derrumbe encima de mí, encima de los dos. Y acabo de joderlo todo simplemente con eso, así que sigo, continúo enterrándonos a ambos en los escombros de mis necesidades egoístas. — ¿Sabes qué creo? Creo que estás aterrada. Creo que incluso la *posibilidad* de que no seas buena como monja te aterra. Creo que estás adorando a un ídolo de la Zenny del futuro, porque no adorarla significa que todo el dolor y trabajo duro que has hecho ha sido en vano.

Una lágrima se derrama de uno de sus ojos, sigue su camino por su mejilla y su mandíbula, desde donde cae hacia las servilletas usadas. — Eres como todos ellos. — Dice con voz ronca. — Como mis padres. Como mis profesores. Quieres que tenga una vida distinta a la que he elegido.

— Solo quiero que haya un punto medio. — Digo, dolido porque me ha lanzado en el saco con las demás personas en su vida que la han estado restringiendo. —¡Mira a mi hermano! Puedes servir a Dios y…

—¿Y qué? ¿Ser tu puta al mismo tiempo?

— Mierda Zenny. — Realmente herido y furioso ahora. — ¿Es eso todo lo que crees que quiero de ti? ¿De verdad te parece mi amor tan falso? Quiero que seas mi jodida *esposa*.

— No, Sean. — Dice ella, ahora llorando de verdad. — Solo te gusta acostarte conmigo. Piensas que es amor pero no lo es.

Le quito las servilletas de las manos y las tiro, porque estoy harto de verlas, cansado de ver los papeles con mi semen en sus manos.

— Quizás no tenga ninguna experiencia en el amor, pero esto es lo que sé. Eres la persona más interesante que jamás haya conocido, y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Y si me dijeras ahora mismo que no podría volver a follarte más, no dudaría un segundo, porque no es tu cuerpo lo que quiero, es *a ti*.

Regreso, y no puedo evitar tratar de acercarme por esas lágrimas, esas lágrimas, pero ella vuelve a retroceder sin dejarme tocarla.

— Ven aquí. — Digo en voz baja.

— No vas a venirme a hacer el Sean Mandón ahora. — Dice. — Ni siquiera un poquito.

Algo me araña el estómago por dentro. — Ojalá pudiese. — Digo con fiereza. — Ojalá pudiese pedirte que te quedes.

— No puedes controlarme. — Ataca inmediatamente, haciendo puños con las manos a ambos lados.

— ¡Y tú no puedes tirarme a la basura solo porque admití algo que ya deberías haber sabido!

— No puedo hacer esto. — Dice, con las lágrimas entrecortándole la voz, y brillando en su rostro. — No voy a escogerte a ti Sean. No puedo. Ése no es el plan.

— Bien. — Digo con pesar. —¿Quién soy yo comparado con Dios?

Ella se agacha para recoger su ropa. — Esto fue un error. — Dice. — Todo este mes fue un error.

— Entonces ¿Vas a darlo por perdido? ¿Vas a dejarme porque la cosa se puso difícil?

Ella se gira hacia mí, con fuego en los ojos bajo las lágrimas. — Nunca he dejado de hacer una puta cosa en mi vida porque fuera difícil. Te estoy cortando el rollo porque me estás haciendo daño. Porque pensé que eras la persona que me conocía y entendía lo que quiero ¡Y ahora sé que solo piensas en ti mismo!

— ¡Tú me pediste que hiciera esto precisamente porque no entiendo por qué lo haces! — Contraataco, echándome hacia adelante. — No puedes molestarte porque aún no lo entienda.

— No. — Susurra, su voz desvaneciéndose. — El problema es que tú lo entiendes y aun así quieres que sea algo diferente. Y eso es peor que no entenderlo en absoluto.

Eso me hace callar más rápido que si tuviera una mano en la garganta.

Ella se pone la camisa y el vestido y se enfunda las deportivas. — Voy a pasarme esta noche por tu apartamento para recoger mis cosas. Por favor, no vayas a estar ahí.

Hay un momento, asquerosamente egoísta y a la vez herido posiblemente con razón, en el que pienso en mi madre en su nueva cama en la UCI, y luego me doy cuenta de que Zenny no lo sabe. No se lo dije esta tarde; no era un buen momento y no quise cargarla con eso, y siento, que debería haber una norma para que no te rompan el corazón cuando tu madre se está muriendo.

Pero cuando abro la boca para decírselo, no sale nada. Y no debería. No quiero que Zenny se quede conmigo por pena. No quiero que esto de tener el corazón roto me persiga sobre mi cabeza como la espada de Damocles mientras espero a que mi madre se mejore. No, es mejor si no sabe que mamá está en la UCI, es mejor que pueda ser honesta, sin importar que su honestidad me haga un agujero en las tripas.

— Zenny por favor. — Digo. Le ruego. Mi voz suena apagada. — Espera.

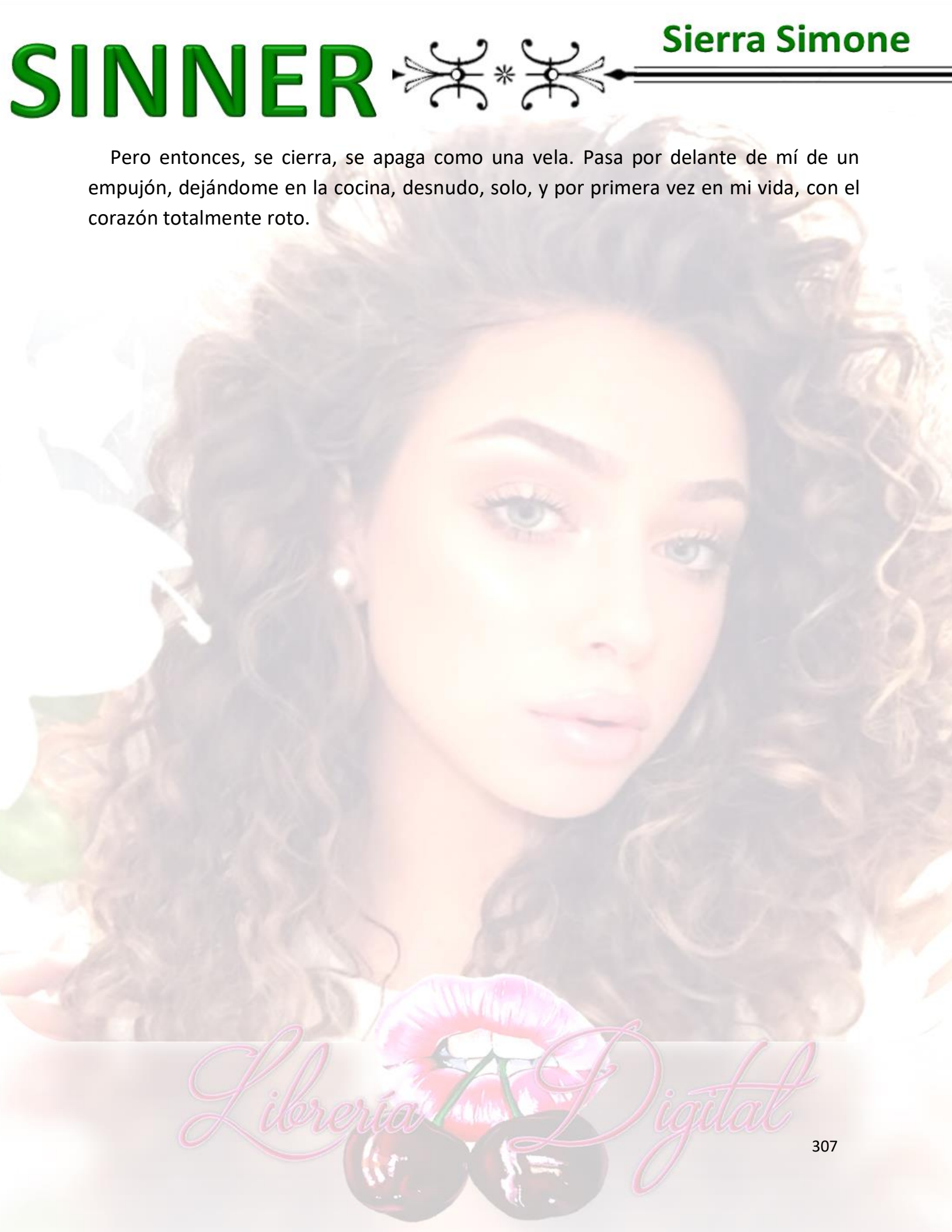
— Esto iba a terminar la semana que viene de todos modos Sean. — Dice sin mirarme a los ojos. — Mejor hacerlo ahora.

— Eso no lo cambiará. — Digo. — El que te quiera. Solo dime, por favor, antes de que te vayas ¿Tú me amas? ¿*Podrías* alguna vez llegar a quererme?

Durante un efímero momento, creo que va a contestar. Sus pestañas aletean y su respiración se acelera, y su rostro es delicado, mostrando nostalgia, esperanza y dolor.

Librería Digital

Pero entonces, se cierra, se apaga como una vela. Pasa por delante de mí de un empujón, dejándome en la cocina, desnudo, solo, y por primera vez en mi vida, con el corazón totalmente roto.



Librería Digital

Capítulo 28

LA GRANJA DE AIDEN está por lo general oscura cuando llego, con solo la luz de una habitación en la planta de arriba brillando tenuemente en la noche. Todo lo demás son estrellas. Estrellas, estrellas y estrellas. Y mientras aparco y me bajo del coche, en el cálido aire de verano, pienso que casi puedo entender por qué le gusta estar aquí. Es como otro mundo, y otro mundo es exactamente lo que necesito en este momento.

Mis manos tiemblan al pulsar el botón de la llave del coche para cerrarlo, y me fuerzo a detenerme y darme un momento para tomar una larga bocanada de aire. Huele a césped, viento y a Kansas.

No a la ciudad.

No a rosas.

No a Zenny.

Finalmente cierro el coche con llave, llego al porche, y me auto invito a entrar con una llave que Aiden deja siempre en una maceta con plantas marchitas. Puede que parezca ridículo que haya conducido casi una hora fuera de la ciudad solo para darme una ducha y usar algo de ropa de mi hermano, pero Zenny me pidió que no estuviera en mi apartamento, y, como Sean Bell que soy, no me sentiría cómodo sentándome en la habitación de la UCI donde está mi madre, oliendo a sexo y aceite vegetal usado.

Así que ducha y ropa es lo que hay.

Es el único pensamiento que me he permitido a mí mismo tener desde que Zenny me dejó desnudo en la cocina del albergue. La única decisión que me he permitido tomar. Estoy enterrado por los escombros de mis propias acciones, el muro destructivo de mi ira, amor y necesidad, y no puedo respirar. No puedo vivir.

Librería Digital

Simplemente vete a la ducha. Dúchate y vete al hospital. No pienses en ella no pienses en ella no pienses en ella…

— ¿Aiden? — Lo llamo, tirando las llaves en la mesita de café. El hombre gana un montón de dinero pero no lo sabe usar bien, como para amueblar su casa decentemente. La mesita de café está compuesta de varias cajas de madera atornilladas y el sofá, un bulto pintado de su apartamento universitario. Las paredes aún están pintadas del mismo color blanco granja que cuando la compró.

—¿Aiden? — Lo llamo de nuevo, listo para subir arriba. Vi el coche en la entrada pero con Aiden esas señales del comportamiento humano son inútiles. Puede que se le haya ocurrido montarse en Uber hasta Canadá o irse a filetear vacas a una milla carretera abajo, no hay manera de saberlo. Y justo cuando pensaba que no estaba en casa, una luz se enciende, y él aparece resbalándose en la entrada, echándose unos pantalones de pijama hacia arriba. Su pene anda dando bandazos en el proceso de seguro.

— Oh, Jesús. — Digo, tapándome los ojos con la mano. — ¿Por qué tío? ¿Por qué?

— ¿Qué quieres decir con *por qué*, tú, escalador de viviendas? — Suelta, y viene dando pisotones hacia abajo. — ¿Es que no sabes lo que es tocar a la jodida puerta? No sé, ¿Telefonearme quizás?

Bajo la mano, suponiendo que no pasa nada, y él hace una pausa en la escalera, y se queda mirándome.

— ¿Has estado llorando? — El pánico le inunda el rostro. — ¿Mamá está bien?

— Ella está bien. Llamé a papá de camino a tu casa. La están acomodando en su nueva habitación.

Él se relaja visiblemente, y luego se vuelve sospechoso. — Entonces ¿Para qué has venido?

— Yo, necesito tu ducha, y algo de ropa.

Me mira con los ojos entrecerrados. — Pero si tienes una ducha en tu casa… — Dice despacio, como si lo estuviera tratando de engañar de alguna manera. — Y ropa también.

— Zenny está en mi casa ahora mismo. Recogiendo sus cosas. No quiere que esté allí y no puedo irme con mamá y papá de esta manera''.

— ¿De qué manera?

Me señalo la ropa arrugada impacientemente. — Después de haber follado.

— Entonces, espera, ¿Te la follaste y *luego* la dejaste?

— Maldita sea Aiden ¿No puedes simplemente, callarte la boca medio segundo y dejarme usar la ducha?

— Ah. — Dice Aiden sabiamente, echándose sobre la pared de la escalera. — Estás dolido. — Y luego con la voz de alguien que está agonizando dice. — Tú estás enamorado de Zenny Iverson.

Las repentinas ganas de matar a Aiden y enterrarlo fuera en su paraíso pastoril me abruman; estoy aún tratando de contenerme, cuando una tercera voz sale de la habitación de Aiden.

— ¿Quién está enamorado de quién ahora?

— Él está enamorado de Zenny, oh mierda. — La cara de Aiden se vuelve blanca cuando Elijah sale de la habitación sin camiseta y obviamente dándose cuenta de la situación cuando me ve de pie al pie de la escalera. A mí también me juzgan. Pero puede que Elijah y Aiden hayan sido amigos por mucho tiempo pero los amigos no andan en la habitación del otro sin camiseta por la noche.

— ¿Qué pasa con Zenny? — Pregunta Elijah.

A Aiden le entra el pánico y a mí también, pero estoy con el corazón roto, exhausto y muy confundido como para mentir.

Librería Digital

— Zenny y yo… Nos hemos estado viendo. — Digo. — Y la amo. — Añado, sabiendo que esto no lo hace ver nada mejor en los ojos de Elijah.

— ¿*Has estado saliendo con mi hermana*?

Estoy muy dolido como para esto. — ¿Te has estado follando a mi hermano? — Respondo.

Aiden hace una mueca. — Chicos, por favor.

— No, nada de *chicos por favor*. — Dice Elijah, furioso. — Te pedí que hicieras una cosa Sean, una puta cosa, y era que la protegieras. ¡No que te la follaras! ¡Obviamente!

— Bueno, por lo visto tú te has estado follando a mi hermano pequeño, así que estamos iguales.

Elijah aprieta la mandíbula y sé que se está conteniendo para no saltar aquí abajo y arrancarme los ojos. — Es diferente. — Dice con voz apagada. — Sabes que lo es.

— No importa. — Digo. Derrotado. — Ella me dejó.

— Aún no te perdono. — Dice Elijah. — Ni siquiera un poquito.

¿Y qué importa? ¿En serio? Zenny no me va a querer, mi mejor amigo me odia, y mi madre está a punto de pasar a estar fuera del alcance del amor o el odio, así que, ¿Por qué me voy a molestar en discutir sobre todo esto? Me merezco la hablada, ¿No es así? ¿Merezco la furia? Y, aunque se sentiría bien el luchar, sudar, sangrar y gritar mi ira hacia *algo* en lugar de quedarme todo este dolor por dentro, quiero a Elijah demasiado como para hacerlo la diana de todo esto.

Elijah hace un sonido de desdén por mi silencio, gira sobre sus talones y vuelve a meterse al cuarto de Aiden.

Ahora es mi turno de desplomarme contra la pared. Miro a mi hermano, joven, como un oso con su cuerpo esculpido y su pelo enmarañado. — ¿Por qué no me lo dijiste? — Pregunto en voz baja. — Lo hubiera entendido.

Aiden suspira y viene hacia abajo, se sienta unos dos o tres peldaños más arriba para más o menos estar a mi nivel visual, pone los codos en las rodillas, la cabeza entre las manos, y se frota el cabello. — Esto… No lo sé. Por muchas razones.

Dejo caer la cabeza contra la pared. He fallado como amante, como hijo, y ahora, catorce años después de lo de Lizzy, como hermano otra vez. — Joder. Aiden. Me siento como una mierda por no… Por no haber sido la persona en la que confiaras para hablar de ello.

Él suspira entre sus manos. — No es eso, es… — Empieza de nuevo. — ¿Recuerdas el beso que te conté en la universidad? — Pregunta. — ¿En mi primer año?

Lo recuerdo. Aiden había venido a mi apartamento una noche, borracho y agitado, y cuando por fin conseguí que se sentara a comerse un sándwich de queso, porque, por supuesto no se había molestado en comer ese día, se le empezó a salir una historia del fin de semana anterior. La prueba final de la semana había consistido en togas, oscuridad y besos, mí todo me suena muy Griego, pero cuando Aiden besó al hermano de la izquierda, había sido algo más que castamente fraternal.

— Conocía al chico. — Había confesado Aiden mirando hacia abajo a su plato vacío, donde antes había estado el sándwich de queso que se había zampado. — Y estaba oscuro, y tenías que seguir besándolo durante todo el tiempo que te dijeran, nos hicieron besarnos durante mucho tiempo y yo.

— ¿Te gustó? — Me adelanté.

No voy a pretender que los irlandeses católicos son unos expertos en besar chicos, pero tampoco voy a pretender que son unos completos ignorantes del tema, y ha habido un montón de tonteo en mi instituto solo de chicos y suficientes cotilleos sobre Elijah que la verdad, no presté mucha atención a lo que le molestaba a Aiden.

Por otra parte, salí del instituto sabiendo que era un uno en la escala Kinsley, lo cual confirmaba mis creencias de que era hetero, pero Aiden pareció haber salido con una conclusión muy diferente.

Librería Digital

— Me gustó. — Susurró Aiden. — ¿Qué quiere decir eso?

— Quiere decir que te gustó.

— Pero…

— Aiden. De verdad. Nos conoces a mí, a mamá y a papá. Sabes que ninguno te vamos a dar problemas sobre a quién te guste besar. — Pero él tenía una expresión de que sí representaba un problema para él mismo.

Por eso es que imaginé que ésa era la razón por la que estábamos aquí en las escaleras con mi mejor amigo medio desnudo en su habitación.

— Tras hablar contigo esa noche, como que lo asumí un poco. — Hace unos gestos con las manos. — Lo de ser bisexual. Pero todavía parecía algo abstracto. Como que daba igual si veía ese tipo de porno, o si flirteaba un poco, pero nunca se me pasó por la cabeza salir con un chico. Suena estúpido, lo sé, pero así era. La oportunidad de estar con un chico nunca se volvió a presentar y yo no iba a buscarla. Y era tan fácil salir con chicas. Tan, tan fácil.

He visto lo fácil que lo ha tenido Aiden con las chicas toda su vida así que no miente. Él heredó esa gran sonrisa de los Bell, el hoyuelo y ese cuerpo que hace pensar que te va a llevar a una tierra lejana de sexo loco.

— Y luego, no sé, mi compañía estaba preparando un evento del cuál Elijah estaba a cargo, y de repente, ya no parecía tan abstracto. Una cosa llevó a la otra y antes de darme cuenta, estaba haciéndolo. — Su cara se vuelve roja. — Quiero decir, lo de ser bisexual… No lo otro, ya sabes.

— Pero lo otro también. — Digo, y me impresiona la manera cálida y provocadora en que me salen las palabras, todavía puedo ser el hermano mayor, el cuidador, aunque mi corazón se haya ido y esté destruido bajo las deportivas garabateadas de Zenny.

— Sí, eso también. — Dice, riéndose y sonrojándose.

Librería Digital

—Me lo podías haber dicho. —Señalo.

—Es fácil para ti decirlo y, sentirte, no sé, herido porque no te lo conté, sentir que no confié en ti. Pero, ¿Puedes aceptar en parte que no todo gira en torno a ti? ¿Que compartir algo así es complicado?

—Sí. Digo. —Puedo, y lo siento mucho.

Aiden mira hacia arriba, llevándose la barbilla a los puños. —Eres mi hermano mayor, tío. Eres *Sean Bell*. Yo quería salir de fiesta como Sean Bell, quería trabajar como Sean Bell, ser como Sean Bell. Decirte esto sería como… No ser Sean Bell.

—Te haría ver como Aiden Bell. —Le digo dándole un ligero puñetazo en el muslo. —Que es incluso mejor.

ELIJAH TODAVÍA ESTÁ furioso conmigo. Me las ingenio para ducharme y ponerme ropa limpia, y luego Aiden promete estar en el hospital en la mañana. Elijah ni siquiera me mira en todo el tiempo que paso aquí.

Lo entiendo, yo ni siquiera quiero mirarme a mí mismo.

Cuando llego a la UCI, de vuelta a Kansas City, soy acompañado a la habitación de mamá, que está rodeada de paredes de cristal y tiene una gran entrada que da al lugar donde está la enfermera, en mitad de un semicírculo de habitaciones. Papá ronca en el pequeño sofá al otro lado de la habitación, y mamá está despierta, moviendo los ojos de la televisión que está colgada en la esquina, a mi rostro. Creo que intenta sonreír, pero la enorme máscara que lleva en la cara, la oculta.

—Oh mamá. —Digo, acercándome a la cama.

Ella alza la mano y yo le doy un pequeño apretón cuando la alcanzo. Su piel luce mejor, más rosa, no tan pálida, y por fin tengo un momento de alivio. El BiPAP está funcionando, el oxígeno está ayudando. Todo va a salir bien.

Librería Digital

Traigo una silla para sentarme a su lado y tomarle la mano, y de los molestos sonidos de la máquina de respiración y de los otros pitidos de los monitores de alrededor de nosotros. Vemos cómo la gente compra casas minúsculas y luego fingimos sorprendernos cuando vemos que las casas son, definitivamente, minúsculas.

Y con ambas manos sobre la suya, me sumo en un exhausto y nuboso sueño.

LA MAÑANA TRAE EL CAMBIO DE TURNO, así que nos empujan a papá y a mí fuera de la habitación. No me gusta, pero he aprendido por las malas, que es mejor estar del lado de las enfermeras, y, para bien o para mal, a ellas no les gusta que los familiares estén dificultando el proceso, así que nos arrastramos hacia la sala de espera a beber café del malo y yo me meto al baño a lavarme los dientes con el kit que guardo en el coche últimamente.

Llamo a la oficina y dejo un mensaje con Trent, el secretario, diciendo que no voy a ir, para ver, cinco minutos más tarde, con desinterés, como mi teléfono se ilumina por una llamada entrante de la oficina de Valdman. Solo respondo porque es cambio de turno y mamá no me necesita.

—Sean Bell. — Digo a modo de saludo.

—Hijo. —Ruge Valdman. — Te necesito hoy en la oficina.

—¿Recibiste el mensaje que dejé con Trent? —Digo, de manera distraída, sabiendo que sí. Decido caminar hacia la máquina y hacerme más café.

—Sí, y te llamo para decirte que eso no me funciona hoy.

—El caso Keegan está casi arreglado. —Digo, presionando el botón de preparar de la máquina. —Las monjas se mudan en dos semanas, mucho antes de la demolición. Tenemos un comunicado de prensa en proceso, y la Madre Reverenda ha accedido a hablar con los medios.

—Esto no es sobre el caso Keegan, esto va sobre tu compromiso con esta empresa.

Observo el líquido color ámbar caer en el vaso desechable. — No entiendo. Apenas he lidiado con otras cosas.

Oigo la silla de Valdman moverse. — Bueno, no sé cómo decir esto de manera delicada, así que seré directo. Cuando me dijiste el pasado invierno que tu madre tenía cáncer, estaba dispuesto a dejarte hacer tus cosas porque pensé que moriría no mucho después, pero ha pasado más de medio año de tener tu atención dividida y ese no es el tipo de comportamiento que busco para mi firma. — Su voz se vuelve baja con complicidad. — Sé que puedes dar más de ti. Me voy a retirar pronto, y cuando lo haga, quiero que ocupes mi puesto, chico, pero no puedo hacerlo si no sé qué *pondrás* a la compañía primero.

La máquina termina con un odioso silbido y se apaga.

— ¿Estás…? — Las palabras están tan alocadas en mi boca que apenas puedo formarlas. — ¿Me estás pidiendo que elija entre mi madre y mi trabajo?

— Suena muy seco cuando lo dices así. Piensa en ello como un ajuste de prioridades. Vas a ajustar el orden de tus prioridades de vuelta a un nivel profesional. Y una vez que me demuestres que puedes hacerlo, estoy dispuesto a darte las llaves del reino. — Su voz suena paternal, casi cálida, como si se sintiera que está siendo magnánimamente paterno. Mientras tanto, miro a mi verdadero padre inclinado sobre una pared, mirando hacia la carreta con los hombros doblados, como si fuesen alas.

— No. — Digo, y las palabras me salen fácilmente, demasiado fácil considerando que eso es lo que solía querer por encima de todas las cosas.

La oficina de Valdman, la silla de Valdman. El ser el rey de toda la gente basura. La anguila mayor del acuario.

Pero eso ya no es lo que quiero, y me sorprende darme cuenta que ni siquiera es por mi madre, ni por el cruel ultimátum de Valdman. Es por Zenny y el hombre en que me he convertido desde que la conocí.

Librería Digital

—¿No? — Dice Valdman sorprendido, como si pensara que es una broma. — Sean, sé razonable.

— Estoy siendo razonable. Mi madre se está muriendo. Me voy a quedar con ella. Gracias por su llamada.

Y luego cuelgo, quiero sentirme bien pero no siento nada.

Papá tiene que marcharse sobre la hora del almuerzo para atender unos asuntos en la ferretería, así que me consigo un pálido y gelatinoso pastel de pollo en la cafetería del hospital y me lo como sin saborearlo, pensando en el que hice para Zenny hace siglos. En cuando se lo hice comer, con sus suaves labios moviéndose por el tenedor. En cuando le quité la ropa y la probé, y cómo me quedé quieto para que explorase cada parte de mi cuerpo.

Y ese recuerdo forma una espiral de todas las noches que compartimos, cada minuto. Las risas, las provocaciones, los argumentos. Las discusiones sobre Dios y la pobreza. La manera en que recordé más y más de mi anterior personalidad, con ella.

Cómo me hacía pensar en cómo la luz cae a través del cristal manchado.

Ese agujero en mi pecho es enorme ahora. Vacante, hambriento, comiéndose más y más de mí, desde mi corazón hasta mis ojos, y mi estómago y hasta mis miserables, egoístas dedos de los pies.

La has jodido a lo bestia.

La única vez que algo bueno y puro aterriza en tu vida, la agobias con tu avaricia, gilipollas.

Gilipollas es una palabra demasiado buena para mí. Soy un infrahumano egoísta. Soy una montaña de basura podrida sin nada que mostrar de mi vida, excepto un corazón vacío y una cabeza de cabello perfecto. Es absurdo que tuviera que confrontar esto aquí, ahora; es débil y estúpido que no puedo mantenerlo a raya por más tiempo, pero, ¿A quién quiero engañar? ¿Por cuánto tiempo podría haber fingido que no me

importaba? ¿Que no sentía nada por la única cosa en mi miserable vida que significaba todo para mí?

Amo a Zenny. Y la he perdido. Todo porque no podía dejar de ser Sean Bell por un minuto y mirar más allá de mí mismo. Todo porque no pude ponerla a ella primero, no cuando eso significaba perder el control. La perdí y es por mi culpa.

OK, y puede que también un poco de la Madre Reverenda. Ella me dijo que se lo dijera a Zenny, después de todo.

Lo bueno de las cafeterías de hospital es que nadie te mira dos veces cuando lloras, y eso es lo que estoy haciendo, echado sobre el pastel de pollo y dejando que el agujero mastique los últimos jirones de mi alma.

Librería Digital

Capítulo 29

EL DR. IVERSON está saliendo de la habitación de mi madre cuando giro la esquina y me quedo paralizado. Por un momento idiotizado, pienso que está aquí para matarme por acostarme con su hija y un pánico adolescente y descerebrado se apodera de mí cuando el padre de la mujer que amo camina en mi dirección.

Pero entonces entro en razón, y lo veo frotarse los ojos, debajo de las gafas con un Kleenex, y lo entiendo. Ha venido a visitar a mamá. A verla.

— Sean. — Dice, extendiendo la mano, y yo se la estrecho.

— Dr. Iverson.

— ¿Puedo robarte unos minutos de tu tiempo?

Mi mente vuelve a Zenny y me pregunto si me matará lentamente o rápido, pero entonces, simplemente se echa sobre la pared y se quita las gafas, limpiándolas con un pañuelo que se saca de la chaqueta. Respiro de nuevo, probablemente no me vituperaría frente a la estación de las enfermeras, ¿Verdad?

¿Verdad?

— Por supuesto. — Respondo finalmente, y me giro para estar frente a la ventana de la habitación de mamá. Desde este ángulo, podemos ver su cama y algunos de los monitores, pero ella no puede vernos. — ¿Estaba despierta? — Pregunto, en parte por decir algo, y por otra parte porque genuinamente quiero saberlo.

— Lo estaba. Hemos hablado. Me arrepiento… — El Dr. Iverson deja escapar una larga bocanada de aire. — Me arrepiento de no haber hablado con ella antes de esto.

Y de repente, todo eso parece tan inútil, tan lejano. Aquella tarde de domingo repleta de whiskey y de dolor. ¿Por qué dejamos que algo tan pequeño definiese algo

tan importante? ¿Por qué tuvimos que hacer nuestras vidas más vacías en un momento en que su vacío era jodidamente insoportable? Tyler tenía razón. La división Iverson-Bell fue un error.

— Lo siento. — Digo al mismo tiempo que él dice "Lo siento" Y ambos soltamos una carcajada.

— Tú primero joven. — Dice, poniéndose las gafas de nuevo. A la luz del sol, veo que sus ojos son marrones en el centro con color cobre en el borde. Como los de Zenny.

— Solo quería decir que siento… Haber mantenido la distancia desde el funeral de Lizzy. Por estar furioso. Lo que le dijiste a mis padres.

El Dr.Iverson se ve afligido. — Nunca debí haberlo dicho. Jamás.

— Tenías todo el derecho de decirlo. Siento no haberlo entendido hasta ahora. Siento haber dejado que esto se convirtiese en un problema tan grande, que dividiera nuestras familias.

Él suspira. — Yo también lo siento.

Nos quedamos en pie por un momento y luego dice. — Trabajo con gente que se está muriendo a menudo. Uno pensaría que sabría cómo hablarle a mi mejor amigo tras el funeral de su hija. Pero no pude encontrar las palabras apropiadas, y para ser sincero me sentí… A la defensiva.

— ¿A la defensiva?

— Por elegir quedarme en la iglesia después de que sucediera. — Dice, mirando a mi madre. — Me sentí como si no hubiera una respuesta correcta. ¿Nos íbamos por solidarizarnos? ¿Nos quedábamos y hacíamos al nuevo cura sentirse responsable? ¿Cuál es la forma correcta de actuar cuando algo así sucede?

Deberíais regresar.

Librería Digital

Eso fue lo que el Dr. Iverson dijo a mis padres, y ahora que estoy viejo y cansado, entiendo a lo que se refería. Quiso decir, *esta comunidad está aquí para ti, al igual que yo*. Quiso decir, *por favor no sufras solo*. Quiso decir *déjame ayudar a reconfortarte.*

Él no sabía de las amenazas anónimas de los parroquianos que recibíamos, las notas amenazantes, las horribles llamadas. Él no sabía que los diáconos querían evitar que el funeral de Lizzy tuviera lugar en la iglesia o de la oposición de la policía a comenzar una investigación. Él solo trataba de ayudar, y mis padres no pudieron oírlo, sumidos en su propio dolor.

— Llevabas buenas intenciones.

— Si hay algo que aprendí como médico, es, que "llevar buenas intenciones" puede tener un significado diminuto en realidad.

Dios, qué verdad tan deprimente.

Nos quedamos ahí parados en silencio durante unos momentos, y luego el Dr. Iverson pone una mano en mi hombro. — Estaré por aquí si necesitas algo. Por favor no dudes en pedírmelo. Aunque nunca se te dio bien pedir. — Añade con una sonrisa.

— Todavía pienso que esa tarta de cumpleaños necesitaba una nota. — Río, y por un segundo, puedo saborear el frosting casero de cuando Elijah y yo estábamos encorvados sobre la tarta en la cocina de los Iverson. Unos adolescentes como lobos hambrientos, devorando todo lo que se les pone por delante, en este caso, la tarta de cumpleaños de Zenny, la cual, aún no tenía su nombre escrito con icing en ella.

El Dr. Iverson niega con la cabeza. — No tengo ni idea de cómo vosotros pensasteis que mi mujer se molestó en hacer una tarta y la puso en la nevera por ninguna razón en especial.

— Zenny estaba muy disgustada. — Recuerdo, y al decir su nombre en voz alta, mi sonrisa desaparece. Ojalá el mayor problema entre nosotros fuera una tarta de cumpleaños medio comida. Y no la gigantesca tormenta de dolor que saqué de la nada anoche.

Librería Digital

— Se le pasó, es una chica fuerte. — Dice, y luego me da un apretón en el hombro antes de marcharse. — Adiós Sean.

— Adiós Dr. Iverson.

Ahora es hora de volver con mamá.

Le dieron una pizzara y un rotulador mientras yo estaba en la hora del almuerzo; le permiten quitarse la máscara durante breves intervalos de tiempo, pero parece que cada vez que lo hace, sus niveles de oxígeno descienden peligrosamente, así que le han restringido el sacársela a momentos puntuales, como para pasarse una gasa con por los labios cuando se le seca la boca. Ella ha escrito en la pizarra Mountain Dew no menos de cinco veces ya; todas las veces, la enfermera le explica que la obstrucción del intestino no se ha solucionado aún, que solo puede beber a través de los goteros, que si se le seca la boca, pueden pasarle una gasa con agua.

Tengo mucha sed, escribe. Por favor.

Ellas le vuelven a pasar una gasa con agua y se ríen por lo bajo cuando ella pide que le pasen una con Mountain Dew en lugar de eso. Creo que no está de broma, pero cuando se lo menciono a la enfermera, me da una hablada.

— Eso no sería bueno para ella. ¿Acaso no quieres que se recupere?

Eso me hace callar.

Después de todo el jaleo del cambio de sábanas y de lavarle los dientes a mamá, nos quedamos solos de nuevo. Cuando me siento, ella me mira con ojos entrecerrados.

— ¿Has estado llorando? Escribe en la pizarra.

Oh, mierda. Mis ojos aún están rojos de haber llorado por Zenny en la cafetería. — Estoy bien, lo prometo.

Frunce el ceño. ¿Es por mí?

Librería Digital

Me froto el rostro con las manos y le doy una risa leve. He llorado tanto últimamente, que todo se mezcla. — Bueno, sí, porque estás aquí — Y no tengo intención de decir nada más, de verdad que no, pero el problema de tener el corazón roto es, que eso es en todo lo que quieres pensar y de lo que quieres hablar. Y de manera extraña, todo lo que quieres sentir. Así que lo suelto. — Bueno, en realidad…había una chica.

Eso le causa interés. — ¿¿¿Chica??? Subraya la palabra varias veces por si no me he dado cuenta de lo animada que está.

— Sí, pero lo he estropeado todo, mamá. Estoy seguro de que me odia.

Ella escribe puntos suspensivos en la pizarra y me hace un gesto para que lo explique.

— ¿Estás segura de que quieres oírlo? No es una historia muy apropiada para madres, y también pienso que soy el malo de la película en ella.

Escribe. — Cuéntame, el programa de las casas diminutas es repetido de todos modos.

Así que, incómoda y vergonzosamente se la cuento. Le cuento cómo Zenny y yo nos conocimos en la gala, y aunque le sorprende un poco que la chica sea Zenny, también se ve pensativa, como si ya se estuviera imaginando a nosotros dos en su cabeza. Trato de andarme por las ramas cuando se trata de sexo, pero ella pone los ojos en blanco cada vez que me muestro un poco reservado.

— ¿Cómo crees que llegaste aquí? Escribe en un momento dado.

¡Puaj! Mamá, ¡Puaj!

Le cuento como después de pasar una sola noche con Zenny, ya estaba jodido deseándola, cómo el deseo se convirtió en amor, y a la vez, me encontré a mí mismo volviendo a ser el hombre que apenas conocía. Un hombre al que no le importaba el dinero. Un hombre que trabajó en un albergue por primera vez y empezó a ver la

infinita y real necesidad en el mundo alrededor de él. Un hombre al que le importaban las injusticias.

Un hombre dispuesto a mirar a Dios a la cara, si Dios también lo miraba a él.

Le conté cómo lo arruiné todo anoche, y al llegar a esa parte, mis palabras se entrecortan un poco hasta volverse silencio, y ella se estira para tomarme la mano.

— Y lo jodido de esto es. — Murmuro. — Que empezamos todo esto cuando a mí me importaba ella de la manera que me importa la gente, con control. Y eso es precisamente lo que la hizo alejarse de mí al final.

— El amor es complicado. — Escribe mamá.

— Sí.

— ¿La amas lo suficiente como para sacrificar el control? ¿Para dejarla ir?

— Por supuesto.

Pues entonces, quizás haya una manera.

Pero esa manera nunca se revela porque en ese momento una enfermera entra con una gran sonrisa, anunciando que es hora de otra radiografía y se me echa de la habitación.

EL DÍA TRANSCURRE LENTAMENTE.Y lo mismo con el siguiente. Aiden viene unas cuantas veces durante el día laboral y ambos acordamos que dormirá en mi ático para estar más cerca. Ryan viene desde Lawrence con una bolsa de lona y acampa en la sala de espera, encorvado sobre un libro de texto, subraya algunas partes y se detiene para revisar su teléfono cada treinta segundos. Lo enseño a enviar emails a sus profesores diciendo que perderá clases, y acabo ayudándolo a hacer sus deberes porque eso me mantiene la mente ocupada y sin pensar en Zenny.

Librería Digital

Me pregunto qué estará haciendo ahora, dónde estará. Si estará en el albergue, ayudando a empacar cosas para mudarse al otro lugar, o quizás le han dado un tiempo libre, lo cual es raro, para estudiar un poco. Cierro mis ojos y la imagino en su escritorio con las manos en una taza de café, o a lo mejor está tumbada boca abajo, pegando patadas al aire despreocupadamente. Me imagino su rostro concentrado, su boca formando morritos, sus largos dedos jugueteando con un rotulador fluorescente.

Joder.

La extraño.

Extraño cuando estudia. Extraño su dedicación. Extraño sus adorables ratos de aburrimiento.

Extraño llegarle por detrás cuando está trabajando y besarle el cuello. Extraño desnudarla entera y dibujar mapas y murales por su espalda con los rotuladores,

Extraño follarla, besarla y abrazarla. La extraño con dolor físico. Extrañarla es un cáncer que se está robando mis células y rompiendo mis huesos.

Me está comiendo vivo.

ES complicado describir cómo los días pasan de esta manera. El hospital se convierte en una especie de lugar apartado de la realidad, como un limbo del tiempo donde todo y nada importa. En mi neblina de dolor, ni siquiera eso marca la diferencia, pero es discordante ver cómo el mundo exterior se entromete en esto también. Como cuando miro hacia arriba y veo a Charles Northcutt caminando hacia la sala de espera de familiares.

Con todas las veces que he fantaseado con que Zenny venga de visita, aunque sea para repartir una oración o bendición, es raro ver a alguien de mi vida real de fuera, aquí, entre estas paredes color beige y los pitidos de las máquinas.

¿Por qué no ha venido Zenny de visita?

¿Tanto me odia?

— Sean querido. — Me saluda Northcutt, dejándose caer en el sofá de vinilo junto a mí. Él echa un vistazo a su alrededor, como si se diera cuenta por primera vez de dónde está, y arruga la nariz. — ¿Cómo puedes soportar estar aquí?

Y luego me mira a mí, con mi barba de tres días que ha pasado a ser una señora barba y mi ropa arrugada.

— Olvídalo. Encajas aquí.

No le respondo. No tiene caso.

— De todos modos, estás despedido. — Me entrega una carpeta con entusiasmo, la cual no me molesto en abrir. Sé que es lo que es. Es esa mierda de Recursos Humanos. Una descripción de las opciones de stock y ahorros de jubilación en la compañía y cómo transferir las cuentas.

Me quedo mirándolo. — ¿Eso es todo?

— Bueno, y Valdman me ha dado una palmadita para que me encargue de la compañía cuando se jubile.

Northcutt se ve preparado para regodearse, pero hace una pausa y ladea la cabeza.

— ¿No te encabrona eso?

Me levanto. Llevo puesta una camiseta arrugada y unos vaqueros, mientras que él, viste un traje chaqueta de cinco mil dólares, pero me da igual. — Ven aquí Northcutt. Déjame mostrarte algo. — Y él me sigue porque es un cabrón curioso que todavía quiere aprovechar la ocasión de tratarme con prepotencia.

Llegamos a donde está la habitación de mi madre y nos detenemos fuera en el cristal, no digo nada en principio, solo dejo que observe la escena. Los siete diferentes tipos de máquinas, los incómodos tubos y goteros, la máscara. El pequeño cuerpo chupado.

Librería Digital

— Me importas una mierda. — Digo claramente. — Lo mismo con Valdman y ese trabajo. Me partí el lomo para ganar todo ese dinero, y ese dinero no hizo ni mierda cuando lo necesitaba.

Aunque es raro en él, Northcutt no contesta. Mira a mi madre incómodo.

— Bueno, la harán recuperarse y todo eso. — Dice en algún momento. Parece que lo dijera para sí mismo, y una vez lo dice, suelta un suspiro de alivio, como si lo creyera.— Sí, ella estará bien, pero tú no.

Podría decirle que es un idiota si piensa que le pondrán un parche a mi madre y la mandarán a casa como nueva. Podría contarle todas las amargas verdades sobre ver cómo un cuerpo falla, ver cómo un cuerpo falla cuando es el de una persona que amas sin medida.

Pero, ¿Para qué? No me importa lo suficiente. No me importa lo suficiente ya ni para odiar a Northcutt. Deja que tenga su vida vacía con su dinero vacío. Deja que se siente en la silla de Valdman. Eso no cambiará el hecho de que un día él estará en la UCI en su propia cama de hospital y no habrá nadie a su alrededor que se siente con él. No habrá nadie que le humedezca la boca o cambie el canal cuando haya un capítulo de *Compra y Reforma* que ya haya visto.

Nadie estará ahí para cuidarlo de noche. Lo cual me lleva a la incómoda pregunta: ¿Estará alguien ahí para cuidarme a mí? ¿Cuándo me llegará mi hora?

— Gracias por traerme las noticias. — Le digo a Northcutt, lo cojo por los hombros y le doy la vuelta hacia la salida. — Ahora puedes regresar a la oficina y contarles a todos que soy un guarro barbudo.

Northcutt me deja que lo mueva, que lo empuje, y me sorprende que, después de varios años queriendo darle una paliza, mis movimientos no son tan bruscos. Él se mueve como mantequilla de todos modos, como lo hace un hombre débil, y por ello, me guardo un poco de petulancia para luego. Si alguien se atreviese a empujarme hacia la puerta literalmente, me pondría como un irlandés de Kansas City en un santiamén, ni siquiera necesitaría el whiskey para calentar. Pero él no es más que un

pelele con una sonrisa de superioridad, no merecedor en absoluto de todo el tiempo que he malgastado odiándole.

— Sabes, esto no ha resultado tan satisfactorio como esperaba. — Dice cuando por fin lo dejo ir.

— Es curioso. — Digo. — Resultó ser muy satisfactorio para mí.

Estoy mintiendo, por supuesto. Hay una parte clínica y callada de mi mente que se siente aliviada: ya no tengo que lidiar más con Valdman ni ese mundo para nada. Pero aún soy ese agujero que camina, respira y sangra, también soy un agujero desempleado ahora.

Sin hermana, sin empleo, sin Zenny y a punto de quedarme sin madre. La satisfacción está tan lejos de mí como la Estrella Polar.

LAS NUBES HAN REGRESADO. Son peores.

Estamos de pie en la habitación mirando unas radiografías en un antiguo generador visual colgado en la pared. Me consta dolorosamente que mamá está despierta detrás de nosotros mientras el médico de la UCI nos habla sobre cómo su neumonía ha progresado en los últimos días. Es como una fotografía secuencial de una nevasca, como el extenderse de una niebla. Pero la niebla y la nieve son silenciosas y pacíficas… Hermosas. Pero esto de los pulmones de mi madre es como una efusión exudada, o, en simples palabras, sus pulmones se están llenando de líquido. Empezó con una esquina inferior en uno de ellos, ahora ambos están cubiertos con un humo espeso y blanquecino, casi opaco del líquido y la inflamación, solo uno de ellos tiene la parte superior negra y limpia.

— Sus signos vitales son preocupantes. — Dice la Dra. McNamara. Ella nos muestra una tabla en su iPad. — Podéis ver aquí, empezando hace dos días, como la oximetría, presión arterial temperatura corporal son bajas. El recuento de células y el gas muestran cómo la infección está afectando sus sistemas. La deficiencia de oxígeno, por

debajo del 90%, es tan mala que consta que ni siquiera el BiPAP puede seguirle el ritmo.

— ¿Qué significa eso de que no puede seguirle el ritmo? — Pregunta Aiden, que tiene el brazo en los hombros de Ryan, el cual a su vez está sujeto por mi padre. Los Dos Hermanos de Negocios y el Bebé Bell, siento la ausencia de Tyler de repente como una patada en el estómago.

— Bueno. — Dice la doctora con dulzura. — Significa que en circunstancias normales, este sería el momento de pasar a intubación y ventilador.

Pero ella no termina la frase, porque estas no son circunstancias normales.

Sabes que cada vez que entras a un hospital ya sea porque te rompiste el dedo del pie o por un ataque cardíaco, te preguntan, "¿Tiene testamento o directriz anticipada?" y tú te preguntas a ti mismo, ¿Debería hacerme uno de esos? Bueno, cuando tienes cáncer, dejan de preguntarte eso y directamente te dicen que te hagas uno. Mamá hizo uno hace ocho meses y me consta que está en los archivos de este hospital. Sé que está en el iPad de la Dra. McNamara. Lo sé de corazón. Pide no ser resucitada ni intubada. Un NR y un NI (No Resucitar y No Intubar).

Papá y yo somos los primeros en crear contacto visual, y luego apartamos la mirada. Aiden se toma un momento y luego dice. — Espera ¿Lo de la directriz? No, esto es diferente, eso era para el cáncer y ella tiene neumonía. — Él nos mira como si fuésemos estudiantes de preescolar, demasiado simples como para entenderlo. — Ella no quiso decir que eso contaba para esto.

— Si le suministraran ventilación asistida. — Pregunto a la doctora, lanzándole a Aiden una mirada de ya hablaremos en un momento cuando tengamos toda la información. — ¿Qué pasaría?

— ¿Te refieres si pienso que se recuperará?

— Sí.

Librería Digital

La Dra. McNamara mira de nuevo a las radiografías, aunque sé que no necesita volver a mirarlas. Simplemente está mirando a algo mientras pone sus ideas en orden. — No hay una manera de asegurar nada, jamás. Pero lo que sí puedo decirte es que su tomografía de ayer mostraba tumores nuevos alrededor del hígado y en los intestinos, hace solamente un mes no había ninguno. Las posibilidades de que sobreviva a la neumonía con la respiración asistida son bajas… Pero están ahí. Pero si sobrevive, no sé si no necesitará el tubo nasogástrico indefinidamente, y no tengo certeza de si no tendría que volver a la UCI en cuestión de días. El cáncer se está extendiendo demasiado rápido como para dejar que los tratamientos actúen.

Cierro los ojos con fuerza, los vuelvo a abrir. Ninguno de los Bell dice nada, así que supongo que dependerá de mí. — ¿Y no hay nada más que podamos hacer para combatir la neumonía?

— Estamos haciendo todo lo que podemos. — Me dice con una sonrisa débil. — Está aplastando sus pulmones igualmente.

Tomo aire y cierro mis ojos de nuevo. Todo lo que quiero en este planeta ahora mismo, es que Zenny me tome de la mano en este momento, que me acaricie la espalda. Que esté entre mis brazos para oler ese dulce aroma a rosas y enterrar mi cara en su pelo.

— Si hablamos con ella y decide que la directriz sigue en pie. — Mi voz es algo así como un susurro chamuscado, aire muerto diciendo palabras muertas. —— ¿Qué pasaría entonces?

— Puede dejarse la mascarilla puesta. — Dice la Dra. McNamara suavemente. — Y aún ayudará. Un par de días quizás. O si lo prefiere, podría quitársela.

Trago saliva. Deseo que Zenny esté aquí como nunca he deseado nada en la vida, pero no está, no está aquí para abrazarme o reconfortarme o siquiera para estar junto a mí. Estoy solo, porque incluso si mis hermanos y mi padre están aquí, yo tengo que ser el fuerte. El que tome la iniciativa. — ¿Y luego qué? — Pregunto con voz áspera.

Librería Digital

— Estará más cómoda. Le quitaremos el tubo nasogástrico y podrá beber cuando tenga sed. También podremos proporcionarle morfina. Ayudará con la falta de aire.

— ¿Falta de aire? — Pregunta Aiden afectado.

Otra sonrisa débil de la Dra. McNamara. — Es tal como suena. Es muy incómodo, pero la morfina amortigua la sensación hasta casi reducirla a la nada. Podemos empezar por una cantidad baja, para que esté lúcida en principio, e ir aumentando según se necesite.

— Y si puede sobrevivir un par de días *con* la mascarilla, ¿Cuánto durará sin ella?

— No por mucho tiempo. — Admite la Dra. McNamara. — Y si esto es algo que hablas con tu madre y ella quiere hacer, traeremos a su médico de cuidados paliativos para una discusión más detallada. Pero diré algo, como doctora de UCI e hija: la vida no se mide en días, se mide en momentos. Cuando decidas con ella que pasará, piensa que momentos quieres crear para ella en ese instante.

Me volteo hacia mamá, sin saber por qué, pero solo quiero verla y asegurarme de que sigue ahí. Y ahí está levantando su pizarra.

Dice ¿Mountain Dew?

Librería Digital

Capítulo 30

LE QUITAMOS la mascarilla y le humedecemos la boca con agua helada, no con Mountain Dew, lo que nos hace ganarnos un berrinche de ella.

Está cansada pero lúcida y hablamos. Solos en familia y luego de nuevo con los médicos junto a su cama.

El NI sigue en pie.

Quiere quitarse la mascarilla de una vez por la mañana.

Hago unas llamadas telefónicas que debo hacer, y tras quedarme mirando el teléfono un buen rato, murmuro un *a la mierda* y envío un mensaje de texto a un número que tengo memorizado en el corazón después de tan solo un mes.

HEY, soy Sean. Sé que las cosas terminaron bastante mal entre nosotros y que tendrás tus razones para mantenerte alejada. Eso fue culpa mía y sé que no merezco nada de ti ahora mismo, pero mi mamá se va a quitar la respiración asistida por la mañana y te extraño tantísimo. Sigo intentando rezar, por mamá, por mí, por todos, pero creo que he olvidado cómo se hace.

Cuando trato de rezar, solo puedo oír tu voz.

TYLER está por Illinois cuando mamá empieza a insistir en sacarse la mascarilla o a "ponerse manos a la obra" como ella lo llama. Durante la noche tuvo una última radiografía y quedó claro, incluso para Aiden, que la neumonía la tiene en sus nevadas garras; apenas queda algún espacio limpio en sus pulmones. No iba a haber tiempo de

Librería Digital

que el cáncer terminase de comerse sus adentros, ni siquiera iba a haber otro viaje a la planta de abajo a las habitaciones normales.

Siempre iba a ser así.

Es tranquilizante de alguna manera lúgubre. Y hay una sensación de alivio y levedad cuando los cuidados de mamá empiezan la transición para ser solo paliativos. El médico entra con una sonrisa tierna y se dirige directamente a la cama de mamá a cogerla de la mano. Hablan durante unos minutos, el doctor le quita la mascarilla a mamá para oír sus respuestas, y luego el doctor asiente de manera seria y le vuelve a colocar la mascarilla.

Se solicita la morfina y se cuelga en el palo. Pronto, estará fluyendo por su sistema lo suficiente como para mantener su falta de aire a raya, y le podamos quitar la mascarilla.

Las enfermeras están habladoras, y le preguntan a mamá si le gustaría lavarse los dientes y cepillarse el cabello, y luego al mirar a una habitación llena de hombres que no tienen ni idea, sacan una sonrisita de suficiencia y deciden hacerlo ellas mismas. Traen mantas extra, y lo más raro, una especie de cesta regalo del hospital llena de soda Shasta y paquetes de patata de marca general.

— Siempre las traemos para las familias que están transitando a cuidados paliativos.— Explica un técnico respiratorio, como si fuera un premio y no una cesta con snacks baratos de *enhorabuena por elegir la muerte*.

De alguna manera, es más deprimente que cualquier otra cosa. Ninguno de nosotros la toca, y cuando mamá descubre que no hay Mountain Dew dentro, la mira como si la hubieran traicionado.

Le quitan el tubo nasogástrico, lo que es recibido con aplausos, incluyendo el mío, y entonces mamá dice algo con un pitido a la enfermera que se lo quitó y ésta, sonríe y asiente. Desaparece y vuelve a aparecer con su bolso. Con la ayuda del técnico respiratorio, le quitan la mascarilla durante unos minutos cada vez y la maquillan. Difuminador, máscara de pestañas, unos toques de colorete y lápiz labial rojo.

Entonces le cepillan el cabello y le recogen una parte hacia arriba, casi parece la Carolyn Bell de siempre. Fuerte, amistosa y lista para echar unas risas.

Papá rompe en llanto.

El doctor paliativo nos da luz verde y le quitamos la máscara.

Mamá toma aire sin ella y en seguida los monitores empiezan a pitar, a quejarse de manera ruidosa sobre sus niveles de oxígeno, hasta que una enfermera estira la mano y los silencia. — Mountain Dew… ¿Por favor? — Pregunta mamá. Así que mandamos a Ryan a que vaya por uno. En el mismo momento recibo un mensaje de texto de Tyler diciendo que ha aterrizado y tomará un taxi tan rápido como le sea posible.

Mamá se acerca a mí, papá y Aiden. — Quiero… Rezar…

— Podemos llamar al sacerdote del hospital. — Empiezo a decir, pero ella niega con la cabeza. Me doy cuenta con incredulidad que ya hay cierta palidez floreciendo por sus ojos y sus labios.

— No quiero un sacerdote. — Jadea. — Quiero… Oración familiar.

Papá, Aiden y yo, compartimos una mirada de pánico mutuo.

— Cariño, Tyler vendrá muy pronto. — Le ruega papá. — Él rezará por ti.

— No. — Insiste. — Ahora. — Sus ojos salen disparados hacia los míos y hay una urgencia en ellos que es innegable, ahora no.

— Podemos rezar hasta que Tyler llegue. — Le aseguro. — Hmmm, si recuerdo cómo hacerlo.

Aiden se ríe de manera incómoda, pero en realidad no estoy bromeando. Mi última oración con éxito fue decir directamente *Te odio* al techo de mi habitación, y todas las veces posteriores que lo intenté se fueron al garete porque me quedaba sin palabras, un total fracaso. Y, si soy brutal y asquerosamente honesto, casi no quiero hacerlo. A pesar de que es su deseo, a pesar de que mi relación con Dios está cambiando

lentamente, hay una parte de mí que aún se opone. Hay una parte de mí que piensa *Haría lo que sea por mi mamá pero ni loco voy a ponerme a rezar.*

Excepto porque, cuando abro la boca, las palabras *sí* salen esta vez. Salen aunque estoy de mal humor, salen aunque tengo pánico. Estas no son mis palabras, son de hace miles de años, y, al principio, me siento estúpido, porque siempre lo he visto como una oración de relleno, de esas que murmuras cuando tus pensamientos están divagando entre los deportes y las chicas. Pero mientras lo hago, cada palabra se siente de manera dolorosa que encaja en este momento. Un canto hecho a medida sobre la maternidad y la compasión.

''Ave María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Amén''.

Para mi sorpresa, hay otras voces rezando conmigo al final. Mi padre, Aiden e incluso Ryan, merodeando a los pies de la cama con su elixir de Mountain Dew.

— Perfecto. — Dice mamá sin aliento. — Otra vez, ¿Por favor?''

Ella no dispone del aire suficiente para orar con nosotros, pero lo hace con sus labios, sujetando mi mano con fuerza, y algo empieza a surgir dentro de mí, aparte de la anticipación del dolor desgarrador que impregna la habitación.

Siempre pensé que la oración real, que la expresión real de la religión, tenía que ser única. Individual. Nueva y hecha a medida por la persona que se expresa, porque de otro modo, ¿Qué sentido tendría?

Pero por primera vez, puedo sentir el poder de orar en conjunto con alguien más, el poder de expresar palabras que me son tan familiares y antiguas que estaban hasta la fecha escondidas en alguna parte de mi mente. La parte de mi mente que no está

consumida por las cuentas y las finanzas, la parte que no es racional o del todo civilizada. Es una parte de mí tan profunda, tan elemental, que ni siquiera puedo nombrarla. Pero responde a las viejas palabras como los árboles al viento, estirando las raíces que están muy profundas. A las palabras no les importan mis sentimientos, mis insignificantes enojos o mis frustraciones de mortal. Las palabras están ahí de todos modos, así como la humanidad existe en mí de alguna manera, y por un momento de claridad y lucidez, lo entiendo.

Entiendo cómo puedes acusar a Dios de crímenes terribles, y luego ir a la oración de la tarde.

Entiendo que el odio no fue nunca jamás lo opuesto a creer.

Entiendo que el creer no es un abrigo que te pones para todo tipo de clima, hasta en el sol abrasador.

Creer es esto. Rezar cuando no tienes ganas de hacerlo, cuando no sabes quién o qué está escuchando; es realizar las acciones confiando en que algo sobre ellas importa. Ese algo te hace más humano, mejor humano, un humano capaz de amar, confiar y tener esperanza, en un mundo donde esas cosas son difíciles.

Eso significa creer. Ese es el sentido de la oración. No es arrojar una lista de deseos en un libro de contabilidad, no es negociar servicios transaccionales. Lo haces por el cambio que produce en ti y en aquellos a tu alrededor. Tiene un significado… Propio. Nada más y nada menos.

Oramos juntos, murmurando, mascullando, un coro de hombres rezando por una mujer, a una mujer, sobre una mujer. Un coro de hombres rezando para pedir oraciones. Y con cada giro de plabras, algo dentro de mí se va soltando más y más. Un tornillo desatornillándose a sí mismo y cayendo muerto al suelo, dejando un zumbido y hormigueo de advertencia en su lugar.

Mamá me aprieta la mano cuando terminamos otra oración, y yo miro hacia abajo, esperando a que diga que *ya basta de rezar*, y que *es hora del Mountain Dew* , pero de

Librería Digital

repente, la puerta se abre con un zumbido y yo levanto la cabeza porque estoy seguro de que es Tyler.

Pero no es él.

Es Zenny.

Zenny con su vestido de postulante, Zenny con sus enormes ojos oscuros y preciosos, suaves labios, y su pendiente de la nariz brillando descaradamente con la luz del sol.

Zenny está aquí, y me olvido de cómo respirar.

— No quisiera molestar. — Dice. Pero no puede decir qué es lo que quisiera hacer porque mi madre le hace señas con la mano de que se acerque a la cama, le hace señas con una mano temblorosa y el pecho agitado. Los hombres Bell se retiran para dejarla pasar y mamá le hace un gesto de que se acerque más, cosa que Zenny hace.

Lo que sea que le dice, se lo dice con un susurro estertoroso que no puedo descifrar desde mi posición al otro lado de la cama. Zenny le responde, con un tono bajo y musical, y mamá asiente, sonríe, posa una mano seca y grisácea en la mejilla de Zenny. Otro murmullo ronco, algo que hace que la boca de Zenny se apriete, se arrugue y tiemble, observo como las lágrimas se derraman de los ojos de Zenny y cómo ella y mamá se funden en un abrazo.

Y el poder ver esto, una vez, la mujer que amo, abrazando a mi madre como si fueran familia, estoy sin palabras. Es un regalo que nunca esperaba tener. Es un milagro.

Gracias.

Las palabras salen solas, fácilmente y sin esfuerzo, y se van volando hasta el techo. El estar agradeciendo algo a Dios en el lecho de muerte de mi madre, me hubiera parecido imposible hace simplemente una hora, pero, de algún modo, siento que es lo

Librería Digital

correcto ahora. El que haya pequeños momentos de felicidad dentro de esta terrible pérdida.

Zenny se incorpora y pone un mechón de pelo detrás de la oreja de mamá, y por un momento, pienso que se va a marchar, y no puedo permitirlo. Es egoísta, horrible y una porquería el pedirle que se quede y presencie esto. Que se quede y sea fuerte por mí porque yo no puedo ser fuerte por mí mismo.

No me importa, me hace horrible pero no puedo ser de otra manera en este momento. La necesito, puede dejarme todo lo que quiera luego, pero por ahora, por ahora la necesito.

Estiro la mano hacia mi monjita, y ella no lo duda, se pasa a mi lado de la cama y me rodea la cintura con sus brazos como si perteneciera allí, lo cual es cierto. Entierro mi rostro en su cabello, agarrándome a ella como un hombre se agarra al borde de un precipicio. Y solo una vez, es terrible, lo sé, pegajoso, sin derecho, y sin habérmelo solicitado, le beso la parte superior de la cabeza, dejando que mis labios sientan el roce y el cosquilleo de sus rizos, permitiéndome a mí mismo sentir ese pequeño confort.

Cuando vuelvo a mirar a mi madre, ella nos está mirando a Zenny y a mí abrazarnos fuertemente. Mi madre deja caer la cabeza y sonríe, como si esto fuera más de lo que ella hubiera podido pedir, como si su trabajo como madre estuviera hecho. Luego pide con un pitido el Mountain Dew, y por fin, después de mucho tiempo, puede beberlo.

Gracias. ´

Gracias.

Gracias.

Librería Digital

Capítulo 31

COMPARTIRÉ contigo los crudos detalles de lo que viene luego. La muerte, incluso rodeado por la familia, incluso con la oración y la morfina trabajando en conjunto, es dura. No hay segundas oportunidades, no hay ensayos.

Tyler llega con tiempo más que suficiente para tener un momento con mamá. Él hace un mejor trabajo que yo guiándonos con las oraciones, y yo le cedo ese papel agradecido, aliviado de quitarme al fin un peso de encima.

En cierto momento, Zenny me susurra que esto es, en cierto modo, como un nacimiento, y ella nos muestra a los hombres Bell, cómo ayudar a Carolyn Bell a través de otro tipo de parto. Le acariciamos las manos y los pies, le tocamos el cabello. Hablamos y oramos constantemente, incluso cuando sus ojos se comienzan a cerrar, y su respiración se agita, convirtiéndose en una serie de abruptos quejidos y respiraciones dificultosas. No queremos que se sienta sola, ni siquiera por un segundo.

El sol comienza a brillar, y sin el constante sonido del ventilador y el incesante pitido de los monitores, podemos oír el viento de septiembre azotar cálidamente con un sonido reconfortante de final de verano.

Le toma menos de tres horas en total.

Como poco, la habitación se enciende en llamas. Se destroza en un momento infinito de brillo. Se inunda con un intenso dolor y amor y pesar, y yo me abro completamente, me fundo, siento a Dios. Por un temerario, cegador y apasionante momento, toco la eternidad con la punta de mis dedos.

Y mientras lo hago, también toco a mamá en este lugar, mientras ella vuela, enviando destellos, brillando, un alma en camino a donde quiera que las almas con tanta luz van.

Librería Digital

Después de eso, me quedo temblando, temblando como una hoja, al igual que Tyler, y él mira mis ojos vidriosos con sus ojos igual de aguados y dice. — ¿Tú también lo sentiste?

Asiento y miro a los monitores.

Mamá se ha ido. Se ha terminado y mamá ya no está.

Nadie llega a tomarse la soda Shasta.

HAY mucho movimiento después de eso. Ellos vienen a limpiar el cuerpo y a hacer lo que sea que los médicos necesiten hacer para verificar su muerte y luego nos invitan a pasar para que la veamos una última vez. Se ve pacífica ahora, nada que ver con la mujer laborando de antes, la miramos durante mucho tiempo. Papá le besa el cabello, el rostro y los labios por última vez, y el resto de nosotros nos quedamos en pie alrededor como hombres con síndrome de estrés post traumático.

Zenny se ha ido y no sé cuándo se marchó, y de repente, todo el arrebato que vino con la muerte de mamá, explota, como un globo desinflándose, y me quedo demolido.

Y aún hay más que hacer.

Hay que hacer preparaciones, qué compañía funeraria la llevará y terminar demás asuntos del hospital. Hay llamadas, tres o cuatro, organizaciones diferentes pidiendo partes de mamá. Sus córneas. Sus tendones. Su piel y válvulas del corazón.

Fue su deseo donar tanto como pudiese de su cuerpo tras su muerte y por supuesto, tiene lógica, ya no necesita nada de esto, pero aún hace que se me cierre la garganta con ira y lágrimas. Es como si fuesen buitres en manada revoloteando alrededor de carroña, y parte de mí quiere gritar *Acaba de morir ahora mismo, ¿podemos tener un puto minuto antes de que la desmonten por partes?*

Librería Digital

Pero no grito, sigo sus deseos y trato de encontrar algo de confort sabiendo que Carolyn Bell aún está haciendo algo por el mundo. Que queda algo de felicidad en este día, y es, que la vida de alguien mejorará porque mi madre estuvo en este planeta.

Aun así, no es fácil.

Después del hospital, regresamos a casa de mamá y papá, y todos los hermanos procedemos a ponernos realmente borrachos, armando bullicio y tambaleándonos. Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y contamos historias.

Mañana, el director del funeral nos hará una visita y finalizaremos todos los arreglos. Mañana, tendremos que hacer llamadas, enviar emails y responder a todas las condolencias.

Pero esta noche, lloramos su muerte y reímos. Esta noche, recordamos.

Más tarde, mientras estoy tumbado en la cama de mi niñez, escuchando a Tyler y a Aiden cantando en la cocina, el agujero en mi pecho se estira hasta más allá de los bordes de mi cuerpo, llena toda la habitación. Se convierte en un oscuro y masivo espejo, que me hace gestos para que mire dentro. Y adentro, veo a mi madre y a mi hermana, veo a Zenny. Veo a Dios.

Por primera vez en mi vida, miro dentro de mí mismo. Las partes desagradables, las buenas, las intermedias. El dolor, viejo y nuevo, y mi amor por Zenny, que parpadea como si de un botón se tratara, un faro para mi alma, el cardenal azulado por desearla, y el dulce dolor de muelas que me causa el quererla, aunque me haya dejado.

Por primera vez en mi vida, miro dentro de mí mismo y acepto lo que hay ahí. Acepto lo que puedo y no puedo controlar, acepto las partes de Sean Bell que simplemente están ahí y las que se necesitan cambiar, y la oración que ofrezco no nace de la ira o el dolor, ni de la gratitud ni de ningún otro sentimiento salvaje o febril. Solo es una invitación para que Dios venga a sentarse conmigo en el espejo.

Y lo hace.

Librería Digital

Y esa noche, el cálido viento de septiembre, me trae una tormenta. Una real, con ráfagas de viento, cortinas negras y plateadas de lluvia y relámpagos agrietando el cielo como si lo intentara despedazar. Los truenos retumban por toda la casa y resuenan en la ventana. Me levanto de la cama, me pongo unos pantalones de pijama, bajo a la planta baja y salgo al jardín trasero.

Me quedo de pie en la tormenta por lo que parecen ser horas, dejando que la lluvia caiga por mi torso desnudo y espalda, la dejo danzar por mis párpados cerrados y mis labios entreabiertos. La dejo que llene el agujero que hay dentro de mí, y encontrar cada resquicio y valle de mi cuerpo y mi corazón.

Espero que mamá esté bailando entre las gotas de lluvia, espero que esté bailando y riendo con Dios.

Y se me ocurre de repente, que Zenny pueda estar bajo la misma lluvia ahora, que en alguna parte la luz de este relámpago le toca la cara, y casi puedo imaginarme que soy yo el que le toca la cara, que las gotas de agua en mis labios son los suyos, que las gotas cayendo hacia mi ombligo y sobre mis caderas son sus dedos y lengua. Casi puedo imaginarme que está aquí conmigo ahora y decir *"Siento que haya querido que me escogieses a mí. Lo siento. Lo siento."*

Puedo decir *Pero, ¿Te has visto a ti misma? ¿Oído a ti misma? ¿Cómo podría querer algo distinto cuando eres así*?

Pero, ella no está.

Estoy completamente solo, excepto por -por muy irónico que parezca- Dios.

Librería Digital

Capítulo 32

Mensaje de voz a las 11:34 a.m.

SEAN

Cuando me marché del hospital ayer, era la hora de empezar la corta retirada que las postulantes hacen antes de recibir el velo. Lo que significa, no tener contacto exterior, no tecnología, nada durante tres días excepto meditación y oración. Pero no podía permitir que notaras mi ausencia en el funeral de tu madre y pensaras que es porque no quiero estar ahí.

Ojalá pudiese estar ahí. Ojalá pudiese agarrarte la mano durante todo el proceso. Te lo mereces y siento si alguna vez te hice creer que no es así. Te mereces una chica que te de todo.

Antes de morir, tu madre me dijo… Bueno, supongo que eso no tiene importancia ya. Pero quería que sepas que esas palabras están grabadas en mi corazón. Así como tú.

Así como tú lo estás Sean

No hay un santuario libre de ti y los recuerdos que creaste, no hay parte de mí que no tenga algo tuyo. No sé cómo sentirme al respecto, ¿Enfadada? ¿Melancólica? ¿Afortunada?

¿Bendita?

¿Feliz?

Había una razón cuando no te contesté si yo también te amo. Y hay una razón de por qué te estoy diciendo esto en una llamada en lugar de buscarte y decírtelo cara a cara, lo verías, lo sabrías, y entonces…

Librería Digital

Dios, tendrías razón y odio cuando tienes razón. Es curioso como lo terminé, te dejé porque no podías dejar de lado el tener el control, y ahora descubro que yo tengo el mismo problema. No es que no pueda dejar a Dios, a mis hermanas o mi vocación, porque sé que tendría todo esto en otra vida. No soy tan tajante, categórica y terca como para no ver eso. Pero no puedo sacrificar el control que tengo sobre mi vida, porque si no lo tengo, entonces ¿Qué me quedaría? Si no tengo eso por lo que he trabajado, sufrido y sudado tanto ¿De qué habrán servido todos esos sacrificios? Sería cobarde por mi parte, y yo no soy ninguna cobarde.

Empecé todo esto contigo para darme cuenta de qué iba a extrañar. Y me he dado cuenta. A ti. Te extrañaré a ti.

Espero que el decir esto sirva de algo. De algún modo. Al final.

Fin del mensaje

Librería Digital

Capítulo 33

EL MONASTERIO DE ZENNY es una casa vieja de piedra, rodeada de árboles. Me sorprende lo intimidante que me parece en este momento, grande, venerable y casi como un castillo, hasta los árboles parecen proteger a las mujeres que hay dentro, haciéndome señas con las hojas como si fueran manos dándome una advertencia.

Los ignoro. Si ni el mismo Dios pudo detenerme, no lo van a hacer unos árboles.

Solo estoy aquí para despedirme de ella, les digo. *Tranquilizaos.*

Echo un vistazo a mi reloj y luego a la invitación que tengo en la mano. Elijah me la dio sin mediar palabra en el funeral de mi madre, no sé qué querría que hiciera con ella, o si era simplemente para recordarme que Zenny aún iba a ser monja, a pesar del desvío con Sean Bell. Pero he sabido qué hacer desde el momento en que la vi.

La puerta del monasterio está abierta, me adentro en el ancho recibidor, sigo la música amortiguada por el pasillo hasta la pequeña capilla y mis pasos se van ralentizando a medida que me acerco a ella. Y cuánto más despacio camino, más rápido me martillea el corazón en el pecho.

Le digo a mi estúpido corazón que pare, que solo estamos aquí para decirle adiós. Si Zenny es lo suficientemente valiente como para decirme cómo se siente de cara a esto, yo también puedo. Puedo liberarla. Nunca me recuperaré, porque, ella lo es todo, ella es todo lo que un pecador como yo consigue, mi única oportunidad brillando como una luciérnaga en la oscuridad, demasiado alto como para atraparla. Pasaré el resto de mi vida dolido deseándola y añorándola. Pasaré el resto de mi vida celoso de Dios, sin importar esta nueva tregua que nos hemos dado.

Pero no quiero eso para ella; no quiero que malgaste nada de su precioso corazón con un pecador como yo. Quiero que viva libre, feliz y plena.

Librería Digital

Sin mí.

Han pasado dos días desde el funeral de mamá, y se me hace raro acercarme a una capilla ahora, ya que es mi segunda vez en un lugar religioso en esa cantidad de días. O quizás sea extraño el que no se sienta raro.

Puede que esté reformado.

Las puertas de la capilla están cerradas, y tengo un presentimiento incómodo de que puede que sea demasiado tarde, un presentimiento que se convierte en un pánico de metal que puedo sentir en mi boca.

Puedes decirle adiós igual de fácil después de que tome los votos, me recuerdo a mí mismo, pero, es más que eso. Quiero que se sienta libre cuando camine hacia el altar para encontrarse con Dios, quiero que camine hacia Dios sin ningún reclamo en su corazón. Se merece siquiera eso. El no tener ataduras, esa redención final. Se merecía eso de mí, y es demasiado tarde para dárselo.

Pero entonces oigo como un pequeño ataque de hipo, seguido de un sonido de haberse sonado la nariz. Curioso, sigo ese sonido hasta llegar a donde proviene: una pequeña habitación a un lado del pasillo y alrededor de la esquina de la capilla.

Dentro, con el vestido de novia que debería llevar puesto para mí, está Zenny.

Llorando.

Caminando de un lado a otro.

Jodidamente preciosa.

Tenía mil cosas que le iba a decir en este momento, miles de disculpas, bonitos discursos, pero todo sale por la ventana en el minuto que la veo llorando. No puedo verla sin tratar de hacer algo; no soporto pensar que algo la tiene triste. Es como un dolor físico.

— Bichito. — Susurro, y ella se empieza a girar hacia mí.

Librería Digital

— ¿Sean? — Pregunta… Y rompe a llorar de nuevo.

No me importa que estemos en un monasterio, no me importa lo que haya pasado antes, solo me importan ella y sus lágrimas, y hacer algo para detenerlas. Me acerco y la tomo en mis brazos, como si fuese mi novia de verdad, y luego la cargo hasta el banco que hay a un lado de la habitación, me siento y la acuno en mis brazos.

Ella entierra su rostro en mi pecho, su cuerpo se agita con cada sollozo, y luego están la seda y el tul de la falda de su traje de novia a nuestro alrededor, como nubes. Le canturreo bajito al oído sin palabras mientras nos mecemos, mientras le retiro el cabello de la cara, y la acurruco fuerte contra mi torso y pecho, abrazándola como he querido hacerlo durante la última semana. Fuerte, con mi rostro en su cabello y sus manos sobre mí pecho.

— ¿Qué ocurre bichito— Murmuro. — ¿Qué te puso tan triste?

Ella mueve la cabeza contra mi pecho, llorando incluso más fuerte, sus manos se aferran a mi camiseta con tanta fuerza, que la tela está hecha bolas en sus manos, como si temiera que la fuese a dejar.

Tontita Zenny. Como si la fuera a dejar alguna vez.

La voy a abrazar todo el tiempo que me lo permita. La abrazaré por el resto de mis días.

— No sé qué se supone que deba hacer ya. — Dice con lágrimas en sus ojos contra mi pecho. — No sé qué quiero hacer o qué es lo que Dios quiere y si los dos son la misma cosa.

No digo nada, no soy nadie para decirle qué debería hacer cuando se trata de sus votos. Así que, simplemente la abrazo, acuno y beso su cabeza. Le acaricio el brazo y me sale un profundo hmmm en mi pecho.

Librería Digital

Muy lentamente, tanto que ni siquiera me doy cuenta en un principio, sus sollozos se convierten en lágrimas contenidas, y éstas pasan a ser un sorberse la nariz con cansacio, hasta que la tengo desplomada sobre mi pecho, debilitada y callada.

Gradualmente, soy consciente de su cuerpo acurrucado en el mío. La fina línea de su cintura bajo mi mano. Sus rizos me hacen cosquillas en la garganta. Las curvas firmes de su trasero en mi regazo y sus rodillas en mi muslo.

El calor, no bienvenido pero imparable al mismo tiempo, me inunda, me enciende. Me revuelvo para que no se dé cuenta de cómo mi polla se va endureciendo.

— ¿De cuánto tiempo dispones? — Digo preguntándome a mí mismo, si debería esfumarme antes de que alguien encuentre a su novicia más reciente en los brazos de un hombre, con el vestido de novia ni más ni menos.

Siento como mueve la cabeza para mirar al reloj. — Treinta minutos. Están rezando para aceptarme en la orden y luego el rito dará comienzo.

Toco las perlas de su vestido con mis dedos. Está pasado de moda de hace unos años y me da la sensación que lo compraron usado. Quizás haya sido donado. Aun así, se ve impresionante, una visión salida de mis insensatos y espontáneos sueños. El vestido lleva unas tiras alrededor de los hombros, como el traje de Bella en *la Bella y la Bestia*, y luego es seda ajustada a su cuerpo desde sus dulces pechos hasta donde sus caderas se ensanchan con moderación, y desde ahí pasa a ser una locura espumosa que resulta encantadora. Paso mi mano por la tela, imaginando, durante un minuto, que de verdad es mi novia, que esta es nuestra boda, que está aquí conmigo porque quiere estarlo y no porque es el primer hombro disponible que encontró para llorar.

Imagino que puedo besarla.

Imagino que puedo amarla.

Sus manos se han aflojado en mi camiseta y un dedo despreocupado sube por mi pecho hasta el cuello de mi camiseta y luego vaga por mi piel desnuda.

Librería Digital

— Te afeitaste. — Murmura.

— Para el funeral. — Explico. Aquella mañana, casi podía oír a mamá quejándose de cómo me veía como un rufián, así que cogí una cuchilla y de una vez me quité la barba. Apenas podía reconocer al hombre del espejo cuando acabé, la semana en el hospital me dejó huecos bajo los pómulos y ojeras del dolor bajo mis ojos. (Mi cabello no sufrió. Al menos eso se salvó).

Zenny se aclara la garganta y ladea la cabeza hacia mí. — ¿Por qué estás aquí Sean?— Susurra. — ¿Por qué hoy?

— Vine a hacer las cosas bien. — Digo con sinceridad. — La cagué. Y no quería que arrastrases eso contigo al altar.

Sus largas pestañas aún tienen lágrimas en ellas, y brillan cuando parpadea. — La cagaste. — Dice cautelosa. — Así que has venido aquí. Hoy. Justo antes de que tome mis votos.

— No quiero que nada de lo que hagas hoy esté manchado con ira o amargura. — Pongo un rizo detrás de su oreja y observo cómo éste ignora mis dedos y vuelve a salir. — Esto es lo que querías. Por esto es por lo que has trabajado tan duro. Mereces que sea exactamente como lo soñaste.

— ¿Y no se te pasó por la cabeza que aparecer, lo haría de nuevo parecer, que todo se trata de ti? ¿Qué removería malos sentimientos en mí? ¿Qué podría empeorar las cosas?

— Oh. — Mierda. Pues no lo pensé.

Joder.

Dejo caer la cabeza hacia atrás y aflojo los brazos, para dejarla ir. Todo lo que quería era mejorar las cosas, toma una página de todos los libros de piratas y compañía de Wakefield y hace un gran gesto, pero un gran gesto para *apoyarla*, no para volver a

Librería Digital

ganarla. Para demostrarle que ella y su vida tal como la planeó significa mucho, mucho más que lo que mi idiota y vulgar corazón ansía.

Y una vez más, la he jodido.

Zenny se mueve, estoy seguro de que es para bajarse de mi regazo, para alejarse de mí, pero un ardiente alivio y confusión me inundan cuando me doy cuenta que no se baja, se está acomodando. Me está montando para poder mirarme más fácilmente a la cara, y al poner las rodillas a ambos lados de mis caderas, su vestido resurge entre nosotros, como olas de seda blanca.

— Sean. — Dice en voz baja agarrándome el rostro con sus manos. — Me alegro de que estés aquí.

— Pero.

Ella presiona la punta de su dedo en mis labios. — Sé lo que dije, y es cierto. *Y* me alegro de que estés aquí.

Hace un mes, no hubiera podido entender esto. El cómo algo puede tener un *Y*. Cómo algo puede tener imperfecciones pero ser bueno, cómo algo puede ser imperfecto pero aún merece la pena amarlo.

Estoy empezando a entenderlo.

— Lloraba porque te extrañaba. — Dice. — Lloraba porque te amo.

Mi corazón da volteretas por mi pecho como un loco, martilleando en su prisión y ahogándome. — Zenny.

Eso es todo lo que me sale. Todo lo que tengo.

— Tenías razón. — Dice, apartando la mirada. — Empecé queriendo hacer esto por las razones equivocadas. Lo iba a hacer por las razones equivocadas. Ya no se trataba de Dios, era sobre demostrarle algo a las personas que dudaban de mí. A los que pensaron que el que me convirtiese en monja era ridículo o un desperdicio, a todos

aquellos que pensaban que no era lo suficientemente fuerte como para dejar el dinero o el sexo.

— Oh. — Digo de nuevo. Mi tono lo dice todo, ese sonido está repleto de una estúpida esperanza que nunca me he atrevido a sentir.

— Oh Sean. — Dice, y algo así como pena aparece en su voz.

Mi corazón se congela.

— Aún creo que tengo que hacerlo. — Susurra. — Solo que… Por las razones correctas ahora.

— Oh. — Esa palabra de nuevo. Como si fuese la única que sé.

— Pero tú fuiste quien me enseñó eso. — Dice gentilmente, y me atrevo a soñar, ¿Tristemente? ¿Ansioso? — Siempre te estaré agradecida, no solo por enseñarme lo que es el amor, sino por guiarme en la dirección correcta. Tienes razón: Me hubiese arrepentido de caminar hacia el altar y hacer mi juramento con las intenciones equivocadas.

Supongo que esto no es mucho peor de lo que me había temido y había planeado en un principio, pero por alguna razón se siente como si lo fuera. Traté de ganar de nuevo el control de mi corazón y fallé; se ha desvanecido de nuevo en ese agujero en mi pecho. — Me alegro. Quiero que tengas la vida que tú desees; quiero que tus decisiones sean tuyas. Siempre.

— ¿Y tú? — Pregunta, frunciendo un poco el ceño. — ¿Qué tipo de vida quieres? Vas a estar…

No puede terminar, y no necesito que lo haga. Quiere asegurarse de que estaré bien sin ella, y no puedo dárselo sin dudar. No voy a estar bien, pero eso es lo que aprendí durante este mes: el que yo esté bien no es lo más importante en el mundo,

— Dios y yo nos hablamos ahora. — Digo tratando de distraerla de su pregunta. — Y por eso, debo agradecerte. Dijiste que creer era dar mi corazón y confiar en que el

entendimiento vendría después, y me di cuenta en cierto momento que ya había dado mi corazón sin entenderlo, a ti Zenny. No fue tan difícil hacerlo una segunda vez con Dios.

Sus ojos brillan con lágrimas nuevamente y me atrae hacia sí misma. — Sean. — Suspira en mi cuello, y sus senos están planos contra mi pecho y sus muslos apretados alrededor de mis caderas, y su culo está…

— Cielo. — Digo con voz ronca. — Necesito que me sueltes.

— No. — Dice, moviéndose más cerca, atrapando mi rígido miembro entre su montículo y mi propio estómago. — Eso fue hermoso.

Soporto esto con toda la paciencia que soy capaz de reunir, pero mi voz suena áspera y dura cuando digo. — Zenny, tienes que dejar de moverte así en mi regazo.

Esto la hace alejarse, lo suficiente para incorporarse y mirarme, pero al enderezarse, trae su coño justo hasta mi erección, y sus ojos se agrandan cuando al fin lo entiende. Ella traga saliva y su cara se sonroja.

— Oh. — Dice. Ella también se ha infectado con esa palabra.

— Sí, oh. — La provoco, tratando de no darle importancia, de quitarle importancia a una triste y ansiosa polla. Un triste y ansioso corazón. — Sería mejor que te movieras cariño.

Ella no se mueve, en lugar de eso, se sienta en mi regazo y me mira, su respiración es elaborada y empuja sus perfectas tetas contra el traje de novia de Jesús.

Mis muslos tiemblan por la contención, mi estómago está tenso. Me está tomando cada fibra de decencia dentro de mí para no meter la mano bajo su falda y sacarme el miembro, para no encontrar su rajita y meterle los dedos, y luego mi polla. Para no embestirla mientras su traje de novia ondea entre nosotros, para no dejarla atrapada contra mí pecho y hundirle mis dientes en el cuello. Puedo sentir la lujuria como algo

Librería Digital

físico, un fuego o piscina de metal fundido subiéndome por las piernas, hasta el vientre.

— Nena. — Le digo con voz áspera mientras mis manos tiemblan al ponerlas en su cintura para bajarla. — Es… Estás… — No puedo formar las palabras.

— ¿Estoy qué? — Susurra.

— Siempre voy a querer abrazarte, pero ahora mismo estoy pensando en hacer mucho más que eso, y sé que no es lo que quieres.

Ella me mira con una expresión como si estuviera indecisa entre la curiosidad y la responsabilidad. Le tiembla la voz cuando pregunta. — ¿Y si lo quiero?

Mi cabeza cae hacia atrás contra la pared. — Zenny. — Le ruego con voz ronca.

— Quizás… Podríamos… ¿Una última vez?

No tengo respuesta para esto. Ninguna. Porque si me está preguntando si quiero follármela una última vez antes de que le dedique su vida a Dios, entonces la respuesta es un sí. Sí, y se la meteré en este mismo instante.

Pero no sé si es buena idea. Y no sé si iré al infierno por ello.

— No sería demasiado inteligente. — Digo metiendo las manos bajo su falda y buscando sus muslos.

— No. — Me da la razón.

— Y sería una locura, justo aquí en esta habitación, tan cerca de la capilla. — Me levanto y la llevo conmigo.

— Sí. — Dice, sus piernas rodean mi cintura y sus manos se deslizan por mi cuello.— Una locura.

Librería Digital

Camino hacia la puerta, la cierro y echo el pestillo. No sé lo que estoy sintiendo, o sí, pero es demasiado como para retenerlo todo a la vez. Debería detener esto, nos hará incluso más daño a ambos, debería ser el mayor y el más juicioso y soltarla.

No quiero soltarla.

No quiero detener esto.

Si esta es la última vez que la voy a saborear, la tomaré, llorándola a la vez.

— ¿Esta monjita necesita que la follen? — Gruño en su oído, mientras la inmovilizo contra la pared. — ¿Ya se siente vacío ese coño bonito?

Su cabeza cae hacia atrás cuando le mordisqueo el cuello, con cuidado de no dejar marcas que ella tenga que explicar después, pero lo suficientemente duro para hacerla jadear y estremecer. Bajo la falda de su vestido de novia, mis manos buscan sus bragas y las echan a un lado, metiendo dos dedos en su hendidura. Está húmeda. Jodidamente mojada y jodidamente suave, y de repente, tengo que comérmela, tengo que tenerla en mi lengua.

Dejo que baje sus piernas de mis caderas para ponerla en el suelo. Su quejido de incredulidad cuando mis dedos salen de su coño es reemplazado por una abrupta inhalación cuando mi mano alcanza el dobladillo de la falda. Con la otra mano, tomo su muñeca y presiono su palma sobre su boca y le doy una mirada seria. — Callada cielo, no querrás que todos sepan que te están follando aquí con tu bonito vestido ¿Verdad?

Ella niega con la cabeza, los ojos muy abiertos y su mano presionada con fuerza sobre su boca.

Lo cual es bueno, porque el momento en que me pongo de rodillas ante ella, un gemido de anticipación sale de alrededor de su mano. Un gemido que siento llegar hasta la punta de la polla.

Librería Digital

Me paso la lengua por el borde del labio inferior mientras empujo hacia arriba la falda de su traje y le quito con facilidad sus simples braguitas blancas. Necesito probarla, lamerla, chuparla.

Y entonces, está desnuda para mí, esa preciosa parte de ella. El ordenado nido de rizos oscuros, la perla de su clítoris asomándose bajo el vulnerable capuchón. Y cuando la abro para mí con los pulgares, veo los suaves pétalos que tanto me gustan, desplegándose para revelar sus resbaladizos y apretados secretos.

— No te sentías bien ¿Verdad? — Murmuro, frotando a conciencia su clítoris. — Pon la pierna sobre mi hombro cielo. Sean va a hacerte sentir mejor ahora mismo.

Un sonido sale de debajo de su palma, uno que se parece mucho a *oh Dios oh Dios*, pero ella desliza la pierna sobre mi hombro de todos modos, permitiéndome el acceso al centro de ella. Presiono la nariz en sus rizos e inhalo profundamente, tratando de memorizar su aroma ácido, dulce, terrenal. Trato de grabarme todo, ese primer sabor de ella expandiéndose en mi lengua, sus caderas moviéndose buscando mi boca, su respiración agitada cuando empiezo a comérmela en serio.

Todo es muy *suave.* Tan suave, que parece que se fuera a derretir en mi lengua, y hago todo lo posible para que ocurra. Succiono su clítoris y lo lamo, hago remolinos con la lengua en su entrada y la penetro con ella. Lentamente, introduzco dedos y pulgares. Gruño apreciativo cuando sus dedos se enredan en mi cabello y tira de mí para atraerme más cerca; gimo y me aprieto la polla cuando se empieza a follar mi cara, porque me voy a correr*, me voy a correr* solamente con esto si no me sofoco la polla durante un segundo.

OK, quizás más como un minuto.

Y todo el rato, ella se sigue follando mi cara como si fuese la última vez que fuera a tener una cara disponible para frotarse el coño, lo cual, es así.

— Sean. — Suspira alrededor de su dedo. — Oh, joder. *Sean*.

Librería Digital

Se corre de lo lindo. De manera impresionante. Como una monjita que se retuerce de placer, mojada, jadeante y feliz.

Espero a que termine, succionándola durante los altos y bajos de su orgasmo, hasta que su cuerpo se vuelve lánguido y dócil bajo mis labios, y luego, me levanto, y me limpio la boca con el brazo. Ella sigue mis movimientos con mirada ardiente, deteniéndose en mis labios mojados. Los curvo con suficiencia.

— ¿Te gustó? — Pregunto, dejándome caer hacia ella y acariciando su nariz con la mía. — ¿Te gustó que me encargase de ese pobre coñito?

— Sí. — Suspira feliz. — Oh, sí. Por favor. — Empieza a tirar de la camiseta persiguiéndome para besarme, y yo la provoco sin dejarme, moviendo la cabeza cada vez que ella la mueve en mi dirección para que no pueda alcanzar mis labios. — Sean, por favor. Te necesito.

Solo por eso, la dejo besarme, la dejo lamer con curiosidad su propio sabor y limpiarlo de mis labios. — Dime que me amas. — Murmuro en su boca. — Dímelo otra vez.

— Te amo. — Deja escapar con un jadeo. Jadea porque antes de que termine, la estoy empotrando contra la pared y sacándome la polla. Oírla decirlo me vuelve loco y me amansa a la vez, salvaje y sereno. Podría escucharla decirlo el resto de mi vida, podría sobrevivir solo con el sonido de esas palabras, podría…

Espera.

Mierda.

— No tengo condón nena. Lo siento. — La empiezo a bajar y ella se aferra a mí.

— No pares. — Me suplica. — Ya lo hicimos sin nada anteriormente, así que… ¿Qué importa?

— Hacértelo sin nada por el coño, acarrea otro tipo de problemas.

Librería Digital

— Estoy tomando anticonceptivos. — Discute.

— No voy a arriesgar tu futuro por esto. — Digo de manera firme. Entre los dientes de mi cremallera, mi polla palpita en señal de protesta. La ignoro. — Tú vales más que eso. Vales más que nada.

— Sean Bell. — Dice con voz mordaz de repente, no solo un poco severa. La miro a los ojos. — Si valgo más que nada, vale la pena que me escuches. Estoy dispuesta a aceptar los riesgos.

— Joder Zenny. Dios sabe que quiero empotrarte contra la pared y follarte hasta que ninguno recordemos nuestros nombres. — Estoy temblando de nuevo, aun sosteniéndola fuertemente en mis brazos, y cuando se mueve para subirse un poco y ponerse cómoda, la cabeza de mi polla se roza por su húmedo centro. Tomo aire con los dientes apretados y dejo caer la cabeza en su hombro.

Me muerde el lóbulo de la oreja. — Te deseo. — Dice. — Te deseo más de lo que nunca he deseado ninguna otra cosa.

Me alejo para mirar su rostro. Sus ojos son sensuales e insistentes. Su boca hecha morritos por la necesidad que la atormenta.

¿A quién demonios trato de engañar? No puedo resistirme a ella; no puedo resistirme a darle cualquier cosa que me pida, jamás.

— ¿Estás siendo una chica honesta? — Pregunto, para estar seguro.

— Chica honesta.

Coloco la cabeza de mi polla desnuda en su coño y la miro. — Bésame. — Le ruego.— Bésame mientras me dejas que te la meta.

Ella me besa con las ganas de una colegiala, su boca abierta, su lengua busca a la mía, y por un momento, nos balanceamos al borde del pecado, nuestras lenguas se

Librería Digital

encuentran y se aparean, mi miembro solo la traspasa superficialmente. — Tú me desarmas. — Dice en mi boca. — Me haces sentir más como yo misma.

Y no necesito más para venirme. Me vengo amándola, caigo despreocupadamente dando volteretas por ella.

La embisto.

No hay nada entre nosotros.

Nada en absoluto. Excepto Dios, promesas rotas y dos corazones.

Mis dientes se hunden en el delicado espacio entre su cuello y su hombro, y ella gime en voz baja y complacida. — Puedo sentirte. — Dice algo maravillada. — Tu piel. Tu calor.

Mis rodillas están a punto de ceder mientras voy avanzando hasta llegar casi a su vientre; una descarga eléctrica y chispas pasan por mis ojos; estoy sin aire, sin aire y tenso como la cuerda de un violín, y tratando de no morir en el intento aquí frente a Dios, con Su monja pegada a la pared y mis pantalones bajos en mis caderas.

Suave e invasiva al mismo tiempo, la atrevida cabeza de mi polla va dejando besos por el útero de Zenny, y casi me tambaleo con el sentimiento y la idea, y todo lo que me quedan son sensaciones:

Su coño con un mojado e incesante apretón.

Y

Las curvas escondidas y marcas de su cuerpo, suaves, apretadas, mojadas.

Y

El esponjoso roce de su clítoris sobre mi polla.

Y

Librería Digital

Seda por todos lados, su espumosa falda por encima de mis brazos crujiendo y ondulando, y los deliciosos montículos de sus pechos moviendo agitadamente bajo la seda del corpiño.

— ¿Te gusta cómo se siente? — Pregunto con voz ronca levantando la mirada hacia su rostro mientras que ella baja la suya para mirar al mío con sus mejillas ligeramente sonrojadas y sus labios entreabiertos. — ¿Necesitabas cabalgarme nena?

— Sí. — Jadea, moviendo sus caderas conmigo, buscando el ángulo correcto y retorciéndose. — Dios. Lo necesitaba tanto.

— ¿Por qué?

— Necesitaba estar llena, joder, Dios, tú me llenas tanto.

— Mierda. — Rujo, flexionando mi polla dentro de ella para sentir el abrazo apretado de su cuerpo. — Joder si lo hago.

Se retuerce en mis brazos de nuevo, buscando, su cabeza cae hacia atrás dejando expuesta una fina y delicada garganta.

— Eso es cielo. — La ánimo, observando fascinado como su garganta palpita con lujuria y frenesí. — Toma lo que necesites. Usa mi polla para sentirte bien de nuevo.

Su boca se vuelve a abrir, soltando un gemido silencioso, y ella es un ángel retorciéndose, cayendo del cielo y tocando el éxtasis todo al mismo tiempo, suelta un *Te amo* con un sollozo entrecortado mientras su cuerpo se lanza a la boca del infierno, estremeciéndose con pecado ilícito en los brazos de un pecador, justo cuando lleva puesto el vestido con el que se encontrará con Dios.

¿Dije antes que me había reformado?

Mentí.

Estoy a punto de llenar a una monja con lo acumulado de una semana de dolor, ira y soledad. Voy a poner la punta de mi polla justo en la firmeza de su útero y reclamarla

desde dentro hasta afuera. Voy follarla con este vestido que no se supone que sea para mí, follarla hasta que estemos sudorosos, desesperados y exhaustos.

Y lo hago.

La hago saltar en mi polla con fuerza, estiro ese coño con mi gruesa y pesada erección hasta que tiembla en mis brazos con su tercer clímax, y entonces lo dejo ir, todo.

Dejo ir la soledad y la pérdida.

Dejo ir el control y el caos.

Y con gemidos y sacudidas, me derramo dentro de ella con varias pulsaciones largas y calientes, de toda una semana guardada para ella. Hay lo suficiente como para que lo sienta salir de mí, y extendiéndose entre nosotros, y comienzo a imaginar las cosas más ordinarias: Hacerla chorrear mi semen, dejarla embarazada. Es horrible, pero es en todo lo que puedo pensar mientras palpito y me libero en su vientre. Es todo lo que ocupa mi mente, eso y el aroma a rosas de su garganta, donde mi cabeza está enterrada.

Acabó demasiado rápido, me doy cuenta de manera infeliz. Mis últimos momentos de intimidad con Zenny, y pasan antes de que pueda atraparlos, escapándose entre mis dedos.

Zenny parecer estar pensando lo mismo, aferrándose a mí con fuerza, sus manos retorciendo mi camiseta y sus talones en mi espalda. Y ambos descendemos, mojados, temblorosos y temporalmente, como uno solo. Podría llorar por la injusticia que hay en ello.

— Ya es hora nena. — Murmuro de mala gana, poniéndola en el suelo. Sostenerla es como estar en el paraíso, pero ella tiene otro tipo de cielo esperándola y no seré yo quien lo arruine.

Librería Digital

La ayudo a limpiarse con Kleenex y a arreglarse las bragas, el vestido y el cabello, hasta que la única evidencia que queda de lo que acaba de suceder es el casi imperceptible tono rosado de sus mejillas, y su pecho, y mi semen dentro de ella, invisible para todos, excepto para Dios.

Y ya no hay más excusas, es hora de que vaya a por sus votos y de que yo me marche.

Le doy un último beso, largo y duradero, sus labios ceden bajo los míos y entonces, me enderezo. — Te amo. — Le digo. — Siempre te amaré.

— ¿No te vas a quedar? — Pregunta, sus labios tiemblan. — ¿No te quedarás?

— Creo que he sido muy paciente, considerando todas las cosas. — Digo. — Pero ¿Verte renunciar a tu amor por mí y prometerle tu corazón a otro? ¿Incluso si esa otra persona es Dios? No puedo soportar eso Zenny. No puedo.

Una lágrima se derrama, seguida por otra y luego otra. —— No he sido muy buena contigo ¿Verdad?

Aparto la mirada. — Has sido muy buena.

Ella niega con la cabeza, forzando una triste sonrisa a través de sus lágrimas. — No, no lo he sido. No sé si puedo disculparme por todas las veces, no creo que fueran un error, pero sé que a veces fui… Profundamente inconsistente. Caliente y fría.

— Tenías tus razones para estar recelosa. — Digo de manera cansada. — Tú querías algo transaccional entre nosotros y yo rompí el trato.

— Pero yo lo rompí también. — Confiesa. — No podía decírtelo porque estaba aterrorizada de avivar… Este fuego en mi pecho. Pero, oh Sean, cada vez que decías una de esas *cosas*.

— ¿Cosas?

Librería Digital

Hace un gesto con la mano. — Ya sabes lo que quiero decir. O cuando tu voz se vuelve ronca y baja, o cuando tus ojos se abren de par en par, como el cielo después de la lluvia… Cada una de las veces, pude sentir ese fuego tratando de arder y liberarse. Tú me haces eso. Tú me desarmas y eso era todo lo que podía hacer para agarrarme a los bordes de mi alma como tú lo hiciste. Te amaba y estaba asustada, y si hubiera sido honesta… Bueno. — Ella toma una bocanada de aire y toma mi mano con la suya, presionándola contra su corazón. — Quizás esto no dolería tanto.

Su corazón martillea en su pecho de manera silenciosa, como un pájaro triste y cansado, y no puedo evitar darle un beso más, un roce de labios final y una última probada de sus labios.

— Siempre iba a doler bichito. — Suspiro en sus labios. — Siempre.

Me grabo una última imagen, ojos brillantes y oscuros, una linda naricita y una cortina de exuberantes rizos que hacen cosquillas, y luego, la entrego a los brazos de Dios y sus hermanas. Cierro la puerta de la habitación de la sala de espera tras de mí, rebanando nuestro amor por la mitad de una vez por todas, y mientras lo hago, mi corazón se rompe.

Una…

Última…

Vez…

Librería Digital

Capítulo 34

NO PUEDO salir del monasterio lo suficientemente rápido, medio corriendo por el pasillo central hacia la puerta de salida y empujándome a mí mismo como si me estuviese quedando sin aire.

Lo estoy. Me estoy quedando sin aire. Me estoy ahogando en mi propio dolor, mis propios arrepentimientos agridulces. Y ni siquiera puedo reunir la fuerza para escuchar los cantos y rezos haciendo eco ahí dentro; me lanzo escaleras abajo y en la vieja acera, esperando que el bullicio del tráfico de la ciudad y el viento ahoguen la melodía del casamiento de Zenny con Cristo.

¿Por qué tenías que hacerme esto? Le exijo a Dios. *¿Qué posible razón puede haber para esto?*

No hay respuesta, por supuesto que no. Si hay algo que he aprendido durante esta tregua con Dios esta semana es que Él muy rara vez responde a una oración de queja en ese mismo momento.

Aunque, más vale que se vaya acostumbrando. Soy más como Jacob que como Abraham, listo para pelear con Dios en cualquier instante; Soy más como Jonah con su planta muerta y su malhumor. *Estoy tan enfadado que preferiría estar muerto.* Pero empiezo a pensar que eso está bien ahora. Toda esa honestidad, angustia, rabia y demás sentimientos desagradables del ser humano, son preferibles a una devoción apagada y vacía.

Me dispongo a tener pensamientos deprimentes y dolorosos que lanzo hacia arriba hacia Dios, que pasan a ser pensamientos tristes y de soledad conforme me voy acercando a mi coche al lado del edificio.

Nunca voy a dejar de amarla, pienso con pesar. *Ella es la única que habrá dentro de mi corazón mientras viva.*

Librería Digital

A Dios le parece que ya es hora de contestar y Kesha sale a todo volumen abruptamente de mi teléfono. No reconozco el número en un principio, y mi pecho se desinfla tan rápido que mis costillas crujen, lo cual es una estupidez. ¿En serio pensaba que Zenny me iba a llamar en mitad de su ceremonia? ¿Qué clase de triste idiota soy?

—Sean Bell. —Contesto sin molestarme en cambiar mi tono depresivo.

— Sean Bell. — Responde una voz chirriante. Una voz de mujer mayor. Una voz familiar. —Creo que es mejor que bajes la velocidad.

—Yo ¿Qué?

— Aminora. La. Velocidad. — La voz repite como si yo no estuviera muy lúcido, lo cual es verdad, no lo estoy, porque aún no sé lo que quiere decir hasta que me doy la vuelta para mirar al monasterio, y ahora estoy extrañamente seguro de que la voz es de la Madre Reverenda hablándome, y ¿Por qué iba a estar hablándome a mí?

Un brillo blanco sale de la puerta del monasterio y me quedo paralizado.

Y entonces el brillo se convierte en espuma, y la espuma en una monja con traje de novia, con las manos agarrándose la falda para subírsela mientras corre hacia mí.

Ella se ve como si hubiese salido de una película, o de un sueño. El sol brilla por su piel y deja destellos de seda por todas partes, su cabello rebota y cae por su cuello y rostro, y el viento la acaricia afectuosamente, haciendo que el vestido se infle tras ella.

Parece que he echado raíces en el sitio, vacío de todo, hasta de esperanzas, mientras ella corre hacia mí sin aliento.

— Con eso basta. — Dice la voz satisfecha de la Madre Reverenda por la línea telefónica y la oigo colgar.

Sin palabras, dejo caer mi teléfono a un lado y sigo mirando.

—No pierdas tu felicidad. —Dice Zenny deteniéndose frente a mí.

Librería Digital

— ¿Qué? — Pregunto como un imbécil.

— Es lo que me dijo tu mamá antes de morir. — Zenny toma aire y da un paso al frente. — Dijo que nos traemos alegría el uno al otro y que se dio cuenta por la manera en que le hablaste de mí.

— Zenny.

Ella niega con la cabeza, no a mí, sino para sí misma. — Incluso yo lo dije. *Me siento más yo misma cuando estoy contigo*. Llegué al principio del pasillo para ir al altar y me di cuenta que no me sentí que era yo misma allí, como cuando estoy contigo. Me di cuenta que el camino al altar no iba a ser uno de felicidad. — Ella me mira. — Tú me das felicidad Sean. Tú me das el espacio para ser fuerte y estar a salvo y sentirme amada, y por favor dime que no es demasiado tarde, por favor dime que no he llegado demasiado tarde para nosotros.

Pero ya estoy sosteniéndola en mis brazos y besándola. La tomo por la parte superior de sus brazos y la aparto de mí tras un momento, temblando. — ¿No vas a tomar tus votos? ¿De verdad?

Asiente un poco avergonzada, una lenta sonrisa en esos labios perfectos, y tiro de ella hacia mí para darle más besos. — Oh Zenny. — Suspiro, besándole por todas partes en gratitud, el puente de su nariz, su mandíbula, la clavícula. — Yo te haré todos los votos del mundo a cambio, te lo prometo. Lo seré todo por ti.

— Todo suena tentador. — Ríe bajo mis besos. — Pero creo que Sean Bell es más que suficiente para que lo maneje una chica por sí sola.

Librería Digital

Epílogo

Un Año Más Tarde.

— **¿OTRA VEZ?** — Pregunto fascinado.

— Ahora te tendré yo. — Dice Zenny, montándose en mi regazo. — Es muy normal para una mujer en mi estado.

Mi polla, adormilada por las dos rondas de rapiditos de hace una hora, despierta en ese maldito instante. Zenny lleva puesta una camiseta de tirantes holgada que me permite ver que hay debajo de ésta, y sus pantalones cortos son tan cortos, que me sorprende haberla dejado salir con eso, porque soy ese tipo de bastardo celoso y posesivo.

OK, sé por qué la dejé salir con eso. Fue porque íbamos los dos al mismo lugar juntos.

— Ya se fueron todos de la oficina. — Ronronea, sus manos buscan mi corbata y tiran de ella. — Estamos solos.

— Así que todos nuestros empleados, o sea, *el único que tenemos,* ya se ha ido ¿Eh?— La provoco, pero la dejo envolverme en un beso lento y profundo. Emmet solo viene dos días a la semana por las mañanas para ayudarnos a repartir la correspondencia y trabajar con archivos, trabaja a tiempo parcial para ahorrar dinero para sus nuevos bisnietos gemelos. Una vez los trajo a la oficina, y tuve en brazos a uno de esos bultos durante tres horas mientras dormía, y aproveché a hacer unas llamadas. No te atrevas a decírselo a nadie.

Paso las manos por las piernas de Zenny y me agarro a la curva de su trasero. — Estos pantalones cortos tuyos me están matando. — Digo contra sus labios. — ¿Estás tratando de asesinar a tu marido?

Librería Digital

— No. — Dice Zenny bruscamente. Sus manos van a mi cremallera y me dejan expuesto, con movimientos rápidos. — Necesito su polla demasiado como para eso.

— Eso me tranquiliza. *Oh, joder* nena, sigue así. Dios, qué rico.

Tiene mi miembro haciéndose cada vez más grueso entre sus finos dedos, lo menea despacio, provocándome. Fuera de mi oficina de la planta baja, veo el tedioso camión de entregas junto al taller de reparación de llantas. Y, ok ¿Alguna vez me imaginé trabajando en la planta baja de un edificio olvidado, bajo un cruce elevado, en una oficina con una mierda de moqueta imperfecta azul, grisácea? Oh y ¿Da la casualidad que está junto a la franquicia de llantas Kansas City, Tires, Tires, Tires?

No. No. No imaginé algo así. Y no lo cambiaría por nada en este puto mundo.

Porque tampoco imaginé que me vería casado, y ahora lo estoy con la más lista, dulce, valiente y hermosa mujer que conozco. Y porque tampoco me imaginé siendo padre, y aquí tengo a Zenny enganchada a mi regazo con un brillo malicioso en sus ojos y una barriga hinchada empujando su camiseta.

Lo sé, lo sé. Es demasiado joven para estar embarazada. Pero seamos sinceros, el que sea demasiado joven nunca me hizo detenerme.

Así que en realidad no me importa ser el dueño de la nueva organización sin ánimo de lucro en una oficina que nada tiene que ver con el glamour. Me encanta. Proporciono fondos para centros de caridad por todo el Metro, centros de caridad como el albergue que pertenece a las Sirvientas del Buen Pastor, y lo que hago ayuda a las personas.

¿Puedes creerlo?

Sean Bell, ¿Filántropo?

Pero no tan raro como Sean Bell, el esposo.

O Sean Bell, el padre.

Librería Digital

Y todas esas cosas son bendita y felizmente verdaderas.

Respecto a Zenny, mi dulce mujercita, está a mitad de camino de conseguir su diploma de obstetricia. Aún va a abrir el centro de maternidad cuando ella y el bebé estén listos, y voy a darle el mejor centro que el hombre haya conocido jamás. Voy a darle lo mejor de todas las cosas, siempre, hasta el día en que muera. Incluso por más tiempo, a ser posible. Eso es lo que Good estate planning puede hacer por ti.

Zenny se despoja de esos tentadores shorts y camiseta y se vuelve a montar en mi regazo, besándome el cuello, rozándose contra mí, desnuda, suave y curvilínea. Sin poder contenerme más, la cojo del cabello con los puños y con la otra mano indago por sus apretados pliegues, hasta que la cabeza de mi sexo queda firmemente incrustada dentro. Ella se empala encima de mí sin indicaciones, ni instrucciones, simplemente buscando la fricción y el sentirse llena, meciéndose hasta alcanzar un orgasmo, ajeno a mí.

Otros hombres podrían poner objeciones, pero yo no tengo ninguna queja por ser el juguete sexual de mi esposa embarazada. En lugar de eso, me echo hacia atrás en la silla y juego perezosamente con sus grandes pechos mientras ella me folla.

— Me gusta. — Le digo para halagarla. — Me encanta como me montas. ¿Se siente bien? ¿Es eso lo que necesitas?

Con los ojos cerrados y la garganta trabajando en ello, ella asiente, sus caderas se restriegan contra mí y siento cuando se corre, siento cómo se aprieta y su leche en mi polla, también siento cómo su útero se tensa bajo mis dedos. Se siente como estar en el jodido paraíso, como un secreto finalmente visible. Trazo círculos de fascinación sobre sus músculos contrayéndose y sobre la nueva línea oscura que va desde su esternón hasta el coño. La deja tomar todo el tiempo que necesite, la dejo relajarse con profunda satisfacción, y sonrío, cuando se desploma exhausta en mi pecho.

— ¿Mejor? — Murmuro, acariciando los vellitos que se le han puesto de punta de repente por su espalda.

Librería Digital

— Por ahora. — Dice con satisfacción. — Puede que te necesite de nuevo en una hora.

Pongo mis brazos alrededor y la sujeto fuerte mientras acaricio mi parte dura con su parte blanda. No me lleva mucho tiempo, no con ella de este modo, tan cálida, curvilínea y madura, ¿A punto de caramelo?, hasta que estoy palpitando y derramando todo mi calor en ella. Mi respiración es una serie de violentos gruñidos, y mi estómago y muslos están duros como una piedra y tensos a la vez, se doblan y empujan la corrida fuera, fuera, fuera de mí, hasta que estoy totalmente vacío y relajado.

— ¿Tenemos que regresar al trabajo? — Pregunta soñolienta, con su cabeza en mi hombro. — Solo quiero quedarme así para siempre.

— Podemos hacer lo que tú quieras, bichito. Solo tienes que decirlo.

— ¿Lo que yo quiera?

— Lo que tú quieras.

— ¿Vas a hacer la cosa del tipo honesto?

— Sí, estoy siendo honesto.

Ella hace un sonido de felicidad y se acurruca más cerca, y yo la acuno durante todo el tiempo que me lo permite, sosteniendo a nuestro hijo aún no nacido, y meditando sobre un muy diferente Sean Bell de hace mucho tiempo. Un Sean Bell que solo quería dinero, poder y sexo, y que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por conseguirlo. Ahora lleva una organización no lucrativa desde una desastrosa oficina junto a Tires, Tires, Tires, y no podría ser más feliz. Y todo gracias al ángel que tiene en su regazo, su pequeña monja, su bichito. Es por ella, todo.

Ruega por nosotros *pecadores,* dice la oración, y maldigo, si alguien no hubiera rezado por mí, elevándome a una vida de alegría y generosidad. Maldigo si no hubiera estado rodeado de amor por las personas más extraordinarias que he tenido el honor

Librería Digital

de conocer. Lo mínimo que puedo hacer es volver a *rezar un Ave María* por ellos también.

Orar por Elijah. Por la Madre Reverenda. Por Tyler, Aiden, Ryan y Papá.

Orar por Mamá.

Orar por Zenny, que el Señor es contigo.

Ruega por nosotros ***pecadores****.*

Amén.

Librería Digital

NOTAS DEL AUTOR

Bueno, aquí estamos de nuevo, querido lector, en el nexo entre Dios y el sexo. Y no quería dejarte sin antes aclarar un par de cosas.

Las Sirvientas del Buen Pastor es una orden ficticia, aunque hay otras órdenes religiosas por el mundo con nombres similares. Las prácticas y misiones que ves en estas páginas son una aglomeración de varios grupos monásticos; cada grupo tiene sus propias normas respecto a sus hábitos, soledad, servicio y votos, y las que reuní para las S de BP de Kansas City, las robé con ojo de autora. Es decir, que todo lo que Zenny hace y a lo que se enfrenta, es real en alguna parte, pero como la acaparadora que soy, sin ninguna vergüenza, fui cosiendo todas las que ví que merecían la pena para la historia. Para leer más acerca de cómo viven las monjas modernas en América, no puedo recomendar lo suficiente *Al Descubierto: La vida secreta de las monjas* de Cheryl L.Reed, y en lo que se refiere al Cristianismo en extensión, *Llevando puesto a Dios* de Lauren F.Winner, así como un viejo favorito *Textos desprotegidos* de Jennifer Wright Knust, todos ellos fueron grandes influencias para la composición de la fe de Zenny y la vuelta de Sean a ésta.

La muerte de la madre de Sean sucede en circunstancias muy similares a las de mi propia madre en 2014, dicho esto, mi conocimiento de las prácticas de medicina es tan limitado como te puedes imaginar que el de una autora trabajando a tiempo completo podría ser, y me hago responsable de las partes en las que mi memoria o mi búsqueda se hayan quedado cortas. Tengo que dar crédito a algunos libros que me ayudaron a luchar con la dura realidad de la muerte en la UCI y lo que viene después, *La Muerte Moderna* de Haider Warraich*, Cáncer: el Emperador de Todas las Enfermedades* de Siddhartha Mukherjee*, El Humo se Mete en Tus Ojos* de Caitlin Doughty y, *Ser Mortal* de Atul Gawande.

Gracias, querido lector, por recorrer este camino conmigo. Te he lanzado a Dios, sexo, muerte, creencia y no creencia, y aunque sé que las perspectivas de cada persona van a diferir enormemente de una a otra, te estoy agradecida por querer

descubrir cómo eran para Sean. Prometería que se lo voy a poner más fácil a los hermanos Bell, pero, bueno, todos sabéis que no se puede confiar en mí cuando se trata de ser buena con mis personajes…



Librería Digital

AGRADECIMIENTOS

Sinner es el tipo de libro que necesitaba la ayuda de múltiples parteras y doulas para poder nacer.

Mis críticos: Laurelin Page, la que me entiende y me da unos ánimos inquebrantables, la que me dijo un oscuro día de noviembre de 2014 que si yo no podía creer en el Paraíso, ella lo haría lo suficiente por las dos. Kayti McGee, quien es extrañamente resistente a mi humor negro y está dispuesta a hacer planes de inmediato. Melanie Harlow, la más bella y mejor ejemplo de apoyo que una chica pueda pedir.

Mis betas: Nana Malone, Tijuana Turner, Olive Teagan, Dylan Allen, Syreeta Jennings, Amie Moore, Jana Aston y Kennedy Ryan. No podría haber creado y refinado la relación de Zenny y Sean sin vuestros aportes y ¡No existen palabras para definir cuánto aprecio vuestra ayuda! Especialmente Nana Malone, que se pasó horas al teléfono conmigo e hizo doble trabajo como tutora de caligrafía y como beta, así como de confidente, cada vez que las cosas se ponían difíciles.

Mi Ashley Lindemann, quien es también mi maga, mi consejera de personalidades para los personajes, la que arriesga todo o nada. Jamás he escrito un libro sin ella, desde el primer libro hasta Sinner, y a ella se lo deberé todo, siempre. A Melissa Gaston, Serena McDonald y Candi Kane, quienes apagan los fuegos cuando yo me marcho, cada palabra que escribo, es porque vosotras me ayudáis, gracias.

Mi Julie Murphy, mi analítica y reina de las hadas malas, quien aplaude a la oscuridad y funciona como mi segundo cerebro. Mi Natalie y mi Tess, a las que, de alguna manera, aún les gusto, después de todos estos años de robarles la cerveza y tenerlas despiertas hasta tarde.

Librería Digital

A Rebecca Friedman, mi agente y campeona incansable. No hay un libro que no lleve la marca de tu apoyo, amor y consejo. A Flavia Viotti y Maire Dias, de Bookcase Literary, quienes difunden mis palabras por todas partes, gracias, gracias.

A Nancy Smay, mi editora súper paciente, a Erika Russikoff y Michele Ficht, mis muy pacientes correctoras. Siento haceros buscar en historias tan… Interesantes.

A Vitaly Dorokhov, la cual hizo una impresionante portada y a Letitia Hasser, de Diseños RBA, quien tuvo la inmensa amabilidad de ayudarme cuando aparecí de la nada rogando por una portada. ¡Esta portada es más de lo que nunca hubiera deseado!

A todas las otras autoras a las que tengo la suerte de conocer : Jade West, CD Reiss, Becca Mysoor, Robin Murphy, Sarah MacLean, Zoraida Cordova, Amy Daws, Sara Ney, Tamsen Parker, Lena Hart, Ellie Cahill, Ruth Clampett, Liv Morris, Aly Martinez, Willow Winters, Ilsa Madden-Mills, Tia Louise, Nikki Sloane, Karla Sorenson, Kandi Steiner, Kyla Linde, Meghan March, Katana Collins, Jessica Hawkins, Stacy Kestwick, Penelope Reid, GianaDarling, Staci Brillhart, Gretchen McNeil, Megan Bannen, Jean Siska, Lex Martin, y Louise Bay. ¡No podría haber sobrevivido a los apagados meses de invierno sin vuestro cariño, mensajes privados y brindis!

A todos los blogueros/as (bloggers) de Facebook e Instagram, no hay nada que pueda hacer o decir para expresar cuánto significa vuestra energía para mí. ¡Gracias!

Y a todas mis lectoras, gracias, gracias por estar dispuestas a lidiar con todas las locas e inesperadas aventuras por las que os hago pasar. No sabría ni por dónde empezar a deciros cuánto significa para mí el que siempre leáis cualquiera que sea la historia pervertida que tenga ganas de contar.

Pequemos juntas por siempre.

Librería Digital

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

Priest



Priest #1
Midnigth Mass #1.5

New Camelot Trilogy



American Queen #1
American Prince #2
American King #3

Markham Hall



The Awakening of Ivy Leavold #1
The Education of Ivy Leavold #2
The Punishment of Ivy Leavold #3
The Reclaiming of Ivy Leavold #4

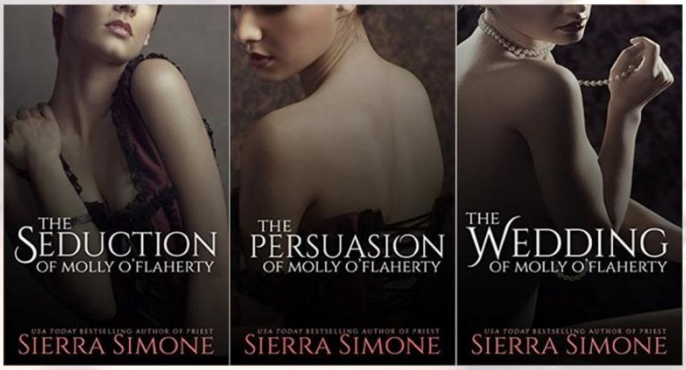
Librería Digital

The London Lovers

The Seduction of Molly O´Flaherty #1

The Persuasion of Molly O´Flaherty #2

The Wedding of Molly O´Flaherty #3

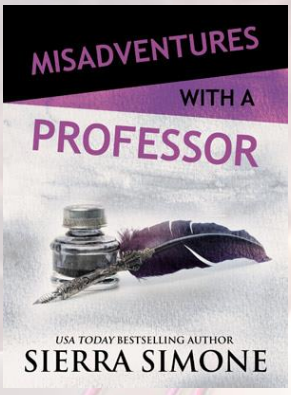


Cowritten Standalones



Porn Star

Hot Cop



Misadventures With a Professor

Librería Digital

SOBRE LA AUTORA



Sierra Simone es una autora de ventas número uno en Estados Unidos y ex bibliotecaria, la cual pasó demasiado tiempo leyendo novelas románticas en el mostrador de información. Actualmente, vive con su marido y familia en Kansas City.

¡Subscríbete para ser notificado de nuevas obras a la venta, descuentos, eventos, y otras novedades!

Puedes visitarla en:

https://www.thesierrasimone.com/

https://www.facebook.com/authorsierrasimone

https://www.instagram.com/thesierrasimone/?hl=es-la

https://www.amazon.com/default/e/B00HFK1EJO?redirectedFromKindleDbs=true

También puedes escribirle a su correo electrónico:

thesierrasimone@gmail.com

Librería Digital

TRADUCIDO, CORREGIDO & DISEÑADO POR



Encuéntranos en las redes sociales.

https://www.facebook.com/LibreriaDigitalparacompartir/

https://www.facebook.com/groups/libreriadigitalvip/

O escríbenos a.

Libreria_digital@yahoo.com